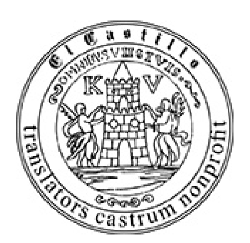

WARHAMMER
40,000
GUARDIANES DEL TRONO
LA SOMBRA DEL REGENTE
CHRIS WRAIGHT

Índice

Titulo Original: *The Regent´s Shadow*
Autor: *Chris Wraight*
Traducido: *Humaneleux*
Corregido: *Michernan*
Montaje: *Valncar*





Más allá de las palabras

Todo el trabajo que se ha realizado en este libro, traducción, revisión y maquetación esta realizado por admiradores de Warhammer con el objetivo de que más hermanos hispanohablantes disfruten y compartan de este gran universo.



JEK I

El se había ido. Había desaparecido nuevamente en el vacío casi tan pronto como había llegado, y sin embargo, todo estaba quieto, de una forma u otra, todo sobre él.

Algunas almas dejan un rastro imborrable. Creo que fue incapaz de moverse por el universo sin cambiarlo profundamente. En cierto sentido, ni siquiera era parte de él: tenía un cuerpo, podía ser herido, respiraba aire y bebía agua, y sin embargo no podías mirar a esos ojos por mucho tiempo sin ver la abrumadora extrañeza allí, la calidad de otro lugar, atado por un tiempo en carne y hueso pero más allá.

Lo había visto solo un puñado de veces, principalmente desde la distancia. La primera ocasión fue cuando viajé con mi entonces maestro, Tieron, a Luna, y fui testigo de las secuelas de la batalla que él y sus guerreros lucharon bajo la intensa luz de las estrellas. No fui lo suficientemente valiente como para acompañar a mi maestro a la presencia de Guilliman, por lo que solo observé esa primera reunión desde lejos. Después de eso, nos separamos, y Tieron y yo no volvimos a hablar hasta que ambos volvimos a Terra. Y después de eso, llegaron los demonios, y es difícil recordar algo sin estremecerse.

Estuve enferma por mucho tiempo. Todos lo estábamos, creo. El aire estaba contaminado con venenos más fuertes de lo que jamás habíamos conocido, y estábamos acostumbrados a los venenos en Terra. La piedra debajo de nuestros pies se sentía frágil. Cuando sacas un dedo para tocar algo (una taza, un pergamino), la electricidad se rompería a través del espacio, un destello de energía sangrienta que no tenía lugar en este ni en ningún otro mundo.

En medio de todo, sin embargo, él estaba allí. Su energía era infinita. Luchó contra las criaturas que se atrevieron a cargar nuestros muros, derribando a los más grandes. Incluso cuando las agujas aún ardían, encabezó el asalto que liberó la Puerta Vorlese y reformó el acceso del Mundo del Trono al

Imperio. Los guerreros acudieron a su lado, con un propósito renovado por la más pequeña de sus acciones, o incluso por los rumores de ellas. Cuando regresó al Palacio, el ritmo de su reordenamiento fue frenético. Habíamos estado acostumbrados al sopor durante tanto tiempo, y ahora teníamos uno entre nosotros que no toleraría ninguna duda. Ninguno de nosotros podía mirarlo a los ojos y decir que no, salvo quizás el propio Valoris. Se pusieron en marcha reformas que no esperaba ver promulgadas en las vidas de mis hijos, y mucho menos las mías.

Nunca trabajé más duro. Para entonces, Tieron se había ido, agotado por su largo servicio y los rigores del cataclismo, dejándome ocupar su lugar. Éramos un estudio de contrastes, supongo. Era viejo, indulgente, producto de la inseguridad. Yo era una mujer relativamente joven, y en otros tiempos podría haber esperado servir durante varias décadas más antes de asumir la cadena de cargos. Siempre había echado un vistazo a la posición y sabía que lo merecía, pero ahora el premio había sido entregado en manos que, en verdad, no estaban del todo listas.

Había sido parte de la máquina del Palacio durante muchos años, por supuesto, pero aun así era difícil lidiar con todo lo que tenía que hacer. Las órdenes llegaron en ráfagas, traídas a mi habitación por asistentes en pánico, y tuve que entenderlas de alguna manera y ver cómo se las podían solucionar.

Le comenté las dificultades a Mardoqueo, mi ayudante. Estábamos en mis cámaras personales, hablando en una conferencia privada. Mi habitación interior era un espacio pequeño, escasamente amueblado. Acababa de deshacerme del desorden de Tieron, reemplazándolo con las cosas que valoré más que los jarrones y las pinturas: terminales de cogitador, conjuntos de sensores avanzados, enlaces de comunicación seguros a los diversos agentes que teníamos en el campo. El resultado fue una extraña mezcla de lo ornamentado y lo funcional: estaba en un estado de cambio improvisado, al igual que todas las cosas en ese momento.

Mardoqueo no ofreció una opinión. Para entonces tenía casi doscientos años y estaba inmerso en los antiguos rituales del único lugar que había conocido. También creo que estaba en estado de shock, y había comenzado a arrastrarse por los pasillos dorados con los ojos entrecerrados, dejando de lado la evidencia de que todo estaba terminando. Muchos de mis sirvientes eran así, todavía conmocionados

por todo lo que habían visto y experimentado. Terra es un mundo basado en la tradición, en gran parte milenaria. Habíamos llegado a depender de eso, para que fuera una especie de religión ir junto a la oficial, y tener esa base sacudida nos había lastimado, creo, más que cualquiera del daño físico que se había hecho.

Pero justo entonces, algunas semanas después de la victoria en Vorlese, mientras los que habíamos recuperado del vacío aún estaban confinados en sus estaciones médicas, llegó la convocatoria. Recuerdo mirar el expediente de pergamino en mi mano, ver el sello de la oficina en la parte superior y la delgada línea de oro alrededor del borde. Un holo-ident brillaba débilmente en el margen izquierdo, lo que daba seguridad de su origen, aunque eso parecía superfluo, ya que ninguno se habría atrevido a falsificar un documento con su nombre.

Estaba intimidada, lo admito. Había crecido con los poderosos y no me asustaba fácilmente, pero él era diferente.

Fui de inmediato. Dejé a Mardoqueo encorvado frente a todas las imágenes apiladas, y me apresuré a mis habitaciones personales. Muy en contra del hábito, revisé mi apariencia cuidadosamente. ¿Me vería ridícula para él, siendo tan nueva en su posición, en gran parte sin probar, un posible eslabón débil en la nueva cadena de mando que estaba construyendo? Era posible que me hubiera convocado solo para despedirme, como ya había hecho con muchos de los altos funcionarios del Palacio. Ser expulsada de la oficina que rápidamente, reconozco, habría abollado mi orgullo, y me encontré ensayando argumentos a medida que avanzaba, con la esperanza de estar lo suficientemente segura de sí misma en su presencia para entregarlos.

Se había establecido en uno de los sectores más antiguos del Senatorum. Estos cuartos estaban lo suficientemente cerca que pude caminar para encontrarme con él, atravesando una maraña de corredores internos, ninguno de los cuales tenía ventanas externas. A medida que avanzaba, pasé esa misma mezcla de estatuas de oro antiguas y modernas, invaluables junto a las bobinas de cableado Mechanicus, finas alfombras enrolladas para revelar los hoyos brillantes de las máquinas de abajo. Adeptos y magos se apresuraron, pinchando y arreglando, restaurando y entrometiéndose. Todos teníamos que ser vistos ocupados, comprometidos con la gran restauración, sabiendo que el ojo del Regente

estaba en todas las cosas, y que incluso el más mínimo detalle podría llamar su atención.
Tales eran las dimensiones de los edificios del Palacio Interior que, a pesar de hacer uso de varias pasarelas autopropulsadas y cortes privilegiados, me llevó un tiempo llegar a su ubicación. Las cámaras que había cooptado debían haber sido más o menos como estaban cuando vivió aquí, hace eones. La falta de cambio puede haber sido tranquilizador para él. Había traído a sus Marines Espaciales para protegerlo, lo que de nuevo era algo que no habría sucedido aquí antes.
Cuando finalmente llegué a la gran antecámara abovedada, repleta de representaciones en mosaico de los Nueve Primarcas que luchaban en las antiguas guerras del mito, me pareció incómodo verlos parados frente a las puertas de mármol, completamente quietos, perfectamente silenciosos, sus rostros ocultos detrás de las alas doradas. Sabían que habían viajado a lo largo de toda la galaxia para estar aquí. Su armadura, bien como estaba, todavía tenía las fichas y los puntajes de combate. Me preguntaba qué pensarían de este lugar, ahora estaban aquí, pero por supuesto no les pregunté. En lo que a mí respecta, eran como golems, capaces de ser convocados a la vida a través de sangre o hechizos, pero mientras tanto solo estaban hechos de materia inerte. Nada de lo que hicieron cuando los pasé desafió esa imagen mental.
No solo se rodeó de soldados. Las cámaras más allá estaban atestadas de sirvientes civiles, la mayoría con las túnicas de Ultramar con líneas azules, algunas con atuendos de Terra. Varios de ellos estaban bajo mi mando o eran conocidos por mí, pero no intentaron llamar mi atención mientras caminaba entre ellos. Por encima de todos, relucían candelabros de cristal. Debajo de sus pies resbaladizos, las alfombras estaban finamente tejidas y de intrincado diseño. Los rostros impasibles de los héroes contemplaban las multitudes desde pinturas al óleo y frescos. El murmullo de la conversación era como siempre había sido en esos lugares: bajo, urgente, conspirador.
Capté la atención de su oficial de servicio, quien inmediatamente se abrió paso a mi lado. Él era de Ultramar, al igual que muchos de los que confiaba en estar cerca de él.
-Canciller- dijo, inclinándose. -**Gracias por venir tan rápido. Él espera dentro.**

Me condujeron a través de las multitudes y me llevaron a su cámara privada. Grandes puertas doradas se cerraron detrás de mí, sellando toda la charla. Me encontré en una habitación de techo alto. Una luz fría y gris brillaba a través de altas ventanas externas. El lugar olía vagamente, pensé, a betún. Supuse que los objetos dentro eran aquellos que habían estado allí durante siglos: escritorios y sillas antiguas y pilares ornamentales. Incongruentemente, se colocó una gran colección de cronómetros en un gabinete detrás de un reloj de arena. Una figura de obsidiana de Sanguinius estaba parada en la esquina.
El oficial de servicio se había retirado, lo que significa que estaba sola allí. Aparte de él, por supuesto.
Levantó la vista cuando entré y se levantó del pesado escritorio en el que había estado trabajando. Su tamaño no era lo más llamativo de él, aunque por supuesto eso era difícil de ignorar. Me fijó con esa mirada suya, de la que me habían advertido. Cuando te miraba, nada tangible en su expresión delataba que te estaba juzgando, no había ninguna crítica abierta allí, pero aún así, de alguna manera, te sentías culpable, como si tus pecados hubieran sido descubiertos de una vez y te dejaran luchando para poner excusas por ellos. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que no tenía la intención de hacerlo, ya que cuando hablaba su voz era bastante tranquila, incluso solícito, pero no había forma de alejarse de lo que era, y de lo que había visto y hecho. Contra ese récord, era imposible, supongo, sentir algo más que inadecuado.
-Cancellarius- dijo, usando la versión más formal de mi título.
-Mi señor Guilliman- le respondí, inclinándome. -**¿Querías verme?**
Él sonrió, un breve gesto. Su cara era hermosa de una forma patricia, aunque rígida y marcada por el estilo militar. Sabía cuántos años tenía, al menos en términos absolutos, aunque llevaba los años a la ligera. Parecía casi familiar, lo que me hizo pensar que los creadores de imágenes de Ministorum deben haber utilizado modelos precisos para sus estatuas, los que se habían distribuido en todos los mundos humanos a lo largo de los milenios, tallados en dimensiones estándar y utilizados para alentar la devoción de las masas.
-Quería verte hace semanas- dijo, señalando dos sillas bajas que se habían colocado más cerca de las ventanas. -**Son las cortesías las que se escapan, cuando el tiempo es corto. Lo siento por eso.**

Me senté frente a él. Delante de nosotros estaba la vista del mundo exterior: las espirales humeantes y ennegrecidas, que se extendían bajo un cielo gris.
-No hay nada por lo que disculparse, mi señor- dije.
En el estricto curso de las cosas, no tenía autoridad sobre mí. No tenía rango oficial en absoluto dentro del Adeptus Terra. Era algo para lo que no teníamos categoría, y en ese momento no había asumido el título formal de Regente Imperial, ni había revivido el antiguo puesto del Señor Comandante que había ocupado todos esos miles de años atrás. Según el Lex, no tenía ninguna obligación de hablar con él en absoluto.
Pero todos sabíamos cómo estaban las cosas. Si nos hubiera pedido que cayéramos sobre nuestras espadas, lo habríamos hecho.
-Usted es la Canciller- dijo. -**El Consejo Superior opera solo porque usted lo facilita. Por lo que vale, debes saber que tu predecesor habló muy bien de ti.**
Ah, Tieron. A pesar de todas sus debilidades humanas, sus pequeños vicios e indulgencias, no era un mal hombre.
-Haré cambios- continuó Guilliman. Puso sus manos juntas frente a él, moviendo los dedos. -**No habrá derramamiento de sangre, ni humillación, pero el Consejo me responderá de ahora en adelante, y no puedo confiar en que todos sus miembros actuales hagan eso.**
Asentí. Sabíamos que algo de esta naturaleza tendría que suceder. El Señor Franck, el Maestro del Astronomicón, había muerto durante la primera ola de anarquía para alcanzar al Mundo del Trono, por lo que al menos debía ser reemplazado. En el curso normal de las cosas, la sucesión habría tenido lugar rápidamente, pero estos no fueron tiempos ordinarios. La Fortaleza Prohibida, el dominio de Franck, todavía estaba en reconstrucción formal después de su casi destrucción cuando la Grieta nos había alcanzado, y aún no estaba claro quién la ocuparía, ni qué descubrirían cuando lo hicieran.
-¿Tiene en mente cambios particulares?- Le pregunté.
Por supuesto que lo hizo. Guilliman buscó un pergamino en la mesa entre nosotros y me lo entregó. Lo abrí y leí cinco nombres, incluido el de Franck, junto con reemplazos. Ninguno fueron sorpresas. Si me hubieran pedido que elaborara la lista, habría hecho muchos de los mismos juicios.
-¿Hay algo contra lo que aconsejarías?- Preguntó.
Fue amable de su parte preguntar.

-Son excelentes opciones, mi señor- dije.
-Hablaré con los afectados en persona- dijo. -**Pero quería consultarlo primero.**
-Aprecio eso, mi señor.
-Hay presión de algunos sectores para cambiar todo- dijo Guilliman. -**Barrerlo todo. No tengo intención de hacerlo. Estamos en una posición estratégica precaria, y no puedo socavar lo que sigue siendo capaz de funcionar.**
Enrolle el pergamino de nuevo. -**¿Puedo preguntar qué horario prevé?**
-Dentro de la semana. Y después de eso, la reforma de los órganos subsidiarios-. Él sonrió de nuevo. **-No temas, canciller. Tu posición es segura. Confío mucho en ti. Espero que eso esté justificado.**
-Como él quiera- dije. -**Pero... una semana. Será difícil...**
-No se puede retrasar. Nada se puede retrasar-. Se inclinó hacia delante y, en ese gesto, recordé su volumen físico, su mundanalidad de otro mundo, la verdad de que solo era humano en el sentido más relajado y los adornos de lo doméstico: sillas, armaduras, pergamino solo eran accesorios a su alrededor para permitirnos comprenderlo todo. **-No estaré en Terra mucho tiempo. No puedo. La mayor parte de mi tiempo aquí ya lo he pasado preparando la nueva cruzada, la que debe partir antes de fin de año. Estas cosas, estos nombramientos y reformas, son la menor de mis preocupaciones, y cuando me haya ido, debes mantenerlas.**
Ese fue el verdadero propósito de esta reunión. Me estaba advirtiendo de la próxima ruptura, sabiendo que sería grave. Acabábamos de aceptar la idea de que podríamos sobrevivir a estos tiempos de prueba, y esa frágil esperanza estaba en gran medida ligada a su presencia entre nosotros. Quítese eso, y sería más difícil no recordar cuán débiles éramos realmente.
No era capaz de ocultarle esos pensamientos. Seguramente debió haberlos esperado.
-Terra todavía está en profunda agitación, mi señor- dije. **-El control no se extiende mucho más allá de estos muros. Si sales antes...**
Cerró los ojos y dejé de hablar. Por un momento, percibí un enorme cansancio en él, una respuesta mortal a las infinitas demandas y esperanzas acumuladas sobre sus hombros blindados. Ahora miro hacia atrás y supongo que cada reunión que él había terminado había terminado

de la misma manera, con alguien pidiendo más ayuda, más orientación, más protección.

-El Imperio arde- dijo, en voz baja pero firme. -**Cada hora que paso aquí, detrás de los muros de mi padre, es otra hora que se pierden mundos. Mi decisión está hecha. Es correcto. Solo le pido que conserve lo que se ha hecho aquí una vez que me haya ido.**

Me incliné, mis mejillas se sonrojaron un poco. -**Será como usted ordene, mi señor-** le dije.

Y, en lo que siguió, hice lo que pude para cumplir esa promesa. Entendí las razones. Respetaba la integridad de la decisión.

Pero no sé si tenía razón. Un Primarca es una criatura divina, un maestro de fuerzas mucho más allá de lo que podemos esperar entender, pero incluso la Iglesia nunca enseñó que eran infalibles. Aquellos de nosotros que tenemos el privilegio de conocer un poco de historia entendimos que podían cometer errores, y los errores de los dioses son mayores que los errores de los mortales.

¿Tenía razón en irse tan pronto? No lo sé, incluso ahora. Quizás no podría haberlo hecho de otra manera. Quizás las cosas podrían haber sido mejores si se hubiera quedado.

Eso es para que los historiadores lo piensen, si alguien vive lo suficiente como para mirar hacia atrás en estas edades. Todo lo que puedo decir con certeza es que íbamos a estar solos otra vez, mientras que las fuerzas que habían estado cerca de destruirnos no se habían ido. A ese respecto, nada había cambiado. El Imperio más amplio tendría a Guilliman para protegerlo, conduciendo un arco de fuego a través del vacío a la cabeza de los ejércitos de su cruzada. Nosotros en Terra solo nos teníamos a nosotros mismos, tal como lo había sido desde los días de la leyenda. Teníamos que confiar y rezar para que fuera suficiente.

Es importante recordar, al considerar todo lo que se hizo entonces, lo poco que sabíamos.

Nunca había sido fácil para nosotros, en el corazón mismo del Imperio, entender lo que estaba ocurriendo con precisión en sus alcances más lejanos. No existe mayor ilustración de esto que Cadia. Ese mundo había sido el eje de nuestras defensas durante milenios. Se habían enviado ejércitos allí desde todos los rincones de los dominios de la humanidad a intervalos regulares, y se dedicaron coros astrópaticos enteros a controlar

su estado. Y, sin embargo, cuando el Despojador finalmente se levantó contra él, ignoramos casi por completo lo que sucedió hasta que terminó la lucha. Es cierto que Kerapliades, el Maestro del Adeptus Astra Telepathica, había advertido mucho antes de que ocurriera la catástrofe. También era cierto que muchos de nosotros habíamos temido lo peor durante años antes del evento, y habíamos estado haciendo planes de contingencia para el desastre. Pero incluso después de que ese mundo se hubiera perdido, no podríamos estar seguros de la verdadera posición del subsector durante un tiempo considerable. Tieron estimó que al menos habían pasado meses antes de que los efectos del Cicatrix Maledictum, la prueba final de nuestra derrota allí, llegaran al Sistema Sol, causando estragos en nuestras antiguas murallas.

A menudo pienso en eso. Enviamos refuerzos allí, agitando las naves del muelle vacío con fanfarrias y música, cuando el mundo mismo ya se había ido.

Cuando llegó Guilliman, nuestra ignorancia era mayor que nunca. Algo de esto se debió a la interrupción temporal del Astronomicón, que nos había dejado incapaces de enviar naves a ninguna distancia, incluso con seguridad parcial. Más se debió a las pérdidas que habíamos sufrido en nuestras filas de astrópatas cuando golpeó la Grieta. El costo fue alto en todos los mundos imperiales, incluso en aquellos que se aferraron mientras los efectos de la ruptura se apoderaron de ellos, y no fuimos la excepción. Para cuando terminó lo peor, y los supervivientes salieron de sus bunkers y torres semi-arruinadas para examinar los restos, habíamos perdido nuestro principal medio de descubrir el destino de otros mundos. Aquellos pocos videntes estelares que de alguna manera se habían aislado de la locura fueron fuertemente apoyados después de eso, tanto que muchos murieron por exceso de trabajo. Todos los círculos en esos días eran viciosos: cuanto más intentábamos recuperar terreno, más nos dañábamos.

Poco a poco, sin embargo, la información nos llegó. Naves de guerra maltratadas se tambalearon en los muelles vacíos de Luna, cada uno con historias de destrucción y caos. Los acólitos fueron apresurados a través del entrenamiento final en la Fortaleza de Obsidiana y presionados para el servicio. Una vez que se aseguró la Puerta Vorlese, los escuadrones de augurios Mechanicus fueron disparados a través de los carriles de

disformidad, sin otra misión que correr y enviar la mayor cantidad de datos posible antes de ser alcanzados por el enemigo.
Y, por supuesto, para entonces ya teníamos al Señor Protector. Había llegado a Terra a la cabeza de un poderoso ejército, uno que había luchado a través de terrores casi inimaginables desde Ultramar distante. Habían presenciado por sí mismos el colapso de los cimientos del Imperio, incluso cuando se habían precipitado a través de ellos para llegar a su núcleo. Hubo rumores, nunca confirmados, de que Guilliman incluso había obtenido acceso a un consejo de xenos durante este tiempo, aunque si eso era cierto, las abominaciones habían desaparecido mucho antes de que asumiera su administración oficial del Imperio. Por mi parte, no creo en los susurros. Los habría matado en lugar de escuchar sus mentiras.
Dada nuestra comprensión incompleta de lo que había más allá de nuestro entorno inmediato, era inevitable que hubiera desacuerdo sobre lo que podríamos hacer, en todo caso, en respuesta a la apertura de la Grieta. Hubo quienes argumentaron que necesitábamos reducirnos, construir nuestra fuerza aquí y proteger los sitios sagrados en el corazón de nuestro antiguo imperio. Como Terra todavía estaba en un estado de semi-revuelta, dividido por levantamientos que no pudieron ser sofocados durante los Días de Ceguera y sus secuelas, esas voces encontraron mucho apoyo. Después de todo, Guilliman había traído consigo fuerzas únicas y capaces, incluidos guerreros de muchos Capítulos de Marines Espaciales, todos los cuales podrían haber sido utilizados para repoblar las paredes aquí y devolvernos a la estabilidad.
Sin embargo, no hizo falta pensar mucho para ver que tal política solo pospondría nuestra desaparición, no la impediría. Durante milenios, Terra se había vuelto dependiente de su vasta red de mundos suplicantes. Se requirieron miles de ellos para mantener alimentadas nuestras bocas hambrientas. Algunas pérdidas podrían ser sostenibles entre las masas si los suministros de alimentos fallaran por un tiempo limitado, pero otras funciones eran absolutamente esenciales. La Liga de Naves Negras tuvo que mantener sus peligrosos circuitos vacíos, para que no nos faltara combustible para el Astronomicón recién restaurado y los psíquicos de reemplazo para nuestra comunicación entre sistemas. Los diezmos de los mundos civilizados tuvieron que ser recolectados para mantener la operación del gobierno y la coordinación galáctica de los movimientos de

la Guardia Imperial. El volumen de material que tenía que entrar y salir diariamente del Sistema Sol solo para mantener un estado de equilibrio era absolutamente asombroso. Terra se había hinchado en el tráfico entrante de sus dominios rezagados, y no sobreviviría al retiro de su provisión constante. Como resultado, no pudimos acurrucarnos detrás de nuestras defensas y lamer nuestras heridas. Tuvimos que contraatacar, y rápidamente, para recuperar el control de lo que ya se nos escapaba para siempre.

Guilliman había apreciado esto desde el principio, por supuesto. Y, aunque solo me di cuenta mucho más tarde, su motivación para luchar tan duro para llegar al Sistema Sol solo estaba parcialmente relacionada con nosotros en Terra. De igual importancia para él era Marte, donde su proyecto más grande había estado listo y esperándolo, listo para entregarle un nuevo ejército de tal poder y alcance que cualquier Maestro de Guerra Imperial anterior hubiera dado sus ojos por él.

El programa Primaris se había mantenido en secreto para todos. Para mí, eso, más que su indudable destreza en el campo de batalla, fue lo más notable de todo el esfuerzo. A Tieron le gustaba decirme que no había secretos en el Imperio, solo fallas en el recuerdo, pero aquí había algo que, si decidíamos creer lo que nos habían dicho, se había estado gestando en silencio durante milenios, justo debajo de las narices del Altos señores y capitanes generales y archimagos. Guilliman era el autor de los Primaris, y por eso había venido aquí, resultó que no para rescatarnos, sino para activarlos.

A veces me preguntaba si, si el programa Primaris hubiera sido instigado en un mundo de forja de Ultramar en lugar de Marte, habría hecho el difícil viaje hasta aquí. Me gusta pensar que lo habría hecho, y que el lugar de su creación significó algo para él incluso después del paso de tanto tiempo. Espero que haya venido. Por supuesto, nunca lo sabremos con certeza.

En cualquier caso, cuando finalmente quedó claro, después de nuestra reunión en el Senatorum, lo que Guilliman tenía la intención, traté de contactar a Oud Oudia Raskian, el fabricante general del Adeptus Mechanicus. Pensé que era importante que los Altos Señores se reunieran rápidamente para debatir este curso de acción y considerar cómo sobreviviría el Mundo del Trono una vez despojado de tantas de sus defensas. No pude hacer contacto, a pesar de intentarlo muchas veces. Lo

admito, también quería saber si Raskian había estado al tanto de los Primaris y, de ser así, si aprobada que fueran puestos bajo el mando exclusivo de Guilliman tan rápido, pero mi incapacidad para encontrarlo pagado a tales ambiciones. Como Marte era Marte, nunca supe dónde estaba, o por qué permaneció en silencio. Son personas extrañas, extrañas por su obsesiva religión, y había un límite para lo que un terrano, incluso una tan mayor como yo, podría descubrir.

Pero los once Altos Señores restantes estaban en su lugar, algunos establecidos en sus roles, otros nuevos nombrados por Guilliman. Yo era la canciller, el encargado de llevar a cabo sus diligencias, alejarlos de los errores y velar por su bienestar corporativo. El tiempo de gran agitación había terminado, así que esperábamos, y mi deber estaba claro. Un Alto Consejo con tantos miembros nuevos, en un momento de gran peligro, siempre iba a ser difícil de administrar, a pesar del hecho de que necesitaría una dirección rápida, antes de que cualquier otra cosa pudiera degradarse o delegarse.

No había más remedio, entonces, que hacer una oración silenciosa al Trono, reunir mis pensamientos, formar una estrategia y ponerse a trabajar.



VALERIAN II

Se le había llamado Pesar del Corazón (Heartspite en el original nt). Había sentido su edad y su malicia desde el momento en que subí a bordo. En un instante, colocando mis botas en sus cubiertas malditas, había absorbido los destellos de su larga vida. Había visto los pozos del Ojo girando debajo de él. Había visto los paisajes estelares borrosos que una vez lo habían cruzado, bañando sus flancos con luz prohibida.

Esa nave se ha ido, destruida por el Primarca, sus restos contaminados todavía sin duda orbitan alrededor del mundo Vorlese. Toda esa historia, todo ese largo servicio, destruido en un fuerte bombardeo. Sin embargo, se había acercado. Había estado cerca de darle a su nombre algo de peso real. Si hubiera tenido éxito, aún estaríamos encerrados, rascando nuestro camino hacia la libertad como felinos cegados.

Pienso en esa nave a menudo. Mis sentimientos hacia él son complejos.

Por un lado, su destrucción reivindicaba los sentimientos con los que había luchado desde que me excluyeron del Salón del Trono. El mensaje no podría haber sido más claro: debía confiar en el camino que tenía ante mí. Me habían rechazado el servicio dentro de las profundidades del santuario más sagrado de Terra, solo para encontrar la humillación que me impulsaba hacia afuera, rompiendo el cordón autoimpuesto por el que habíamos trabajado durante tanto tiempo. No creo que ningún otro guerrero al servicio del Imperio haya luchado tanto tiempo en esa situación como nosotros. Teníamos que estar ahí. Y así se estableció el precedente, y fuimos, como una orden, liberados para atacar a nuestro enemigo más antiguo y persistente.

No soy completamente inmune al orgullo. Entiendo lo que significó tal victoria para mí y mis hermanos, así como para mis hermanas en Anathema Psykana, en quienes confiamos tanto para prevalecer tanto allí como en la Puerta del León. Si surge la incertidumbre, como suele suceder, recurro al Pesar del corazón. Recuerdo la presión del hierro torturado

contra mis palmas sangrantes. Recuerdo la forma en que el lugar olía a sangre sucia, y cómo el aire dentro de sus cámaras oscuras picaba mi garganta.

Y, sin embargo, ese cambio, como todo cambio, trajo complicaciones. Como especie, nos hemos casado con la tradición. Nos aferramos a ella, como un niño mortal que se aferra a su madre, sin querer soltarse para no encontrarnos de repente solos e indefensos. Romper con el pasado, en cualquier sentido, parece una apuesta desesperada. Podríamos estar equivocados. Podríamos estar condenándonos a nosotros mismos. Cada paso, cada paso, puede vernos tropezar, para nunca levantarnos.

Eso es lo que es vivir en estos tiempos, cubierto por todos lados por enemigos que parecen no tener límite. Nos enfrentamos a muchas armas y sufrimos muchas enfermedades, pero la peor de ellas es la duda, que nos paraliza y nos hace ver el peligro dentro de nuestros propios pasillos incluso antes de mirar fuera de ellos. Dirigirse directamente a la oscuridad, llevar la guerra a sus naves infernales y abrir caminos de venganza en sus corazones agonizantes, eso nos libera. Podríamos enfrentar nuestra muerte aún, pero esa muerte sería la muerte de un guerrero, de pie, mirando al enemigo a los ojos.

No habría enmarcado las cosas de esa manera antes del Pesar del Corazón. Las palabras en sí suenan como algo pronunciado por uno de mis homólogos del Adeptus Astartes. Los Marines Espaciales han estado luchando de esta manera directa durante mucho más tiempo que nosotros, y creo que debemos aprender de ellos. Me han dicho que los Lobos de Fenris, uno de sus capítulos más desenfrenados, dan nombres de hecho a sus guerreros después de compromisos notables. Admiro esa práctica. Lo que alguna vez podría haber pensado como una especie de jactancia salvaje, ahora lo veo como algo más grande: una forma de dar a las acciones fugaces un significado duradero, de arreglar el estilo de un golpe de espada para siempre a su dueño. Quizás todos los Marines Espaciales, en sus diferentes formas, entiendan esa motivación y respondan a ella.

Así que fue por esa razón, supongo, que el Primarca deseaba conferirme su gran honor, marcándome como vinculado al compromiso que le permitió dirigir su flota de cruzada sin obstáculos hacia el abismo. No habría ningún nombre escrito de él, nada tallado en runas, sino algo que un ciudadano de

Ultramar entendería: una corona de hojas de laurel, coronándome como su campeón, incluso cuando los generales míticos de nuestro antiguo pasado fueron coronados.
En otro lugar, tal vez ese honor podría haber sido simplemente aceptado, tomado con ambas manos, y luego dejado para deslizarse sin comentarios en los anales. Pero esto era Terra, un mundo al borde del olvido, donde los símbolos importaban y las lealtades siempre se fracturaban.
¿Tenía razón al aceptarlo? Eso creo. Incluso uno de mi hermandad no podría haber rechazado fácilmente la invitación de un Primarca, y creo sinceramente que no pretendía nada más que gratitud. Quizás estoy equivocado en eso. Es famoso, dicen, por su perspicacia política. Puede que nos haya estado usando, tal como Ravathain, sospecho, siempre creyó. Sigo pensando lo contrario. Sigo confiando en que la virtud todavía existe entre nuestra especie, y que no todos los gestos son de doble cara. Solo el tiempo dirá si eso es sabio o tonto.
La ceremonia tuvo lugar varios meses después del compromiso en Vorlese. Me llevó casi tanto tiempo volver a la plena preparación para el combate. Las heridas que sufrí a bordo del Pesar del Corazón fueron graves, y las armas del enemigo están ingeniosamente diseñadas para causar daños prolongados. Recuerdo largos días de semi-conciencia, mientras los drones se cernían sobre mí y los asistentes trabajaban con las agujas y las sierras. No recuerdo mucho dolor, aunque tal vez ya había absorbido todo el dolor que podía para entonces.
Nuestra relación con nuestros cuerpos, como miembros de la orden, no es del todo sencilla. Todos sabemos que todos hemos sido rehechos ampliamente de nuestra forma de nacimiento original. Gran parte del músculo y hueso con el que entramos en el universo se extirpa o altera para llevarnos a la madurez. Cuando nos dañamos, con frecuencia son estas nuevas estructuras las que llevan la peor parte. ¿Somos la misma creación, entonces, como una vez fuimos? ¿Se nos considera mejor como un solo organismo? Estas son preguntas para los filósofos. El efecto práctico es que podemos estar algo dislocados de nosotros mismos, incluso en momentos de trauma extremo.
Recibí una atención excelente, dadas las privaciones de la época. Cuando mi forma rota fue devuelta a la Torre de Hegemon, junto con la de mi hermano Ujoma, todavía estábamos luchando tras el asalto de la Puerta

del León. Nuestros boticarios eran lugares llenos de gente, llenos de intentos desesperados por preservar a aquellos que aún podrían luchar de nuevo. Cuando miro hacia atrás, estoy seguro de que me marcaron para recibir atención especial, sin duda por razones simbólicas, algo con lo que, por supuesto, me siento incómodo. Debe haber parecido importante para los que estaban al mando que aquellos que habían quebrantado al líder de Terra fueran preservados, para luego ser exhibidos como héroes de un nuevo amanecer. Lo mismo se aplicaba a mi hermana en servicio, Aleya, cuyo paradero era, en ese momento, desconocido para mí. Más tarde descubrí que estaba experimentando el mismo cuidado frenético en otras partes del Palacio, por las mismas razones.

No soñé entonces. Aparte de algunas excepciones específicas, no soñamos. Sin embargo, tuve visiones de vigilia de vez en cuando. Me vi de vuelta en la nave, con Aleya a mi lado, atravesando el combate como si fuera la primera vez. Experimenté de nuevo la euforia más inesperada, enjuagando mis arterias torturadas y haciendo que mi corazón se hinchara. Recordé que ella había hablado, solo una vez, antes de que el discurso se volviera imposible, y que me había reído al escucharla.

Luego me agité por completo. Estaba profundamente dentro de los niveles de boticario de la Torre, un lugar de vigas de luz dura y azulejos blancos, encadenados a una losa de metal, mi piel abierta y llena de alambres. Podía ver mis órganos pulsando bajo la gasa de piel de sintetizador, y ver mis señales vitales rastrear a través de lentes de cristal montados sobre la cabeza. Observé mientras los cirujanos trabajaban en mí, sabiendo que estaban operando al límite de su comprensión. El arte de nuestra creación apenas se entiende en estas edades disminuidas, y por lo tanto, el arte de nuestra preservación también es precario.

Sin embargo, tuvieron éxito. Ya sea por inspiración o por providencia o por casualidad, hicieron lo suficiente para permitir que mis sistemas internos volvieran a alinearse. Mi corazón volvió a la vida sin ayuda. Mis pulmones subieron y bajaron. Flexioné el puño y sentí los nervios a lo largo de mis antebrazos tensos.

Cuando recuperé el poder del habla, mi primera palabra fue Ujoma.

La respuesta también fue una sola palabra: Moritoi. Esa noticia fue tanto bienvenida como inoportuna. Significaba que vivía, pero solo dentro de la tumba de un Dreadnought. Me sorprendió, si soy sincero, que todavía

existieran receptáculos adecuados: habíamos puesto en servicio tantas de las escasas máquinas después de la Puerta del León. El hecho de que hubieran asignado uno al último superviviente, aparte de mí, de la expedición vorlesa reforzó la sensación de que nos estaban señalando.
¿Dije el último? No del todo, por supuesto. -**¿Y Tanau Aleya?-** Pregunté. -**¿De la Hermandad Silenciosa?**
No sabían. Me llevó muchos días descubrir que ella también había sobrevivido, y que había sido llevada a la Fortaleza de Obsidiana y atendida por miembros del Adeptus Astra Telepathica. De todas las noticias que recibí en ese extraño período entre la vida y la muerte, fue la más bienvenida. Me habría dolido si su feroz espíritu hubiera sido sacado del universo.
Después de eso, mi recuperación fue rápida, tal como había sido diseñada. Me puse de pie tan pronto como pude, luego caminé, luego comencé a entrenar. Mi lanza guardiana, Gnosis, había sido recuperada y reacondicionada, y una vez que nos reunimos, sentí yo otra vez.
Dejé el boticario y volví a entrar en un mundo aún en ruinas. Cojeé hasta la cima de la Torre y contemplé una escena encerrada con el fino humo de los fuegos que se negaban a apagarse. Áreas enteras de los accesos al Palacio, vistas desde la distancia, estaban ennegrecidas y rotas. El aire olía a ceniza. Un poco más lejos, más allá de los muros y más allá de la ciudad, pude detectar el ruido del conflicto en curso.
Más tarde me enteraría de que la lucha que habíamos entablado en la Puerta del León había sido solo el comienzo. El palacio había sido asegurado, era cierto, pero en todo el mundo, las cosas se habían desmoronado. La liberación de esa energía psiónica tan destructiva, junto con la aparición en el espacio real de lo demoníaco, había destrozado el frágil equilibrio de control que siempre nos habíamos esforzado por mantener. Cuando el Astronomicón se desvaneció, sospeché que se desencadenó más anarquía, impulsada por la repentina retirada de esa seguridad subconsciente de Su presencia entre nosotros. Una vez que la manía se agarra, es difícil deshacerse. Los milenios gastados en privación, con miedo y sospecha, se habían evaporado en un solo instante, abriendo la puerta a impulsos más oscuros. A pesar de los guerreros que el Primarca había traído con él, Terra era un mundo singularmente poblado, uno que

albergaba billones de almas, por lo que someter cada insurrección que todavía estaba en su apogeo sería una tarea larga y ardua.
Respiré el aire, llenando mis pulmones doloridos, saboreando los aromas familiares del único hogar que había conocido. No podría odiar este mundo. Nunca podría odiarlo. Pero no me gustaba en lo que se había convertido y soñaba con que mejorara.
Pregunté por Trajann Valoris, nuestro Capitán General, y me dijeron que había partido hacia el fuerte estelar Ferrum Raptoris. Pregunté por Navradaran, mi amigo, y me dijeron que estaba desaparecido. Eso me preocupó profundamente. Pude descubrir muy poco acerca de dónde podría haber ido: sabía que había regresado de su misión para reunir el Anathema Psykana de regreso a Terra, y me dijeron que fue confirmado vivo después de la Puerta del León. Después de eso, nada. Era de los Ephoroi, los cazadores de cosas secretas, por lo que su ausencia no debería haberme perturbado, pero lo hizo.
En cualquier caso, la ausencia de aquellos con quienes más deseaba hablar significaba que mi primera conversación sobre cualquier consecuencia después de la recuperación no fue con mi propia especie, sino con el Primarca mismo.
El vino a buscarme. Esa fue otra señal. No creo que lo hiciera tan a menudo: la gente estaba más acostumbrada a acercarse a él.
Estaba sentado en mis cámaras espartanas, con paredes de piedra, estudiando los últimos informes tácticos desde más allá de las paredes a la luz de las velas. Ya se habló de reunir fuerzas de ataque para tomar el control de objetivos estratégicos donde la ley se había roto. Nos preocupaba que el desorden ya no se tratara de individuos enloquecidos por las tormentas psíquicas, sino cada vez más motivados por enemigos organizados y considerados del Imperio. Estaba impaciente. En mi opinión, nuestra precaución había sido nuestra mayor debilidad durante demasiado tiempo.
Lo escuché acercarse al marco de hierro de la única puerta de la cámara, e inmediatamente supe quién era. Había escuchado los mismos pasos pesados a bordo del Pesar del Corazón, apresurándome a alcanzarnos antes de que nuestras heridas nos abrumaran. Nunca lo vi, entonces, me desmayé antes de que nos viera, pero aún así reconocí el patrón de su

andar, incluso sin armadura y en un entorno más familiar. Me puse de pie para recibirlo, curioso por saber qué lo había llevado a la Torre.
El entro. Los dinteles aquí estaban entre los pocos en Terra que no tenía que esconderse para pasar. Llevaba una túnica blanca adornada con azul ultramar. Su cabeza estaba desnuda, exponiendo sus rasgos de bordes duros, su cabello recortado, la delgada línea de su boca. Parecía cada centímetro del soldado, con ese perfil contundente que tienen todos sus hermanos del Adeptus Astartes.
No me sobrecogió su ser antes que yo, pero, aun así, tienes que recordar lo que era. Estábamos tan acostumbrados a referirnos a ellos como parte de la historia antigua, estudiando detenidamente sus victorias y derrotas, que al verlo allí ahora, en persona, sentía que había entrado en algún tipo de distorsión temporal.
Se cruzó de brazos y me miró por un momento. Inmediatamente reconocí lo que estaba haciendo. Estaba haciendo lo mismo. Fue un instinto para los dos: evaluar, recopilar datos, evaluar las amenazas y evaluar las oportunidades.
Así como nosotros, de alguna manera. Tan diferente a nosotros en los demás.
-Escudo-Capitán Valerian- dijo. **-Me dijeron que estabas recuperado. Me alegra verlo.**
Asentí. -**Se lo debo a usted, señor.**
-Y te debo la Puerta- dijo, sonriendo levemente. -**Eso nos hace iguales. ¿Cuándo estarás listo para servir de nuevo?**
-Estoy listo ahora.
-Bien-. Se dirigió hacia la ventana estrecha y solitaria de la cámara, desde donde se podían ver algunos de los muchos pináculos de la Torre de Hegemon elevándose contra un cielo oscuro. -**Recuerdo haberme encontrado con Constantin Valdor en esta torre muchas veces. Apenas ha cambiado.**
Valdor Nuestro nombre más venerado, el primer Capitán General, cuya desaparición nunca se había explicado por completo y que había generado interminables teorías y esperanzas, cayó en el habla casualmente como si él también fuera a aparecer en la piedra en cualquier momento.
-¿Eso te decepciona?- Pregunté.

Se volvió hacia mí. -**¿Decepcionarme? No. Me parece tranquilizador. Su tipo, de todos ellos, nunca fue probable que se alteren. Me habría molestado si lo hubieras hecho-.** Extendió la mano y extendió un dedo contra la pared desnuda, tocándola como si quisiera asegurarse de que era realmente la misma sustancia que antes. -**Me preguntan constantemente si estoy decepcionado. Por supuesto, veo cómo han ido las cosas, o podría haber ido, pero entonces, aquí y allá, estoy asombrado de la fuerza que encuentro-.** Me miró. -**Nos dijimos a nosotros mismos, a mí y a mis hermanos, que éramos los guardianes de la especie. Sin nosotros, los que soportamos la traición del Señor de la Guerra, creíamos que no habría esperanza para la humanidad. Pero luego nos llevaron, uno por uno, y aquí todos ustedes están todavía, obstinadamente vivos. Eso podría contar como la mayor sorpresa de todas.**
-El peligro nunca ha sido tan grave.
El asintió. -**Suficientemente cierto. Pero conozco a quienes se mueven contra nosotros. Los conocí en la Era de las Cruzadas, y los conozco ahora. Esa es nuestra esperanza. Recuerdo a Abaddon cuando era primer capitán. Recuerdo cómo estuvo en la Gran Herejía, cuando estuvieron tan cerca de destruirnos. Conozco su mente y sé lo que lo impulsa. ¿Es eso suficiente para detenerlo? No lo sé. Pero al menos tenemos algo.**
Me di cuenta de por qué había venido, entonces. -**No te quedarás en Terra-** le dije.
-No puedo. Mi gente está indefensa allá afuera.
Mi gente.
-Llévame contigo- le dije.
Pareció brevemente sorprendido. **-Mira, todavía eres capaz de sorprenderme-** dijo divertido. -**Pero no presumo que te mando, eso es para tu Capitán General. Él desea que permanezca en Terra, para unirse al esfuerzo de pacificación. Estoy de acuerdo con él. Terra debe mirar a sus propios guardianes.**
Me había sorprendido a mí mismo. Todavía no sé de dónde vinieron las palabras. Tal vez todavía estaba bajo la influencia de mis heridas, pero eso me puso en la retaguardia.
-La guerra no está en Terra- dije.
-La guerra está en todas partes- dijo. -**Tú lo sabes.**

Comencé a preguntarme por qué había venido. Los miembros de mi orden ya habían tomado la nave como parte de la próxima reunión para recuperar el territorio perdido. Si Vorlese me había enseñado algo, era que el viejo conservadurismo sobre nuestro despliegue había llegado a su fin.
Quizás, sin embargo, no se trata de que seamos excepcionales. Quizás esto fue sobre nuestras limitaciones.
Me miró directamente. Su expresión era humana, más humana que la mía.
-Mira, solo quería agradecerte- dijo. -**Para honrarte, como honramos a los de Ultramar. Eres libre de rechazarlo, pero he aprendido que los símbolos son importantes. Tengo en mente una ceremonia. Algo para darle a este mundo ambición, para unirlo. Necesitará esa unidad en los días venideros, ya sea que tenga éxito o no en el vacío.**
Eso fue todo. Así que simplemente expresó, una mera bagatela, un leve gesto. ¿Quién podría rechazarlo? Incluso entonces, mi corazón habló en contra.
Sin embargo, era un Primarca. La posibilidad de renovación estaba ligada a él más que cualquier cosa que hubiera ocurrido en los últimos mil años.
-Cuéntame más- dije.



ALEYA III

No esperaba volver de Vorlese. En verdad, habría sido del todo aceptable si no lo hubiera hecho, la venganza habría sido servida. Valerian podría haber sido insufrible, pero era mortal, y junto con él, sus hermanos y mis hermanas, obtuvimos una recompensa justa por lo que le había hecho a mi viejo mundo natal.

Cuando desperté de nuevo, mucho más tarde, de vuelta en Terra, fue una sorpresa. Durante algún tiempo después, no tenía idea de dónde estaba o qué había sucedido.

Un médico ordenado intentó tomar mi sangre en un punto. La agarré y la inmovilicé contra la pared, esparciendo las líneas de las venas, pensando que de alguna manera era parte de las pesadillas que aún corrían por mi mente despierta. Se necesitaron los detalles de seguridad de la instalación para liberarla y llevarme de vuelta a la cuna, un número significativo de ellos, no me da vergüenza decirlo.

Después de eso, todo volvió lentamente. Recordé nuestra desesperada carrera hacia Terra, en una nave que se estaba desmoronando incluso cuando superamos la oleada de la Grieta. Luego los demonios ante la puerta, los shaitainn, los caballeros grises. Y luego, por último, los Legionarios Negros en esa nave oscura como el hierro, avanzando pesadamente hacia nosotros a través de la penumbra, tan desesperados por matarnos como por gastar nuestra furia en ellos.

Entonces, por todo eso, estaba viva. Mi voto de silencio se había roto en el calor de la lucha, pero solo una alma que aún vivía había escuchado eso, y no tenía que preocuparme por si se lo diría a alguien. ¿Incluso necesitaba conservarlo ahora, cuando se había cambiado mucho más? Decidí aferrarme a eso, al menos por el momento. Algunas cosas, algunas decisiones, se vuelven parte de ti, como una extremidad, incluso si están dañadas.

Había perdido la espada que tomé en esa nave. Todavía tengo el recuerdo más vago de que se hizo añicos, se abrió en un torbellino de piezas con bordes de llamas. Solo la brujería podría haber hecho eso, a pesar de la dificultad que tiene la brujería para encontrar una manera de dañarme. Deben haberse estado desesperando. Me gusta pensar en ellos así.

Una vez que comencé a recuperarme, me pregunté qué vendría después. Sabía que la Hermandad Silenciosa había sido retirada antes de que la Grieta llegara a Terra. No sabía cuán completo fue ese retiro. Quizás todas las miembros vivas de mi Hermandad habían sido encontradas y recuperadas. Creo que es más probable que muchos hayan sido extrañadas y ahora estén muertas o languidecen aún lejos de la ayuda.

Mucho más no me quedó claro. ¿Por qué nos habían llamado de nuevo en ese momento? El Imperio podría haberse beneficiado de nuestro servicio leal hace generaciones, y nunca había elegido buscarnos. Más apremiante, en mi opinión al menos, fue el hecho de que nadie me había dado una buena razón para nuestra larga decadencia y aislamiento. Al principio, sospeché que los adeptos con los que hablé estaban siendo evasivos. Más tarde me di cuenta de la verdad: tampoco tenían idea. Era como un renacido para ellos, un espectro de una época olvidada. El Mundo del Trono era un planeta de eruditos, a los que les gustaba poner las cosas en su lugar, y yo no tenía ningún lugar, propio o de otro tipo.

Pensé que quizás seríamos descartadas nuevamente. A pesar del hecho de que muchas de nosotras ya habíamos muerto en la frenética secuencia de eventos que siguieron a nuestro redescubrimiento, pensé que al menos probablemente algún edicto o reglamento del Consejo nos vería enviadas al vacío, un recordatorio vergonzoso de un Imperio que debería haber muerto hace mucho tiempo.

Me equivoqué al respecto, al menos para empezar. Los Altos Señores, me dijeron, ya no gobernaban el Imperio. Un miembro escandalizado del Adeptus Astra Telepathica me lo dijo, con los ojos muy abiertos con una especie de placer indignado. Los rumores corrían por todo el Senatorum y más allá con respecto a Guilliman, quien, según decían todos, se abría paso entre los escalones del poder como un grox a través de un almacén de forraje. Todo estaba cambiando. Todo sería mejor. La corrupción desaparecería, las victorias comenzarían a llegar.

Humanidad. Tan estúpida, tan débil. Se aferrarían a cualquier cosa en lugar de verse a los ojos y tratar de ser honestos acerca de cómo habían fallado. Guilliman era un individuo. Un alto, sin duda, con una espada impresionante, pero un igual. Podría terminar con una granada de vórtice perdida, o la carga de un Titán, o una brecha solitaria en el núcleo de la disformidad, y luego estaríamos de regreso a donde estábamos antes, solo debilitados por ese iluso y viejo canalla, la esperanza.

Al menos, eso es lo que pensé entonces. Me gustaría pensar lo mismo ahora, pero no puedo, no del todo. No desde que lo conocí.

Todavía estaba bajo el cuidado de los equipos de medicamentos, aunque ya estaban hartos de mí y yo de ellos. En unos pocos días me trasladarían a un destacamento de asalto, y me alegraría ver la parte posterior del mundo que no me ha dado más que desilusión desde que llegué. Pude ver un camino abriéndose para mí, una forma de servir, y comencé a contemplar volver a la guerra.

Entonces él llegó. En mi cámara. Sin previo aviso, sin escolta, vestido con túnicas simples y sin arma visible.

Debo haberlo mirado, estúpidamente, por mucho tiempo.

-Perdóname, hermana- dijo, inclinándose. -**Tengo muy poco tiempo y me agobian con tantas cosas apremiantes, pero tuve que aprovechar la oportunidad mientras estaba aquí. Me dijeron que volviste a la salud.**

¿Qué ve un humano básico cuando ve a un Primarca? No lo sé. Quizás perciben la disformidad que fluye por sus venas. Quizás estén deslumbrados por eso. Tal vez están conmocionados en el silencio.

Vi a un viejo. No importaba que su cuerpo fuera perfecto, y que se transportara con el equilibrio equilibrado de un marine espacial, o que sus ojos ardieran con una luz fría y clara. El era antiguo. Su piel podría haber sido de piedra. Fue expulsado del tiempo, una reliquia giró desde su órbita prescrita y fue lanzada al presente. Despojado del fuego del alma, se parecía a un viejo horno, una vez en llamas, ahora oscuro y resonando.

Si hubiera estado vivo en su propio tiempo, tal vez habría tenido la misma impresión que tuve en ese momento. O tal vez los eones largos lo habían cambiado, quitando lo que una vez lo hizo vital, y dejando solo la concha osificada, lo que lo hizo tan físicamente fuerte.

Pero tenía algo, se lo daré. Era difícil mirarlo a los ojos. No podrías haberte reído de él.

Ya casi estoy señalé, inclinando la cabeza respetuosamente.
-Quieren que te vayas de aquí- me dijo Guilliman. Sospecho que podría haber usado el signo de batalla tan fácilmente como lo entendió, o incluso Marcaideas, pero no lo hizo. -**Eres una vergüenza para demasiadas personas. Quieren que vayas a la guerra lo más rápido posible, fuera de la vista, fuera de la sensación-.** Me miró directamente. Pocas personas alguna vez hicieron eso. -**No quiero eso para ti. Si Valoris no las hubiera llamado a todas cuando lo hizo, ahora las estaría buscando yo mismo. El combate es la parte fácil. Construcción: ese es el desafío.**
Estaba analizando alguna oferta preparada, me di cuenta. No había mentido sobre la presión sobre su escaso tiempo, sin duda era necesario en una docena de otros lugares en ese momento.
Deseo servir señale. Eso, lo reconozco ahora, puede haber sido un error.
-Lo sé- dijo Guilliman. -**Entonces te hago dos pedidos. Son solicitudes, no órdenes, ya que aún no tiene estructuras de mando formales. La primera es que me permites honrarte públicamente. Deseo recordar a este mundo que tiene defensores. El segundo es que no tomas el puesto que te han ofrecido, sino que viajas a Luna. La ciudadela de su Hermandad todavía está allí, aunque en qué estado no lo sé. He designado a un comandante nuevamente para restaurarlo, y deseo que ella tenga el mejor trabajo para ella. ¿Que dice usted?**
Ni siquiera había puesto los ojos en nuestro hogar ancestral desde que regresé a Terra: la capa de nubes tóxicas aquí era demasiado permanente, por lo que es fácil imaginar que la luna simplemente ya no estaba allí.
Yo dudé. Eso no era lo que tenía en mente. Odiaba a Terra, y alejarme de él, alejarme lo más posible, había estado a la vanguardia de mis pensamientos. Incluso me había preguntado si de alguna manera podría encontrar el camino de regreso a Arraissa, para ver si algo había sobrevivido de mi antiguo enclave.
-No sé por qué ni cómo se permitió que tu especie se marchitara- dijo. -**Es posible que nunca se encuentren las respuestas. Pero si quedan algunas pistas, estarán allí, en las ruinas de Somnus.**
Y eso fue lo que lo hizo, por supuesto. Me estaba dando la oportunidad de descubrir respuestas a preguntas que se negaban a desaparecer. Y Somnus no estaba del todo en Terra, así que eso era algo. Por lo que sabía, las cosas

eran diferentes en Luna. Posiblemente podría hacer una mayor marca allí. Podría ayudar a asegurar que los errores del pasado no se repitan.

Entonces dije que sí. Hice el gesto más simple para el afirmativo, y él lo tomó en el sentido de que accedí a sus dos peticiones. En verdad, sin embargo, solo acepté la segunda oferta.

Quizás había entendido mal mi respuesta, y mi posterior envuelta en esa maldita ceremonia fue un error genuino de su parte. Pero no creo que haya cometido muchos errores, y, cuando miro hacia atrás en esa breve conversación, me molesta cuán expertamente me manejó.

Primarcas. Me alegro de que solo tengamos que lidiar con uno de ellos.

Él eligió tenerlo en uno de los grandes recintos al sur de la gran Torre de los Héroes. Podía entender por qué, dada su intención. Muchas de las enormes estructuras que dominaban el espacio abierto todavía estaban dañadas por el primer episodio prolongado de desorden, pero el perfil dominante de la torre proyectaba un aire tranquilizador. Se alzaba en los cielos brumosos como una lanza de granito negro que sobresalía con el paso del tiempo, las numerosas figuras de piedra en sus seis lados llevaban lisas y sin rasgos distintivos. En la cumbre, perdida en la deriva, estaba la Campana de las Almas Perdidas, misericordiosamente silenciosa por el momento.

Había trabajado duro para que el lugar se viera bien. Los titanes se alzaban en filas a través del patio de armas, con sus armas cubiertas con estandartes de batalla y sus torsos jorobados goteando humo. Cuadros de infantería de cientos de unidades de la Guardia Imperial se pusieron firmes, flanqueados por el gruñido de sus columnas de armadura inactiva. Los estandartes se balanceaban desde los balcones de cada edificio, todas representando una gran victoria de la época pasada. Segismundo el Campeón estaba allí, escogido en hilo de oro sobre tela pesada con hierro. Sanguinius también estaba allí, como era de esperar, mostrado en una deslumbrante variedad de presentaciones icónicas aprobadas por Ministorum. La música militar resonaba de los emisores de voz apilados, haciendo temblar el aire y el polvo bajo los pies.

Al pie de la torre, se había erigido un gran escenario. Incluso desde la distancia se veía espectacular, revestido con placa dorada y remates con tachuelas de diamantes, su techo alto estriado con detalles góticos, su corona coronada por los símbolos del Adeptus Terra y Ultramar. Los

escuadrones de muchos marines espaciales estaban en formación de capítulos a su alrededor, todos ellos tan estáticos e imponentes como las estalagmitas. Los ministros de la Iglesia deambulaban por todas partes, rociando incienso con pistolas flotantes, balanceando pesados relicarios, gritando himnos de alabanza al Primarca Retornado y su Padre Eterno.

Debe haber cientos de miles reunidos allí, ocupando cada metro cuadrado de roca, organizados en regimientos y batallones disciplinados, una instantánea perfecta de la máquina de guerra imperial en todo su variado esplendor. Escuadrones de combatientes atmosféricos se dispararon por encima, liberando ráfagas de fuego antiaéreo a medida que avanzaban, seguidos de vuelos coordinados de naves de combate de la Armada Imperial. Los emisores de imágenes vinculados canalizaron cada secuencia coreografiada en las cámaras de visualización comunales de cada unidad hab en el planeta. Cada discurso se grabó a medida que tenía lugar, se transcribió inmediatamente en pergamino y oblea de datos, antes de ser enviado a los centros de transporte para una rápida distribución fuera del mundo.

Sin embargo, no era tonto, Guilliman. Si no era un lector mental literal, entonces era lo suficientemente perceptivo como para saber lo que le importaba a la gente.

Guilliman quería que esto se viera. Él quería que se escuchara. Habría pocas oportunidades para que él reuniera sus fuerzas nuevamente en un lugar donde tal amplia difusión sería posible, por lo que la oportunidad tuvo que ser aprovechada mientras la oportunidad permaneciera.

Tengo que admitir que el efecto fue impresionante. Incluso yo, un alma tan cínica como siempre había usado una armadura imperial, me sorprendió un poco la vista que tenía ante mí. Vi el desfile de héroes, aquellos que habían luchado en la Puerta del León como yo, así como también aquellos que se habían estrellado aquí desde Ultramar, todos ellos llevando sus heridas y su daño de batalla con orgullo, y sentí mi corazón marchito latir. un poco más rápido. Vi la magnitud de lo que se había reunido y comencé a preguntarme, peligrosamente, si algún tipo de avivamiento sería posible después de todo. La torre sobre nosotros había existido por la eternidad, por lo que yo sabía. Su campana había sonado muchas miles de veces, y volvería a sonar, pero todavía estaba vigilada, todavía tendía, y eso contaba para algo.

Los ejércitos reunidos escucharon atentamente los muchos sermones y discursos, todos amplificados desde el escenario por los bancos de emisores de voz. Los generales dieron oraciones sobre el poder infinito de la Guardia Imperial y sus inagotables números, y los almirantes nos dijeron cuántos nuevos acorazados estaban saliendo de las líneas de producción en cien mundos de forja, todos destinados a devolver la lucha al enemigo. Hasta ahora, eso era un poco diferente a las cosas rotadas sin fin que se encuentran en los carretes de propaganda de Ministorum y el Departamento Munitorum, aunque respaldados por algunas imágenes espectaculares.
Pero entonces el Primarca se puso de pie y la multitud rugió. Y quiero decir que rugieron. El ruido era asombroso, surgía de forma espontánea, voluntaria, de bocas que estaban acostumbradas a cerrarse por miedo. Había un borde en ese enorme ruido, un ligero sabor a desesperación. De alguna manera, sentiste que si los Marines Espaciales no hubieran estado allí, o si el escenario no hubiera sido acordonado por múltiples capas de alambres y torretas automáticas, podrían haber subido al podio entonces, desesperados por acercarse al protector en quien tanto se había invertido.
Guilliman se dirigió hacia el atril de proa acilada, su bulto llamativo empujó alto, elevándose sobre los regimientos en masa, y la luz brilló bruscamente en su armadura. No era la luz gris del sol de Terra, por supuesto: poderosos rayos de luz habían sido ingeniosamente dispuestos para converger en él, haciendo que los remolinos metálicos sobre su placa de cobalto ardieran casi dolorosamente. Se movió en un nimbo de oro y plata, con las extremidades borrosas por él. Su rostro nadaba en cada pila de pantallas, impecable y dura como una piedra. Su expresión era exactamente la misma que en sus imágenes sancionadas: resuelta, tranquila, inflexible. Agarró el borde del atril, se inclinó hacia delante y comenzó a hablar.
No recuerdo mucho de lo que dijo. Quizás otros lo hagan, con la intención de recordar cada parte de ella, para que puedan contarles a sus hijos y nietos el momento en que escucharon las palabras de un dios vivo en el terreno sagrado de Terra. Estaba demasiado ocupada maravillada por el efecto que tuvo sobre ellos. El rugido cayó al silencio perfecto. Incluso los motores Titán parecían inmóviles, deteniéndose en reverencia. Todos lo miraron, miles y miles de ojos esperanzados, fijos como un láser en ese único punto. Más allá del patio de armas, sabía que miles de millones más

estarían remachados, acurrucados alrededor de sus pequeñas pantallas de video, entrecerrando los ojos ante las imágenes raspadas y esforzándose por atrapar al siseante audex.
Sin embargo, sí recuerdo el clímax de su oración. Ahí fue donde les habló de su intención, no solo de recuperar el terreno perdido, sino de atacar más allá de eso, convirtiendo la derrota en victoria, tal como lo había hecho en la Era de la Maravilla.
-¡Indomitus!-. Gritó. Creo que fue la primera vez que se le llamó así, al menos en público. -**La cruzada que reconquista, quemando al enemigo de nuestros mundos como la enfermedad se quema del cuerpo. ¡No descansaré! No me detendré. Los golpearé donde estén. Los golpearé mientras huyen. Colocaré sus paredes bajas, abriré sus puertas. Ninguno se salvará, y ninguno será perdonado. Y si alguien le pregunta qué debe sentir hacia aquellos que nos han traído esta guerra, le digo que debe estar agradecido, agradezca que viva en estos tiempos, cuando nuestro largo sueño ha terminado, y podemos levantarnos y recordar que somos fuertes.**
Era imposible no verse afectado por eso. Quizás la respuesta fue más profunda para aquellos con almas, pero incluso me encontré imaginando la cruzada cuando la imaginó para nosotros, tronando en el vacío con su espada en llamas en la cabeza. Me encontré imaginando que él podría ganar. Era un pensamiento sugestivo y peligroso.
Después de eso, el resto pasó en algo borroso. Guilliman honró a aquellos que habían luchado más con él en el camino a Terra. Uno por uno, los héroes de su viaje fueron adelantados, cada uno a los fuelle extático de la multitud. Muchos eran marines espaciales, a quienes imagino que no les importaba la adulación de las masas, pero entendieron lo que Guilliman estaba haciendo y cumplieron su parte en consecuencia.
Luego vino el reconocimiento de la Puerta del León, y, con un repentino aumento de reconocimiento, vi a Valerian caminar hacia el podio, vestido con su armadura restaurada. Era la primera vez que lo veía desde Vorlese. Se quedó sin yelmo, y pude volver a ver esa cara severamente atractiva, serena y sin problemas por el teatro extravagante que lo rodeaba. Sin embargo, ahora tenía cicatrices: heridas de cuchillas malditas que supuse que nunca sanarían adecuadamente.

Me había enviado mensajes durante mi recuperación, pidiéndome una cita. Los había ignorado todos, no porque no quisiera volver a verlo, sino porque, y ahora me estremezco al recordarlo, no estaba lista. No quería que me viera débil. Y no sabía cómo me haría sentir, reunirme con él después de estar tan cerca de la muerte en su compañía.
Puedes pensar que esto es tonto. Recuerde, sin embargo, que no estamos acostumbradas a la bondad de los demás. Estamos acostumbradas a ser rechazadas. Después de un tiempo, se hace más fácil esperar eso y, en consecuencia, es difícil lidiar con cualquier otra cosa. Valerian era un personaje extraño, uno cuya falta básica de comprensión humana lo hizo extrañamente sintonizado con nuestro propio carácter distintivo. Nosotras no lo rechazamos, porque en muchos sentidos no fue rechazado por nada. Simplemente lo era, nada más y nada menos, y eso a veces era difícil de manejar.
Así que lo vi como todos los demás, como espectadora. Vi a Guilliman coronarlo con la corona de laurel tomada de Ultramar, una que se levantó de su armadura como las alas de un águila rizada. Valerian fue nombrado Héroe de la Puerta del León, un antiguo honor tomado de la única vez en la historia que el bastión había sido atacado. Una vez que se colocó la corona, una extraña combinación de librea de Adeptus Astartes con su antiguo perfil de armadura de Adeptus Custodes, Valerian se volvió para mirar a los ejércitos reunidos, bañándose por un momento en una adulación que supongo que por un momento realmente no entendió.
Y entonces fue mi turno. Subí los escalones, vestida también con mi armadura reacondicionada, sintiendo el resplandor de los lúmenes sobre mí, arrastrada por esa pared sonora de vítores. El Primarca me miró y tomó una espada larga con ambas manos. Reconocí la marca de inmediato: una gran espada ejecutor, como la destruida en la nave del infierno, pero mucho más fina. Era vieja. Su antigüedad se desvaneció, tal como lo hizo con él, y supe sin que me dijeran que el arma venía de su edad.
-La Espada Somnus- dijo, ofreciéndomela. **-Una vez soportado por...**
No me digas le advertí. *Ya me has dado demasiado para estar a la altura.*
Él sonrió. Cuando tomé la espada, sintiendo su peso, él levantó la vista. Por un momento, vi su rostro vuelto hacia arriba bañado por una luz intensa, y con tanta cercanía eran visibles los defectos y las imperfecciones en esa

piel endurecida. Era mortal, después de todo. Era un hombre, o como un hombre, limitado por el tiempo y el espacio.
Solo por estar allí junto a él, fui parte del engaño. Estaba en el escenario con él, compartiendo la adulación de la multitud distante, proyectando una imagen de fuerza inefable. Y, sin embargo, al igual que la plataforma en la que nos paramos, la fachada dorada era delgada como una astilla, los cimientos eran toscos y se juntaron rápidamente. Me había dejado acercarme tanto. Entonces quizás no le importó que yo viera la verdad de todo. O quizás él también había sido seducido por su propia retórica.
Me di la vuelta, al igual que Valerian y todos los demás se volvieron, y nos enfrentamos a las multitudes. No sé lo que todos los demás pensaron, viendo la pantalla eufórica. Mis propios sentimientos estaban mezclados. Pude ver el sentido en todo. Pude ver cómo ayudaría a curar heridas recientemente.
Pero todo era tan frágil. Eché un vistazo a Valerian. Como siempre, su expresión era prácticamente ilegible.
Así que miré hacia atrás. Absorbí la adulación. En cualquier otro día, esas personas habrían evitado el contacto visual conmigo, hecho una señal de protección, silbando una maldición o rechazado con disgusto. Ahora estaban vitoreando.
Disfrútalo mientras puedas me dije. *No puede durar.*



JEK IV

Perdonará, espero, la densidad de detalles aquí mientras trato de explicar la situación que nos enfrentó una vez que se fue. No te cansaré con toda su complejidad, como todas las historias, esto es, por supuesto, una simplificación, pero solo se requerirá una pequeña explicación, al principio.

Durante diez mil años, una única institución, compuesta por solo doce hombres y mujeres, había gobernado el Imperio. Los Altos Señores de Terra habían sido acusados, a lo largo de muchas generaciones, de todas las grandes decisiones del estado, guiando a nuestra especie a través de sus muchas pruebas y desafíos. No existía un poder mayor dentro de las muchas capas del Adeptus Terra. Los Altos Señores mismos siempre fueron regentes, siempre mayordomos, operando como intermediarios entre nosotros y Aquel que eternamente nos guía desde Su Trono Dorado, intentando adivinar Su voluntad a través de la especulación, la erudición, la utilización de la oración o el Tarot. Ninguno los desafió, por todo eso. Pueden haber sido regentes, pero se comportaron como reyes.

Ahora la situación había cambiado. Menos de cuatro meses después de nuestra breve reunión en sus cámaras, y justo después de organizar su gran ceremonia de renovación, Guilliman dejó Terra. Fue él quien interpretó la voluntad del emperador. Además de convertirse en el Señor Comandante de las fuerzas militares del Imperio, también asumió el manto del Regente Imperial. Los Altos Señores habían estado acostumbrados a servir a un dios silencioso. Ahora servían a un hombre vivo. Creo que incluso ellos tardaron en darse cuenta de lo que eso significaba.

La implicación más inmediata fue el cambio de personal. Guilliman no había perdido tiempo en imponer su voluntad al Senatorum, sabiendo que mientras estaba completamente ocupado en asuntos de guerra, necesitaría delegados fiables en Terra para mantener en funcionamiento los negocios del gobierno. Les había hablado a todos individualmente. De

los doce originales, cinco fueron reemplazados, uno como resultado de la muerte, los otros cuatro como resultado del mando de Guilliman.
La víctima de más alto perfil fue Irthu Haemotalion, el antiguo Maestro del Administratum. Había sido el más poderoso de los viejos Doce, y uno de los más antiguos. Inmediatamente después de la catástrofe que nos golpeó, había defendido con gran fuerza la política de reducción, ordenando el cese del tráfico nulo incluso de corto alcance mientras el Astronomicón estaba inactivo. Si ese edicto se hubiera observado estrictamente, habríamos perdido la Puerta Vorlese, retrasando así la Cruzada Indomitus por muchos años. Solo por ese error de juicio fue responsable de la remoción, pero había otras marcas en contra de su carácter. Fue uno de los principales miembros de lo que se conocía en el Palacio como la Tendencia Estática: la posición de que la constitución del Imperio había demostrado ser perfecta mediante una comprensión clara de la ley y la teología histórica, y que cualquier intento de cambiar fundamentalmente el asentamiento establecido equivalía a traicionar al Emperador mismo. Haemotalion nunca habría aceptado ni siquiera las reformas más tentativas de Guilliman, por lo que fue destituido de su cargo con efecto inmediato.
Con él fue Uila Lamma, el enviado paternoval; Khania Dhanda, la portavoz de los capitanes cartistas; y Baldo Slyst, el eclesiarca. Lamma partió por razones que me eludieron. Ella había apoyado los intentos de mi antiguo maestro de volver a poner en servicio activo a los Custodios Adeptus, y de hecho había ido más lejos que la mayoría al argumentar por revisiones generales de las leyes que nos gobernaban. Tal vez ese había sido su error, podría haber sido demasiado entusiasta. Guilliman, después de todo, había sido el autor del Codex Astartes, así como muchos otros elementos del Lex Imperialis, y no tenía ningún deseo de efectuar una revolución a gran escala, solo hizo los cambios que consideró necesarios para garantizar la supervivencia.
Slyst, por el contrario, fue uno de los adherentes más estrictos de la tendencia estática que he conocido. Era un hombre impulsivo, uno para quien la interpretación más estrecha de la voluntad del Emperador era la única tolerable. Dado su temperamento e influencia sobre la Iglesia en expansión, como Haemotalion, no podría haber permanecido en su lugar. Dhanda continuó como portavoz, pero Guilliman decidió que el Consejo debía orientarse más estrechamente hacia asuntos militares, en lugar de

civiles. Como resultado, dejó de ser contada como un Gran Señor y se retiró a su fortaleza en el Nexus Axiomatic para reconstruir las redes comerciales que habían sido tan dañadas por la agitación psiónica durante la interrupción de Beacon.

Después de esas cinco salidas llegaron cinco recién llegados. La nueva Maestra del Administratum era Violeta Roskavler, que anteriormente había dirigido el Departamento Munitorum. Tenía una reputación como genio de la logística, adecuadamente, dado su papel anterior, y había sido elegida para garantizar que la Cruzada Indomitus se mantuviera completamente abastecida. No se creía que fuera abiertamente política, lo que reflejaba, supongo, la nueva dirección militar del Consejo. Tampoco era nativa de Terra, sino que provenía del mundo de hielo y fuego de Inwit, aunque eso significaba relativamente poco en un Imperio de un millón de planetas. Por lo que sabía de ella, me gustaba: era sensata y trabajadora. Me preguntaba si ella tenía el temperamento para el pozo de la serpiente del Senatorum, pero eso solo se podía probar sobreviviendo, y estaba preparada para darle el beneficio de la duda.

Junto a ella, el nuevo Maestro del Astronómico era Lucius Throde, tomado del personal de Kerapliades en el Adeptus Astra Telepathica y se le dio la difícil tarea de poner en orden la Fortaleza Prohibida. El nuevo Ecclesiarca era Eos Ritira, a quien Guilliman había traído con él desde Ultramar y que era visto como un reformador. El nuevo Enviado Paternoval era Kadak Mir, quien, como siempre, era una cifra para los verdaderos maestros de las antiguas Casas Navegantes. Sin embargo, el mayor interés para mí fue el reemplazo de Dhanda. Mar Av Ashariel era la Señora Comandante Militante de la Guardia Imperial, una posición que siempre había sido excepcionalmente poderosa, pero con la elevación al Alto Consejo se hizo aún más influyente. La motivación era evidente: la Guardia proporcionaría la mayor parte de la fuerza de combate de la Cruzada Indomitus, por lo que era claramente ventajoso tener a su defensor en la mesa más alta de todas.

Una vez que el polvo se asentó en los cambios, me dejaron reflexionar sobre tres conclusiones principales. La primera fue que el equilibrio de poder en el Consejo ahora estaba firmemente con las diversas ramas del ejército imperial. Estaba claro que a Terra se le había ordenado servir a la cruzada, no al revés. La segunda fue que la tendencia estática se había

debilitado, pero no erradicado. Se sabía que algunos miembros supervivientes del Consejo, como el Gran Provost Mariscal y el Gran Maestro de Asesinos, eran simpatizantes estáticos, lo que demostró el difícil acto de equilibrio entre las facciones que Guilliman intentaba lograr. En tercer lugar, los recién llegados eran en muchos casos políticos inexpertos, al menos en contraste con sus homólogos titulares, por lo que tendrían una fuerte curva de aprendizaje por delante si debían defenderse en medio de los planes envenenados de los juegos de poder del Senatorum.

Mi único deseo era ayudarlos. No tenía una agenda propia, aparte de ver que el Consejo volviera a su plena efectividad. Fui una de esos muchos miles de adeptos cuya vida y propósito estaban totalmente ligados a la Gran Máquina, como la llamamos: la imponente burocracia del poderoso edificio imperial. Éramos asesores, académicos, facilitadores y funcionarios, capacitados para cumplir con la letra de la ley y nunca excederla.

Ese principio es muy fácil de establecer y, sin embargo, en la práctica es muy difícil de lograr. Había observado la conducta de Tieron durante las décadas anteriores, y ocasionalmente me negué ante sus elecciones, particularmente cuando impulsó una política específica propia o se apoyó fuertemente en alguien para hacer algo. Ahora, habiendo sido colocada en la misma posición, entiendo un poco más por qué tomó tales decisiones. La imparcialidad es una posición terrible para mantener, como caminar a lo largo de una cresta estrecha entre abismos a ambos lados. Hubiera sido bastante difícil en tiempos normales, pero ahora estábamos acosados por vendavales sin precedentes, susceptibles de ser arrojados de nuestros pies y enviados a caer de una manera u otra.

Sabía que tenía que actuar con rapidez, asegurar mi posición y buscar lo que quería. Me senté con Mardoqueo, y estudiamos detenidamente las biografías de aquellos a quienes ahora servíamos, y consideramos lo que sabíamos y lo que no. Las palabras de Guilliman para mí aún resonaban en mi mente. Las reformas habían sido promulgadas, y ahora tenía que mantenerlas. Algunos ya lo llamaban Consejo de Reforma, como si su lugar en los libros de historia ya estuviera asegurado.

-Debemos movernos junto a la nueva sangre- dijo Mardoqueo, de mala gana. No le gustó en absoluto la idea de que hubiera sangre nueva. -

Hacernos indispensables.
Tenía razón, pero tenía que elegir mi camino con cuidado. No se podía ver que mostrara favor a un lado u otro. Todavía no dominaba las densas redes de obligación y mecenazgo de Tieron, por lo que tuve que confiar en la persuasión y el argumento, siempre la herramienta más débil a nuestra disposición.
-Estamos desprotegidos- dije, estudiando montones de libros que me enviaron mis esquoliastas. -**Las murallas están vacías. La anarquía está empeorando. No se puede permitir que continúe.**
Mardoqueo me miró. -**Entonces has decidido a quién ver primero-** dijo.
-Si- dije, levantándome. -**Deséame suerte.**
Tomó mucho tiempo asegurar una reunión. Había muchas razones posibles para esto: el Senatorum todavía estaba en un estado de desorden, los nuevos Altos Señores aún trasladaban a su extenso personal a sus oficinas asignadas, las comunicaciones aún eran irregulares. O tal vez simplemente no quería verme.
Los Altos Señores, en mi experiencia, siempre fueron personajes espinosos. No tenían tiempo para tontos o débiles. Cada una de sus decisiones gobernó la vida de miles de millones, y ese nivel de responsabilidad los hizo, como mínimo, difíciles de manejar. Tenías que mirarlos a los ojos, mostrarles que te referías a negocios; nunca emitas un aire de deferencia indebida o falta de voluntad, o te atropellarán.
Así que seguí con eso. Nunca fui a él en persona, sino que siempre enviaba subordinados, sin tener la intención de devaluar la oficina que sostenía rogando. Finalmente, después de haber dejado en claro que no me iba a ir, recibí la aceptación que estaba después de un acuerdo, firmado por un adepto junior y transmitido por un canal no seguro.
Eso fue leve, pero podría ignorarse por el momento. Tendría que aprender, con el tiempo, que el Consejo dependía de sus asesores, y que sin nosotros nada se podría lograr.
Llevaba mi túnica formal de oficina, junto con la pesada cadena de aquila que Tieron en sus últimos años como canciller rara vez se había molestado en ponerse. Tomé una barcaza gravitacional hacia su fortaleza, encaramada en los altos acantilados del norte del Muro Exterior. Los edificios allí eran gruesos, sombríos, hechos para resistir ataques orbitales. Cada aspecto de ellos era militar, desde el perfil utilitario de las altas murallas hasta la

fuerte presencia de drones en los cielos de arriba. Nuestra barcaza fue desafiada varias veces en el vuelo de entrada, y todo el tiempo estuvo a la sombra de aviones de ataque rápido repletos de cañones de choque.
Era tarde en el día cuando nos dieron permiso para ingresar a los hangares principales, y para entonces los cielos grises oscuros se abrieron paso por encima. La peor de las tormentas psíquicas había disminuido en esa etapa, y todos nos habíamos acostumbrado nuevamente al calor y la humedad constantes del clima terrano. El tráfico aéreo había regresado después del breve hiato durante los disturbios importantes, y las unidades de Arbites todavía en gran número, pero no obstante había una tensión allí, una que los grandes desfiles solo habían eclipsado temporalmente. Miré a las oscuras agujas, muchas todavía carbonizadas y ardiendo, y vi un mundo tenso listo para volver a encenderse.
Fuimos escoltados dentro del interior del hangar por no menos de seis voladores cazadores-asesinos. Una vez que mi barcaza se puso en marcha, recogí mi túnica y caminé por la rampa para ser recibida por una delegación de oficiales de la Guardia. El más antiguo de ellos era un capitán del regimiento, un hombre con un uniforme de color caqui y una media capa negra. Ahora, eso fue realmente insultante.
-Saludos, señora canciller- dijo, haciendo el signo del aquila. **-Capitán Slef Derrem a su servicio. El Gran Señor te espera.**
Me puse delante de él. Lo miré lentamente de arriba abajo. **-El protocolo exige la recepción del rango de coronel o superior-** dije bruscamente. -**La próxima vez, asegúrate de enviar a alguien apropiado-.** Derrem se puso un poco rígido, pero no le di oportunidad de responder, ya fuera para protestar o disculparse, y partió.
Caminamos en silencio desde el hangar hasta las habitaciones del Gran Señor. Fue un viaje largo, y el capitán pareció encontrarlo incómodo, sin duda estaba acostumbrado a tratar con subordinados que corrían a obedecer sus órdenes. Me quedé relajada. Este fue un pequeño juego, del tipo que todos tuvimos que disfrutar al principio. Llegamos a nuestro destino, y Derrem se retiró. Fui escoltada a las cámaras personales del Gran Señor por adeptos civiles con túnicas negras. Llegamos a un par de altas puertas de acero, ambas con el sello grabado de la Guardia. Estos se abrieron cuando nos acercamos, y fui conducida dentro.

La cámara más allá era grande y vieja. Había visto días mejores, y sus ocupantes no eran del tipo que se preocupara demasiado por la decoración. Se parecía mucho a lo que imagino que un búnker de mando se vería en un campo de batalla planetario, lleno de generadores de hololitos y bancos de equipos de comunicaciones. Una hilera de estandartes de batalla colgaba a lo largo de una pared, todos con cadenas doradas. Las cabezas de las águilas de granito sobresalían de las paredes interiores de la cámara. Todo estaba impecablemente limpio, aunque utilitario.
Mar Av Ashariel estaba de pie frente a un gran escritorio de piedra rocosa, con los brazos cruzados, tan sólido y desagradable como el resto del contenido de la habitación. Llevaba el uniforme de gala verde y negro de su antiguo regimiento, los Catharti Arraigners, uno de los legendarios Antiguos Cien de Terra (Old Hundred of Terra en el original nt). Una línea de medallas de hierro estaba en su pecho tenso, y un sable con una empuñadura de ébano colgaba de su cintura. Era bajo, de constitución poderosa, con un cuello grueso y cabello blanco muy corto.
-Mi señor- dije, asintiendo con la cabeza por una fracción.
Él gruñó. Pude ver pasar una moneda de un dedo a otro dentro de un puño cerrado. No estaba segura de por qué estaba haciendo eso. Quizás para mostrar la poca importancia que le dio a esta reunión.
-Confío en que se le haya brindado la asistencia que necesita- le dije -**desde que asumió su cargo.**
-Nada funciona- dijo. Su voz era brusca y tensa, ronca por años de gritos de voces bajo fuego. **-El lugar es un desastre.**
Me decidí por un encuentro agotador. -**Apreciará que hemos estado operando bajo coacción estos últimos meses. Las cosas mejorarán.**
-Eso espero- dijo. Desdobló sus brazos. -**Entonces, ¿qué quieres, canciller? Estoy ocupado. En caso de que se te haya olvidado, hay una cruzada en curso.**
-No te habría molestado si no fuera importante-. Todavía estaba jugando con esa maldita moneda. Sentí ganas de quitársela. -**Raramente un Alto Consejo contiene tantos miembros nuevos como lo hace ahora. Nos enfrentamos a la mayor amenaza a nuestra existencia que hemos conocido desde la Gran Herejía, y los recursos disponibles para nosotros son más escasos de lo que puedo recordar. Está acostumbrado al mando**

de campo, señor, pero es posible que no esté familiarizado con cómo funcionan las cosas aquí. Vengo a ofrecerte mi ayuda. Debe recordar que las capacidades de mí y de mi personal están a su disposición.
Ashariel me miró sin comprender. Comencé a preguntarme qué tan agudo era realmente. Tenía una reputación de brillantez táctica, pero tal vez eso significaba poco cuando los rayos láser no estaban volando. -**Tengo mi propio personal-** dijo.
-Sí, lo sé. Pero esta es Terra-. Crucé mis propios brazos, manteniendo mi cadena de aquila a la vista. -**Seré franca. Me preocupa el ritmo del cambio. Este mundo todavía está solo gobernado a medias. Estamos fuera de contacto con gran parte del hemisferio sur, y grandes áreas dentro del rango de comunicación permanecen bajo dudoso control. Eso es desmesurado. Este es el Mundo del Trono, y apenas lo dominamos-.** Parecía que deseaba intervenir, pero seguí hablando. -**Si las cosas fueran de otra manera, estaríamos retirando a los regimientos de una docena de sectores para apagar estos incendios, pero no podemos, porque Señor Guilliman se los ha llevado a todos con él. Hay algunos en el Consejo que se mantienen relajados al respecto, pero no comparto su confianza. Tienes fama de hombre prudente, mi señor. Sospecho que tampoco estás convencido.**
Ashariel volvió a gruñir. Su cuerpo proyectaba un aire de asombrosa inmovilidad, como si todo el bastión pudiera hundirse en escombros a su alrededor y él todavía estaría allí, feo y desagradable. -**Indomitus ha sido lanzado-** dijo, sin cambiar el tono de su voz. **-Se están movilizando mil regimientos de mil mundos. Todos los activos navales desde aquí hasta Vigilus son requisados para la transferencia de tropas. Mi personal de comunicaciones toma cien mensajes cada hora, de cada mundo atrasado del que tú y yo nunca hemos oído hablar, exigen todas armas y armaduras. Esa es la realidad. Esa es la prioridad.**
-Para el Imperio, sin duda- dije. -**Pero eso solo importa si el centro aguanta-.** Miré las hileras de estandartes que mantenía enrolladas. -**Hay muchas batallas, algunas más fáciles de espiar que otras. Aquí hay una lucha por nuestra alma, justo debajo de nuestras narices, y eso me ocupa tanto como los frentes de batalla del vacío.**
-Estas cosas son de tu incumbencia.

-No- le dije, volviéndome hacia él. -**Son tuyos. Ese es el punto-.** Intenté encontrar las palabras adecuadas para convencerlo. -**Escúchame. El regente ha hecho grandes cambios. Algunos han sido bienvenidos, otros no. Algunos lo ven como el salvador de nuestra época, otros desean que nunca haya regresado. Ahora que se ha ido nuevamente, esas batallas solo crecerán, y tendrán lugar aquí, en un mundo que está magullado y sangrando y maduro para volver a la anarquía. Si un enemigo quisiera desentrañar todo lo que ha hecho, entonces lo utilizarían.** Me estaba escuchando. **-Todos los ojos se vuelven hacia las estrellas. Pero si no hacemos que las masas se sientan seguras de nuevo, entonces perderá su confianza, y con ello el Consejo.**
El olisqueó. **-Nunca me importó la opinión de las masas.**
-Eras un soldado entonces. Ahora eres un ministro del Trono.
Podría haberlo imaginado, pero pensé que él hizo una mueca ante eso. Tal vez había tomado el puesto fuera de servicio, y hubiera preferido su antigua vida de raciones, transportes y búnkeres subterráneos.
-Diga lo que quiere, entonces- dijo con brusquedad. -**Claramente.**
-Tres regimientos más completos de la Guardia Imperial, aquí, aterrizaron en el mundo, para reforzar lo que ya está guarnecido- dije. **-Un grupo de batalla de nivel subsector en órbita lista para atacar. Centros de mandos conjuntos establecidos en cada nexo planetario. Terra colocada bajo edicto general de control.**
Él sonrió. No fue agradable presenciarlo. -**¿Y de qué frente de batalla sacarías estas fuerzas, canciller?**
Lo miré a los ojos. **-Eso es para que usted decida, mi señor-** le dije. -**Usted da las órdenes.**
Había hecho el cálculo de que Ashariel era un hombre al que le gustaba ser enfrentado. Tal hombre, en mi opinión, trataría con un igual mientras desdeña a un subordinado. La adulación tendría poco efecto y las amenazas ninguna.
Siempre había existido la posibilidad de que me equivocara.
-Lo que pides es imposible- dijo Ashariel, su breve sonrisa muriendo. -**Terra tiene sus propios protectores-.**
Todavía lo miraba a los ojos. **-No serán suficientes-** dije.
Me miró directamente. -**Las cosas han cambiado ahora, canciller. Otros, incluido usted, deben comenzar a aprender lo que eso significa.**

-Piensa en ello, te insto.

-Lo he hecho-. Había un placer frío, creo, en esos ojos porcinos. -**Durante generaciones, los Altos Señores han tratado a la Guardia como infinitamente prescindible. Fuimos sacrificados, por miles de millones, por Terra. Ahora ha llegado un general, digno de servicio, que lleva la lucha al enemigo, no solo para detenerlos, sino para derrotarlos. Si este mundo fuera vaciado, sus catedrales silenciadas, sus colmenas desnudas, eso sería una victoria. ¿Me entiende, canciller? No me importa nada este planeta. El destino de un millón de otros mundos es mi preocupación ahora.**

No esperaba eso. Los Altos Señores siempre se habían peleado y tramado, pero siempre por el mismo premio. Ahora, al parecer, eso ya no era lo que más codiciaban. Había mayores objetivos, mayores peligros, mayores juegos.

Quizás Ashariel tenía razón. Quizás necesitaba saber qué significaba todo esto.

-No puedes creer eso- dije, pero no pude hacer la declaración.

Se dio la vuelta.

-Ve ahora, canciller- dijo con desdén. **-Encuentra otro objetivo para tus intrigas. Tengo una cruzada que pendiente.**



VALERIAN V

Se llamaría la Cámara Argenta. No sé quién lo diseñó así, no fui yo. Un nombre simple, según nuestros estándares, y uno que tenía poco peso. Sospecho que ese era el propósito: fusionarse con los muchos miles de otras facciones y cuadros y grupos operativos del Escudo de Aquilan, para que, si alguna vez se mantuvieran registros de lo que habíamos hecho, podrían pasarse por alto u olvidarse rápidamente. Estos fueron los tiempos en que ahora vivíamos.

Durante toda la historia de nuestro servicio, habíamos sido organizados de forma flexible. Nuestras formaciones eran cosas fugaces, en general, juntas para contrarrestar amenazas específicas, luego disueltas o cambiadas. Éramos demasiado individuales para luchar juntos en rígidos batallones, y nuestra jerarquía no era profunda. La Cámara Argenta fue una de las docenas de destacamentos en los que había trabajado durante los largos años, y no esperaba que durara mucho más que cualquiera de los otros. Yo iba a ser su líder, un Capitán Escudos, tal como lo había sido durante mucho tiempo. Los que estaban sirviendo conmigo, seis guerreros tomados de varias otras cámaras, en su mayoría no estaban familiarizados. Había peleado junto a nuestro vexillus pretor en una ocasión anterior, durante un encuentro que no mencionaré aquí. Se llamaba Ravathain, y admiraba su habilidad con la espada centinela. Hablaba suavemente y tenía rasgos gentiles, pero había una oscuridad en su juego de espadas, como si en esa acción se sintiera libre de descargar un aspecto de sí mismo que normalmente se mantenía suprimido. Si es así, no desaprobé el principio. En combate, éramos más libres que en cualquier otro momento. Muchos de nosotros matábamos como un raro momento de expresión en medio de una vida de deber casi implacable. Lo había hecho yo mismo, en Heartspite, y sentí que volvería a hacerlo.

Los nombres de los otros cinco fueron Halleon, Anonasta, Kleas, Ximander y Penjad. Los miré a la cara en nuestra primera reunión, y vi las líneas

perfectas de sus rasgos, ambientados en ébano profundo, ámbar suave o blanco porcelana. Cada uno había sido tomado de una sociedad diferente, arrancado de lazos de camaradería de corta duración y puesto en una nueva nave de mando. Traerían poco con ellos además de ellos mismos. No llevarían insignias de lealtad o íconos de triunfo, solo sus nombres, sus acciones, sus recuerdos perfectos.

Hablamos, esa noche, en una de las muchas cámaras antiguas de la Torre. Las velas estaban encendidas, haciendo que nuestra armadura brillara con manchas vacilantes de oro ámbar. Nos dijimos lo que habíamos hecho, cuando la guerra llegó a Terra. Se había convertido en un hábito entre nosotros, contar nuestras obras en esa hora singular. Quizás, desprovisto de mucho más, era una forma de unirnos. Me enteré de que Kleas había estado a la vista del primarca durante gran parte de la lucha. Me enteré de que Ximander era el único superviviente de su compañía de escudos, la Clave Esmeralda. Me enteré de que Penjad había sufrido una herida tan grave que durante muchos días después de la batalla, su destino parecía llevarlo al Moritoi, y que Halleon y Anonasta, por casualidad o providencia, habían estado aguantando en el flanco medio derecho del avance principal, y por eso había tenido el honor de marchar junto a Trajann Valoris una vez que la espalda del enemigo se había roto.

En cuanto a mí, les dije lo que había hecho, aunque supuse que ya lo sabían. Era un Héroe de la Puerta del León, después de todo, regalé la corona de laurel en honor a mis actos allí y después. No me enorgullecía y no sentía vergüenza mientras hablaba. Lo dije justamente, recordando el papel desempeñado por Justicar Alcuin y sus hermanos, así como el papel desempeñado por Tanau Aleya y sus Hermanas. Cuando las palabras salieron de mi boca, recordé cómo había sido, con los fuegos estallando como el aceite del suelo bajo nuestros pies, rojos y enojados como la sangre del corazón, el demonio gritando. Si cerraba los ojos, podría haber vuelto allí, a la sombra de la bestia.

El mundo parecía un poco más gris, después de eso. Parecía un poco más frío, con el vívido horror que se desvaneció. Como los mortales que parpadean después de mirar al sol, tuvimos que reajustarnos, calibrar nuestra realidad contra un criterio diferente.

Todos conocíamos nuestro deber. El Mundo Trono había sido herido profundamente. Millones habían sido asesinados o dispersados, causando

una anarquía generalizada en todos los sectores urbanos. La apertura de la Gran Grieta había afectado este lugar más agudamente que muchos mundos, a pesar de nuestra distancia física de su epicentro, porque la Grieta era una creación del éter, y Terra estaba anclada en el otro reino más profundamente que cualquier otro mundo habitado por humanidad. Aquellos dotados con Vista habían sido cegados, y aquellos sensibles a las corrientes del Océano Invisible habían sido sacrificados. El desorden seguía reinando, y no se podía permitir que continuara.
-Ahora tenemos un nombre- les dije. -**Los Astillados.**
El término nos llegó de los muchos agentes que todavía habíamos dispersado por las conurbaciones rezagadas y humeantes. Las cosas se habían vuelto peligrosas para ellos, y muchos habían dejado de informar, pero todavía teníamos una red dañada de espías, acosados y aislados, pero cumpliendo con su deber como los habíamos entrenado.
-Suposición- dije. -**La conmoción de la Grieta dio lugar a muchos cultos y rebeliones, impulsados por la locura de la brecha. Estos fueron fenómenos del evento, y estaban contenidos. Pero el enemigo está en camino, esto lo sabemos. Entonces habrá otros, planeados con mayor precisión, diseñados para causar debilidad a más largo plazo.**
Ellos escucharon. Ellos sabían esto. Estábamos ensayando las razones de nuestras acciones, tal como lo hacíamos a menudo, diciendo el nombre de la causa antes de levantar nuestras armas contra ella.
-Los Astillados son uno de esos grupos. O, debería decir, grupos. Creemos que muchos cultos toman el nombre, algunos que no saben lo que significa, otros que sí, y estos están trabajando hacia un único objetivo. ¿Qué es eso? Podemos asumirlo. Quieren acosarnos, mantenernos ocupados. Desean interrumpir, para evitar que este mundo recupere su equilibrio nuevamente. Si Terra es inestable, el Imperio es inestable.
Ravathain me miró atentamente. -**Entonces el Imperio debería mirarlos-** ofreció.
Sabía a qué se refería. Antes de Vorlese, podría haber dicho lo mismo. Nuestra tarea en ese entonces había sido limitada: proteger el Palacio, cazar solo aquellas amenazas que conducían directamente a la cámara del Trono. Ahora, sin embargo, nos habían dado licencia para más. Mis acciones habían jugado un pequeño papel en eso, era cierto, pero el cambio ya estaba llegando. Todo estaba conectado, ahora. Cada nodo

sangraba en todos los demás, un proceso impulsado por nuestra debilidad frente al enemigo que se avecinaba.
O tal vez Ravathain simplemente quería decir que esta cantera estaba debajo de nosotros. Nos habíamos enfrentado al demonio del gran desmoronamiento, por lo que era natural ver a cualquier otro enemigo como indigno de nuestra atención. En eso, también, tuve algo de simpatía.
-El Regente nos ha encargado esta tarea- dije, e inmediatamente lamenté la elección de las palabras. Ravathain estaba demasiado inquieto para regalar mucho, pero no era un tonto. Sabía que aceptar el Laurel no había sido recibido con entusiasmo por todos mis camaradas. Sería visto como la criatura de Guilliman, sea cual sea la verdad del asunto.
Pero nos habíamos convertido en una orden orgullosa. Tal vez ese siempre había sido nuestro camino, pero me pareció que no podíamos darnos mucho orgullo en esta era actual. Estoy seguro de que hace mucho tiempo un Custodio habría despreciado los honores de un primarca, sabiendo que fuimos creados para un propósito superior al que representaban. En Guilliman, sin embargo, vi una gran esperanza de renovación. Si eso significaba tragar algo de ese orgullo infinito, solo para darle los símbolos que necesitaba, entonces estaba preparado para hacerlo. No me hizo su criatura. No era la criatura de nadie, excepto de la que nos había creado.
-¿Y el Capitán General?- Preguntó Ravathain.
-Está de acuerdo- dije.
Ravathain asintió con la cabeza. Saber que Valoris estaba detrás de la orden parecía ser suficiente.
Puede pensar que este intercambio es leve, apenas digno de mención. Sin embargo, para nosotros, acostumbrados a milenios de servicio sin complicaciones, nos sentimos casi disidentes. Teníamos que adaptarnos, haber sido arrastrados a la intemperie por las circunstancias, y aquí había incertidumbre.
-Si Terra permanece en agitación, el Trono no puede ser protegido- continué, reforzando el punto esencial. -**Ese es el cálculo. Quedan muy pocos para sofocar estos incendios, por lo que debemos hacerlo. Es un trabajo honorable. E incluso si no fuera así, el deber nos obliga a obedecer.**
-Entonces tienes un objetivo en mente- dijo Anonasta, la que tenía la piel blanca como la porcelana.

-Sí- dije.
Sacamos una cañonera Talion del Palacio. El vehículo era uno de nuestros transportes más pequeños, capaz de transportar a los siete pero con poco espacio para más. Este, Rastava, había visto acción durante la incursión de la Puerta del León y todavía tenía las cicatrices de la misma. Se había sometido a un amplio reacondicionamiento, incluida la purificación ritual de sus sistemas, pero sus líneas doradas aún estaban ennegrecidas.
Nos llevó algo de tiempo atravesar las paredes. La seguridad en el Palacio estaba apretada, alimentada por una paranoia que había tardado en menguar. Fuimos desafiados por centinelas de nuestra propia orden, así como también rastreados por los escáneres de una docena de otros. Los Caballeros Grises de Titán habían dejado miembros de su hermandad dentro del Palacio Interior, y aunque su presencia estaba oculta para la mayoría, sabíamos cuándo nos estaban mirando. Sin duda, los altos miembros de la Inquisición también vigilaban de cerca el tráfico aéreo, al igual que los ejércitos permanentes de los Centinelas Palatinos y los Negros Lucifer, además de los niveles más altos de los Adeptus Arbites. Tantas facciones y clados, todos superpuestos, todos mirando, todos con los dedos en el gatillo.
Dejé a Ravathain para responder a cualquier saludo digno de nuestra atención, y estudié desde los portales frontales. Una vez a través de las paredes principales fuertemente blindadas, pasando a través del destello estroboscópico de los largos túneles de salida donde las filas de cañones de supresión colgaban en sus jaulas de lanzamiento, salimos a la familiar bruma marrón-gris de la luz del día de Terra.
Recordé cómo me había parecido justo al comienzo de esta agitación, antes de que vinieran los demonios. Luego, las líneas de bloques de habitáculos habían sido sombrías en su inmensidad pura, extendiéndose por kilómetro tras kilómetro. Los asentamientos y barrios bajos parecían grotescamente eternos, un monumento a la estasis, algo que nunca podría ser sacudido, y mucho menos roto.
Ahora esas filas estaban empañadas, marcadas por agujeros como las encías arrugadas. Incluso tan alto que podía oler el hedor acre de ardor, la marca de incendios de bajo nivel aún murmurando en la superficie. El tráfico aéreo era una fracción de lo que había sido: la mayoría de los vehículos en lo alto estaban fuertemente blindados y se movían en

convoyes vigilados. Formaciones de cazas *Lightning* merodeaban a gran altura, golpeando largas estelas a través de la agitada capa de nubes.
Pude ver claramente gubias a nivel del suelo: avenidas enteras, primero niveladas por incendios y luego luchando, antes de que todo fuera arrasado después de todo para negar la cobertura a un enemigo resistente y esquivo. En los primeros días de las insurrecciones, por supuesto, ni siquiera sabíamos quién era realmente el enemigo. Algunos eran cultos de los perdidos y los condenados, sembrados durante largos años antes de permanecer latentes. Otros eran nidos de Demonios, que estallaban espontáneamente a medida que las ondas de energías psíquicas se extendían por todo el mundo. La incursión en la Puerta del León solo había sido la mayor infestación de este tipo, y no podíamos estar seguros de que todos hubieran sido erradicados, incluso ahora.
Desde que me recuperé, me dediqué al estudio de los esfuerzos de estabilización. Había visto campañas efectivas retomar importantes zonas sectoriales, y había visto debacles en los que comandantes inexpertos habían llevado a la destrucción a batallones enteros. Se aseguró cierto terreno, solo para disolverse en un conflicto armado tan pronto como los ojos del Consejo pasaron al siguiente objetivo. La geografía única de Terra obstaculizó todos los esfuerzos: la presión cercana de los edificios, muchos en ruinas o en condiciones peligrosas, ralentizó los avances y atascó el reabastecimiento y las comunicaciones. Cientos de ventanas pasaban por alto las grandes avenidas, muchos de ellos francotiradores, y los caminos de tránsito estaban bloqueados por pilas de vagones de tierra quemados. Millones todavía se acurrucaban dentro de los depósitos de colmena sin luz, lo sabíamos, desesperados por agua y raciones. Algunas de estas comunas eran inofensivas, esperando solo el rescate de las pesadillas que acechaban en las sombras. Otros eran traidores recién forjados, sus cuerpos enfermos atados con cargas de fragmentación o botes de gas venenoso. Notar la diferencia fue un desafío.
La doctrina Arx, solo derogada por el propio Guilliman a su regreso de Vorlese, había sido efectiva para mantener intactas las zonas administrativas centrales durante lo peor de la anarquía. El precio que pagamos fue la rendición de vastas áreas, la mayoría de poco valor estratégico pero que abarcaban millones de almas. Dentro de esas regiones oscuras de sensores, ¿quién sabía qué nuevas plagas se estaban

incubando, listas para lanzarse a la intemperie y amenazar a nuestras ciudadelas una vez más?
Sabíamos que nosotros mismos, los Custodios, éramos demasiado pocos para hacer una diferencia decisiva. Habíamos sufrido nuestras fuertes pérdidas durante la Incursión. Muchos más de nuestro tipo habían caído al vacío, ya sea con Guilliman en su cruzada, o enviados a misiones críticas propias. La mayor parte de nuestro número permaneció en lo profundo del Senatorum Imperialis, desempeñando el papel que habíamos tomado desde los días de la Gran Herejía: los observadores del Trono, estáticos, resueltos, invisibles. Eso dejó a pocos de nosotros para asistir a la disolución más allá de los muros, por lo que tuvimos que seleccionar aquellos puntos en los que podríamos ser más útiles: encabezar ataques de precisión contra las mayores concentraciones de actividad cultista o lanzar ataques contra los presuntos líderes de la camarilla.
La inteligencia nos había llevado al subsector Gorgantha, una zona semiindustrial que se había perdido por comunicaciones durante los apagones. Era un importante centro de fabricación, alojado entre regiones habitadas muy compactas, uno que producía alimentos terminados y artículos domésticos a partir de las materias primas que traía el macro transportador. Su pérdida significó el hambre para los subsectores circundantes, por lo que se hicieron intentos tempranos para sofocar los disturbios y asegurar los principales bancos de procesadores. La incursión inicial había sido liderada por uno de nuestros pocos regimientos desplegables de Militarum, el 23º guardia de Hajada, y había tenido éxito inicialmente. Sin embargo, hace dos semanas, el tráfico de comunicaciones se había vuelto a silenciar y recibimos informes de contraataques coordinados de insurreccionistas bien blindados. Estos tenían las marcas de los Astillados en su armadura (rombos con el contorno roto) y, por lo tanto, los videos se desviaron hacia las cámaras de escrutinio de la Torre. También teníamos un nombre: Laxlan Skreto, un hombre que había sido comandante de Arbites en la vecina región administrativa de Trantis, ahora un conocido agente de la anarquía. Muchos de los que habían recurrido a los Astillados habían sido poderosos. Esa fue la diferencia esencial entre la chusma cegada por la Grieta y la amenaza que enfrentamos ahora, y la principal causa de nuestra preocupación por ellos.

Pilotamos el Talion por un cañón de tránsito largo y lleno de cicatrices, y caímos profundamente en la sombra de las torres a ambos lados. Escuché el ruido sordo de municiones disparando a lo lejos, pero vi poca actividad en el suelo. Los vehículos terrestres destrozados yacían como cadáveres despojados sobre el suelo. Los símbolos del Imperio y el Ministorum todavía marcaban cada superficie de cada edificio, pero las multitudes que deberían haber vigilado no se veían por ninguna parte.
-Señales detectadas- informó Ravathain.
-Llévanos- dije, complacido de descubrir que todavía había algo aquí para preservar.
El Talion se inclinó abruptamente, cayendo en la oscuridad antes de deslizarse a la derecha. Salimos bajo un viaducto tambaleante y salimos a una extensión más amplia. A lo lejos pude ver el cadáver de una gran catedral antigua, medio abierta como el pecho de un cerdo. A ambos lados estaban las paredes derruidas de dos cascos de Administratum, sus ventanas oscuras y abiertas. Los escombros cubrían los estrechos patios de piedra rocosa en el medio, cada uno con los resplandores dispersos del promethium en llamas.
Tocamos tierra dentro de las ruinas de otra gran estructura municipal de muchas columnas. Detectamos múltiples fuentes de calor, picos de energía, algo de movimiento. Nuestro sitio de aterrizaje parecía haber sido arreglado como un reducto defensivo, con barricadas y bolsas de arena con fugas apiladas a través de entradas medio rotas, y rejas de metal atornilladas a través de ventanas sin vidrio.
Nos sentamos en un espacio estrecho y abierto detrás de una pared de piedra rocosa erizada de alambre de púas y desembarcamos. Cuando mis pies tocaron el suelo, vi cuerpos uniformados emergiendo a nuestro alrededor, desplegándose de las sombras grises, algunos haciendo alarde de mostrar sus armas, otros pareciendo simplemente atónitos.
La estructura del edificio dañado se elevó sobre nosotros en tres lados. Recogí docenas más de lecturas muy cerca, y calculé que cientos de tropas estaban acurrucadas en los niveles principales de habitáculos, con más ocupantes enterrados más profundamente en el interior podrido. Una bandera del regimiento de guardia de Hajada hecha jirones colgaba indiferente en el aire viciado, ocultando la insignia en la tela. Dos naves de combate Brawler se encontraban en la roca a cierta distancia de la nuestra,

ambas dañadas. Una serie de transportes terrestres Chimera YT-9 habían sido estacionados más lejos, con fuerza por los muros de la cortina en ruinas, que se veían en el mismo estado que los aviones.
Escuché que se gritaban órdenes. Pronto, los comandantes de la posición destartalada se pararon ante nosotros. Una era una mujer vestida con la armadura negra del mando subsector Arbites. El otro era un hombre con uniforme de guardia de Hajada. Sus expresiones, al venir ante nosotros, fueron notablemente similares entre sí. Nos intimidaron, sin duda, pero no tanto como podrían haber sido antes de que todo esto ocurriera. En la medida en que sin duda se maravillaron de nuestra presencia, allí también había resentimiento: si éramos tan divinos e invencibles, las expresiones decían: ¿por qué el mundo estaba en ruinas? Fue un sentimiento justo.
-Tomado hace dos semanas, señor- me dijo el oficial guardia de Hajada, señalando hacia la fachada de la catedral llena de humo. **-Debe haber recibido ayuda de los clérigos, todo fue coordinado.**
Los ordenanzas arrastraron un pesado cogitador táctico de columna, y un hololito brumoso apareció en espiral sobre él. Tomé los detalles: puntos fuertes enemigos, áreas perdidas por los insurreccionistas, un arco de destrucción que se centró en los recintos de las catedrales y se extendió hacia el norte a las conurbaciones más allá.
-¿Has intentado restaurar el control?- Pregunté.
La mujer asintió con la cabeza. -**Cuatro veces. No tenemos el apoyo que solicitamos. Nos hemos quedado sin combustible para los transportes y...**
No deseaba escuchar sus excusas. Sin duda eran lo suficientemente válidos, pero todas las fuerzas leales estaban experimentando escasez. -**Permanezca aquí-** le dije. **-Prepare un avance hacia las áreas circundantes una vez que hayamos asegurado el edificio.**
El hombre se volvió para emitir más órdenes, presionando el cordón de comunicación en el cuello. -**¿Cuándo quieres que estemos listos?-** Preguntó. -**¿Para apoyarte?**
Ya me estaba moviendo. **-No necesitaremos su ayuda. Como dije, prepárate para cuando este controlado.**
Nos separamos, los siete, y caminamos de manera constante a través del gran patio de pie frente al frente occidental semi-derrumbado de la catedral. Mientras lo hacíamos, nuestras armas se activaron. Ravathain sostuvo la vexilla de la cámara en lo alto, y su luz intensa se encendió

contra los grises desvaídos de los escombros que tenía delante. El resto de nosotros tenía lanzas guardianes. En cuanto a mí, llevé a Gnosis nuevamente. Sentí su peso y ritmo familiares a medida que sus sistemas cobraban vida y disfrutaba la sensación.
A medida que avanzábamos, los datos tácticos inundaron nuestros visores del yelmo, cifrados y mejorados por los augures mejorados establecidos dentro del estándar de Ravathain. Recogimos cientos de firmas de calor dentro del enorme edificio: francotiradores apiñados en las altas galerías, múltiples líneas de infantería arrodilladas a sotavento de las arcadas con columnas, nudos de cuerpos que se apresuraban en el interior cavernoso y se escondían bajo los paneles de vidrio manchados.
El fuego láser y las rondas sólidas comenzaron a deslizarse a nuestro alrededor. Seguimos caminando, extendiéndonos, eligiendo en silencio nuestro camino y calculando dónde atacaríamos. Al igual que mis hermanos, comencé a girar mi lanza a mi alrededor, interceptando los rayos y las balas y haciéndolos estallar en chispas. Tal actividad era casi automática, apenas consciente. A medida que nos acercamos al objetivo, nos envolvimos en una capa de energía descargada. Éramos siete esferas de plata brillante, gruñendo y ardiendo mientras el fuego láser se desviaba, avanzando constantemente hacia las puertas.
Tal era nuestro camino. El comienzo lento, el enfoque estudiado. Durante ese avance aprendimos más sobre las entrañas de la catedral, sus ocupantes y su estructura, de lo que nuestros aliados habrían deducido en las dos semanas que estuvieron acampadas frente a ella. Su exterior destrozado, la pared exterior de mármol veteado de gris cortado por los ataques de artillería, dejaba al descubierto una filigrana oscura de techos abovedados y contrafuertes con balas. Procesamos, filtramos. La lentitud tenía otro propósito, por supuesto, psicológico. Al despreciar la cobertura, demostramos nuestro desprecio por los que nos enfrentamos, debilitando su resolución y aumentando su duda. También envió una declaración a esas tropas leales que lo observaban desde la cubierta. Podían vernos, vexilla en lo alto, caminando sin miedo ni prisa en el corazón de la posición enemiga. Si hubieran tenido alguna duda sobre la capacidad de los sirvientes del Trono, confiaba en que esto funcionaría para calmarlos.
Las puertas de la catedral se acercaron: dos arcos gemelos de piedra ennegrecida y ennegrecida coronada con una filigrana de calaveras de

granito, y el volumen de fuego láser a nuestro alrededor se convirtió en una tormenta, cortando banderas agrietadas bajo los pies y haciendo que la piedra se humeara. Noté la intención de cada uno de mis hermanos, aprobando sus elecciones. Incluso mientras balanceaba a Gnosis a mi alrededor en su entramado defensivo, emití la única orden que les daría ese día.

-Empezad.

Y así lo hicimos. Nuestra restricción cayó instantáneamente, reemplazada por la velocidad de la carga repentina. Al igual que en la nave del infierno, sentí la emoción en mi sangre. La alta fachada de la catedral se manchó cuando me estrellé a través de la puerta oriental, sabiendo que mi ruta conducía a un largo nartex antes de abrirse en dos naves de procesión distintas. La red de fuego láser encendió el aire a mi alrededor, y la abrí. Delgados rayos de sol gris atravesaban la espesa oscuridad, perforando columnas de humo y mostrando bronces cubiertos de mugre y estatuas desfiguradas. Sabía que las galerías encima de mí estaban atendidas por docenas de francotiradores, y que los cargos de viaje se habían atado a los pisos en nueve puntos más adelante. Sabía que los nidos de armas se habían erigido en pequeños púlpitos a la vista, tres que contenían bólter pesado y cañones láser, y en la nave resonante más allá supe que se habían desplegado los grandes transportes blindados, con acompañantes de infantería con escudo. Mi camino a través de todo ya había sido trazado. Todo lo que quedaba era coreografía.

El primer verdadero fuego sólido me golpeó mientras corría hacia la primera barricada. Destrocé el obstáculo, desgarrando filas cercanas de carne y armadura. Apenas vi sus caras cuando esos mortales murieron: capté solo imágenes congeladas de angustia antes de que el siguiente objetivo nadara dentro del alcance. La ropa y la armadura improvisada del enemigo habían sido golpeadas con la imagen de diamantes rotos, y el mismo ícono había sido pintado sobre muchos de los grabados sagrados en las paredes de granito a su alrededor.

No me importó nada de eso. Este lugar no era sagrado para mí, y sus muchos símbolos de veneración eran, en el mejor de los casos, un malentendido de un viejo propósito. El lugar bien podría haber sido una sala de manufactorum o un depósito de vehículos, listo para la purificación y reutilización una vez que hayamos terminado.

En el extremo más alejado de la galería de la nave, se abrieron dos cañones fijos, con el objetivo de atraparme en sus carriles de fuego. La piedra se astilló y sopló a mi alrededor mientras evadía suavemente los proyectiles, resonando en medio de la cacofonía de explosiones e impactos. Me abrí paso a través de los últimos nudos de infantería, enviando a Gnosis cortando a través de sólidos bloques de altar para alcanzar a aquellos que se ocultaban. Cuando llegué a los emplazamientos, los artilleros ya estaban abandonando sus puestos, liberándose de los sacos de arena y corriendo hacia el abismo del inminente ábside de la catedral. Salte a través de sus barreras, agarrando un cañón en una mano y lanzándolo a un montón de soldados que huyen antes de girar mi espada sobre el resto.
Todo este tiempo, estaba completamente consciente del trabajo de mis hermanos. Pude ver a tres de ellos ardiendo como estrellas en el oscuro interior, girando alrededor de los troncos de los poderosos pilares antes de cargar por los pasillos resonantes. Otros habían subido rápidamente y ahora estaban en las galerías, enviando a francotiradores dando tumbos y gritando desde los lugares altos. Vi a Ximander tallar a través de un ruidoso transporte blindado con su hoja de lanza, y Kleas golpeando las granadas como si fueran los juguetes de un niño antes de que explotaran en estallidos de estrellas escalonadas. El enemigo sacó todo lo que tenían: pistolas, semirremolques que agitaban el suelo de mármol en astillas, gritando fanáticos con yelmos sangrientos y cuchillas de cadena, y lo dejamos todo a un lado. No estábamos coordinando conscientemente, y no había un plan general para nuestro ataque, pero de todos modos nos complementamos, sintiendo dónde necesitábamos estar, reaccionando por instinto a las amenazas a medida que surgían.
Sin embargo, Ravathain tenía razón: estos no eran oponentes dignos de toda nuestra atención. La velocidad de nuestra carga los abrumaba: algunos huyeron en lugar de enfrentarnos, otros se congelaron o cayeron de bruces pidiendo piedad. Les dimos a esos la única misericordia que merecían, y luego continuamos, expulsándolos, conduciéndolos al olvido.
El mismo Skreto estaba tratando de escapar cuando localicé su posición. Me abrí paso en la rotonda maltratada de la cúpula central gigante, un enorme vacío perforado con morteros y cubierto de escombros. Bajo ese bostezo y techo roto se alzaba el altar mayor para el Emperador como Creador de los Cielos, un montón de oro ennegrecido y obsidiana con una

imponente interpretación metafórica de la jerarquía imperial como una lucha entre ángeles y serpientes. Los rebeldes supervivientes se retiraron, agazapados contra los anchos escalones de Ouslite o arrodillados detrás de las tapas de los altar. Muchos de ellos llevaban túnicas rasgadas de Ministorum, lo que indicaba que el comandante de la Guardia Hajada había estado en lo correcto: había habido una colusión entre el personal de la catedral y los Astillados. Se los dejé a mis hermanos y fui por el líder.
Se las había arreglado para subir las escaleras hacia la cima del altar cuando lo alcancé, con sus largas túnicas atrapadas en sus botas mientras luchaba. Cuando agarré su collar y lo arrojé hacia la piedra, él gritó en voz alta por el descontrolado miedo animal. Le di la vuelta y vi que se había desfigurado la cara: piezas de metal, metralla y astillas de casquillos de bala habían atravesado la piel.
Él apestaba. Se había ensuciado. Estaba aterrorizado, por supuesto, por lo que sabía que le haría. Sin embargo, más que eso, tenía miedo de haber fallado. Incluso los degenerados más humildes tenían mucho más miedo de sus propios amos que de nosotros. Tal era la miseria de su causa.
-¡Mátame, entonces, demonio!- Espetó, intentando un último acto de desafío.
No lo mataría. Solo de todos los que estaban en ese lugar, se salvaría. Lo llevarían de regreso a la Torre, donde se le practicarían las artes de nuestros interrogadores. Aprenderíamos más sobre Laxlan Skreto de lo que él sabía que se conocía a sí mismo, antes de que, eventualmente, lo que quedara se enviara al Ordo Hereticus para su posterior procesamiento.
Alcancé un inmovilizador y lo sujeté alrededor de su cuello, enviándolo rígido y haciendo que sus ojos se abrieran. Quería luchar en aquel entonces, cualquier cosa para provocar la muerte que ahora era su única huida.
Hubiera terminado las cosas allí. Habría supervisado el último de los asesinatos, llevado a Skreto de regreso al Talion, y luego le habría dado al guardia de Hajada su señal para volver a ocupar el sitio. Sin embargo, al detectar las nuevas señales corriendo por mi yelmo, supe que había algo más presente, cerca, algo que excedía el poder de esta chusma muchas veces, y algo que no había sido detectado cuando comenzamos.
Mis hermanos también lo sabían. Empujé el ahora rígido e indefenso Skreto a Penjad para su custodia, antes de indicar a Halleon y Ximander

que vinieran conmigo. Los tres corrimos por debajo de la cúpula, encontrando una escalera intacta que se enroscaba en la pared oriental antes de atravesar la cantería y subir a las vigas. Mientras corríamos, las señales parpadeaban y reaparecían en nuestros augures, sin resolverse nunca correctamente. Eso solo fue motivo de cierta alarma: era raro que nuestros sensores fueran tan indeterminados.
Entramos cerca de la cumbre del tambor externo del domo, derramándonos sobre una amplia plataforma colocada contra el muro de contención curvado. El viento caliente rasgó nuestras capas, enviando polvo saltando a través de la superficie plana del parapeto delante de nosotros. Más allá del borde más alejado, un tablero de ajedrez de agujas se extendía en todas direcciones, un mar abigarrado de negro y gris.
La plataforma estaba vacía. Los cielos estaban vacíos, salvo por un pesado convoy de transportadores de gravedad que se dirigían hacia el sur bajo escolta. El viento retumbó en nuestros auriculares, arrebatando motas de ceniza y arena y enviándolos a volar por la roca.
-¿Algo?- Pregunté a los demás.
Indicaron en negativo. Mi exhibición táctica estaba tan vacía como la vista que teníamos delante, y sin embargo había algo allí. Incluso cuando había subido el último curso de la escalera, lo había detectado con mis sentidos naturales: un rugido, casi inaudible por los ruidos de combate que resonaron después de mí.
Me arrodillé Solté mi guantelete y presioné una palma desnuda contra la superficie de la plataforma. Hacia calor. Respiré hondo, oliendo el cóctel de *promethium* que aún persistía en el aire. Estudié las marcas de quemaduras en la roca, y observé las débiles grietas donde algo pesado había caído, antes de despegar nuevamente.
Sabíamos qué tráfico militar había sido programado para estar en el área. Si este era un vehículo astillado, entonces era mucho más poderoso que cualquier cosa poseída por las fuerzas de defensa del subsector. Era posible que una valquiria pudiera haber sido tomada por rebeldes, o tal vez un avión aún más grande: un gran transporte gravitatorio o una lanzadera con capacidad de vacío.
Me quedé quieto, mirando cuidadosamente alcre de roca, como si al examinarlo a corta distancia pudiera retroceder el tiempo para descubrir lo que había estado allí.

-Si se trataba de la maquina de Skreto- dije al fin **-No podrá huir en él.**
Halleon caminó hasta el borde de la plataforma y miró hacia el sur, hacia donde nuestro propio helicóptero estaba oculto a nivel del suelo. -**Se están moviendo-** informó.
Me puse de pie. Le habíamos dicho al 23º Hajada que permaneciera en posición. Quizás, al ver la destrucción que habíamos causado, su entusiasmo por servir los había superado. Mientras seguía a mi hermano hasta el borde de la plataforma, reemplazando mi guantelete, también pude ver a los escuadrones de infantería avanzando cautelosamente a través del patio principal.
El lugar aún no era seguro. Nos necesitaban, si no por otra razón que protegerlos de la evidencia de la corrupción de Skreto.
-Quizás- dije, yendo hacia las escaleras de nuevo. -**Téngalo en cuenta, sin embargo.**



ALEYA VI

Casi tan pronto como los propulsores dispararon, comencé a sentirme mejor.
Vi caer las altas torres del puerto espacial, sintiendo el ruido de los motores del levantador contra la atmósfera turbia de Terra. Parecía que nos tomó mucho tiempo ganar altura. Todo el tiempo, a través de las pequeñas ventanas del levantador, vi la suciedad y la descomposición deslizarse un poco más abajo, solo un poco más abajo, hasta que se fusionó en una vaga pantalla gris que se extendía hasta el horizonte curvo. Luego subimos a las nubes, y el levantador se estremeció ante una fuerte turbulencia, arrojándonos contra nuestras restricciones.
Comencé a sentir náuseas, aunque mi estado de ánimo seguía siendo bueno. Una vez libres del cinturón de nubes, volvimos a la relativa pureza del vacío. Volví a mirar por las ventanillas y vi cielos que se oscurecían rápidamente, las luces, los cientos y cientos de naves ancladas. La mayoría de ellos eran naves civiles (transportadores, cascos de carga, transportes de combustible), todos esperando pacientemente la autorización para atracar o pasar al siguiente sector de atraque. En la lejana distancia, donde la luz sin filtrar del sol me hizo llorar los ojos, pude distinguir lo que supuse que eran las grandes plataformas de defensa: ciudadelas en el espacio, sus murallas con puntas de fusil, sus torretas llenas de pirámides de augur.
Después de un ascenso rápido, atracamos con una estación orbital y desembarcamos. Una vez que las puertas de los pasajeros se abrieron, salimos del elevador y entramos en un área de espera. El lugar no tenía espectadores externos, y olía a paquetes de raciones antisépticos y rancios. Las formalidades se completaron, y me deslicé, tal como solía hacerlo, para evitar las miradas pesadas de aquellos con los que había venido.
Mis compañeros de viaje habían sido una mezcolanza, tal como parecía ser el mundo entero en aquellos tiempos. Todos habíamos sido militares, todos mayores, todos destinados a tareas dentro del Sistema Sol. Yo era la

única Anathema Psykana, por supuesto. Tres eran soldados de asalto de un destacamento u otro, que usaban su armadura completa y permanecían atentos todo el tiempo, como si temieran la inminente despresurización. Siete eran militares normales, de clase oficial, que hablaban entre ellos y pasaban una lata de una bebida alcohólica que no podía identificar por el olor. Otro pasajero tenía todas las características de un agente de la Inquisición, y se mantuvo tan alejada del resto como yo.
Una vez libre de esa bodega, y de vuelta en una estación con gravedad similar a la de Terra, me sentí repentinamente desconsolada, como si estuviera separada de algo que me había dicho a mí misma que odiaba pero que, en verdad, había comenzado a parecer importante. Había sido una estancia tan corta allí, en alojamientos prestados dentro del Palacio. Siempre supe que sería temporal, una medida provisional antes de que decidieran qué hacer con nosotras, pero aun así, había estado allí, acomodada. Ahora me había ido de nuevo, mis hermanas se habían ido de nuevo, nuestras raíces superficiales todas arrancadas, enviadas de vuelta al vacío donde podíamos ser olvidadas.
Me senté en un banco de plastek, levanté las piernas delante de mí y busqué una barra de proteína. Supongo que se necesitaría más de mi clase ahora. Los Custodios seguirían buscando nuestros restos dispersos, rescatando a las que de alguna manera habían sobrevivido a los largos siglos de abandono. Nos necesitarían para tripular sus Naves Negras más que nunca, dado que la disformidad era mucho más peligrosa de lo que había sido. Necesitarían que los acompañáramos en sus cruzadas, para proteger a sus guerreros del shedim desatado. Con el tiempo, podrían confiar en nosotras para que hagamos algo con nuestra propia iniciativa, como Hestia me había dicho que alguna vez sufrimos, pero por ahora éramos sus odiosas herramientas secretas, sus pequeñas mutantes que usaban como escudos o encarcelados, desperdiciando nuestros talentos mientras discutían por el favor de un Primarca.
La mayoría de mis pocas pertenencias habían sido guardadas en la bodega segura para el pasaje. Supuse que ahora estaban siendo transferidos al vacío lunar bajo la guardia armada. Sin embargo, no es mi espada. Me mantuve así de cerca en todo momento, a veces pasando el dedo por el borde romo de su vaina. Cada vez que lo tocaba, me lo imaginaba persistiendo a través de las edades oscuras, siempre presente,

permaneciendo afilada mientras la galaxia a su alrededor se volvía más y más fría. Me preguntaba cómo se había llamado originalmente. La Espada Somnus me pareció un nombre moderno, uno dado por archiveros que habían olvidado sus orígenes. Me preguntaba si Guilliman lo habría sabido, y si le hubiera dejado hablar, qué me habría dicho.

Nombres, nombres, nombres. ¿Cuál era el mío, entonces, ahora? Caballera centura me llamaron, un rango del que nunca había oído hablar antes de venir aquí. El título me dio cierto dominio sobre los de mi propia raza, pero poco dominio sobre cualquier otra cosa. Guilliman había hablado de la Ciudadela del Somnus como si su restauración fuera un honor, algo para celebrar, pero era tan fácil verlo como otro desaire, una forma de mantenernos alejadas del suelo empapado de incienso del Mundo Trono.

Una pandilla de oficiales navales pasó junto a mí, evitando mis ojos. Los vi todo el tiempo, desafiando a uno de ellos a mirarme. Pero realmente esos juegos eran tediosos, y debajo de mí, así que los detuve. Comí lenta y metódicamente, sabiendo que necesitaba reconstruir mi fuerza. Dijeron que la gravedad reforzada de Luna estaba unos puntos por debajo de lo óptimo ahora que los motores terraformic en su núcleo se estaban volviendo tan viejos. Tendría que trabajar en mi condicionamiento.

Con el tiempo, un ordenanza de la Ciudadela me encontró. Él era un hombre. Por alguna razón, eso me sorprendió: había estado acostumbrada a que me sirvieran mujeres en Arraissa, salvo por el viejo Lokk, que había sido una excepción en muchos sentidos. Éramos una hermandad en esencia, una de filas cerradas y secretos bien guardados. Claramente, ese no sería el caso aquí.

<<Caballera-Centura Aleya>> señalo, inclinándose. *<<El transporte a Somnus te espera, cuando estés lista.>>*

Era de piel pálida, incoloro, incluso más que el promedio terrano. Parecía leve, apenas llenando su tabardo plateado. Su rostro era huesudo, y el tenue contorno de un augmético subdérmico hizo que su mejilla derecha se hinchara. Había un vacío en su expresión, como si pasara demasiado tiempo asustado, deprimido o estresado.

<<¿Eres de la Ciudadela?>> Señale.

<<Soy Telam>> dijo, asintiendo. *De la antigua Comunidad.>>*

Eso no significaba nada para mí, aunque lo dijo como si fuera necesario.

<<Bien>> señale. **<<***Muéstrame a dónde ir.>>*

El vacío estaba atracado en el extremo más alejado de la estación del camino, un corto paseo por corredores oxidados. Sus flancos, vistos desde el translúcido umbilical Telam y caminé hacia abajo, eran negros y no llevaban insignias. Me llevaron a mi asiento: una cubierta de cuero sintético agrietada con restricciones mal ajustadas. El interior era pequeño. Pronto me di cuenta de que Telam también sería el piloto, ya que no había otra tripulación.
<<*Acogedor*>> indiqué, abrochándome.
El me miró. El no sonrió. Por otra parte, no parecía disgustado. Eso fue algo.
Telam completó sus comprobaciones, emitió un mensaje de voz sobre la torre de control, y sentí que el distante ruido de los picos de atraque se retiraba. Nos apartamos del abrazo de la estación, nos alejamos, luego encendimos los motores. Me recosté, estirando las piernas, tratando de decidir cómo me sentía.
<<*¿Cuánto tiempo has servido, Telam?*>> Pregunté.
<<*Veinte años, señora*>> respondió, sus ojos se movieron entre su consola y yo para captar los movimientos de mis manos.
<<*Mucho tiempo.*>>
<<*Otros han servido más tiempo*>> dijo.
<<*¿A quién sirvió?*>> Pregunté. Por lo que pude reunir, la Ciudadela de Somnus había estado en desuso durante miles de años.
<<*Las matriarcas*>> respondió.
Lo miré cansada. No parecía estar interesado en el voluntariado. *Dime cómo ha sido* señale, usando la forma imperativa con énfasis en el elemento de mando.
Él eligió hablar en voz alta. Eso era bastante justo: Marcaideas (Thoughtmark en el original nt), a pesar de todas sus sutilezas, no siempre era el dialecto más fluido.
-Mantuvimos nuestra fe- me dijo. -**La fe que había sido, antes de eso, otra fe. Huesos sobre huesos, se podría decir.**
Puede que sí, pero no tenía idea de por qué o qué significaba eso.
-Tiempos difíciles- continuó. **-Sin contacto. Sin moneda. Sin embargo, mantuvimos los viejos caminos. Recordamos cómo había sido, cuando el lugar estaba vivo-.** Él sonrió. -**Pero siempre tranquilo, incluso entonces. Una torre extraña para servir.**

Había servido durante veinte años. El Anathema Psykana había estado exiliado en el olvido por más tiempo que eso.

-Las matriarcas, bueno, eran de nosotros. Llevaban las viejas túnicas y realizaban los mismos ritos, porque sabíamos que un día, las verdaderas reinas volverían. Y ahora lo han hecho-. Me miró. **-Entonces se completa el círculo. Sabía que llegaría el momento.**

Había un tinte religioso definido en sus palabras. Hestia nunca habría hablado de nuestra Hermandad en tales términos.

<<Y, ahora que ha llegado el momento>> señale, **<<***¿qué pasa con el futuro?>>*

-Glorioso- dijo, sonriendo al fin. **-Como se prometió. Glorioso.**

Desde el espacio, Luna parecía una máquina única y vasta, que brillaba con mil millones de luces diminutas en medio de una red de barreras y muelles de construcción. Telam nos llevó a un largo recorrido por el lado de Terra, antes de sumergirnos en la oscuridad, como si estuviera orgulloso de su hogar y queriendo mostrarme las mejores partes. Así que vi el colosal afloramiento de Puerto Luna, sobresaliendo como una geoda de las cuadrículas de las instalaciones de herramientas y fundiciones. Vi el Anillo, ese gran círculo de adamantina que abarcaba todo el globo, habitado por millones, su superficie artificial brillaba como el cristal de roca. Dijeron que estaba incompleto, su extensión se rompió en la Era de la Herejía y nunca se reparó, por lo que ya no era un Anillo, sino un arco, con heridas negras como la tinta ahora tan vívidas como habían sido hace diez mil años. Vi a su contraparte, el Circuito, el valle tallado lo suficientemente grande como para tomar el casco de una nave espacial, que se adentraba profundamente en los suelos cenicientos del mundo. Vi la expansión de la construcción, toda incomprensiblemente antigua, apretada, estrangulando la luz y el espacio, al igual que en su mundo hermano más grande.

Naves de todos los tamaños y clases se agruparon a nuestro alrededor, atestando los muelles vacíos. La negrura fue quebrada por los poderosos rayos de arcos de luz y macro soldadores, ocupados para siempre en los flancos de algunas galerías de comerciantes, o monitores de la Armada, o transportistas comerciales. Los transbordadores se arremolinaban y zumbaban entre los cascos más grandes, una nube de motas cambiantes contra las literas de abajo, como parásitos en el vientre de una bestia viva colosal.

Y luego se fue quedando atrás cuando viajamos más lejos, toda la industria y la energía y la presencia humana. La luz del sol se atenuó, luego desapareció cuando cruzamos el terminador. Abajo en la superficie, los asentamientos se agotaron gradualmente. Desiertos de piedra suave y gris se extendían debajo de nosotros, marcados por trabajos antiguos pero por lo demás vacíos. Solo el Anillo sobre nosotros permaneció iluminado; el resto estaba sombreado, minado, olvidado.

El vacío comenzó a disminuir. Elegí una plataforma orbital solitaria delante de nosotros, algo en mal estado con puntos de luz débiles. Telam nos guió a su abrazo y nos deslizamos junto a una litera vacía. Algunas otras naves de la Ciudadela también estaban ancladas allí, todas ellas tan negras como la nuestra, apagadas y muy frías.

Tomamos un módulo de aterrizaje para la etapa final, y se sintió como caer en el olvido. Caímos rápido y, al acercarnos a la superficie lunar, tuve la impresión borrosa de una vieja torre barriendo a nuestro lado, enorme pero solo semi iluminada, con los flancos como hierro quemado, antes de ser tragados por un profundo abismo en su base y puertas explosivas cerradas sobre nosotros. Se sintió brevemente como si hubiéramos sido enterrados vivos, pero luego se encendieron las luces, se abrieron las puertas del módulo de aterrizaje y sentí el movimiento de los pasillos afuera.

<<*Bienvenida a la Ciudadela*>> señalo Telam.

Tomé un respiro. Algunos de los aromas que dibujé eran familiares: químicos, fluidos de motor, piedra vieja. Otros no lo fueron tanto, pero pensé que lo había detectado, ya que las primeras respiraciones de ese nuevo mundo suspiraron en el espacio de cápsulas del módulo de aterrizaje, un toque de Arraissa.

Deseaba que me mostraran a la Hermana Comandante sin demora. Telam me llevó a donde necesitaba estar, luego se apresuró a asegurarse de que mis pertenencias estuvieran guardadas en mis habitaciones. Se ofreció a tomar mi espada también, pero una sola mirada mía le dio su respuesta. Luego me quedé sola, en una antecámara que tenía las dimensiones y la sensación de una celda de retención.

Me recogí Desde esa reunión con el Primarca, había soñado cómo sería, si sabría instantáneamente que estaba de vuelta en el lugar de nacimiento y sentiría, por primera vez, una sensación de certeza y permanencia sobre mi

lugar en el universo. Eso, supongo, siempre había sido una triste esperanza: había algo en nosotras, nuestro estado sin alma, que hacía de esa satisfacción un objetivo siempre difícil de alcanzar. No era como Valerian, que sabía exactamente lo que era y lo que debería estar haciendo. Yo era una espada rota. Era un reloj defectuoso, corriendo rápido o lento, nunca realmente donde debería estar.

Todo el lugar parecía medio abandonado. Los pasillos iluminados del exterior habían tenido un poder intermitente. Todavía podía escuchar el ruido amortiguado de los martillos y la perforación desde algún lugar por encima de nosotros.

La campanilla sobre la puerta delante de mí se apagó. Los paneles de las puertas se deslizaron hacia atrás. La cámara del otro lado era más grande, un poco más fina, pero aún se sentía polvorienta por la renovación. Las tres paredes cercanas parecían haber sido talladas en la roca negra mate del núcleo de la Ciudadela, mientras que la cuarta era transparente y se abría a una amplia vista del paisaje exterior. La vista era hermosa, a su manera: un cielo oscuro y profundo, punteado de estrellas, arqueándose sobre una franja sombría de roca gris noche. Era claro y agudo, mucho más de lo que podría ser Terra.

La hermana comandante Asurma, la líder de este lugar, me estaba esperando. Estaba vestida con un vestido largo de seda hasta el suelo, apretado en el cuello, con el pelo blanco recogido. Al igual que con todas las de nuestra clase, sus rasgos eran duros, hechos por un condicionamiento riguroso. Una de las pocas cosas que sabía sobre ella era que había sido sacada del lejano mundo de Yllax, que, como muchos de nuestros restos dispersos, ahora se encontraba en lo profundo del Imperio Nihilus.

<<*De nada, Tanau*>> señalo, inclinando la cabeza. <<*Me alegro de verte aquí.*>>

Sus gestos de Marcaideas fueron elegantes, rápidos, un poco difíciles de seguir. Debes recordar que habíamos estado practicando nuestras artes en mundos separados por milenios, y las cosas habían divergido un poco. Para aquellos que habían creado el lenguaje, era un testimonio de que había permanecido inteligible en todos esos abismos de tiempo y espacio.

<<*Me alegro de estar aquí*>> respondí, haciendo que las formas de las palabras fueran lo más sinceras posible.

Asurma me condujo a un sofá bajo frente al paisaje lunar. Ella misma se sentó. La Hermana Comandante, continuó. <<*Extraño, ¿no es así? Hace un año, yo no era nada. Una exiliada, sin otro rango que el que usó nuestro pequeño convento. Y ahora, todo esto. Qué rápido ha sucedido.*>>
Al ver sus dedos bailar, al ver sus sentimientos expresados que tan a menudo me sentía, podía permitirme una punzada de liberación tranquila. Solo nos tuvimos la una a la otra, de nuestro tipo, los únicos que alguna vez lo entenderían.
<<*Caballera-centura*>> respondí, atando las formas con el equivalente de una ceja.
Ella asintió. **<<***Y, sin embargo, para todos estos nuevos rangos, todavía tenemos poco personal. Me temo que esta tarea no será de su agrado. Pero sé que haré todo lo que pueda para ayudarte.*>>
<<*¿Hablaste con el Primarca?*>> Pregunté.
<<*Yo juzgo que es sincero. Él desea que este lugar sea como era cuando sirvió por primera vez en Terra. Nos ha dado lo que puede. Incluso me visitó, poco después de que me pusieran en la estación.*>>
<<*A la gente parece gustarle.*>>
<<*¿Cómo debe ser eso?*>>
Me recosté. <<*Sería una debilidad, para cualquier otra persona. Puede ser una debilidad para él. Todos creen que él es la salvación. Le dicen que lo es. Donde quiera que vaya, gritan su nombre, llorando. ¿Qué le hace eso a un hombre?*>>
<<*El no es un hombre.*>>
Me encogí de hombros. <<*Se parece a uno.*>>
<<*Él es un aliado*>>señalo Asurma**. <<***No tenemos muchos, así que lo agradezco.*>>
Eso, por supuesto, estaba en lo cierto.
<<*Mira, estamos comenzando de nuevo, aquí*>> continuó Asurma. <<*Se han instituido células de entrenamiento. Hemos comenzado a defender nuestros intereses, a controlar nuestro destino. No me hago ilusiones de que será un camino menos largo. Los Adeptus Terra nos ven como forraje para sus máquinas. Los capitanes de la nave espacial de la Liga de Naves Negras ya me han visitado, exigiendo refuerzos para sus tripulaciones.*>>
<<*¿Exigente?*>>
<<*Empiezan de esa manera. Se van sintiendo... de manera diferente.*>>

Me reí entonces. Mientras lo hacía, de repente me di cuenta de que había pasado tanto tiempo desde la última vez que lo había hecho. Su sonido, ambientado en una conversación silenciosa, fue un poco sorprendente.
<<Entonces caminamos por un camino difícil.>> Asurma señalo. *<<Nos necesitan. Pero, en el fondo, todavía nos odian. Una cosa es tener un arma para usar. Es otra cuando esa arma gana una mente y una base de poder, y comienza a actuar por sí misma.>>*
<<Comencé a entender el pensamiento de Guilliman un poco más claramente. Por lo tanto, no es indulgencia entender nuestra historia.>>
<<Estamos en la ignorancia. Mientras permanezcamos así, somos vulnerables.>> La Hermana Comandante me miró directamente entonces, y vi el nivel de determinación en sus ojos marrones.<< *Eso no volverá a pasar. No lo dejaré.>>*
Entonces supe que era un líder que podía seguir.
<<¿Qué hay que hacer?>> Pregunté.
<<Aprende todo lo que puedas de este lugar. Lo que sea que te hayan dicho, nunca fue abandonado. La Hermandad lo dejó, o fueron expulsadas de él, pero los restos se quedaron. Sus descendientes todavía están aquí. Se llaman a sí mismos la Comunidad. Al parecer, son leales: nuestros programas de detección no detectaron desviaciones en ninguno de ellos, por lo que permanecen, porque aquí hay sistemas que solo ellos entienden. Pero su conocimiento del pasado está confuso y envuelto en leyendas. Sospecho que algo de verdad persiste en sus mitos y confusiones, pero ha resultado difícil de descifrar.>>
<<¿Se puede confiar en ellos?>>
<<Eres Anathema Psykana. ¿Cuándo se puede confiar en algún extraño?>>
Mi mirada se alejó de ella. Miré esa oscura extensión, el paisaje lunar seco como huesos que nos rodeaba, nos cubría y nos protegía. El aire era escaso aquí, suministrado por crujientes motores terraformic. Si fuéramos extinguidas en este lugar, lejos del corazón dorado del Senatorum, pocos escucharían nuestros gritos.
<<Nunca más>> señale, agregando un toque de vehemencia. *<<Me pondré a <<trabajar.>>*



JEK VII

No estaba enojada Ciertamente no estaba abatida. Regresé a mis habitaciones, tomándome mi tiempo en el viaje, y convoqué a Mardoqueo una vez que llegué allí.
Bueno, esa no era estrictamente la historia completa: tuve once citas entre llegar a casa y reunirme con mi ayudante, sobre temas como la distribución de alimentos de emergencia, solicitudes de emergencia, reparaciones de emergencia a los principales terrenos de aterrizaje al sur del Palacio Exterior, respuestas de emergencia a varias crisis que aún no se habían categorizado por completo. Mi extenso personal, uno de los más grandes en toda la infraestructura del Palacio, estaba furiosamente ocupada, tratando de lograr que los silos multicapa de la burocracia imperial mostraran un sentido de urgencia. Deseaba poder darles un pequeño respiro, porque podía ver que se estaban enfermando con sus esfuerzos, pero las apuestas eran demasiado altas, así que les dejé trabajar enfermos, esperando que al menos recuperaran algo para nuestro esfuerzos.
Mardoqueo, cuando finalmente entró en mis aposentos, parecía tan cansado como el resto de ellos.
-¿No fue cooperativo, entonces?- Gruñó.
Cerré las puertas detrás de él, activé las precauciones habituales del sensor y lo ayudé a sentarse. Se dejó caer en él, respirando pesadamente.
-¿Cuándo fue tu última cita de rejuvenecimiento?- Pregunté.
Hizo a un lado la preocupación. **-No lo recuerdo.**
-Encuentra tiempo para ir- le dije. **-Es una orden.**
Me lanzó una sonrisa torcida. -**Mi cirujano está en Verlax Tertius.**
Verlax Tertius, un subsector mal gobernado en el mejor de los casos, no había respondido al tráfico de comunicaciones desde que el Astronomicón se oscureció. **-Puedes tomar prestada la mía-** le ofrecí.
-**¿No fue cooperativo, entonces?**

Suspiré y me senté frente a él. **-Más desafiante de lo que esperaba-.** Tomé una lista de datos y escaneé ociosamente las alertas que se desplazaban por el cristal. **-Quizás ya se haya comprometido a hacer que esto falle. Puede ser estático.**
Mardoqueo sacudió la cabeza con irritación. **-No uses el término como si fuera un insulto. Estático. Su predecesor, Trono preservar su salud, era estático. Es una posición honorable.**
-Solo si se mantiene en concordancia con la voluntad del Regente- respondí, preguntándome hasta qué punto Mardoqueo realmente solo estaba siendo irritante. -**En cualquier caso, Ashariel no nos ayuda en este momento. La anarquía florece y él no traerá regimientos para contrarrestarla.**
Mardoqueo asintió con simpatía. **-Hay algo singular detrás de eso-** dijo. -**¿Has oído el nombre de los Astillados (Splintered en el original nt)?**
-Por lo que vale.
-Le doy crédito. Aquí está la cosa: redadas repetidas contra las instituciones de Ministorum. ¿Por qué ellos? ¿Por qué no los Arbites, si desean mantener el desorden?
Puse la lista de datos abajo. **-La Iglesia es a lo que la gente se aferra más. Ya hemos demostrado que nuestra fuerza no puede protegerlos. Si los clérigos lo siguen, se rendirán por completo.**
Mardoqueo se rió sombríamente. -**Así es-** dijo. **-Un activo invaluable para el enemigo: una población sin la esperanza de luchar, incluso si conserva la fuerza para hacerlo.**
-Aunque las iglesias están lejos de ser los únicos objetivos.
-Los principales, sin embargo.
Me pasé las manos por el pelo. Los mechones se sentían secos y frágiles entre mis dedos. Mardoqueo no era el único que necesitaba rejuvenecer. -**¿Por qué no hay más energía aquí?-** Pregunté, hablando conmigo misma tanto como con él. -**Deben ver que estamos a punto de perder el control.**
-Los Señores están preocupados por sus pequeños reinos- dijo Mardoqueo. **-Cada uno tiene un feudo para proteger.**
-Que arderán, si fallamos.
Mardoqueo me miró directamente. -**Por lo que entonces. ¿Qué sigue?**
Sentí como si las cosas se estuvieran desvaneciendo. El Consejo no se había reunido en sesión formal desde la partida de Guilliman. Estaba

presionando mucho para una cumbre formal, una cámara superior, dada la escala de la emergencia civil, pero mis súplicas no tenían respuestas. Mardoqueo sin duda tenía razón: estaban ocupados con sus propios programas, protegiendo lo que tenían, compitiendo para aprovechar las debilidades de los demás.

Entonces pensé en Tieron. Aún no lo había visitado. Muchas veces tuve ganas de hacerlo, pero nunca me había rendido ante ellos. Sin duda tendría mucho que decir, mucho a lo que recurrir. Quizás incluso él mismo estuvo activo, incapaz de resistirse a tirar de viejos hilos.

Yo no lo haría. Todavía no, en cualquier caso. Era una mujer, en mi posición por derecho, sin nada que probar.

-Necesitamos a Ashariel- dije. **-Nadie más tiene el poder de entregar tropas a la escala requerida.**

Mardoqueo asintió. -**Bueno. Ahora bien, ¿cómo conseguirlo?**

Pensé en nuestro encuentro. **-Él es un matón. Un luchador que disfruta viendo a su enemigo derrotado. Quizás no se pueda recurrir a su mejor naturaleza, pero sus debilidades sí-.** Pensé en las opciones. -**El Señor Almirante Supremo-** dije.

-Sigue.

-La rivalidad entre la Guardia y la Armada es tan antigua como el Imperio- dije. -**Si le aseguramos algún tipo de seguridad, algo que podamos publicitar, eso lo avergonzará. Podría soportar perder algunos subsectores por la chusma, pero no ver que la Armada lo golpee en la humillación.**

-Pereth ha sido sometida a una considerable presión por parte de Guilliman para la cruzada. Incluso llegando a verla...

-¿Dónde esta ella? ¿Ahora mismo?

Mardoqueo cerró los ojos por un momento. Una de sus capacidades menos obvias era un enlace augmético a nuestros principales sistemas de información, la red de vigilancia que utilizamos constantemente para actualizar nuestra comprensión de nuestros sujetos. Una descripción poco amable de tales actividades sería espiar. Preferí usar el término cultivo.

-Lo más inusual- dijo Mardoqueo. **-Ella no está en Terra.**

Lo miré. **-¿De Verdad?**

Él abrió los ojos. **-Tenemos dos boletines en las últimas horas, ninguno marcado como crítico. Ambos dicen que ella ha dejado sus habitaciones**

en el Palacio por un lugar no revelado en órbita.
Me encontré de repente intrigada. No era inusual, por supuesto, que la líder de la Armada prestara atención a su flota, pero conocíamos todos sus movimientos programados, por lo que valía la pena prestarle atención a su partida algún lugar desconocido. En cualquier caso, abrió una puerta.
Me levanté y caminé hacia una de las muchas consolas que cubrían mi cámara personal. Presioné una palanca, inserté un par de datos y llamé a un hololito del espacio orbital terrano. Cuando Mardoqueo vino a unirse a mí, giré y enfoqué la alimentación.
-¿Qué naves de la línea tenemos en geoestaciones?- Pregunté, mirando las runas parpadear y brillar.
-Muy pocos- respondió, sombríamente.
Me di cuenta de que estaba consultando su flujo de datos internos nuevamente. Mientras trabajaba, escaneé los mapas tridimensionales. **-¿Qué pasa con este?-** Pregunté, acercándome a una señal grande marcada con una runa naval prohibida.
-El *Excelsis Cruor*- dijo Mardoqueo. -**Clase emperador. El único que todavía está en el sector, sin duda retenido para el uso de Pereth. También está empezando a moverse. No muy lejos, lo garantizo, no han alimentado las unidades principales, solo los impulsores del sistema.**
Vi las figuras desplazarse por mi alimentación de la retina. La nave estaba maniobrando, aparentemente sin rumbo.
-Ella ha visto algo que no hemos visto- murmuré.
-O sabe algo que no sabemos.
-Ninguno de los dos es aceptable-. Cerré el feed. **-Pero al menos sabemos dónde está ella. Y, de alguna manera, eso facilita las cosas.**
Mardoqueo me miró tristemente. -**Vas a subir allí, ¿no?-** Preguntó.
Ya estaba alcanzando mi capa. **-Es peor que eso-** dije, abriendo un canal seguro para el maestro de navegación del Senatorum. **-Vienes conmigo.**
Ser canciller vino con grandes poderes y muchos privilegios. Al igual que con los músculos, si no se usaban, se desvanecían gradualmente. El truco consistía en permanecer en los bordes: seguir probando lo que el Lex permitía, de modo que si alguna vez se produjera un retroceso, todavía estaríamos bordeando los límites de lo posible.
En teoría, el canciller del Senatorum Imperialis estaba facultado para ir más o menos a cualquier parte e interrogar a más o menos a cualquiera. Tenía

licencia para viajar por la mayor parte del Palacio, salvo por las áreas sagradas custodiadas por los Custodios, y también hacia los diversos dominios y reinos de los Altos Señores. Podría requisar naves de la mayoría de las estaciones y exigir el paso a cualquier zona de guerra de mi elección. Podría convocar a los generales del Departamento Munitorum para explicar una partida de gastos, o a los jueces de Adeptus Arbites para consultar la detención de un sospechoso, o incluso a los regimientos del Palacio Interior para perseguir alguna consulta u otro protocolo relacionado. En la práctica, mis poderes dependían de la naturaleza de mi cantera: difícilmente podría haberme defendido contra el más mortal de los guardianes del Imperio si decidieran resistir mi interferencia, y tanto dependía de la fanfarronada y la voluntad de arriesgarme.
Esta fue una de esas ocasiones. Si hubiera esperado e intentado localizar a Señora Almirante Merelda Pereth para una reunión en su propia ciudadela como había hecho con Ashariel, podría haber tomado semanas. Al menos ahora sabíamos exactamente dónde estaba, y supongo que no deseaba que las noticias de su viaje se transmitieran a otros oídos menos amigables. Esperaba que fuera más fácil simplemente llevarme a bordo sin problemas en lugar de hacerme llamar a aliados para forzar el problema.
Tomamos un levantador permanente puesta a nuestro servicio. Tenía una tripulación mínima: diez para pilotar el vehículo, más un escuadrón de cinco Negros de Lucifer para actuar como protección cercana. Me senté en la parte delantera de la bahía de la tripulación, cerca del oficial de comunicaciones. Mardoqueo se envolvió en su capa y se ató a cierta distancia. Hizo su duda sobre la sabiduría de este ejercicio muy simple, pero lo dejé enfurruñarse. Era viejo, se estaba volviendo frenético y, en cualquier caso, sospechaba que la mayor parte de su irascibilidad era más directa que sustancial.
Obtuvimos autorización para la partida rápidamente y nos alejamos de las etapas de aterrizaje del Senatorum. No presté atención a la vista en el camino, pero seguí los datos de seguimiento del *Excelsis Cruor*. El acorazado, junto con un par de escoltas, había subido constantemente más arriba en las diversas etapas orbitales, como si finalmente tuviera como objetivo abandonar por completo la gravedad de Terra. Sin embargo, sabía que no haría eso. Como Mardoqueo había notado, sus motores todavía estaban prácticamente fríos. Desde que Pereth se había unido a su

tripulación, la nave se había deslizado hacia arriba de manera constante en lo que, en cualquier caso, me pareció un curso de intercepción. Hasta donde yo sabía, no había nada allí que valiera la pena interceptar.
-Llega una señal- informó el oficial de comunicaciones, un joven llamado Pelav.
-Responda con una demanda de acceso estándar- respondí.
Nos estábamos acercando a nuestro objetivo. Pronto estaría dentro del alcance visual, pero no necesitaba activar a las defensas: había visto suficientes acorazados en mi tiempo. La pregunta clave era si nuestros saludos tendrían algún efecto, o si nos detendrían hasta que terminara lo que estuvieran planeando.
Por supuesto, el *Excelsis Cruor* también era un buque de guerra fuertemente armado. Estaba casi completamente segura de que no había peligro de que ocurriera ninguna tontería. Sin embargo, estos eran tiempos inusuales, y la atmósfera dentro del levantador era tensa.
-¿Alguna respuesta?- Pregunté.
-Todavía no hay respuesta- dijo Pelav, mirando fijamente su lente de datos.
Me acerqué al tubo de voz y tiré de la columna hacia mí. -**Este es el Cancellarius Senatorum Imperialis, que exige acceso al *Excelsis Cruor* de la nave de guerra de Su Majestad Imperial, según lo dispuesto por la cláusula diplomática noventa y ocho de Lex Imperialis, subcláusula tercia. Se solicita audiencia con carácter de urgencia con Señora Almirante, a quien entendemos que está a bordo. Su pronta respuesta afirmativa es anticipada.**
El tono brusco no cortaría mucho el hielo con la propia Pereth, pero nunca se supo: podría enrutarse a un oficial del personal nervioso, que podría comenzar los protocolos de acoplamiento sin pedir mayor autorización. Gran parte de esto, si era sincera, dependía de un poco de suerte en nuestro camino.
Seguimos subiendo. El cambio en el tono de los propulsores me dijo que ahora estábamos ajustando la trayectoria para acomodar las condiciones de vacío total. La bahía de la tripulación se inundó de repente con la luz del sol que nunca habíamos experimentado a nivel del suelo, haciendo que las características de los hombres y mujeres a mi alrededor fueran más nítidas. Todos se veían tan grises, tan marchitos. El mundo de lo viejo, llamaron a Terra en el Imperio más amplio. Siempre supuse que era porque habíamos

estado por más tiempo. Comprendí lo que el apodo significaba ahora: la inmundicia en nuestro entorno nos había hecho geriátricos.
Justo cuando el *Excelsis Cruor* entró en nuestros ámbitos visuales, obtuvimos una respuesta.
-Levantador de Senatorum Causa determinada 56-C-T - curso y solicitud de acceso reconocida- se escuchó una voz a través del enlace de voz. **-Abran paso a la puerta cinco-seis-siete. Los vectores de acceso se transmitirán bajo un patrón de haz seguro. El emperador protege.**
Miré a Mardoqueo. El me miró.
-Más fácil de lo que esperaba- dije.
Sacudió la cabeza. **-No estaba preocupado-** murmuró. **-Hasta ahora.**
El piloto del levantador alimentó un poco más de potencia a nuestros propulsores, ajustando el rumbo según lo solicitado, y tomamos el vector de aproximación. Vi los flancos de la enorme nave surgir de la oscuridad. Era un verdadero monstruo, esa cosa: una bestia de bronce golpeado y adamantina de alta proa. Sus propulsores cavernosos eran oscuros y huecos: se había detenido por completo justo en el borde de la zona orbital de Terra. Como si desconfiara de ese depredador, el resto del tráfico naval en nuestro sistema generalmente congestionado no se veía por ninguna parte.
Entramos según las indicaciones, a la sombra de los escoltas de combate, y el capitán de la nave nos recibió en uno de los muchos hangares del acorazado y un destacamento de veinte guardias armados.
-Canciller- reconoció el maestro, haciendo la señal del águila de forma ágil. -**Bienvenida a bordo. La Alta Seroña Pereth te espera en el puente de mando.**
Tomamos un tren gravitatorio desde los niveles del hangar hasta el centro neurálgico de la nave. Todo parecía ser como debería ser. Siempre me habían impresionado los niveles superiores de la Armada. Un buque importante como este era una cita prestigiosa, y los oficiales aquí eran príncipes del vacío. Una vez que desembarqué del tren, los vi saludar inteligentemente cuando pasamos por allí, con sus uniformes nítidos y brillantes charreteras, y no pude evitar hacer la comparación con la burla del séquito de Ashariel.
El puente de mando en sí era tan cavernoso como todos. El enorme espacio interior estaba rodeado por un gran techo abovedado de reloj de

arena, sostenido por un bosque de altas columnas de hierro. Nos tomó varios minutos caminar desde las filas del elevador hasta la estación táctica. Cuando finalmente llegamos, parecía que Pereth ya había reunido a toda su corte allí. Grupos de asesores y consejeros se encontraban dentro y alrededor del patio del trono táctico, murmurando para sí mismos y consultando pizarras de datos. La propia Pereth, una mujer corpulenta vestida con gruesas túnicas azul oscuro, estaba en una animada discusión con un hombre con uniforme de almirante. Cuando nos acercamos, de repente dejó de hablar, como alertada por un sexto sentido, y se volvió para mirarme.
-Anna-Murza- dijo, extendiendo ambas manos en señal de saludo. **-Qué bueno verte. Ya no estoy a la sombra de Alexei, creo.**
La calidez en su voz sonaba sin simulación. Comencé a preguntarme si el presentimiento de Mardoqueo sobre todo esto era correcto.
-Señora Almirante- le dije, tomando sus manos. **-Gracias por recibirme aquí.**
Se acercó y olí el aroma de algo raro y costoso en su cuello alto. -**¿Y cómo sabías dónde estaba, canciller?-** Susurró. -**Creo que tendré que ser un poco más cuidadosa con mi personal.**
Mantuve mi cabeza cerca de la de ella. **-Hubiera sido un estudiante pobre-** le dije suavemente -**no haber aprendido algunos trucos.**
Ella sonrió y me soltó la mano. **-Conociste a Ashariel, según tengo entendido.**
-Un hombre con muchos cuidados. No fue receptivo cuando sugerí agregar la supervivencia del Mundo del Trono a la lista.
-He servido con Mar Av durante muchas décadas- dijo Pereth, acercándome al trono de alto mando. Era vagamente consciente de que ninguno de la multitud reunida nos estaba prestando mucha atención a ninguno de nosotras: su atención estaba reservada para el techo alto, con su vista del vacío desnudo afuera. **-Lo conozco bien. El es un bruto. Grosero como un galeón, con los modales de un pastor grox. Nunca encontré una manera de sacarle mucho provecho de él discutiendo. Al final, decidí que era más fácil trabajar con él.**
-Cuando era general, esa podría haber sido una opción- dije. **-Ahora hay menos rutas.**

Pereth me lanzó una mirada divertida. -**Entonces viniste a mí en su lugar. Desea avergonzarlo obteniendo lo que necesita de la Armada. ¿Y que sería eso? ¿Unos escuadrones de valquirias para apagar tus fuegos? ¿Alas de merodeador para nivelar tus zonas de hab recalcitrantes? No me queda mucho más que eso. El Primarca Trono bendiga su venida ha desnudado la bóveda del bote.**

-No tienes idea de la frecuencia con la que me dicen eso- dije con tristeza. **-Pero no podemos hacer nada. Quizás no sea obvio desde aquí arriba, pero nuestro control sobre el orden sigue siendo frágil.**

-Oh, es bastante obvio. He perdido el contacto con nueve de nuestros depósitos de suministros en el otro lado del mundo. Cualquiera de mis predecesores habría renunciado a la vergüenza solo por eso, y es simplemente el menor de mis problemas. Pero elegiste una buena hora para encontrarme aquí. Supuse que lo había hecho deliberadamente, pero por sus preguntas siento que es más probable que sea un feliz accidente.

La multitud a nuestro alrededor comenzó a agitarse. No estaba segura de lo que quería decir con eso, pero temía que tuviera razón, algo estaba ocurriendo aquí que yo no sabía. El control de la información era mi mayor y única arma real, por lo que haber fallado en ese tema era una carga hiriente.

-No hay accidentes- dije, poniendo cara de valiente.

-Entonces tu tiempo es excelente. Y ha elegido la mejor ventaja para la vista. ¿Lo has visto antes? Desde el vacío?

-No desde el vacío- expresé, preguntándome cuánto tiempo podría seguir así.

-Entonces prepárate, canciller. Si tenía preocupaciones genuinas sobre la preocupación del Primarca por el mundo de su padre, esto podría ayudar a calmarlos.

No tuve mucho tiempo para prepararme. En verdad, no habría importado mucho si lo hubiera hecho. Miré hacia arriba, miré hacia afuera, siguiendo el movimiento de las multitudes a mi alrededor, y comencé a ver el vacío moverse.

En mi vida de servicio, he visto muchas naves espaciales y, a pesar de su tamaño y grandeza, comencé a acostumbrarme a ellas. Eran simplemente vehículos, aunque de un tipo refinado e inmenso. Incluso un leviatán como

el *Excelsis Cruor* era, en la base, un medio para obtener armas de un punto a otro. Admito que me había cansado, como probablemente todos los que moran bajo la sombra del coloso del Senatorum.

Debería haber sido un alivio descubrir que todavía era capaz de asombrarme.

Por un momento, ni siquiera estaba segura de lo que estaba mirando. Al principio pensé que el reloj de arena estaba sufriendo algún tipo de distorsión. Vi cómo se apagaban las estrellas y tuve un momento de pánico repentino, como si me hubieran engañado aquí justo a tiempo para presenciar el desenlace final. Por el rabillo del ojo vi figuras y esquemas corriendo por las lentes augur, y los descarté al instante, ya que nada, nada en absoluto, podría generar números de tal magnitud.

Y luego, desde la oscuridad, vi la luz del sol atrapar la primera aguja, y me di cuenta de que venía de más allá de la sombra nocturna del mundo, surgiendo del olvido como una nueva Terra de la vieja. Las agujas seguían llegando, una tras otra, uniéndose, profundizándose y extendiéndose en redes de oro, vidrio y acero. Vi los rostros de lo que parecían catedrales, apilados uno encima del otro, una y otra vez, hasta que el detalle se perdió en el tamaño de todo. Vi una gran cresta, geológica en su extensión, tachonada y costrada con herrajes, que culminó en agujas gemelas de las que ardían fuegos como faros. Vi el trueno de los soles rojos, ardiendo bajo las copas de las estalactitas adamantinas, flotando en las bahías de atraque y la manufactura y armerías y forjas, amontonadas y encerradas juntas como se ordenaron los mundos no artificiales de nuestro Imperio, solo que esto había sido construido de la nada de la mano de la humanidad, lanzada en una época de gigantes cuando no se consideraba ninguna hazaña por encima de nuestra capacidad ilimitada.

E incluso entonces, mientras luchaba por evitar que mi mandíbula se aflojara, podía ver signos de daños catastróficos a lo largo de su exterior montañoso. Un flanco completo, que abarcaba un volumen de espacio que ni siquiera podía comenzar a adivinar, había sido introducido y estaba goteando gases en el vacío. Los tramos superiores de la estructura todavía estaban iluminados y ocupados, pero mucho más estaba oscuro, empañado con la filigrana de varillas de acero dobladas alrededor de la entrada en forma de fauces a los abismos de las municiones.

Dejé que mis ojos perdieran el foco y obtuve la impresión de una sola cara canosa: un antiguo y derrotado dios de la batalla, devastado por una guerra más allá de la imaginación, que se levanta para enfrentar al sol por última vez, magnífico incluso en desorden, un viejo con barba que se adentra en el vacío, viejos ojos ardiendo con el desafiante carmesí de la senilidad y la furia.

-*Falange*- dijo Pereth, simplemente.

Eso rompió el hechizo, y lo volví a ver tal como era: nuestra incomparable fortaleza estelar, la más grande y antigua de las máquinas de guerra que todavía comandamos.

-¿Cuánto tiempo lo has sabido?- Murmuré.

-El regente lo ordenó- respondió ella. -**Y tales movimientos de flota, como ustedes saben, quedan bajo mi competencia.**

Me resultó difícil de creer. *Falange* había sido reclamado durante mucho tiempo por el Capítulo de los Puños Imperiales de los Marines Espaciales, que en realidad lo usaban como su monasterio-fortaleza. Siempre me habían llevado a creer que su despliegue era un asunto solo de ellos.

Quizás eso fue ingenuo. Su poder era tan incomparable que incluso un Primer Capítulo Fundador habría estado bajo una presión considerable para usarlo en defensa de las preocupaciones más apremiantes del Imperio. Tal vez Pereth había sido instrumental en traerlo de vuelta a Terra, siguiendo las órdenes de Guilliman. Tal vez ella simplemente estaba reclamando el honor, sabiendo que el Adeptus Astartes nunca haría un reclamo similar.

Nada de eso importaba. Había deseado ayuda, y ahora la tenía. Había deseado poder, algo con lo que intimidar a los insurreccionistas, y ahora lo tenía. Había deseado una declaración, una que avivara la esperanza en aquellos que habían comenzado a creer que no quedaba nada, y difícilmente podría haber encontrado una mayor inspiración.

Y, sin embargo, cuando lo vi rastrear constantemente a través de los cielos, envuelto en nubes de ceniza y rastros de vapor, vi la extensión total del daño que se le había causado y me pregunté qué podría haberle dado tal castigo. Si *Falange* había vuelto a casa, ¿era para vigilarnos, como insinuó Pereth? ¿O fue porque estaba huyendo antes de una tormenta mayor, encontrando el único puerto capaz de sostenerlo antes de que sus hambrientos perseguidores lo atraparan?

Pero esas fueron preguntas para otro día. En ese momento, quedé cautivada por el espectáculo, tanto desalentada como inspirada.
Solo quedaba una pregunta para esa hora: la que siempre estaba en mis labios, el producto de mi trabajo y el lugar en el que la dirigía.
-¿Quién más lo sabe?- Pregunté.



VALERIAN VIII

Por supuesto que lo habíamos sabido.

Cuando digo nosotros, me refiero a nuestra orden. Yo, personalmente, no había estado al tanto de la información. Sin embargo, la Guardia Solar se ocupó de comprender cada movimiento de cada nave dentro de los límites de nuestro sistema planetario, por lo que habían esperado durante mucho tiempo su regreso del cataclismo de la lejana Cadia.

Incluso en la víspera de su aparición en nuestros cielos, como una estrella roja gigante vista desde nuestros observatorios, muchos hechos no se entendieron claramente. Sabíamos que había sido enviado a los defensores del Ojo en las últimas semanas de la condenada defensa. Sin duda, había formado la pieza clave de las últimas batallas allí antes de verse obligado a retirarse. Sin duda, sus ocupantes habían hecho todo lo posible contra las hordas del Despojador.

Durante la mayor parte de su larga vida, *Falange* había residido dentro del Sistema Sol, o cerca de él. Los registros de su participación durante la Gran Herejía en sí son incompletos y poco entendidos, pero lucho por creer que no estuvo involucrado de alguna manera, llevando la lucha a las flotas de Traidor y aportando su arsenal único y poderoso. El hecho de que los hijos de Dorn lo hubieran usado desde entonces indicaba que debía haber sido fundamental, ya que los Puños Imperiales no eran sentimentales con respecto al descarte de armas que se ha demostrado que no tienen ningún uso.

Ser un componente de las defensas permanentes de Terra, y ser tripulado por Adeptus Astartes, hizo que *Falange* fuera de gran interés para nosotros. Había escuchado voces tentativas en nuestros consejos sugiriendo que debería ser asumido por los Diez Mil, con el razonamiento de que un solo Capítulo de Marines Espaciales, sin importar cuán histórico sea, no podría esperar ser humano y mantener una máquina que había sido demasiado grande incluso para la Séptima Legión en su mejor

momento. Yo mismo pensé que ese punto de vista era vano y tonto. Apenas estábamos en condiciones de enfrentarnos a una fortaleza así, y la sola sugerencia de intentarlo rápidamente habría provocado conflictos con los que apenas podríamos haber vivido. Si hubiera un caso de reasignación, entonces habría sido para la Armada Imperial, que solo tenía la mano de obra para llenar sus corredores adecuadamente. Sin embargo, incluso la Armada habría luchado con la tarea más importante que cualquiera de nosotros: comprenderla. Como muchas otras cosas que habían sido heredadas desde los albores de nuestra ascendencia galáctica, se había convertido en un misterio, mantenido en gran parte sobre la base de las conjeturas, la superstición y la suerte ociosa.

No sugiera, en este momento, que el Mechanicus hubiera hecho un mejor trabajo. Esos charlatanes se estaban quedando sin tiempo, incluso dentro de sus propios feudos, y no tenían por qué extender sus zarcillos aún más en áreas que conocían aún menos.

Pero yo divago. *Falange* estaba aquí, y eso cambió las cosas. Cuando escuché la noticia por primera vez, creí que cambiaría poco, ya que los enemigos que estábamos comprometidos a destruir no eran del tipo que sería disuadido por una fortaleza vacía construida para arrasar flotas estelares enteras. Para entonces, mi cámara y yo nos estábamos preparando para atacar a otro objetivo, esta vez más lejos del Palacio. Me habían inquietado las pruebas limitadas que habíamos descubierto de fuerzas significativas en el trabajo junto con las de los Astillados que conocíamos, y tenía la intención de buscar más información sobre ellas.

Confieso sentir cierta frustración al ritmo de la reconstrucción y la reconquista. Nuestra libertad de actuar, en términos de las leyes que nos unían, fue mayor que nunca y, sin embargo, no estuvimos más cerca de extinguir los fuegos de la rebelión de lo que habíamos estado durante los Días de Ceguera. Una curiosa inercia parecía haber colonizado los niveles más altos del gobierno terrano, como si todos fuéramos niños mortales, con licencia para explorar el mundo más allá de nuestra puerta y aún persistiendo bajo el umbral y mirando hacia la noche.

Recordé el Pesar del corazón, y recordé a Aleya. Lo deseé de nuevo, incluso cuando entendí que era una especie de debilidad diferente hacerlo.

Justo antes de dar la orden de atacar la ciudad nuevamente, recibí una citación. No podría haber retrasado esta respuesta, porque vino de Trajann

Valoris, el Capitán General de mi orden. Les dije a mis homólogos en la cámara que me esperaran, y me dirigí a la cima de la Torre.
No me había dado cuenta de que Valoris estaba incluso en el Mundo del Trono. Había estado ocupado con muchas campañas desde el comienzo de la crisis, y sabía que había peleado más de una vez junto a Guilliman. Había rumores de que pronto acompañaría al Primarca de forma permanente, pero siempre lo había dudado. Valoris era un Gran Señor, y sus deberes estaban mucho más ligados aquí, a Terra, que a las muchas guerras del vacío profundo.
Las cámaras que ocupaba cuando estaba en la Torre eran tan sombrías y sobrias como cualquiera de las demás. A menudo reflexioné sobre el desajuste entre la magnificencia de nuestra placa de batalla y la crudeza de nuestras viviendas. Fuimos a la guerra vestidos con algunas de las armaduras más finas y ornamentadas imaginables, y sin embargo, cuando se nos dio una licencia similar para adornar los lugares en los que entrenamos, meditamos y estudiamos, elegimos la piedra en blanco y la suave luz de las velas. El Capitán General no fue la excepción, podría haber optado por pasar su escaso tiempo de descanso rodeado de perlas y copas de cristal, y, sin embargo, sus habitaciones eran estudios con restricciones monásticas, tan frías y oscuras como una cripta.
Cuando entré en ellos, él estaba sentado. Llevaba una armadura de batalla completa, la famosa placa castellano, que brillaba oscuramente a la luz de las velas. Estaba leyendo: un documento oficial, estampado con el sello imperial y escrito en tinta sobre pergamino. Docenas de otros documentos similares estaban apilados en un escritorio con cubierta de granito en la esquina de la habitación.
Esperé a que terminara. Finalmente, dejó el pergamino, buscó una pluma y firmó su sello en la base del documento. Vi el parpadeo como nano-identificador dentro de la tinta cargada activada, sellando su autoridad en las uniones moleculares y haciéndola irrecuperablemente suya.
Él levantó la vista. Sus cicatrices parecían lívidas a la luz amarilla, solo una parte oculta por su barba gris.
-Héroe de la Puerta del León- dijo. **-¿Cómo va la campaña?**
No estaba seguro de por qué usaba el título. Si le insinuaba que no era apropiado para uno de los nuestros, entonces la burla se sentía como mezquindad: podría haberlo detenido de antemano, si hubiera deseado.

Sabiendo que, fuera lo que fuese, Valoris no era un hombre mezquino, decidí creer que solo estaba siendo formal.
-Apenas hemos comenzado, Capitán General- dije. **-Pero el progreso está hecho.**
Él asintió, el fantasma de una sonrisa parpadeó brevemente en sus labios. -**Y se siente bien, no es así, tener la libertad de atacar donde sea que nos lleve el instinto. En parte, de todos modos.**
-No hay escasez de trabajo para nosotros aquí.
-Cierto-. Apartó su trono del escritorio y se puso de pie. Se sentía incongruente presenciarlo allí, el mayor guerrero de nuestras filas, como si fuera un escriba sin rostro en su estación. Sus movimientos, en ese lugar, rodeados por las herramientas de la erudición, eran como los de un depredador enjaulado, circunscrito por su prisión pero acolchonado contra los confines. **-Yo también estaré aquí, al menos por un tiempo. Podría maldecir el día que escuché al canciller Tieron, si no fuera claramente mi deber ocupar un lugar en la mesa alta. Entonces dime, cómo están las cosas más allá de los muros.**
-El estado de crisis perdura- dije. **-Reconquistamos el terreno, pero demasiado lentamente, y los sectores recuperados se vuelven a asediar rápidamente. Los alrededores del Palacio en sí están a salvo de asaltos, y una docena de sectores urbanos más allá. Fuera de este cinturón estrecho, no se puede confiar en nada.**
-¿Y por qué es eso? Ha habido rebeliones antes. Nada tan duradero como esto.
Me hice la misma pregunta muchas veces y no pude encontrar una respuesta que me satisficiera. **-El shock psíquico fue profundo-** ofrecí. **-El Enemigo lo planeó por mucho tiempo para este día, y tenía fuerzas listas para aprovechar. Siglos de abandono han dejado a las colmenas listas para rebelarse con el pretexto más sutil. Y, sobre todo, nuestros recursos son limitados.**
-Debido a Indomitus.
-Si.
-Pero eso no es todo, ¿verdad?
Él estaba en lo correcto. Todos estos factores fueron relevantes, pero apenas suficientes. Sin embargo, no tenía más respuestas. -**Detener a los líderes-** dije, retirándome a lugares comunes, **-y la verdad surgirá.**

Valoris asintió con la cabeza. **-Sin embargo, incluso si nuestros números fueran diez veces más de lo que son, eso llevaría una edad. Entonces, escucha con atención. Guilliman no ignoró el Mundo del Trono antes de abandonarlo. *Falange* ha regresado al Sistema Sol y ahora se encuentra en órbita sobre nosotros, algo en lo que confío calmará algunos nervios entre mis compañeros del Consejo. Sin embargo, debes saber que la fortaleza en sí está muy dañada. Nuestros agentes a bordo nos informan que sus sistemas defensivos apenas funcionan. La mayor parte de su carga, refugiados de la guerra de Cadia, ya ha sido retirada y asignada a tareas en otros lugares. Como todo lo que salió de ese desastre, es una sombra de lo que fue, y aún conserva un activo valioso: una compañía de Puños Imperiales, todos los cuales han jurado defender la defensa de su hogar ancestral.**

No estaba seguro de cómo me sentía al respecto. El Adeptus Astartes siempre había sido una espada de doble filo, tan probable que encendiera una situación como para calmarla, pero pude ver que las noticias tenían la intención de ser bienvenidas y, por lo tanto, no expresaron el sentimiento.

-Serán aliados valiosos- dije.

-Más que eso- dijo Valoris. Me miró directamente. -**Serán la punta de lanza de la que depende nuestra recuperación. Deben verse para recuperar este mundo. ¿Entiendes esto?**

No lo hice. No había pensado en el tema de la atribución ni un momento: no me importaba de dónde viniera la salvación, siempre que lo hiciera, y que nuestros juramentos de protección se cumplieran.

Sin duda, esto fue una cuestión de política, una consideración de los Altos Señores. Si es así, ya podría ver la debilidad de la misma. La mayor población de Terra, al menos en sus niveles más altos, no sentía amor por los Marines Espaciales. Esas tropas terroristas siempre se habían mantenido a distancia, aparentemente en un recuerdo distante y herido de mitos de sus depredaciones durante la Gran Herejía, pero de manera más realista porque eran tan difíciles de controlar una vez desatadas. Los Puños Imperiales habían mantenido una fortaleza de guerra aquí desde los días de la leyenda, eso era cierto, pero tenía poco más que un valor simbólico establecido además de sus propiedades mucho más extensas basadas en la flota. Cuando el Primarca se llevó sus Capítulos reunidos con él, la verdad fue que muchos aquí habían dado un suspiro de alivio.

Mi falta de entusiasmo debe haber sido obvia.
-Nos sacaste de las sombras en Vorlese- dijo Valoris. **-Eso tenía un propósito, uno que hemos abrazado, pero ahora debemos volver a aprender el valor de la oscuridad. No más ceremonias, no más coronas. Cuando la población pide liberación, deben rezar por los Ángeles de la Muerte, tal como lo han hecho durante diez mil años.**
Y allí estaba la crítica, ya velada. Me dolió un poco, dado lo que pensé que había cambiado, pero difícilmente podía expresar eso, no aquí, y no ahora.
-Como lo mandes- dije.
Valoris se me acercó y puso una mano pesada sobre mi hombro. No había censura en su expresión, solo paciencia, como si fuera un maestro del saber con calma pero firmemente repitiendo una lección que debería haber aprendido hace mucho tiempo. **-Este mundo ya está fracturado-** dijo. **-Las grietas se ensancharán. Cuando un poder sube o baja, nunca debe hacerlo reclamando nuestra bendición. Lo que desconfías con vieja pasividad es algo más profundo, algo más sutil. No nos quedamos detrás de nuestros muros durante esos milenios por timidez, sino porque necesitábamos preservar la pureza necesaria. Recuerda eso. Perdemos eso, perdemos todo.**
Ese era el viejo mantra, repetido nuevamente. Recordé cómo el Primarca me había hablado y no pude evitar contrastar los sentimientos.
-Entiendo- dije, esperando que, al pronunciar las palabras en voz alta, llegara a creerlas.
Se llamaba Tor Garadon. Tenía el rango de capitán, el comandante de cerca de cien hermanos de batalla. Comprendí que no había ocupado el cargo por mucho tiempo, al menos según los estándares de su Capítulo. Al igual que con todas nuestras fuerzas en esos días, las tasas de desgaste de los Puños Imperiales habían sido grandes y, como tantas otras, se había visto obligado a tomar su lugar antes de lo previsto.
De todos los Adeptus Astartes, los hijos de Dorn eran los que más conocíamos. Los vínculos entre la antigua Séptima Legión y Terra eran los más cercanos en todo el Imperio, a pesar de que su Maestro del Capítulo rara vez visitaba el mundo en persona. En ocasiones en el pasado, nuestras dos instituciones habían cooperado, pero solo cuando era necesario y solo por cortos períodos de tiempo.

Este Garadon era típico de su especie, ya que había estado luchando casi sin pausa en una desconcertante variedad de campos de batalla repartidos ampliamente por el Imperio. Mientras revisaba su historial de servicio, me encontré reflexionando, no por primera vez, sobre la asombrosa capacidad de recuperación de los Marines Espaciales, lanzados de una zona de guerra a otra sin pausa, que se esperaba en cada momento realizar milagros de poblaciones que los consideraban pequeños. menos que dioses vivos. Había luchado contra Astartes Hereticos en Taladorn, seguido de los pieles verdes en la Grieta Magor, después de lo cual asumió el control de la *Falange* y la maltratada Tercera Compañía de su Capítulo. El fuerte estelar había sido asaltado antes de que se completara su reconstrucción, en circunstancias que quedaron vagas en el registro, pero que deben haber sido catastróficas para haber retrasado su despliegue en Cadia durante tanto tiempo. Una vez que la *Falange* finalmente llegó al corazón de esa tormenta, Garadon se vio obligado a luchar por la supervivencia una vez más, esta vez representando la nave enemigo Voluntad de eternidad, antes de organizar la evacuación de los defensores cadianos supervivientes y liberarlos de la ruina total.

Esa fue una cifra más que impresionante, una carrera en el corazón de algunas de las batallas más grandes en la historia del Imperio. En la medida en que nuestros rangos eran comparables, supuse que lo superé. En términos de experiencia de combate en bruto, él me superó por mucho. Me pregunté hasta qué punto eso importaría, una vez que nos conociéramos.

Tuve la oportunidad de averiguarlo tres días después de mi reunión con Valoris. Según las instrucciones, me contuve de mis propias investigaciones, esperando que Garadon tomara la delantera en nuestra campaña en curso. Acordamos encontrarnos, no en la Torre, sino en la sombría torre de guerra de los Puños Imperiales, la que habían mantenido y guarnecido desde los días de la Gran Herejía.

Tomé el Talion, junto con el resto de mis hermanos, y atracamos en la parte occidental de la fortaleza. Era un lugar de aspecto brutal, construido en el estilo gótico imperial ortodoxo y privado del arte más antiguo que la Torre aún conservaba. En el interior, estaba impecablemente limpio, por supuesto, y mantenido con precisión por un pequeño ejército de siervos y servidores, pero cada cámara del lugar estaba construida para

entrenamiento constante, para simulacros de armas y preparación de combate constantes, para el enjuiciamiento incesante de lo que hicieron mejor.
Nos recibió el castellano de la fortaleza, un teniente Haessler. Eso fue una sorpresa. Nunca antes había encontrado ese rango entre los Adeptus Astartes, aunque era bastante común en otros lugares.
-El Codex Astartes no escapó a la reforma- me explicó Haessler, mientras caminábamos desde el hangar de admisión hacia el estrado de la fortaleza.
-¿El regente que está haciendo?- Pregunté.
Haessler me dirigió una mirada irónica. -**Vendrán más cambios. ¿Conoces el programa Primaris?**
Lo conocia, aunque en esa etapa solo por reputación. Sabíamos que Guilliman había reunido nuevas tropas escondidas en Marte. El exitoso subterfugio de esa empresa había sacudido a los agentes de la Torre, quienes siempre se enorgullecían de conocer cada iniciativa clandestina dentro de las muchas facciones del Imperio. La inquietud por la revelación de Primaris había sido tan grande en Terra, de hecho, que hubo quienes incluso ahora reclamaron escepticismo sobre si todo era una especie de farsa elaborada: una fundación apresurada a lo largo de líneas convencionales, condenada a expirar como defectos. en su codificación de genes fueron expuestos. Los jefes más sabios sabían que eso era una ilusión, y que el primarca había instigado una profunda evolución de la Marina del Espacio. Aún no se sabía a dónde conduciría esa evolución, tal vez incluso para él.
-¿Hay... Primaris Marines en tu orden?- Pregunté.
-Todavía no- dijo Haessler, en un tono de voz que sugería que esperaba que la situación cambiara. No podía decir si eso era algo que él agradecía o no.
Llegamos al estrado, una cámara octogonal situada en lo profundo del núcleo blindado de la fortaleza. Las paredes negras estaban incrustadas con docenas de lentes augur, y los hololitos brillaban sobre las columnas como fantasmas teñidos de verde. El lugar era prohibitivo, como si lo mantuvieran permanentemente sumergido en la iluminación de combate, y el aire olía ligeramente a los ungüentos utilizados para apaciguar a los espíritus de las armas.

Garadon me estaba esperando. Se parecía mucho a lo que esperaba, dado lo que sabíamos de él: una cara aristocrática, refinada a pesar del aumento muscular que había sufrido. Su cabello era oscuro, peinado cerca de una tez bronceada. Tenía los rasgos afilados característicos de los niveles superiores de la sociedad de Callistan, y consideraba el mundo que lo rodeaba de la misma manera que uno de esos oligarcas increíblemente ricos podría haberlo hecho, como si lo poseyera, lo acabara de vender o planeara comprarlo.
Solo cuando habló su linaje genético más duradero se hizo evidente. Su voz era cortante y áspera, proyectada en la imagen de, por lo que decían todavía de todo su tipo, el primogenitor mismo.
-Capitán Escudo- dijo, formalmente, haciendo una señal superficial del aquila.
-Capitán- le respondí. Mis hermanos entraron en la cámara, enfrentándose a sus números opuestos. Éramos como tantas estatuas doradas perdidas en la penumbra. **-Sea bienvenido a Terra.**
Quería preguntarle sobre Cadia entonces. Quería comparar historias de lucha contra la Legión Negra, tanto para aprender de su experiencia, como también, más simplemente, para escuchar cómo había estado allí. Al final, todo lo que dije fue: **-Entiendo que te hayan informado sobre la situación aquí.**
-Un desastre- respondió. **-¿Cómo se puso tan mal?**
Me estaba interrogando. Sintió que le debían respuestas, como si yo, personalmente, fuera de alguna manera responsable. En medio de toda la incomodidad, esto me pareció bastante divertido. **-La agitación en todo el Imperio ha sido considerable-** dije de manera uniforme. **-Terra no se ha salvado.**
-Debería haberse salvado- espetó. -**Haessler, aquí-** hizo un gesto hacia su lugarteniente, **-estaba en la Fortaleza Prohibida cuando se vino abajo. Se vino abajo. ¿Dónde estabas entonces? ¿Atrapado en el palacio?**
Sabía exactamente dónde había estado. Todos habíamos estado ocupados con nuestros muchos trabajos esa noche, intentando evitar que un mundo en llamas explotara por completo. Cuando comenzaron los días de ceguera, había estado viajando hacia mi primer encuentro con el Demonio en Terra, algo que nunca olvidaré.
-No del todo- dije.

Garadon sacudió la cabeza con irritación. -**Entonces hablaré claramente, Custodio.**
-Por favor, hazlo.
-Esto ha sido imprudente. Ha sido irresponsable. Deberíamos tener un Capítulo completo aquí, más de uno.
Él tenía razón, por supuesto. Sin embargo, me preguntaba qué campo de batalla habría perdido.
-Pero ahora termina- continuó Garadon. -**Ataques coordinados, extendidos, de intensidad rápida. Quemamos a los cabecillas, enviamos un marcador, restauramos el miedo al Trono. Me dijeron que tenías una lista de objetivos.**
Quizás esta agresión pretendía establecer algún tipo de marcador aquí también, como una bestia que pone su aroma alrededor de su territorio. Lo admiré bastante. **-Tomamos vivo a un líder de culto-** dije. -**Ha estado bajo interrogatorio, lo que nos dio información. Nuestro enemigo es difuso, pero coordinado. Hay numerosos líderes, ninguno de los cuales parece tener el control general de más de un puñado de camarillas. Nos dio nombres, todos ellos fantasiosos o blasfemos: el Convoluto, el Maestro de los sueños, el Lachrymosa. Tengo los datos completos conmigo. Puede colocarlos en sus propios sistemas.**
Mientras hablaba, Ravathain sacó nuestras placas de datos, envueltas en una trenza dorada y brillando detrás de los campos de seguridad. Fueron tomados por los Puños Imperiales, quienes se mudaron a una consola para comenzar el proceso de transferencia. Sus espíritus blindados deben haber avanzado; en unos instantes me di cuenta de que Garadon ya estaba procesando lo que les habíamos dado.
-Xatasta- dijo.
Xatasta era el subsector inmediatamente al norte de Gorgantha, uno que había estado completamente oscuro desde la pérdida de Beacon. Skreto había indicado que una camarilla astillada se había reunido allí con fuerza, sacando armas de depósitos saqueados y formando divisiones organizadas. Como siempre, estaban concentrando esfuerzos en las estructuras del Ministorum. Había una basílica importante en el corazón del subsector, una que creíamos que estaba siendo utilizada por el llamado Convolute como base de operaciones. Limpiar eso y restablecer una guarnición leal en su

lugar para servir como estación de suministro, abriría la posibilidad de profundizar en el territorio en disputa.
-Nuestra experiencia es que, cuando podemos destruir puntos fuertes- dije -**las tropas regulares de aplicación ahora son capaces de ocupar y mantener el terreno. Sugeriría, si está de acuerdo, un despliegue inmediato y decisivo en el epicentro.**
Garadon sonrió brevemente entonces, un tic en la esquina de su elegante boca. -**¿Siempre hablas así?**
-Yo... creo que sí- dije vacilante.
-Trono-. Se volvió hacia Haessler. -**Dos escuadrones, ambos en Ataxsis.**
Haessler se inclinó y se retiró. Varios puños imperiales en la cámara lo siguieron.
Garadon tomó su yelmo. **-No hay razón para retrasar esto.**
Después de soportar tanto hablar de precaución y moderación por parte de mi propia gente, fue bastante bueno escucharlo decir eso.
Tomamos *Rastava* y nos alejamos de la fortaleza de guerra justo por delante de su propia nave, la nave de clase Thunderhawk que llamaron Ataxsis. Era una máquina enorme, colocada junto a la nuestra, y volaba engorrosamente con enormes corrientes de humo, pero sabía por experiencia qué destrucción prodigiosa podría descargar.
Ambos volamos con fuerza sobre las cimas de las torres y las copas de las torres, tomando un rumbo directo hacia el objetivo. El día estaba menguando y las nubes sobre nosotros parecían pesadas y estériles. No sabía si Garadon había tenido muchas oportunidades de observar a Terra a nivel del suelo todavía. Si no lo hubiera hecho, imaginé que se habría horrorizado al ver su degradación. Con algunas excepciones, todas muy protegidas, la madeja de las vías de tránsito todavía estaba cubierta de escombros y salpicada de los cuerpos ennegrecidos de los vagones. El horizonte del este estaba cargado de persistentes nubes de humo, y la mayoría de las grandes torres de hab. Eran mucho más oscuras de lo que deberían haber sido. Cerca de los inmensos muros del palacio, el tráfico atmosférico se había acelerado nuevamente, pero no pasó mucho tiempo antes de que se diluyera, reemplazado por el progreso de los convoyes militares.
Nuestros adeptos ya habían preparado datos en el objetivo: la Basílica de la Agonía, un santuario colosal construido para conmemorar el sacrificio

inmortal del Emperador. Sentía que ya conocía cada centímetro de sus superficies torturadas y demasiado elaboradas: los altos altares con su masa de imágenes retorcidas, los suelos brillantes acolchados con peregrinos, las grandes campanas tocando a los caídos. Por supuesto, era probable que los ocupantes actuales hubieran cambiado algo el interior. Imaginé que las defensas serían similares a las que habíamos encontrado en Gorgantha, solo que de mayor magnitud.
Me iba a sorprender. La primera señal fue el gran pilar de humo negro en los miradores orientales. Era mucho mayor que los muchos fuegos más pequeños que ardían más allá. Por un momento me pregunté si había bajado una gran nave, pero cuando cerramos las coordenadas, estaba claro que la basílica misma era la fuente.
-¿Este es el lugar?- Garadon expresó desde su cañonera.
Podía entender su confusión. El perfil esperado del edificio, una colección típicamente vasta de torres y cúpulas interconectadas, fue borrado por los enormes rollos y remolinos de humo. Cuando nos acercamos, pude ver que la cúpula central había desaparecido, su superficie rota y delgados dedos de metal que sobresalían de un borde ardiente. Los edificios a su alrededor también sufrieron graves daños, y el patio frente a las altas puertas occidentales fue destruido y lleno de cráteres como algo fuera del campo de batalla.
-Así es- confirmé, haciendo un escaneo en busca de movimiento dentro de los escombros. No pude detectar nada en el camino de una amenaza, pero los escaneos visuales revelaban muchos cuerpos inmóviles dentro de las pilas de mampostería.
-Entonces no creo que seamos los primeros en llegar aquí- dijo Garadon.
Derribamos nuestros dos cañones delante del arco ennegrecido de las puertas principales. Cuando desembarqué, lo único que podía oler: quemar combustible, quemar carne, quemar metal. La destrucción fue sorprendente. Las puertas de la puerta habían desaparecido, dejando al descubierto las entrañas destripadas. Los altos techos de la basílica se habían derrumbado, ensuciando las naves dentro con restos humeantes. La débil luz gris del anochecer de Terra se inundó en cámaras que no lo habían experimentado desde su construcción original, iluminando montones de estatuas sin cabeza y relicarios destrozados.

Garadon vino a pararse a mi lado, con la pistola desenfundada. Estaba mirando los pilares que tenía delante, todos los cuales tenían grandes agujeros en la cantería. **-¿Sabes cuáles son esas marcas de explosión?-** Me preguntó.
-Aprenderemos adentrándonos más- dije, abriéndome camino a través de los restos y cruzando hacia el interior acre.
Debajo de los arcos aún en pie, los cuerpos estaban en todas partes. Yacían sobre la piedra destrozada, o estaban rotas dentro de los paneles carbonizados de los transportes aplastados. Los Astillados había desplegado algunos vehículos pesados en las tristes cavernas de la antigua basílica, pero parecía haberles hecho poco bien: vi más de una docena de tanques Leman Russ inmovilizados, la mayoría con sus torretas arrancadas.
Llegamos al corazón de la gran nave, justo debajo del enorme agujero de la cúpula rota, y vimos evidencia de algún tipo de última posición. Una hilera de púlpitos se había destrozado y el suelo de mármol se había roto. Los cuerpos se apilaron más alto aquí, arrojados uno encima del otro como si fueran empujados por una hoja topadora y se pudrieran. Las moscas ya estaban espesas allí, y por primera vez los hedores humanos rivalizaban con los amargos cimientos de la quema.
Aparte de esto, la impresión principal fue de un silencio espantoso. El combate no pudo haber tenido lugar hace mucho tiempo, los cadáveres aún estaban calientes, pero cada vacío resonante ahora estaba tranquilo nuevamente, los únicos sonidos eran el crujido de nuestras botas y el crujido de las llamas.
Miré hacia las bóvedas de arco alto, ahora en peligro de colapsar por completo, buscando cualquier rastro persistente de aquellos que habían hecho esto. Garadon pasó a mi lado, subió los escalones hacia el retablo central y se agachó para recoger algo. Después de no poder localizar ningún signo de vida o movimiento por encima o por delante, vine a unirme a él.
Había recogido los restos de algo.
-Carcasa- dijo, tirándomela. Lo atrapé. Era una mera astilla de metal, un trozo de material que había sido despejado por la detonación. **-Me dijiste que no había Marines Espaciales en Terra.**
Eso había sido cierto, hasta donde yo sabía. Sin embargo, la evidencia fue concluyente. Incluso si el residuo de los bólters no hubiera estado en todas

partes, la magnitud de la destrucción habría apuntado en su dirección. Ninguna otra fuerza fue tan despiadadamente capaz de causar un daño tan inmenso en tan poco tiempo.
No sabía qué decirle. Dejé caer el proyectil al suelo y lo aplasté debajo de mi talón.
-Claramente- dije, tan uniformemente como pude, **-estaba equivocado.**



ALEYA IX

Entonces. Estaba aquí, de vuelta en las sombras de nuestro antiguo dominio, encargada de descubrir por qué lo habíamos dejado. De guerrero a historiador, Valerian podría haberlo aprobado.
Sabía que el proceso no sería fácil. Si las respuestas hubieran estado cerca de la superficie, no habrían sido olvidadas por muchos, por lo que la verdad fue enterrada profundamente, tal como lo fue en tantos otros lugares. El Imperio no produjo muchas almas de distinción, pero siempre había sido bueno para generar funerarias.
La Ciudadela era, como Asurma me había advertido, un lugar extraño. La Comunidad nunca había ocupado más que una pequeña parte durante su larga vigilia, pero se había acurrucado dentro de un conjunto de cámaras cerca del nivel del suelo, evitando las catacumbas de abajo y los pasillos cerrados arriba. Habían vivido vidas lamentables, por lo que pude ver. No estaba claro para mí cómo habían acumulado la moneda que habían necesitado para sobrevivir durante todo ese tiempo. Sin embargo, lo habían hecho, el proceso los había dejado poco más que mendigos, subsistiendo con restos del lado de la luz del día de Luna. O tal vez habían sido francamente ladrones, saqueando cosas que no entendían y vendiéndolas a aquellos que saboreaban el toque de la edad en sus tesoros. Sin embargo, de alguna manera, habían logrado aferrarse aquí: un par de cientos de ellos, en cuclillas, mirándonos con una mezcla de veneración y sospecha. La mayoría parecía estar relacionada entre sí, lo cual era otra razón para desconfiar. No tuve el valor de preguntarle a Telam si la endogamia había sido una política deliberada durante los siglos vacíos; descubrí que preferiría no saberlo.
Me siguió como un cánido buscando un maestro. No fui amable con él. Encontré su atención en gran medida desagradable, especialmente las frecuentes alusiones a lo que supuse que eran sus preceptos religiosos. A veces, cuando mi atención se desviaba por alguna razón u otra, levantaba

la vista para descubrir que me había estado mirando, con una expresión de adoración en blanco en su rostro delgado. En esas ocasiones lo enviaría lejos. Lo pateé una vez, mientras se escabullía.
Él siempre volvía. Eso lo empeoró. Me había pasado la vida tratando de acostumbrarme a la aversión; ahora tenía que acostumbrarme a alguien que simplemente no se iba.
Aún así, fue indudablemente útil en algunos aspectos. Entendió cuántos de los viejos sistemas de bloqueo funcionaban, al menos en los niveles inferiores. Él conocía las secciones habitadas de la gran torre, y al principio me basé en eso. La Comunidad había mantenido algo así como archivos, y me los mostró tan pronto como los pedí. Después de mucho estudio, llegué a la conclusión de que en su mayoría eran basura: colecciones de tratados místicos, una mezcla de propaganda ortodoxa y algunas cepas más antiguas de prácticas rituales. En la medida en que los registros se acercaban a cualquier tipo de historia real, todo era muy reciente: las acciones del gobierno de Luna, las imprecaciones contra los corruptos gobernadores de puertos, las notas de incursiones ocasionales de los ejecutores en busca de artefactos robados. Estaba claro que las autoridades aquí sabían algo de la naturaleza de la Ciudadela, se dieron cuenta de que era muy antiguo y podría contener algún material de valor, pero no habían adivinado su función histórica original. La antigua fortaleza había permanecido allí, durante esos milenios silenciosos, una guarida de degenerados y carroñeros medio armados. Podría haber deseado que se borrara correctamente, en lugar de sufrir esta indignidad persistente.
Asurma y sus acólitos también estaban ocupados. Como ya había descubierto, los recursos propios de la Ciudadela eran insignificantes, pero la demanda de nuestros servicios solo crecería. Un centenar de mis hermanas habían sido alojadas aquí, la mayoría como instructoras en nuestras formas de combate físico y psíquico. Una por una, se abrieron cámaras gruesas de polvo y se volvieron a usar. Tuvimos que rogarle a los funcionarios del puerto recursos para traer ingenieros para nuestros generadores de energía, y para que lexmechanics mantuviera los oxidados bancos cogitadores que habían sido levantados de los viejos depósitos en Terra. Los apagones fueron frecuentes, al igual que las interrupciones en el suministro de agua y las importaciones de raciones.

Nada de eso importaba mucho. El estado de ánimo entre aquellos de nosotras que habíamos regresado era de euforia silenciosa, igualado solo por una determinación constante de asegurarnos de que esto sucediera. Conversé con mis hermanas cada vez que pude, contando sus muchas historias de aislamiento y recuperación. Siempre hubo algunas similitudes en nuestras diversas historias: la necesidad de secretos, la indiferencia u hostilidad de las instituciones imperiales oficiales, el peligro constante de incursiones o purgas. Los conventos dispersos nos habían dejado con caminos divergentes. Incluso nuestra armadura y armamento eran diferentes, mantenidos encubiertos por forjas con pocos suministros. Pasé muchas horas estudiando la placa Vratine de conventos distantes, notando las soluciones que habían adoptado para los entornos en los que habían luchado.
La cara de cada Hermana era diferente: una forma diferente, formada por diferentes tirones gravitacionales; un tono diferente, causado por los diferentes espectros de la luz solar, pero en cada par de ojos vi lo mismo reflejado en mí: alivio. Alivio, que ahora podríamos reunirnos de nuevo, protegidos por el mismo Imperio que una vez nos había acosado. Alivio, que ya no teníamos que vivir vidas de mentiras y desviaciones. Alivio, que podríamos consolarnos en nuestros números y fuerza nuevamente.
Algunas de mis hermanas eran almas de deleite. Otras fueron tediosos. Un número preocupante era profundamente religioso, hasta el punto de ser casi fanático. Sin embargo, con todos ellas, en algún grado u otro, podría volver a estar abierta. Nuestras conversaciones deben haberle parecido cosas ridículas a cualquier extraño que se metiera en ellas (dedos danzantes, gestos repentinos, algún resoplido o risa), pero ese era solo otro elemento compartido que nos unía más.
Sin embargo, esos momentos de ligereza no eran comunes. Nuestros deberes eran onerosos. Yo misma pasé muchas horas volviendo a la condición física completa, conociendo el peso y el temperamento de mi nueva espada en las salas de práctica. Las chicas jóvenes llegaban todo el tiempo para entrenar, la mayoría extraídas de las bodegas de las Naves Negras, otras traídas por expediciones lanzadas por los Custodios o nuestras propias Hermanas en el extranjero con la cruzada. Llegarían a la Ciudadela en sus turnos negros, con la cabeza afeitada y la marca de la Hermandad grabada en sus mejillas, los ojos muy abiertos y los dedos

anudados nerviosamente. No fuimos gentiles con ellas. No podíamos permitirnos serlo: la galaxia no era un lugar gentil. Muchas de ellas, sabíamos, no sobrevivirían al proceso de capacitación. Aquellas que lo hicieran serían como nosotras: templados en algo más duro y más frío, maduras para resistir los horrores a los que fuimos creados para oponernos.
En medio de todo esto, todas las recién llegados y el trabajo continuo de los pioneros, tenía mi propio trabajo que hacer. Revisé cada archivo superviviente e interrogué a cada miembro de la Comunidad que estaba remotamente lúcido. Me puse en camino por mi cuenta, entrando en pasillos sellados durante mucho tiempo. En algunos de esos viajes, pasé horas en aislamiento, pisando con cuidado espacios antiguos, cubiertos de polvo hasta los tobillos. Bajo la luz estelar del cielo de la Luna, aprecié los ataúdes con barrotes abiertos y busqué los rastros de una vida pasada. De vez en cuando, escondido en una grieta en la piedra o encajado debajo de un zócalo de hierro, encontraba un recordatorio de que solo éramos los últimos ocupantes de este lugar: un amuleto devocional, un trozo de pergamino con un nombre, la huella de una bota blindada aún visible en medio de la mugre del olvido.
No progresé mucho, aunque llegué a comprender un poco de la arquitectura de la Ciudadela en sí. No era como un edificio imperial en absoluto. Mientras que la mayoría de las fortalezas del Imperio habían sido construidas con una brutal plantilla de uniformidad dictada por los antiguos manuales militares, este lugar era como ninguno que hubiera conocido. Había pocos bordes ortogonales y muchas curvas de barrido. Algunas cámaras parecían cascadas congeladas, otras como cavernas de hielo. No estaban iluminados, por supuesto, así que utilicé mis luces de armadura para rastrear las superficies onduladas. El lugar no era hermoso, al menos no convencionalmente. Encontré inquietantes armónicos espaciales, y otros recordaban vagamente algo que no pude ubicar, como si fuera una visión o un sueño.
En una ocasión, me dirigí al pináculo, aún fuera del alcance de la mayoría del personal. Estaba abierto a la delgada atmósfera, así que me puse completamente blindada, trepando constantemente por pasillos cubiertos de muebles rotos, hasta que estuve de pie en una única y estrecha cámara de linternas rodeada de altas ventanas con venas de hierro. En todas las

direcciones de la brújula, pude ver el vacío de Luna huyendo de mí, dominado por el negro profundo del cielo. Las llanuras de polvo se extendían, muy por debajo, tan lejos que sentí que me raspaba contra el borde de la atmósfera de Luna, un observador al límite de la posibilidad.

Pude distinguir la luz de los asentamientos en esos desechos, unidos por hilos estrechos de viejos carriles de tránsito. Eran lugares aislados, hundidos para siempre en una oscuridad que nunca se rompió. Me preguntaba por qué estaban allí, lejos de las minas y los patios y el interior del muelle vacío, esparcidos como joyas descoloridas en medio de un vacío reseco.

Me aparté la vista y miré los restos a mis pies. Algunos de los objetos rotos podrían haber sido valiosos, una vez, pero no vi mucho que pudiera ser reparado o recuperado para su uso. Tal vez todo se había destrozado durante algún evento cataclísmico único en el pasado, o tal vez otros habían hurgado aquí durante un largo período de tiempo, despojando gradualmente el lugar de sus tesoros.

Me arrodillé, dejando que mis dedos cayeran al polvo. Dejé a un lado un poco, revelando un suelo de piedra negra con caracteres que no podía entender. Al igual que en otros lugares, los sigilos tenían un borde extraño, tan extraño a mi sensibilidad que casi podrían haber sido formas de xenos. Pasé algún tiempo viendo si podía darles algún tipo de sentido. Al final, tomé una foto y me puse de pie nuevamente.

Puede que hayamos sido dueños de este lugar una vez, pensé, pero no fuimos los primeros.

Descubrí poco más de interés dentro de la Ciudadela. Empecé a temer que mi tiempo se estaba desperdiciando. Mis sesiones de práctica con la Espada Somnus se volvieron cada vez más intensas, como si de alguna manera pudiera exorcizar mis frustraciones a través del esfuerzo físico.

Después de una de esas sesiones, volví sola a mis habitaciones, mi justillo empapado en sudor. Mi cabello se había soltado de sus ataduras y colgaba en mechones húmedos sobre mi cara. Apestaba.

No fue bienvenido, entonces, ver a Telam esperándome afuera de mis habitaciones. Mi estado de ánimo no había mejorado con el simulacro de combate con servidores de drones y obstáculos tontos, aunque se me ocurrió que poner una espada en su pecho flaco podría darme una satisfacción fugaz.

<<Vete>> señale, alcanzando la cerradura de mi puerta.
Se inclinó y me ofreció una pila de viejos libros encuadernados en cuero. **-Como me lo ordenaste, señora-** dijo.
De hecho, le había pedido esas cosas. Como el sabueso fiel que era, los había recuperado. Las puertas se abrieron.
Entré y me dirigí hacia una mesa que sobresalía del barrido orgánico de las paredes interiores. *<<Déjalos ahí.>>*
Me siguió. Mientras bajaba los libros, vio las fotos que había tomado en la cámara alta.
-Las palabras de las matriarcas- dijo, suavemente, sobre todo para sí mismo.
Cogí una toalla y me la pasé por la cara. *<<¿Qué?>>*
Su cara delgada se alzó culpablemente. **-Las palabras de las matriarcas-** dijo de nuevo. Como tantas veces con él, había caído en una expresión casi devocional.
Miré las imágenes y vi las formas de los personajes en las placas rígidas. *<<¿Puedes leer estos signos?>>*
Sacudió la cabeza. **-Recordamos algunas cosas, pero el conocimiento se desvanece.**
Tiré la toalla en una tolva de ropa rebosante. Me volví a atar el pelo y fui a unirme a él en la mesa. *<<¿Alguien todavía los lee?>>*
Pareció pensativo por un momento. -**No lo creo. A menos, tal vez, de la noche del alma.**
Esta fue la primera vez que escuché esas palabras, y sonaban irritantemente obtusas. El propio Telam no parecía muy seguro de sí mismo, pero, de nuevo, cada chatarra podría ser útil.
De forma remota, activé la ducha de pulso en la cámara de higiene contigua, y después de unos pocos tosidos tartamudeé, escuché que salía agua de la abertura.
<<Prepárate>> señale, agregando un imperativo de destierro al gesto. *<<A los Vehículos, treinta minutos. Me lo mostrarás.>>*
Tomamos un vehículo terrestre de la Ciudadela. Como todos los vehículos fabricados por Luna, era torpe y robusto, diseñado para un terreno que solo había sido domesticado. Mantener una atmósfera en su lugar y la gravedad funcionando en algo cercano a los niveles utilizables ocupaba la mayor parte de la infraestructura terraformica del satélite, lo que significa

que los cuartos vacíos del lado nocturno del satélite habían permanecido, en muchos sectores, en un desierto prácticamente virgen.
Nos sacudimos y nos abrimos paso a través de las llanuras, medio perdidos en una bruma de polvo. Miré hacia atrás y vi la altura completa de la torre detrás de nosotros, elevándose como una montaña imposiblemente delgada desde los riscos en su base. En Luna, todo se destacó con un fuerte alivio, y entonces sentí como si pudiera distinguir cada defecto y mancha en su superficie, preservado para siempre en este lugar tranquilo, oscuro e interminablemente extraño.
Seguimos viejas huellas después de eso, y el tenue brillo de la luz de la Ciudadela cayó por debajo del horizonte. El vehículo terrestre siguió avanzando, moviéndose ahora a través de la oscuridad perfecta de la noche eterna. Por encima de nosotros estaba la gran curva de la galaxia, mucho más brillante de lo que había sido en Arraissa, sin traicionar nada de su tortura y derramamiento de sangre en medio del collar estelar inmaculado.
Después de lo que pareció mucho tiempo, volvimos a pasar por los asentamientos. Eran lugares malos y pobres: edificios de piedra rocosa de poca altura, deshilachados en los bordes, agrupados alrededor de torres de comunicaciones que parecían apenas funcionales. Vi hombres y mujeres sentados en las puertas de las unidades domésticas, vestidos con poco más que trapos. Algunos tenían botes en sus manos de los que bebían desganadamente. Otros parecían vacíos, con el letargo revelador del uso de narcóticos.
Fue una sorpresa ver tanta desolación aquí, justo al lado del mundo natal de la humanidad. Sabía que en el otro lado del terminador, la presión de los edificios era tan frenética y comprimida como en Terra, la expansión urbana alimentada por la rotación de la industria en los muelles vacíos, pero esto podría haber sido otro planeta por completo.
<<¿Siempre ha sido tan desolado?>> Señale.
-¿Por qué vendría la gente?- Respondió Telam, concentrándose en mantener el coche en la pista llena de baches. -**Minado, hace mucho tiempo. Ninguna moneda ahora. Solo oscuridad.**
Eso podría haber sido así, pero la concentración de la humanidad era tan abarcativa en esos otros lugares que no podía creer que nunca se hubiera desbordado lo que, en términos galácticos, estaba justo al lado. Me

preguntaba si había otra razón. Algo del pasado, persistente en los áridos suelos grises como una maldición.
El asentamiento volvió a la oscuridad tan silenciosamente como había llegado, sus escasas luces se perdieron rápidamente. Pasamos por varios más, cada uno tan patético como el anterior. Observé los rostros de los habitantes cuando pasamos junto a ellos, y vi cuán similares eran a los de la Comunidad. Sin duda, todos provenían de la misma población, un callejón sin salida de la gran dispersión antigua de la humanidad, arrastrados aquí y sin ningún lugar a donde ir.
Finalmente, comenzamos a subir nuevamente. El vagón se ahogó y se abrió camino por una escarpada alta, tambaleándose contra el borde de una fuerte caída, antes de subir por una subida y deslizarse por un largo y arenoso tobogán. Nos detuvimos, el motor tomó algunos intentos antes de que se apagara. Bajamos de la cabina, nuestras botas crujieron en la grava.
Una sola vivienda estaba frente a nosotros, medio enterrada en una roca baja. Se había erigido una antena sobre ella, y había cajas de suministros apiladas a nuestro alrededor, muchas de ellas intactas. Un vehículo terrestre de baja potencia estaba estacionado un poco cuesta abajo, y pude escuchar el funcionamiento de un generador funcionando. Telam me indicó que esperara y entró. Unos momentos después, salió con una mujer a su lado. Parecía vieja, muy vieja, aunque dada la pobre condición física de estas personas era difícil saberlo. Cojeó y estaba vestida con una túnica gris que la hacía parecer parte del terreno polvoriento que nos rodeaba. Cuando se acercó, vi que tenía los ojos lechosos con cataratas.
En lo que siguió, tuve que conversar con ella a través de Telam. Actuó como mi novato en esto, hablando en voz alta las señales que le di. No transmitiré aquí el tedio completo de ese método de intercambio y sus muchos pasos falsos, solo el asunto esencial de lo que discutimos.
<<¿Quién eres tú?>> Pregunté.
-La noche del alma- dijo, mirándome como si pudiera mirar a través de esos coágulos brumosos en su visión y verme de verdad.
Las palabras no significaron nada para mí. Eché un vistazo a Telam, preguntándome si me habría llevado a una guarida de locos, pero su expresión era firme. Parecía encontrarla casi tan fascinante como él.
Alcancé mis pizarras. *<<¿Puedes leer estos signos?>>*

Ella alzó los ojos en blanco y los miró fijamente. -**No, no-** dijo. -**Nadie puede, no ahora.**
<<*¿Pero sabes quién los escribió?*>>
-Los escribimos. La noche del alma, hace mucho tiempo, cuando éramos poderosos-. Ella sonrió, exponiendo una boca sucia y sin dientes. **-Vino el otro rey, celoso de nuestras riquezas. Hubo guerra. Las viejas reinas se convirtieron en polvo y el aire viejo se evaporó. Y luego, después de eso, seguimos gobernando, pero teníamos que servir al Rey y usar nuestras riquezas para darle su imperio. Y eso nos volvió pobres, y se comió todo, y ahora todo lo que queda es el polvo y el viento. Pero aún vemos las naves, los del gran puerto iluminado por el sol, cuando van a la guerra, y lo recordamos.**
Su discurso era vacilante, con un ritmo de canto. Supuse que había más que simples divagaciones, que este era el recuerdo popular de los eventos que habían tenido lugar hace demasiado tiempo para permanecer intactos. Justo cuando estaba a punto de presionarla nuevamente, ella cayó en más balbuceos.
-Lo construimos- dijo, señalando el horizonte en la dirección por las que habíamos venido. -**No lo hizo. Lo hicimos. Y luego fueron las reinas quienes vivieron allí, y le dieron los telares. Hicieron los patrones. Todo se fue, ahora. Todos los patrones perdidos, robados, tomados por aquellos que nunca los entendieron-.** Miró a su alrededor, al equipo disperso, astillado y desgastado por el viento ceniciento. **-Se lo dimos para que pudiéramos vivir. Y así seguimos, sabiendo que ella volverá algún día. Cada mil años, miramos al cielo. Un día, miraremos hacia arriba y ella estará allí nuevamente.**
Estaba hablando de la Ciudadela, eso estaba claro. Las reinas que vivían allí podrían haber sido mis predecesoras en la Hermandad, pero supongo que no. Estaba hablando de un grupo de ocupantes mayores, de los que había encontrado evidencia en la cámara alta.
<<*De mi clase*>> señale. <<*Las desalmadas. ¿Que les pasó a ellos?*>>
Parecía confundida entonces, como si luchara por mantener varias ideas en su cabeza al mismo tiempo, y fallara. -**Sí. Sí. Estaban los guerreros, los que no tenían almas. Los trajo aquí, y tendimos la torre para ellos. Las piedras fueron limpiadas, los telares rotos y quitados. Eran más poderosas que las viejas reinas, aunque no hicieron nada, solo destruyeron. Pero ellos**

también fueron tomados. Ellos también estaban perdidos. Esa es la oscuridad de Luna, el cementerio donde cambia el suelo. Llega el viento y se pierden las palabras, pero los huesos permanecen.
<<¿Quién destruyó a los guerreros?>>
-Él lo hizo. El otro rey.
Si ella se refería, a través de cierta confusión, al Emperador mismo, entonces eso tenía que estar mal.*<< Cuéntame más sobre este rey.>>*
-Envió a sus cazadores. Todavía cantamos sobre esa noche. ¿Te canto la canción?
<<Por favor.>>
-El Otro Rey estaba en silencio entonces, su voz estaba quieta, sus ojos estaban ciegos. Y los hombres menores ahora decían sus palabras, con corazones y mentes menores. Rompieron la torre, las reinas fueron asesinadas y el fuego ahora quemó las habitaciones antiguas. Y vacíos ahora los pasillos están quietos, y mueren las manos que trabajaban en los telares.
Miré a Telam mientras ella hablaba a medias, cantaba a medias. Sus labios se movieron con los de ella. La Comunidad, entonces, era pariente de este remanente. Compartieron la misma historia oral, incluso si sus fuentes se habían perdido o distorsionado. Algo de lo que dijo tenía sentido, pero incluso los elementos que pude descifrar se sintieron confusos por la historia, una fusión de varias historias relacionadas.
<<¿Quiénes son la noche del alma?>>
-Somos la noche del alma.
<<¿Qué significa eso?>>
-Los tejedores del destino, los hacedores de la carne mayor. Por eso vinieron, cuando el mundo era joven.
Sentí como si estuviera llegando al final de lo que probablemente descubriría. Todo lo que dijo la mujer estaba siendo grabado. Quizás, en conjunción con el material de la Ciudadela, algo de esto podría no haber sido seleccionado.
<<Estamos de vuelta, ahora>> señale. *<<Los guerreros. ¿Eso te hace feliz? Las cosas pueden ser como eran.>>*
Ella me lanzó una sonrisa final, mezclada con senilidad. **-Deberías haberte alejado-** gruñó ella, riendo. -**¿Crees que los cazadores duermen? Vendrán de nuevo ahora, tal como lo hicieron antes-.** Se acercó cojeando a mí y

pude oler el alcohol barato en su aliento. -**Los ha soltado, el Otro Rey. Mientras él permanece ciego, no tienen restricciones.**
Telam asintió sabiamente de nuevo. Eso me hizo enojar. Había sido un largo viaje, y todo lo que teníamos que mostrar eran acertijos, compartidos entre un pueblo abandonado que solo tenía sus secretos.
Arrojé una moneda miserable al polvo, más que suficiente para pagar el tiempo de la mujer. Luego me di la vuelta, señalando a Telam que me siguiera.
<<Suficiente>> señale cortante. *<<Este fue un esfuerzo perdido.>>*
Se escabulló detrás de mí. Tomamos nuestros lugares en el vagón nuevamente y partimos a través del páramo. Supe sin mirar que la mujer nos vio marchar. Casi podía sentir sus ojos llorosos siguiéndonos a la noche, aburridos en mi espalda como una lámpara de calor.
Telam no dijo nada y no me miró. Volví sus palabras en mi mente, poniéndolas en diferentes órdenes, tratando de dar sentido a lo que me habían dicho. Cuando nos acercamos a la Ciudadela nuevamente, había perdido el hilo y sabía que tendría que comenzar de nuevo cuando llegara el próximo amanecer sin sol.
Hasta entonces, todo lo que tenía eran las rimas vacilantes, dejadas escapar por una vieja al borde de la noche eterna. Intenté sacarlos de mi cabeza, concentrarme en cosas más útiles, pero por alguna razón no me dejaron.
<<Y vacío ahora los pasillos están quietos>> pensé para mí misma, mirando cada vez más cerca el pináculo oscuro de nuestra nueva casa. *<<Y mueren las manos que trabajaban los telares.>>*



JEK X

Ahora tenía para lo que había estado trabajando, al menos en resumen. Mardoqueo y yo volvimos a la superficie de Terra, y en el viaje hacia abajo comencé a reconstruir lo que tenía que pasar después.

Había hablado un poco con Pereth en el puente de mando del *Excelsis Cruor*. Era lo suficientemente astuta como para darse cuenta de lo que necesitaba de ella, y aunque no hizo promesas inmediatas, también vio la oportunidad de avanzar en su reputación. Si la Marina pudiera entrar en la brecha y restaurar la estabilidad, su voz en la mesa alta tendría más peso. Y si eso llevó a Ashariel a responder de la misma manera, mucho mejor.

En cuanto a lo que ya teníamos, la *Falange* era una vista impresionante, sin duda, pero todos sabíamos que su presencia en órbita era más ceremonial que práctica: no estábamos frente a flotas masivas del enemigo, sino a batallones irregulares a nivel del suelo.

-Está destrozado, en cualquier caso- me había dicho Pereth, en voz baja. -**Marte está haciendo lo que puede, pero será el trabajo de una generación el restaurarlo.**

Había visto el daño externo por mí misma, y podía creerlo. -**¿Qué pasa con su guarnición?-** Le pregunté.

-Una sola compañía de Adeptus Astartes. Sin duda, pronto dejarán en claro sus intenciones, aunque creo que Valoris ya ha hablado con su capitán.

En ese momento, no estaba muy interesada en los Marines Espaciales. Nunca tendría control sobre ellos, y solo tendría que esperar que actuaran de manera útil. Los activos convencionales fueron una apuesta mejor, en números significativos y bajo el mando directo del Administratum.

-Cañoneras- le había dicho. -**Aviones, guerreros. Valor de regimientos enteros. Una fuerza abrumadora, más de lo que tenemos en la actualidad. Si tenemos que nivelar subsectores enteros, deberíamos hacerlo. A estos cultos se les permite desarrollar delirios de grandeza.**

Pereth me miró, creo que un poco divertida. -**Alexei te mantuvo en secreto durante demasiado tiempo. Tienes un fuego en tus ojos que él nunca tuvo-.** Entonces ella se puso seria otra vez. -**Pensamos igual. No será fácil, pero las cosas se pueden poner difícil. Nos mantendremos en contacto, tú y yo. Llámalo un camino tranquilo, si quieres. Puedo desviar algunos transportes aquí y allá, sacar a uno o dos destructores de sus funciones. Entrarán en órbita una por una, suavemente, y todo se sumarán. Obtendrá la potencia aérea que necesita. Dele suficiente tiempo y tendremos números capaces de enfrentarnos a cualquier cosa que pueda concebir.**
Y lo habíamos dejado así. Ahora, viajando de regreso al laberinto del Palacio, tuve un raro momento para reflexionar sobre cómo estaban las cosas.
En verdad, no había acogido con satisfacción las constantes referencias de Pereth a mi antiguo maestro. Dudo que haya querido decir mucho con eso, pero no había sido la primera vez que se mencionaba su nombre en mi compañía. Nunca, desde que asumí el cargo, intenté imitar su forma de operar.
No me malinterpreten: seguí siendo leal a Tieron, por todas sus debilidades personales. Incluso habíamos sido íntimos, durante ese tiempo de pánico cuando el se perdió y los demonios fueron vistos desde las paredes del Senatorum. No me arrepiento de eso, pero tampoco lo veo como algo más que lo que fue: una respuesta humana a eventos extraordinarios. Nos habíamos necesitado unos a otros por un corto tiempo, justo mientras las bestias merodeaban por nuestra puerta, pero después de eso no había nada, solo un reconocimiento mutuo de que habíamos estado allí, y sentimos esas cosas, y ahora todo había terminado.
Había sido un hombre cínico, en muchos sentidos. Nunca había sentido la necesidad de disculpar sus indulgencias, ni ralentizar su ingesta de buena comida y vinos, incluso mientras el resto del planeta sufría escasez. Por lo que sabía, él todavía estaba recogiendo sus objetos invaluables y cuidando sus plantas exóticas, tarareando para sí mismo mientras el Astillero corría desbocado en los habitáculos en llamas. Parte de eso siempre había sido una imagen cultivada, una que solía ganarse la confianza de ministros más serios. Si lo veían como un personaje algo torpe, gordo y perdido por sus pasatiempos, entonces la sorpresa fue aún más deliciosa cuando se dieron

cuenta, demasiado tarde, que sus aliados los habían abandonado y su dinero se había agotado y Tieron ahora los tenía justo donde los quería.
Admiraba algo de ese comportamiento, el arte del mismo, la forma en que lo hizo toda su vida, pero no tenía intención de emularlo. Esta era una nueva era, y una que requería una nueva política. Tieron me dijo una vez que siempre se había sentido un extraño en los niveles más altos de poder, y que había usado su influencia para exorcizar viejos temores de insuficiencia. Yo era diferente. Había nacido en el poder. El clan Jek siempre había tenido prestigio, desde el punto de vista de todos, y por eso siempre me había sentido cómodo. En mi escuela, exclusiva, naturalmente, había sido el atormentador en lugar de la atormentada, sabiendo que mi linaje me hacía intocable. Por un tiempo, supongo que el mayor peligro al que me enfrento fue el de perder mis inhibiciones por completo. Algunos otros que había conocido en esos días habían caído en esa trampa, desperdiciando sus talentos y cayendo en una especie de perezoso sadismo. Para aquellos de nosotros sin limitaciones externas, ese es siempre el peligro más obvio.
Otros a los que conocí esquivaron ese peligro al retirarse a la observancia religiosa. Ese era un medio común y respetado para frenar nuestros peores excesos, y lo había considerado brevemente por mí misma, pero nunca hubiera funcionado para mí. No se equivoquen: era una sirviente tan fiel al Trono como siempre había existido, y había rezado fervientemente como todos los demás cuando el rayo rojo comenzó a caer del cielo, pero una vocación piadosa nunca podría haber sido mía. Era, y soy, una criatura del mundo temporal, de sus estructuras y su economía, sus armas y sus mercaderes.
Así que me sumergí en ese mundo. Aprendí de aquellos que una vez podría haber despreciado. Mantuve mi ambición tranquila y escuché los sermones de viejos y ancianas. Cada vez que avanzaba una etapa, trepando un poco más cerca de los pináculos del verdadero poder, escuchaba las mismas expresiones de sorpresa. ¡No pensé que lo tenías en ti!. Pero ese era el punto. Siempre lo había tenido dentro, solo tenía que estar escondido por un corto tiempo, mantenerlo envuelto hasta que pudiera hacer los movimientos que siempre había planeado.
Tieron trató su carrera como un juego por fuera, mientras que fue muy grave por dentro. Yo era todo lo contrario: diligente en la superficie, pero

en el fondo nunca importó realmente. Me había convertido en canciller por mis propios meritos, para demostrar que podía dominar mis peores instintos. Tal vez algún día decidiría que ya había tenido suficiente, y podría volver a esa forma de vida más fácil. Pero todavía no. No mientras las mujeres como Pereth pudieran sonreírme y expresar su condescendiente sorpresa. No mientras hombres como Ashariel pudieran mirarme y ver a una funcionaria para la humillación.
Entonces el trabajo continuó. Continuaron los esfuerzos para convencer al Consejo de convocar una sesión formal. Continuó la coordinación de la ayuda alimentaria y la respuesta de emergencia. Nunca cesó, ni por un momento, y los largos días comenzaron a difuminarse entre sí.
Una tarde, después de una sesión particularmente ardua con delegaciones de varios organismos de contingencia, regresé a mis aposentos. Mardoqueo, como siempre, vino conmigo. Quité mi cadena de oficinas y disfruté la sensación de su peso muerto dejando mis hombros.
-Primeros pasos dados- dije con cierta satisfacción, refiriéndome a los prometedores informes de estado de Pereth.
-Solo el primero- respondió, solidario como siempre. -**¿Que sigue?**
Ajusté mi fuente de datos augmética y la volví a ajustar a los armónicos de la red segura dentro del Senatorum. Como siempre, la primera avalancha de datos fue enorme, lo suficiente como para hacerme cerrar los ojos, dar un paso atrás y dejar que me invada. Una vez que se haya ajustado, podría comenzar a dar sentido a la red de información, escabulléndose en una telaraña hecha jirones desde el Palacio y hacia la naturaleza de la extensión urbana.
Una cosa saltó hacia mí. Una basílica, una de las más grandes construidas en las zonas al este del Palacio Exterior, completamente destruida. Fui a mi consola y convoqué más imágenes de picter. Las secuencias granuladas estaban distorsionadas por la distancia y nuestra interferencia de comunicaciones, pero pude ver la devastación lo suficientemente bien. Equipos anti-flamm estaban en el sitio, rociando todo con agentes químicos, y escuadrones de Arbites se arrastraron a través de los escombros de sus dependencias demolidas.
-Los Astillados- dijo Mordecai con frialdad.
Nunca antes habían podido desplegar tal fuerza. No los había pensado capaces de ello. Mirando las ruinas, viendo lo que se habría requerido para

hacer ese daño, me mantuve escéptica.
Sin embargo, antes de que pudiera responder, una señal de prioridad apareció en mi alimentación de la retina. Siempre fue un trabajo duro ganar audiencia con un Gran Señor. Ellos, por otro lado, se sintieron capaces de convocarme cuando quisieran.
-Canciller- llegó una voz concisa desde el otro extremo. -**El Maestro del Administratum solicita audiencia urgente. Agradeceríamos su pronta respuesta: se han enviado transportes.**
Mardoqueo me miró con inquietud escrita en su viejo rostro. -**¿Y por qué crees que puede estar tan molesta?**
Todavía no lo sabía. Pero mi estado de ánimo, que había sido boyante, se agrió instantáneamente. Así eran las cosas en Terra: una victoria fugaz, luego un nuevo obstáculo.
-Lo descubriremos- dije, alcanzando mi cadena y poniéndola de nuevo con cansancio.
Violeta Roskavler, Maestra del Administratum, la miembro más poderosa de la institución más poderosa del Imperio, me miró desde su escritorio.
La cámara que ocupamos era enorme, acorde con su estatus como una de los más poderosos de todo el Imperio. Las paredes eran una piedra color crema que reflejaba la luz de una docena de suspensores. Gruesas cortinas colgaban de ventanas con marcos dorados, cuyos paneles tintados daban a jardines sellados con atmósferas llenos de helechos y orquídeas. Los retratos de los titulares anteriores se alineaban en las paredes, todos ellos mirando desde el lienzo con expresiones pesadas de gravedad y tolerancia. Olía a incienso, o tal vez al aire canalizado de los jardines. Todo allí no tenía precio.
Roskavler misma tenía un mechón de cabello blanco hielo y ojos azul pálido. Su vestido era de marfil, y su piel estaba tan pálida que podría haber sido criada en una colmena. Era una mujer corpulenta, con los ojos enrojecidos y una filigrana de ingeniosas augméticas enroscadas en el lado derecho de su cuello.
-Marines Espaciales- dijo, escupiendo la palabra como una maldición.
-Yo no.
-Marines espaciales. En Terra-. Volvio una pantalla de visualización hacia mí, mostrando la devastación en la misma basílica que había notado justo antes de salir a su encuentro. -**Estos son los informes que recibo. Y luego,**

así descubrí, estabas allí con Pereth para ver a la *Falange*. Y empiezo a preguntarme si estas dos cosas tienen algún tipo de conexión.
-No sabía nada de este despliegue- dije, sinceramente.
-Pero sabías que los Puños Imperiales habían sido desembarcados.
-No lo hice. Sabía que la *Falange* había regresado. Los Adeptus Astartes no están bajo mi jurisdicción.
Roskavler me estaba mirando ahora. Parecía lista para saltar sobre su escritorio de caoba y alcanzar mi garganta. Y la había tomado por un alma tan sólida y fiable.
-Ese es el punto, canciller- respondió ella. -**El conocimiento de los límites de su jurisdicción parece ser débil en este momento. ¿Cuál es tu rol? ¿Para cumplir con sus deberes establecidos en el Lex? ¿O para gobernar este mundo desde tu propio trono de oro?**
La blasfemia me sorprendió un poco. Traté de tener una idea de dónde venía toda esta ira. Roskavler fue una de las citas del regente. Ella era, hasta donde sabíamos, de la tendencia a la Reforma, y se podía confiar en ella para apoyar los diversos cambios que el Primarca había hecho al gobierno imperial. También presidió la oficina más importante dentro del Consejo, una en la que se reservaban las funciones más importantes. Cuando Guilliman me pidió que vigilara la salud de su legado, no había esperado problemas de ella.
-Soy perfectamente consciente de mi función y sus límites- dije con calma. -**Quizás, Suma Señora, podrías tener claro dónde están tus objeciones a mi conducta.**
Se apretó la barbilla cincelada con fuerza. -**Sé lo que has estado haciendo. Sé con quién has estado hablando y qué se ha arreglado. No eres la única que emplea espías, Anna-Murza-** Ella crujió las manos sobre la mesa. -**Crees que las turbas son una amenaza. Crees que necesitamos más fuerza para contenerlos. Has estado tratando de levantar regimientos. ¿Cómo, en algún sentido, es esta su responsabilidad? Usted está aquí para servir al Consejo, no para dictar la política.**
Me puse rígida ante eso. -**He estado pidiendo al Consejo que se reúna durante meses. Mi personal prácticamente te ha rogado que formes un cónclave. Si no nos da una pista, ¿qué más podemos hacer? Y, con el mayor respeto posible, los cultos son una amenaza crítica. Algo se debe hacer.**

Me miró fijamente, como si creyera que dije una gran estupidez.
-Hace diez mil años- dijo, pacientemente, **-este lugar fue asediado por el ejército más grande jamás reunido por un hombre mortal. Falló. Hace apenas unos meses, las criaturas que, según nos dijeron, solo existían en los sueños de herejes febriles atacaron la Puerta del León en legiones. Ellos fallaron. Y, sin embargo, a pesar de ese historial, me dices con toda seriedad que esta... chusma, estos astillados, representa una amenaza tan evidente al orden que debemos pasar por alto todos los precedentes y traer a los Ángeles de la Muerte a Terra. Por favor, canciller. Dime que no crees todo esto. Dime que simplemente mantienes la ilusión de ignorancia por alguna otra razón.**
Supuse que ella misma no había salido a las zonas de disputa. O tal vez simplemente había elegido no leer los informes.
-Si los cultos fueran realmente tan débiles como sugieres- dije, -**ya los habríamos dejado.**
Roskavler puso los ojos en blanco. -**Trono-** juró. -**Los cultos persisten no porque sean fuertes, sino porque tienen mecenas. ¿Realmente crees que los Arbites y la Inquisición, incluso en estos días degenerados y con todo el daño que han sufrido, ya no habrían eliminado tal chusma a menos que no hubiera otra manera de que tengan fuerza? Me dijeron que hablaste con el primarca antes de que se fuera. Claramente, su perspicacia no te contagió-.** Suspiró cansadamente y se frotó las manos huesudas de arriba abajo. -**Retoman sectores porque tienen aliados. Resisten la destrucción porque tienen mentores. No mires al vacío por los maestros. Mire dentro de nuestros propios pasillos.**
Esto fue ridículo. Conocía los caminos de los Altos Señores. Sabía que todos y cada uno de ellos cortarían felizmente la garganta de su propia madre para obtener una pequeña ventaja sobre sus rivales, pero arriesgar el propio Mundo del Trono, eso era una fantasía.
-¿Por qué lo harían?- Respondí.
-Porque, si desea que las reformas fracasen, le quita la seguridad. Haces parecer que la antigua dispensación, a pesar de todos sus miedos y opresiones, al menos mantuvo la paz. Haces que parezca que el nuevo Consejo ni siquiera puede ocuparse de su propio reino. Haces que parezca que la prisa por lanzar Indomitus fue un gran y costoso error, y luego, desde los barrios bajos hasta las altas torres, comenzarán los

susurros: fue mejor en los viejos tiempos. Era mejor antes de que llegara Guilliman.
-No puedes creerlo.
-¡No me digas lo que puedo o no puedo creer!-. Ella apretó y abrió los puños entonces, como luchando contra la irritación, el agotamiento, o ambos. **-Has buscado por todas partes ayuda externa, más armas, más naves. Eso no hará nada más que agregarle combustible al fuego que tus enemigos desean seguir quemando. El Adeptus Astartes nunca debería haber sido llamado. Su solución a cualquier problema es destruir todo lo que ven y luego seguir adelante. Todo el tiempo, mientras la violencia se extiende, tus verdaderos enemigos se esconden a simple vista, tirando de los hilos que ni siquiera buscas encontrar.**
Estos eran pensamientos peligrosos. No presté atención a los insultos personales: la Gran Señora estaba claramente cansado y enojado, pero fue más difícil descartar el asunto de sus acusaciones. No quería creerles. Quizás ese era el problema.
-Estás equivocada acerca de mí- le dije. **-No convoqué a la *Falange* ni sancioné ninguna misión de sus ocupantes. ¿Agradezco su presencia aquí? Si. Ya sea que los cultos estén o no protegidos, no puede durar mucho ahora que los están cazando. No me disculpo por tratar de terminar con esto. De una forma u otra, nuestros muros estarán seguros.**
Roskavler me miró con ojos pesados y decepcionados. -**Usted preguntó por qué el Consejo no se reúne-** dijo. **No sé quién está detrás de esto, pero no me arriesgaré a la aprobación de leyes mientras haya adversarios dentro de nuestras filas. Hacer lo contrario sería una traición de otro tipo-.** Se inclinó sobre la mesa pulida. -**Mira, es más fácil creer que nuestros enemigos están allá afuera, en el vacío. Sin embargo, los verdaderos enemigos siempre han estado aquí. Pasamos tanto tiempo mirando las estrellas, temiendo la llegada de las flotas, que extrañamos lo que está justo a nuestros pies.**
-Si tiene que hacer una acusación- le dije, **-dame nombres.**
-No tengo ninguno, todavía no. Son cuidadosos. Pero usted y yo sabemos quién se beneficiará de la debilidad de este Consejo: aquellos que nunca desearon que Guilliman regresara, aquellos que veneran el viejo Imperio y detestan el nuevo. Esa lista es larga, pero no infinita. Si deseas

aprovechar al máximo tu posición, deja de agitar a más guerreros y descubre los protectores de los cultos.
Dudé antes de hacer la siguiente pregunta. **-Entonces, para evitar dudas, quieres decir.**
-Sí, sí- dijo Roskavler, con acidez. -**Hay aquellos en la mesa alta que preferirían ver a Terra arder en cenizas que dejar gobernar a un Primarca. Ellos conocen su historia. Saben lo que hicieron sus hermanos antes. A eso nos enfrentamos. ¿Puede creerlo, canciller? Y, si puedes, ¿tienes el poder de descubrirlo?**
Yo no lo sabía. Necesitaría persuadirme de la primera acusación: todavía me pareció extravagante, dado todo lo que habíamos pasado durante los Días de Ceguera. En cuanto al segundo, eso era aún más incierto.
Y sin embargo, yo era una sirviente. Mi deber siempre había sido claro: ayudar a estas personas, trabajando lo mejor que pude con la guía que me dio el Regente.
Así que tomé otro respiro, ya temiendo por los caminos que podrían enviarnos a todos.
-Lo investigaré- dije.



VALERIAN XI

No nos retiramos de la basílica por algún tiempo. Los Puños Imperiales se alejaron entre los escombros, buscando más señales de lo que había dejado el lugar. Mis hermanos se desplegaron en el perímetro, igualmente absortos en buscar evidencia de la ocupación de los Astillados. Aunque la destrucción había sido excesiva, siempre era posible que quedara algo que nos diga más sobre esta nueva amenaza potencial. Si el Trono lo quisiera, descubriríamos unidades de comunicación con códigos para descifrar, o listas de compromisos planificados, incluso nombres de comandantes.

El hedor de la muerte ya se estaba volviendo opresivo. El calor de la tarde menguante significaba que los cuerpos comenzarían a supurarse pronto. En tales concentraciones, eso solo podría provocar nuevos brotes de peste, algo que fue casi un obstáculo para nuestros esfuerzos tanto como el trabajo activo de los cultos.

Presente mis planes existentes para asegurar el área. Las unidades de respuesta civil respondieron a mi mando, prometiendo tantas unidades anti-flamm como pudieran ser salvadas. Los ingenieros los seguirían para apuntalar lo que podría apuntalarse y evitar colapsos adicionales. Un semi-regimiento de la Guardia Imperial estaba preparado para ocupar posiciones en el norte para evitar que el enemigo volviera a su lugar una vez que nos hubiéramos ido, y el mando del sector Arbites había destinado a un grupo de agentes entrenados apresuradamente para comenzar el proceso de establecer la regla de la ley de nuevo.

Tal trabajo tardó muchas horas en completarse. Trabajamos hasta altas horas de la noche, y para cuando llegó el amanecer, los cientos de cuerpos habían sido arrastrados a silos listos para la incineración. Algunos cadáveres fueron retenidos, colocados en bio-sacos seguros y llevados a la Torre para su posterior estudio. Fui testigo de nuevo en esos cuerpos de las pequeñas profanaciones que realizó el enemigo: el corte de carne, la

escarificación, la imagen del diamante roto marcado en el cuero cabelludo o cosido en los omóplatos.
Hubiera deseado tener un mejor material para trabajar. Un perno es un instrumento singularmente destructivo. Está diseñado para ser utilizado contra objetivos bien blindados. Cuando se despliega contra combatientes como estos, con solo protección improvisada y mal ajustada, los efectos son devastadores. La mayoría de los cadáveres habían perdido integridad; en realidad, estábamos lidiando con colecciones de partes de cuerpos esparcidas en un campo de batalla de piedra agitada y roca desgarrada.
Cuando salió el sol, me dirigí hacia el este, eligiendo un camino a través de los restos aún calientes de los viejos claustros y salí a una calle a nivel del suelo. Los edificios al norte estaban en su mayor parte estructuralmente intactos, y pude ver el brillo de unos pocos lúmenes conectados a generadores portátiles. Aquellos en el lado sur habían sido gravemente afectados por el daño colateral de la destrucción de la basílica, en la medida en que parecía probable que tendrían que ser derribados. La pérdida de vidas también había sido severa allí, pude ver: las rutas de tránsito estaban llenas de más cuerpos, la mayoría de los cuales no pertenecían ni a los cultistas ni al personal de la Guardia Militar.
A medida que me alejaba de las paredes del claustro, vi una multitud de personas, unos cientos, que se dirigían hacia mí. Estaban cantando algo, un himno, uno de los manuales de Ministorum, creo, aunque sus voces estaban rotas por el polvo y la enfermedad, y el sonido que crearon fue muy poco impresionante. Parecían estar dirigidos por un hombre con un uniforme de clérigo. Llevaba una escopeta en una mano y un cuchillo en la otra, y parecía ser el que animaba a los demás. Tan pronto como me vio, comenzó a correr, llorando de alegría.
-¡Alabado sea el trono!-. Exclamó, cayendo de rodillas ante mí, inclinándose lo más que pudo. -**Él libera a los fieles de la oscuridad.**
Los que estaban con él eran civiles, trabajadores de los habitáculos, técnicos, escribas y operarios de máquinas. Estaban sucios, y el hedor de sus cuerpos sin lavar era asqueroso.
-Rezamos, y tú viniste- continuó el hombre, extendiendo la mano con cautela para tocar mi bota. -**Los Ángeles de la Muerte, tal como se prometió. Mataste a los infieles y los rompiste en la lanza de la venganza. Nos quedamos firmes esperándote. ¡Sabed esto! Nos mantuvimos firmes.**

Miré más allá de él, hacia los acantilados de rocacreto con sus cientos de ventanas en blanco y sin cristales. Miles habrían sido alojados allí, una vez. Me pregunté cuántos supervivientes habían quedado en esos habitáculos, encogidos de miedo a medida que la lucha se había desatado.
-Grandes números murieron aquí- dije.
-¡No importa!-. Los ojos del hombre se abrieron con fervor. **-¡Es mejor morir que quedarse en la condenación!. ¡Eres su mano de juicio! ¡Las almas de los asesinados ahora habitan con Él en la eternidad!**
Algunos de los otros murmuraron aprobación. Algunos me miraron confundidos, preguntándose si yo era algo diferente de los que habían causado toda la destrucción. La mayoría parecía asumir que yo era responsable, y me veneraba aún más por ello.
No importaba cuán extrema hubiera sido la violencia. No importaba cuántos inocentes hubieran quedado atrapados en él. Absorberían cualquier grado de dolor solo para ver terminar la anarquía.
-Dime lo que viste aquí- le dije.
El clérigo pareció perplejo por un momento, luego las palabras se derramaron. -**Como ha sido, como ha sido, vi herejes, malditos, malvados, reuniéndose en fuerza, día tras día. Muchos se volvieron, muchos no pudieron mantenerse fieles. Tenían hambre, ¿ves? No hemos tenido suministros, ni agua, durante meses. Pero todavía eran odiosos, los que cedieron, y sus almas ahora están en tormento-.** Sonrió salvajemente. **-Entonces viniste. Te vi. Te vi matar en su nombre. Mi maestro, el viejo sacerdote, salió corriendo cuando comenzaron los disparos, y fue asesinado incluso cuando fue a ayudarlos. ¡No importa!-** El hombre se acercó a mí, tentativamente, como si quisiera presionar su cara contra la auramita de mi rodillera. -**Lo confieso. Confieso que había comenzado a dudar. No en Él, debes creerme. Nunca. Pero en aquellos que llevan a cabo su voluntad. No todo lo que ha cambiado ha sido bueno. No todo. No todos los profetas son reales.**
Entonces podría haberlo presionado más, pero ni siquiera podía notar la diferencia entre mi armadura y la de los guerreros que habían destruido la basílica. Para él, éramos todos iguales: una raza de ángeles sobrenaturales, que habitaban en salas de oro a las que nunca se acercaría en la vida. Si sobreviviera en estos días, sabía que contaría sobre este momento una y

otra vez, contando la hora en que las criaturas de leyenda y devoción entraron en la realidad. Dudaba que él recordara lo que se había perdido.
El día estaba creciendo para entonces, y una luz pálida se deslizó por los flancos quemados de las torres. Sentí que debía decirle algo, pero no pude encontrar las palabras. No era mi papel inculcar la fe, ni dar tutoría a los débiles.
Entonces me di la vuelta y volví por donde había venido. Mientras avanzaba, escuché que los himnos volvían a sonar, tan desiguales y entusiastas como antes.
-Nuestra inteligencia era correcta- dijo Ravathain. Había estado analizando señales de toda una gama de compromisos. -**Los Astillados estaban aquí, en gran número.**
Para entonces, los cañones de tránsito que nos rodeaban se estaban llenando de vehículos: portaaviones, armaduras móviles, todos subiendo por debajo de los arcos rotos para tomar posiciones más al norte. Mi cámara y los dos escuadrones de los Puños Imperiales se habían reunido nuevamente para determinar el próximo objetivo. Nos reunimos en lo que alguna vez había sido un salón de actos de algún tipo, ahora bombardeado, sin techo y sin vida. En el otro extremo, los equipos de medicae estaban estableciendo estaciones. Más allá de ellos, en el patio, los camiones cisterna y los elevadores de suministros habían comenzado a descargar su contenido.
-Después de su destrucción, la facción se agotará- continuó Ravathain, mostrándonos algunos pedazos de escombros recuperados con el llamado sigilo de Convolute, un nudo enredado, raspado sobre ellos. **-Los otros atacaran ahora, para acabar con los Astillados restantes. Tenemos la oportunidad de atacar antes que ellos.**
-Si somos lo suficientemente rápidos- dijo Garadon, sombríamente. -**¿Tienes las coordenadas?**
Ravathain inclinó su vexilla, proyectando un esquema tridimensional fantasmal sobre el suelo de roca. Una sección transversal de la expansión de la ciudad giraba lentamente ante nosotros, enhebrada con rutas resaltadas a través de las guaridas de la colmena.
-Las señales del rango del localizador están marcadas en ámbar- dijo. -**Varios sitios bajo el complejo tri-spire de Artaxerxia corresponden a un nexo probable. He indicado la entrada óptima.**

Era un pasaje subterráneo, que estaba en el fondo de los estratos de las catacumbas antes de emerger bajo el segundo de los tres grandes montones de agujas de Artaxerxia. También estaba cerca: podíamos atacarlo rápidamente.
-¿Capitán?- Dije, deseando honrar el mandato de Valoris. **-La decisión es tuya.**
El yelmo de Garadon estaba puesto, así que no podía decir si mi preocupación por la precedencia era bienvenida o irritante. -**No más demoras-** dijo. **-Nos movemos ahora.**
Y así lo hicimos. Dejamos nuestros vehículos atrás: dado el terreno y la necesidad de descender rápidamente, podríamos ir más rápido a pie. Los escuadrones gemelos de Garadon y los guerreros de mi orden partieron como uno, dirigiéndose rápidamente hacia el noreste, fuera de las ruinas del complejo de la basílica y hacia la ciudad más allá.
No nos quedamos mucho tiempo a nivel del suelo. Ravathain había trazado la ruta más eficiente, que nos condujo a un gran sistema de pozos de elevadores de vehículos, del tipo utilizado para colocar maquinaria de excavación en los sumideros de las grandes torres de la colmena. Había seis pozos en total, ninguno de los cuales funcionaba con energía o en funcionamiento activo, todos abiertos al cielo como pozos en el olvido. Parecía que sus torres de control habían sido asaltadas, y signos de saqueo y vandalismo eran evidentes en todo el sitio.
Vimos muy pocas señales de vida en los habitáculos a nuestro alrededor y por encima de nosotros. Eso no significaba que el lugar estuviera desierto, solo que los habitantes permanecían fuera de la vista, escondidos dentro de los interiores húmedos de sus torres sin luz. Si nos vieran, no sé qué habrían hecho con la vista: signos bienvenidos de la restauración del orden, como lo había hecho el clérigo, o simplemente otro grupo de monstruos que vienen a castigar los pecados que creían que debían tener.
Nos dejamos caer sobre el borde del eje rectangular más cercano, utilizando sus incrustaciones de máquinas voluminosas como asideros y puntos de apoyo. Escaleras enjauladas y oxidadas se alineaban en las superficies internas, pero ninguno de nosotros confiaba en nuestro peso, prefiriendo trepar por las cadenas y los alojamientos de los pistones. La caída fue significativa: estuvimos escalando durante muchos minutos, mano a mano, moviéndonos lo más rápido que pudimos, antes de alcanzar

la profundidad requerida. Para entonces, la luz del día estaba completamente perdida, y nos habíamos deslizado en un mundo de sombras completas. Mi armadura compensó, seleccionando el terreno por delante en una proyección fantasma de contornos de gasa. Asumí que los Marines Espaciales harían lo mismo, ya que sus luces de yelmo permanecían oscuras.

Salté del último punto de apoyo, aterrizando hasta los tobillos en agua aceitosa. Delante de mí corría un túnel ancho, lo suficientemente grande como para acomodar una tolva de mineral. Las paredes brillaban con líquido que goteaba, un pozo constante. Olía fuertemente a desechos humanos.

Corrimos entonces, manteniendo nuestras armas apagadas, acelerando a través del inframundo casi en silencio. Los túneles descendieron, luego se bifurcaron, luego se bifurcaron nuevamente. Pasamos junto a los rastreadores de mantenimiento desechados, quemados e inclinados de sus ejes. Los rieles se habían hundido en el suelo, aunque estaban rotos y sin usar. El equipo de excavación (turbo perforadoras, excavadoras de rocas) fueron abandonados, despojados de cualquier metal suelto o componentes electrónicos, y se dejaron en la humedad y la oscuridad.

<<Señales adquiridas>> Ravathain Señalo.

Astartes-patrón, respondí, corrigiéndolo. Conocíamos las señales de combate del Codex Astartes, que los Puños Imperiales deberían haber podido seguir incluso si nuestro uso no fuera perfecto.

<<Señales adquiridas>> volvió a señalar, y Garadon lo reconoció.

Mis sistemas de armadura pronto recogieron los escaneos a distancia transmitidos desde la vexilla de Ravathain.

Ahora estábamos lejos bajo tierra y nos dirigíamos más profundo. Las paredes que nos rodeaban eran una mezcla de rocas cortadas y viejos muros de contención de ladrillo. Vislumbré signos de los Astillados pintadas en arcos de alcantarilla y dinteles laterales. Eran una advertencia, sin duda, o tal vez un anuncio: muchos conversos debieron haber acudido aquí durante lo peor de la anarquía.

Luego vi cables tripulados atados a través de los pisos, y mis augures detectaron cargas explosivas ocultas bajo cajas de suministros. Por cortesía, señalé su presencia a las tropas de Garadon, pero ya estaban ajustando su paso para evitarlos, y ninguno de nosotros disminuyó la

velocidad. Los túneles comenzaron a estrecharse. Salimos de las antiguas cavernas que usaban las excavadoras y nos metimos en las catacumbas propiamente dichas: los gateadores como gusanos aburridos por los miserables que hicieron vida aquí abajo, desterrados de la superficie por la pobreza, la culpa o la corrupción moral.
Pronto estábamos cerca sobre lo que parecía ser el primer baluarte. Nuestros sensores detectaron una acumulación de energía, trazar firmas de calor, la masa sólida de persianas metálicas. Más allá de eso, por lo que podíamos ver, había espacios huecos más grandes en los que la mayor parte de los seguidores del Convolute debieron haberse retirado.
Miré a Garadon. El tiempo del sigilo casi había terminado. No sabía si su clase observaba algún ritual previo a la batalla. Para nosotros, tales cosas se evitaron en gran medida, pero sabía que el combate tenía elementos sagrados para ellos, marcados por juramentos y significado.
-A su servicio- expresé. **-Que él te proteja.**
La respuesta fue inesperada. Dimos la vuelta a una curva final, desviándonos hacia un pasaje que conducía hacia las puertas selladas, y simplemente estallaron.
-¡Por la Gloria de Él en la Tierra!- Rugieron, llenando el túnel con un estallido de sonido mejorado por la máquina. El ruido fue sorprendente. Sus luces de yelmo ardían. Sus bólters se abrieron, golpeando la longitud del túnel y chocando contra la barrera que tenía delante.
Había unas pocas docenas de guardias en el lugar, refugiándose detrás de las barricadas de paneles de bloqueo con sus armas ya desenfundadas. Cuatro torretas automáticas se colocaron más atrás, flanqueando la puerta a ambos lados. Nada de eso hizo ninguna diferencia: los guerreros quedaron cegados y ensordecidos por la súbita explosión de luz y furia, y luego fueron derribados por el aluvión de golpes perfectamente dirigidos. Los cañones reaccionaron más lentamente que los Marines Espaciales, y fueron explotados en astillas antes de que sus espíritus mecánicos pudieran activar sus municiones. Los Puños Imperiales cargaron a través de la lluvia de escombros, salpicando la puerta con rondas detonantes.
En esas pocas fracciones de segundo, debe haberles parecido a los defensores que su mundo acababa de terminar, hecho pedazos por una ruptura repentina y completa en la realidad. Y, sin embargo, atrapado en medio del asalto, pude ver claramente cuán preciso era todo. La ola de

desorientación sónica fue una distracción manifiesta, pero los proyectiles todavía alcanzaron sus objetivos, ninguno de ellos fallo.
La puerta se dobló, sus placas de metal volaron hacia adentro y nos estrellamos a través de ella. El otro lado era un laberinto propio, un desastre de túneles entrelazados que reflejaban el sigilo del Convolute. Nuestro peso nos desaceleró allí. Los defensores, que parecían haber estado listos para nosotros, comenzaron a alejar sus primeros disparos: disparos láser y rondas sólidas que se rompieron y rebotaron en nuestra armadura.
Nos separamos, derribando a las tropas enemigas donde los vimos. Me sumergí en un túnel retorcido que conducía a mi derecha. Los límites eran tales que pronto me agaché mientras corría, aplastando a los defensores humanos tambaleantes, pisoteándolos tanto por mi impulso como por cualquier habilidad en las armas. Mantuve a Gnosis sin encender, usando la espada como una bayoneta donde era necesario y dejando sus municiones en la cámara. A diferencia de los guerreros de Garadon, nosotros los Custodios luchamos usando la mínima fuerza en tales circunstancias, igualando nuestro esfuerzo al calibre de aquellos a quienes nos enfrentamos. Por lo tanto, el asalto combinado debe haber sido algo extraño para un enemigo: una mezcla de violencia exuberante y cuchillas más silenciosas. Éramos el martillo y el estoque, bailando uno alrededor del otro en las sombras mientras los gritos se multiplicaban.
Los enemigos aquí estaban más profundamente corrompidos que los que habíamos enfrentado anteriormente. Presentaban signos tempranos de mutación física: pieles moteadas, ojos saltones, caninos extendidos. Una de ellas saltó hacia mí desde la penumbra, sus iris como los de un felino, dorados y cortados. Tuve que golpearla dos veces para asegurarme de que estaba muerta, momento en el que otros se agolpaban hacia mí. Si no hubieran sido tan devotos sirvientes de sus dioses inmundos, habrían estado corriendo. Así las cosas, una combinación de fe equivocada y narcóticos de combate los hizo ponerse de pie y luchar. Pronto el agua que lamía nuestras botas estaba negra y espesa, nuestras espadas estaban resbaladizas por la carne cortada.
Los túneles olían espantosos: una mezcla de hedores muy humanos y otros olores menos definibles. Las luces parpadeantes hacían bailar las paredes del túnel, y los rizos de humo de varios colores se enganchaban en las

rocas. Los pasajes se extendían ante mí como un laberinto de colores falsos, ajustándose constantemente a medida que la vexilla de Ravathain calculaba más de la estructura interna de la caverna. Más defensores salieron corriendo de las profundidades, por lo que por fin activé el campo disruptivo de Gnosis, arrojando una luz intensa a la oscuridad. Tenía poco espacio para balancear la lanza, así que la empujé hacia adelante con las dos manos, sintiendo la punta eléctrica crujir a través del hueso y la placa.
El ruido de fondo aumentó en volumen, creciendo a través de los espacios reducidos: gritos, el estallido repetido de los proyectiles que explotaban. Escuché el trueno de los Marines Espaciales mientras crujían y golpeaban cada vez más cerca del corazón de todo, el ruido de su armadura industrial, el zumbido de sus servos y el agudo sonido de sus botas contra el metal. El ambiente se estaba volviendo cada vez más caluroso, mucho más caluroso, y el frenesí de aquellos a los que nos enfrentamos se hizo cada vez más intenso. Uno de ellos se arrojó a mi cara, no podía decir si eran hombre o mujer, pero llevaban un cuchillo que ardía con una llama azul-blanca, uno que cortaba cerca de mi protector del cuello. Golpeé a la criatura en la pared cercana, rompiendo su columna vertebral, y al hacerlo sentí que el calor irradiaba del cuerpo roto, un calor antinatural, un nudo de fuerza de otro mundo.
-Ten cuidado- expresé.
Me abrí paso directamente hacia la cámara central, tal como lo hicieron los demás desde sus posiciones divergentes. Para entonces nos estábamos acercando desde todas las direcciones, y salimos a la luz cambiante del fuego más o menos juntos. Los muchos techos de la cámara se elevaron hacia arriba, dejando al descubierto un laberinto cortado de la roca desnuda. Se habían construido galerías, roídas en el lecho de roca como si fueran insectos, y figuras retorcidas allí, rodeadas de llamas translúcidas. Vi las fuentes principales de la luz parpadeante: grandes braseros de hierro retorcido, seis de ellos, empujando desde el suelo de tierra y tronando con una luminiscencia de colores.
La cámara principal debía tener más de cincuenta metros de diámetro, y cada pedazo de tierra estaba cubierto con una masa de humanidad degradada, oscilante. La mayoría eran ejemplos típicos de los corruptos: hombres y mujeres que todavía usaban los harapos de sus viejos uniformes de trabajo, sus desfiguraciones superficiales y sus mentes aún más o

menos propias. Otros se habían sumergido en una corrupción más profunda, y se destacaban como visiones de sueño en medio de la escoria a su alrededor. Eran más altos, más delgados, como si la gravedad tuviera menos control sobre ellos. Sus rostros estaban distorsionados por las distorsiones aviares, con los ojos muy abiertos y las barbillas puntiagudas y el cabello escaso. Sus manos estaban descomunales, agarrándose al final de las extremidades demacradas, y el aire febril crujió y escupió mientras oscilaba a su alrededor.

Estas fueron las profundidades en las que nos habíamos hundido. En otra época, descubrir un nido de tales criaturas en Terra hubiera estado más allá de la imaginación. Las purgas habrían seguido, la información habría sido suprimida. El Ordo Hereticus habría descendido en fuerza, sus acciones impulsadas por la incredulidad y la indignación, y las investigaciones podrían haber durado una década. Ahora, teníamos que enfrentarnos al hecho de que esta era solo una de las muchas ciudadelas de degradación, parte de toda una red que había surgido después de la destrucción de la Puerta. El conocimiento de eso prestó una urgencia fraccionalmente mayor a nuestros golpes de espada, solo un poco más de veneno a nuestros empujes. Sabíamos que teníamos que cortar este lugar limpiamente y luego quemar el suelo en el que había germinado.

Sin embargo, nos enfrentamos a enemigos capaces de representar una amenaza ahora. Las energías de distorsión escupían y nadaban abundantemente, haciendo que me picaran los ojos y las fosas nasales. El aire caliente se tambaleó como si estuviera en gelatina, su fragilidad es más que una ilusión. Las esbeltas figuras avanzaban hacia nosotros, cada una con su propio bastón con plumas, totems y cuchillas enganchadas, sus largas extremidades distorsionadas por un caleidoscopio de destello de lente. Los Marines Espaciales optaron por el fuego a distancia, usando sus bólter para romper la unidad de la multitud. Mis hermanos y yo usamos ese aluvión como cobertura para lanzar un asalto cercano: los guerreros de Garadon eran tan dueños de su oficio que tenía la confianza perfecta de que podríamos hacerlo sin ser alcanzados.

Entonces volví a sentir cierto regocijo, igual que antes. Los proyectiles silbaron a ambos lados de mí, derribando aquellos restos que podrían haber obstaculizado mi paso. Todo se movía en perfecta coordinación, como un antiguo cronómetro de bronce girando y deslizándose, y sin

embargo, todo estaba inconsciente, todo extemporizado. Mi lanza para entonces volaba libremente sobre mí, lanzada con velocidad nuevamente ahora que los confines de los túneles estaban atrás. Empujé bruscamente hacia arriba, cortando la mandíbula de un cultista, antes de arrastrar el talón del bastón hacia atrás para golpear la garganta de otro.

Mi piel se erizó cuando uno de los magos delgados entró en rango, su propio personal girando en una parodia más brusca de mis propios movimientos. Nuestras armas chocaron, liberando una mezcla de llamas de plasma y fuerza psíquica. Su corrupción le dio velocidad y fuerza, y por un momento los dos luchamos, intercambiando golpes mientras cada uno buscaba el golpe mortal. La criatura empujó su punta de bastón emplumado hacia mí, y la realidad se encendió. El suelo se agrietó bajo los pies, y una ola de presión me hizo retroceder contra las placas de roca. Me permití agacharme con la fuerza de la descarga, sintiendo que el tacón de mi bota giraba y se enganchaba. Fue por mí entonces, cambiando de agarre para convertir su punta de bastón primero en mi pecho.

Me alejé, girando alrededor de mi centro de gravedad. El empuje de la lanza no alcanzó su objetivo, y volví a intentarlo, sosteniendo a Gnosis de forma segura mientras se deslizaba suavemente por el pecho huesudo del mago. Su cuerpo se agrietó, como si ya se hubiera vaciado y solo se mantuviera unido por el más débil de los tendones. Su grito de pájaro fue de corta duración, un grito horrible que terminó cuando arranqué mi lanza de su cáscara. Luego me estaba moviendo de nuevo, pateando el residuo a un lado para buscar el próximo objetivo.

No tuve que mirar lejos. Garadon y sus escuadrones avanzaron constantemente a través de la masa de cultistas. Ravathain estaba luchando para llegar a mi lado, mientras que Penjad y Kleas habían encontrado un camino hacia las altas galerías y estaban matando libremente. Los sonidos hicieron eco y se superpusieron, una red de gritos que parecían venir de todas partes a la vez.

En medio de toda esa escoria y suciedad del alma, no cabía duda de quién era el dueño de este lugar. Cuando finalmente lo vi, vi que había elegido su nombre, el Convolute, bueno. En su vida anterior, debe haber sido un hombre grande, tal vez corriendo a la grasa de las riquezas corruptamente ganadas. Los líderes de los Astillados eran, sin excepción, altos funcionarios del Adeptus Terra, y este debió haber vivido bien en esa antigua estación.

Todavía vestía su túnica de oficina, aunque ahora se habían rasgado, aferrándose a su cuerpo como hebras de algas en un viejo naufragio. Sus extremidades se habían extendido y dividido, ramificándose como los muchos túneles de su reino subterráneo, por lo que parecía que muchos tentáculos lo envolvían en un torbellino de carne. Su rostro era de varios tonos, y los colores se mancharon y cambiaron mientras se movía. Estaba rodeado por un nimbo de destellos de luz parpadeante, una corona de distorsión que parpadeaba, haciendo su contorno fragmentado y difícil de precisar. Su corrupción lo había hecho aún más grande, por lo que se alzó incluso sobre los de mi especie, una gran masa de músculos, descargas de distorsión y dislocación de los sentidos.
Luché directamente por él, abriéndome camino a través de docenas de guerreros menores. Me vio venir y abrió con un enorme y crudo cañón giratorio que había metido debajo de un brazo tentacular. Sus proyectiles volaron hacia mí, y me agaché y me retorcí para evitarlos, barriendo el torrente mal dirigido para llevar mi lanza. Se movía rápido, demasiado rápido para todo ese músculo corrompido, y de alguna manera igualaba la velocidad de mi ataque. Arrojó el cañón a un lado y sacó una multitud de ganchos y gubias, cada una agarrada por una mano humana. Gire a través de la masa serpentina, abriéndome camino hasta el corazón.
-¡Tonto!- Escupió. Había tanto odio como miedo terrible en esa voz. -**Todo lo que has hecho es fortalecer la Lachrymosa. ¿Lo entiendes? ¡Haz su voluntad!**
Siempre escuché los desvaríos de tales criaturas antes de matarlas. Las palabras eran invariablemente mentiras, pero algún núcleo de verdad útil a menudo yacía enterrado en alguna parte, aunque tenía la intención de tentar o engañar. Lachrymosa fue uno de los muchos líderes nombrados de los Astillados. Su nombre había aparecido más de una vez como parte de nuestras investigaciones, aquí estaba de nuevo.
Sin embargo, no respondí. No me importaba si nuestras acciones aquí fortalecían temporalmente a una de las facciones perpetuamente en guerra de los insurreccionistas: todas serían derribadas a tiempo, una a la vez, independientemente de sus puntos fuertes relativos. Corté uno de sus muñones retorcidos con mi lanza, arrojé un chorro de sangre negra y luego lo cerré en el cuello de la criatura. Me gritó. Sentí una repentina oleada de fuerza psiónica, y fui lanzado hacia atrás, mis pies abandonaron el suelo.

Aterricé pesadamente, deslizándome por la piedra para corregir mi postura.
Gritó de nuevo, los tentáculos volaron salvajemente, y una ola de energía de disformidad dura como la piedra brotó. Permanecer erguido frente a esa corriente era un desafío: los cultistas más cercanos a nosotros fueron arrojados de sus pies y arrojados en el aire. Para entonces, sin embargo, Garadon avanzaba desde el flanco izquierdo, abriéndose paso entre un grupo de Astillados tambaleantes. Su pistola láser pateó, enviando proyectiles directamente al corazón de los estómagos desbordados del Convolute. Eso desaceleró al mutante, perforando su aura de control psíquico, y luché de nuevo. El ruido en la cámara era para entonces realmente ensordecedor: un crescendo de impactos de pernos y chillidos que simplemente se dispararon. Tuve la impresión de disparar más de veinte armas, un error que atribuí a los derrames psíquicos que arrojaban las vibraciones, aunque el efecto fue desorientador.
Para entonces, el Convolute se estaba desmoronando. Los ataques de Garadon lo habían herido gravemente, y los rayos más perfectamente dirigidos conducían a su objetivo todo el tiempo. Giré, cortando la Gnosis en baja y rápida. Su borde se cortó profundamente esta vez, lacerando su pecho y haciéndolo jadear con sangre. Se tambaleó hacia atrás, agitándose todo el tiempo, y las ondas de presión a su alrededor giraron fuera de control. El suelo se abrió, causando chorros de vapor presurizado a nuestro alrededor. Los gritos resonaron, la luz de la llama giró.
Incluso en medio de esta desintegración, me miró con un impresionante nivel de odio, sangre burbujeando en las comisuras de su boca con hendidura.
-Solo la haces más fuerte- siseó. -**¿Entiendes? Más fuerte.**
Gire mi lanza, lista para lanzarla y terminar con la herejía de la criatura.
Nunca hice lo asesine. Antes de que pudiera hacerlo, lo destrozaron, lo hicieron pedazos, lo destrozaron en grupos de músculos cortados que navegaban por el aire parpadeante. Los proyectiles volaron a través de los restos de su cuerpo, encendiéndose cuando impactaron en sus restos, convirtiéndolo en un muro atronador de llamas que chisporroteaban.
Por un momento, estaba realmente perdido: Garadon y sus guerreros habían estado empujando hacia arriba a lo largo de ambos flancos de la cámara, y habían estado disparando desde posiciones detrás de mí. Habían

tenido cuidado de evitar obstaculizar mi asalto y, sin embargo, estos proyectiles habían venido desde el otro lado de la posición del Convolute, apuntando desde lugares en el extremo opuesto de la cámara principal y, por lo tanto, directamente hacia nosotros.
Me agaché para comprobar si alguno de mis guerreros había sido golpeado. Mientras lo hacía, escuché el chirrido revelador de los pistones blindados, el zumbido de los servos en movimiento. Olí algo extraño y familiar: esa curiosa mezcla de incienso y aceites para máquinas, lo devocional y lo asesino.
Los restos de cadáveres aniquilados del Convolute se cayeron. Su caída, y la disipación de todo ese vapor, humo y carga psiónica, revelaron a seis guerreros que salían a la luz del fuego, los bólter tirados y las cuchillas de combate chisporroteaban. Ninguno de ellos eran puños imperiales. Sus perfiles de armadura eran diferentes: más elegantes, más grandes, aparentemente más nuevos, sin daños de combate. Cada movimiento que hicieron estaba impregnado de una mayor arrogancia, una especie de hostilidad casual y cruel que ninguno de los guerreros de Garadon se dignó a afectar. Su placa era de bronce bruñido, con hombreras carmesí. Vi a uno de ellos se dio media vuelta mientras caminaba, exponiendo la insignia del Capítulo en su hombro delantero: una cabeza de toro en rojo sangre, con cuernos arqueados como pinzas de hierro.
Se detuvieron, rodeados por los cuerpos de los asesinados. Detrás de mí, podía escuchar a los escuadrones de Garadon acercándose, y sabía que sus propias armas serían disparadas en los recién llegados. Ravathain y el resto de mi orden se ocuparon de limpiar a los cultistas supervivientes, pero esa era ahora una tarea distante.
-Ave, Imperator- llegó una voz áspera, hablada desde detrás de un patrón de yelmo que nunca había visto antes.
De todos los Capítulos del Imperio que podríamos haber esperado encontrar aquí, en este momento, con asuntos tan febriles, estos fueron quizás los más desagradables de todos. Me encontré casi contento por la locura.
Pero ellos estaban aquí. De alguna manera, dado todo lo que había sucedido, dada la forma en que las formas de la disformidad se habían vuelto tensas, estaban aquí.
Los minotauros. Los minotauros habían venido a Terra.



ALEYA XII

Después de eso, sospeché de Telam. Sospeché de toda la Comunidad, habiendo visto de qué extrañas raíces habían surgido. Ostensiblemente, eran los más leales de los leales, dedicados a la Ciudadela como ningún otro. Asurma tenía razón: verifiqué los registros de su evaluación psíquica, y nada era remotamente preocupante. Trabajaron diligentemente, siguieron todas las órdenes que se les dieron y, en verdad, los necesitábamos. Pocos otros habrían trabajado voluntariamente para nosotras, tolerando nuestra asquedad como parecían. Si nos hubiéramos visto obligadas a buscar sirvientes en Puerto Luna, o incluso más lejos, sospecho que habríamos tenido problemas.

Entonces tal vez solo estaba buscando una excusa para mantenerlo alejado de mí. Incluso si no hubiera sabido nada de la extraña compañía de la que afirmaba descender, habría encontrado insufrible su adulación y necesidad. Él seguía tratando de encontrar cosas para ayudarme, y yo seguía enviándolo lejos. Eventualmente, creo que incluso él entendió el mensaje, y las constantes ráfagas de comunicación comenzaron a disminuir en frecuencia.

Sin embargo, no estoy segura de que mantenerme sola en ese momento fuera muy sensato. Las sombras cayeron inquietas dentro de la Ciudadela, torcidas, como si estuvieran rotas. Encontré los ecos de mis pisadas de alguna manera fuera de sincronía, y cuando dejé de caminar, pude jurar que, por un momento, sonó más. Solo mirar hacia los tejados de las cámaras tipo cueva, o tratar de descubrir las formas talladas en la piedra negra, me hizo sentir mareada. La euforia que había sentido al volver a casa resultó difícil de soportar. Era un hogar, eso era seguro, pero no uno donde nuestra historia había sido feliz, y no uno que emitiera la sensación de querer que volvamos aquí.

Me dije a mí misma que todo esto era paranoia, alimentada por el trauma de nuestra casi destrucción y resurrección repentina. Si veía fantasmas en

cada esquina o creía que nuestros sirvientes podían envenenarnos en nuestras camas, ¿a quién podría sorprender? Habíamos sido cazadas durante tanto tiempo que incluso la ausencia de un enemigo inmediato se había vuelto inquietante.
Me encerré lejos de muchas de mis hermanas, absorta en mi tarea. Estaban ocupadas con su propio trabajo, atropelladas por las constantes llegadas de acólitos y el flujo constante de comunicaciones del Adeptus Astra Telepathica.
<<Kerapliades>> Asurma me señalo, en una de las pocas ocasiones que estuvimos solas en sus habitaciones. *<<El maestro. Él desea tener dominio sobre nosotras, tal como lo hizo su administración en los viejos tiempos.>>*
<<¿Qué pasa con todos ellos?>> Señale. *<<Siempre deben controlarnos.>>*
<<Porque temen. Resistiremos. Hay algunas ventajas, estar tan lejos aquí.>>
Eso me pareció una ventaja débil. Si nuestra única protección era que estábamos lejos del Consejo, entonces eso hablaba mal de nuestra deslumbrante destreza como fuerza militar por derecho propio. No podía imaginar a un Marine Espacial protegiendo su autonomía a través del aislamiento.
<<¿Cómo va tu investigación?>> ella me preguntó.
No tenía mucho que decirle. Podría haber relacionado mis sospechas, supongo. Podría haberle dicho que nuestro punto de apoyo en Luna siempre había sido precario, y que nuestra eventual partida no había sido una simple negligencia, sino como resultado de la aplicación de la fuerza. Podría haberle dicho que elementos del viejo Imperio, creyendo que actuaban de acuerdo con la voluntad del Emperador, habían estado detrás de esto.
¿Pero qué diría después de eso? No mucho. E incluso esas pocas sospechas no tenían pruebas de ellos, salvo las rimas de una anciana degenerada.
<<Progresa>> señale.
Eso pareció ser suficiente para ella. Empecé a pensar que tal vez Asurma no le dio demasiada importancia a este ejercicio. Tal vez esperaba que lo sacara de mi sistema y luego volviera a pensar en algo más útil, como entrenar a las muchos acólitos que necesitaban aprender a usar una gran espada.

Aún así, perseveré. Sentí que algunas revelaciones estaban allí, en algún lugar, esperando ser descubiertas. Revisé los pocos libros de historia que habíamos almacenado en nuestra biblioteca, casi todos traídos de Terra. Penetré lo más que pude en las criptas debajo de los niveles habitados, abriendo numerosos portales cerrados y buscando entre los contenidos cubiertos de polvo.
En una ocasión estaba ocupada en la oscuridad dentro de uno de esos lugares, hurgando en algunas viejas cajas de suministros, cuando de repente me di cuenta de que Telam intentaba ponerse en contacto conmigo. No estaba segura de por qué no había recogido sus saludos antes, parecía que había estado haciendo el intento por algún tiempo. Mi estado de ánimo se agrió instantáneamente, y consideré cerrar la alimentación por completo.
Lo intentó de nuevo. La cuenta prioritaria en mi collar latía, y permití que las runas sumarias pasaran por mi alimentación de la retina.
<<Urgente. Por favor, póngase en contacto. Urgente.>>
Abrí el enlace.
-¡Matriarca!- Espetó, sonando aterrorizado. Nunca me había llamado así antes. ¿Estaba confundido? ¿Estaba intoxicado? **-Por favor, por favor, ven a verme. Torre de control del módulo de aterrizaje principal. Estoy muy preocupado.**
Envié una breve señal afirmativa. No podía sacudir la sensación de que algo andaba mal y, sin embargo, tampoco podía sacudir la sensación de que Telam siempre estaba en el origen de todo.
Salí de la cámara, trepando por cajas volcadas y subí a toda prisa las escaleras de caracol. Cuando subí más alto, de vuelta al cuerpo principal de la Ciudadela, no vi signos de nada desagradable. El complejo de control de aterrizaje no estaba muy lejos, encaramado en el flanco sur de la estructura principal, con vistas a los pozos donde iba y venía el flujo constante de elevadores orbitales. Me moví rápidamente por los sinuosos corredores.
Para cuando llegué a la sala de operaciones principal, todo parecía mucho como debería haberlo hecho. Bancos de augurios corrían a lo largo de la pared del fondo, colocados debajo de una serie de gruesas pantallas de reloj de arena. Estos miraban a través de los escalones de aterrizaje, que se establecieron en la base del tronco principal de la Ciudadela. Afuera, a

través de esas llanuras artificiales, uno de los pozos de recepción se abría lentamente, sus pesadas puertas adamantinas se deslizaban para revelar las jaulas de atraque debajo, brillando de un rojo intenso desde los bancos de luz de guía. Tres agentes estaban de servicio en la cámara, todos ellos sirvientes de la Comunidad. Mientras trabajaban en sus estaciones, las runas se arrastraban suavemente a través de sus pantallas de visualización, ninguna de ellas, a mis ojos, suscitando cualquier motivo de preocupación.
Pero no fueron los únicos ocupantes. Una de mis hermanas, con armadura completa, tenía a Telam clavado en la pared. Parecía magullada y sudorosa; ella estaba en el proceso de apretarle las muñequeras.
-¡Matriarca!- Gritó cuando entré. **-¡Escucha, escucha, por favor!**
No conocía a la hermana. Me sentí un poco avergonzada de estar allí. Telam parecía como si finalmente se hubiera vuelto tan loco como la mujer en el páramo.
<<¿Que esta pasando?>> Le señale a mi hermana.
<<Éste intentó evitar un aterrizaje de suministro programado, llegó la respuesta. Deberías observar tu servidumbre más de cerca, hermana, casi lo consigue.>>
Los ojos de Telam eran salvajes. Su justillo estaba medio torcido alrededor de su cuello.
-¡Está bajando ahora!-. Espetó. **-¡Prevenirlo!**
Mi sensación de vergüenza se intensificó. Hice una señal de disculpa a la Hermana, luego le pedí que lo llevara a la cárcel.
-¡Han venido de nuevo!. ¡Como lo hicieron antes!
Esas habían sido las palabras de la bruja. Volví a mirar a Telam y vi que su desorden era principalmente miedo. Estaba luchando para liberarse de sus ataduras, para liberarse de las garras de la Hermana, para volver a las consolas.
Eché un vistazo a las ventanillas. El cielo fuera de ellos estaba negro y vacío.
<<¿Cuánto tiempo antes de que llegue el módulo de aterrizaje?>> Señale.
Uno de los agentes se había girado para mirarme. -**Ya salió de la estación de retransmisión, señora-** dijo. -**El proceso no se puede detener: las puertas se están abriendo.**
La cara de Telam se puso blanca.

<<*Déjalo ir*>> le señale a mi hermana. Ella me miró por un momento, así que lo subrayé con un ajustador imperativo.
Telam se liberó de su agarre, respirando pesadamente, sus manos aún bloqueadas detrás de su espalda.
<<*Dime a qué temes*>> señale. <<*Rápidamente.*>>
-Trabajé allí- dijo, hablando rápidamente, cayendo sobre sus palabras. -**Hace mucho tiempo. Todavía tengo contactos en los equipos de despacho. Algo esta mal. Lander no es lo que parece.**
-No dejes que baje.
-El procedimiento está completamente en orden- dijo el operario con calma, buscando una lente y mostrándome los códigos de autorización. El módulo de aterrizaje estaba lleno, otro envío de novatos para entrenamiento. -**Ya hemos verificado con la estación de retransmisión.**
-¡No fueron ellos!-. Gritó Telam, tratando de luchar para regresar a las consolas. Lo agarré y lo contuve. -**¡Cierren las puertas!-.** Gritó. **-¡Destrúyelo, si es necesario!**
El operario me miró con cautela. **-No puedo hacer eso. Está a la velocidad de descenso. Cierre las puertas ahora e impactará en la superficie.**
Para entonces, incluso podía verlo: un débil punto blanco de luz que crecía en el cielo nocturno. En unos momentos, ese punto se resolvería en el perfil rectangular del módulo de aterrizaje, cayendo rápidamente, su camino establecido por sus espíritus de máquina y ahora inalterable. La misma rutina se desarrollaba docenas de veces por ciclo, sin cambiar nunca. Nunca lo había necesitado.
Telam luchó contra mi agarre. -**¡Cierra las puertas!-.** Me suplicó. -**¡No hay acólitos en ese módulo de aterrizaje!**
Todos los ojos se volvieron hacia mí. Solo quedaban unos segundos. Por alguna razón, volví a ver la cara de la anciana, sonriéndome, retándome a actuar.
Vendrán de nuevo ahora, tal como lo hicieron antes.
<<*Cierra las puertas* >> señale.
Los agentes me devolvieron la mirada, incrédulos. La otra hermana dio un paso hacia mí, su mano derecha cayó sobre la empuñadura de su espada.
<<*¡Hazlo!.*>> Ordené, infundiendo el gesto con cada poder de mando que pude reunir. <<*Notifique a la hermana comandante Asurma. Despeja las cámaras exteriores.*>>

Lo que sucedió después está fragmentado, en mi recuerdo. La hermana intentó detenerme. No la culpo por eso: habría hecho lo mismo en su posición, dada la información que tenía antes que ella. Se las arregló para sacar su espada a medias, y yo fui por ella, empujándola contra la pared y cortando su cuello con mi guantelete. Era casi consciente de que Telam había vuelto corriendo a la consola, a pesar de que tenía las manos atadas. Lo recuerdo chocando con uno de los operativos, yendo por las palancas de control.

¿Por qué actué así, justo entonces, con tanta certeza? Se siente irracional ahora, en retrospectiva. Incluso era semi-consciente de su extrañeza en ese momento, como una figura de leyenda condenada por una maldición pero incapaz de extraerse de ella. Sabía, sabía, que Telam tenía razón. No había seres vivos en ese módulo de aterrizaje. No se podía permitir que pasara dentro del exterior blindado de la Ciudadela. La antipatía que había sentido hacia él durante tanto tiempo no era porque fuera un enemigo, sino porque era un recordatorio de algo que deseaba olvidar: que siempre éramos las perseguidas.

Me contuve de lastimar seriamente a la otra hermana. Incluso en mi desesperación, no le deseaba ningún daño, ni a los sirvientes, ni a Telam. Solo actué por miedo terrible, sabiendo que transcurrían segundos y que el módulo de aterrizaje se precipitaba ahora, atrapado por la gravedad de Luna y cayendo hacia su hangar subterránea.

De alguna manera, y no sé exactamente cómo lo hizo, Telam logró activar el mecanismo de cierre de la puerta. Cuando me enfrenté a la Hermana, y él se peleó con los otros tres sirvientes presentes, los escudos de explosión en la llanura comenzaron a deslizarse uno hacia el otro incluso cuando el módulo de aterrizaje emergió en el rango visual completo, cayendo rápidamente, su retroceso disparando, su curso conjunto.

No hubo tiempo para enviar una advertencia. Todavía estábamos luchando el uno con el otro cuando el módulo de aterrizaje se disparó más allá de las ventanas, un borrón de gris solo por un momento dividido, antes de que las pantallas se volvieran negras nuevamente.

Entonces todo explotó. El suelo debajo de nuestros pies se sacudió, se abrió. Los cristales se hicieron añicos, empujados hacia adentro por la onda expansiva del exterior. El aire se convirtió en fuego, aullando a nuestro alrededor. Mi armadura me protegió de lo peor, aunque no llevaba casco y

el calor extremo chamuscó mi carne expuesta. Me puse en cuclillas, peleé por el yelmo de mi cinturón, lo levanté y logré girarlo en su lugar.

Me puse de pie tambaleándome, al igual que la otra hermana, pero para entonces no había nada que hacer por Telam y los demás, que habían sido los más afectados por la fuerza de la explosión. Yacían quemados y rotos en el suelo de la cámara, cubiertos de astillas.

Escuché las alarmas sonar. Detecté un movimiento cercano: guardias corriendo, portales de seguridad cerrándose de golpe, reservándose bobinas de potencia que se desviaron.

Las plataformas de aterrizaje se habían vuelto negras, no por la siempre presente noche de Luna, sino por una sola columna de humo verdaderamente inmensa, salpicada de fragmentos ardientes del casco exterior del módulo de aterrizaje. Las llamas todavía lamían los marcos agrietados de las pantallas de visualización vacías.

La otra hermana me miró, aturdida. En ese momento, a pesar del shock, ambas entendimos de inmediato tres cosas. Primero, que el módulo de aterrizaje no podría haber transportado carga humana: la explosión había sido tan grande que debió haber estado llena de explosivos. Segundo, la Ciudadela seguía en pie. En tercer lugar, que si el módulo de aterrizaje hubiera pasado el blindaje exterior y hubiera entrado en las jaulas de atraque, esos explosivos se habrían disparado en lo profundo de los cimientos de la torre, detonando en un espacio tan reducido que podría haber derribado toda la estructura.

Por un momento me encontré congelada por ese conocimiento, incapaz de tomar una decisión. La otra hermana solo me sacudió con un gesto de urgencia.

<<La hermana comandante>> ella señalo. *<<Contacta con la Hermana Comandante.>>*

La certeza volvió. Me quedé mirando a través de las etapas de aterrizaje en llamas. Incluso a través del rugido de las llamas pude escuchar gritos agonizantes de aquellos que habían estado trabajando allí. Mi ira regresó, tan ardiente y acre como siempre.

<<Hágalo tú misma>> señale, alejándome de las paredes maltratadas y activando las cerraduras externas de la cámara.

Luego volví a correr, como siempre lo había hecho, como lo había estado haciendo sin parar desde Arraissa, ahora alimentada no por miedo, sino

por furia.
Lo que hice después fue sin duda imprudente. Por lo que sabía, la estación de relevo orbital había sido destruida o estaba en manos de un enemigo. Debería haber regresado a Asurma, tal como me lo habían dicho. Sin duda hubo víctimas en la Ciudadela, y se requirió trabajo para asegurarla. Quizás se habían lanzado otros ataques, y se necesitaban todas las manos para montar una defensa. Nada de eso cruzó por mi mente.
A pesar de mi enojo, no actué completamente sin razón en esos momentos. Este había sido un ataque clandestino, uno que había sido diseñado con al menos la apariencia de una negación plausible, organizada para parecer un accidente. Quien lo haya hecho, por lo tanto, no ha podido, o quizás no ha querido, atacarnos abiertamente o con una fuerza abrumadora. Eso significaba que la estación de retransmisión probablemente todavía existía, y que podría haber algún rastro de los atacantes allí arriba.
Sin embargo, entrar en órbita sería un desafío. No tenía idea de si alguno de nuestros elevadores seguía funcionando. Todo el sitio de aterrizaje seguramente estaría cerrado, incluso si aún conservamos la capacidad de usar algunos de los vehículos de transporte regulares. Afortunadamente, mis extensos viajes a lo largo y ancho de la Ciudadela me habían dado un conocimiento casi inigualable de sus secretos más oscuros. Había descubierto cámaras que nadie más conocía: redes de corredores que no habían estado ocupadas, supuse, desde la Edad de la Cruzada. La mayoría de esos lugares estaban vacíos o repletos de basura, pero un conjunto de túneles conducía directamente desde las catacumbas, debajo del lecho de roca de las raíces de la Ciudadela, y nuevamente hacia las bahías de servicio para los servicios de mantenimiento.
Corrí por esos caminos ocultos ahora, manteniendo la cabeza baja, yendo tan rápido y tan segura como mi cuerpo lo permitía. Era la primera vez que me estiraba durante mucho tiempo, y me alegraba sentir que mis músculos respondían. No tenía mi gran espada, no había tenido tiempo de recuperarla, por lo que estaba armada con una pistola láser y un cuchillo de combate. Eso redujo mi poder de matar, pero me liberó para ser más rápida.
Atravesé los estrechos pasillos, desviándome por los abundantes escombros, antes de llegar al portal sellado que conduce hacia arriba.

Recogí los cerrojos, ingresé los códigos de acceso que había determinado la última vez que estuve aquí, luego abrí la escotilla.
Salí a un mundo de suciedad y cenizas. Los silos de lanzamiento de los transbordadores de mantenimiento se colocaron lejos de las jaulas de atraque principales, pero, aun así, los espacios subterráneos todavía estaban llenos de humo. Me preguntaba si las puertas de atraque externas no se habían cerrado por completo, permitiendo que la destrucción penetrara bajo tierra, o tal vez el impacto había destruido algún otro sistema, inundando todo el nivel de la base con combustible ardiendo.
No tuve tiempo para investigar más a fondo, pero corrí por un camino hacia el transbordador más cercano. Cuando llegué a las filas de vehículos suspendidos, cada uno apretado dentro de una jaula de lanzamiento adamantina, me sentí aliviada al ver que estaban intactos, y que la maquinaria a su alrededor parecía estar intacta. Subí por una rampa de acceso y golpeé la liberación de la escotilla. Se abrió de golpe, dejando al descubierto un interior estrecho. Me abrí paso hasta la cabina y me deslicé en el asiento del piloto.
La nave era una pequeña embarcación de una sola persona, con la potencia y la capacidad de combustible suficientes para un solo viaje hasta la estación de relevos. Había sido diseñado para ejecutar reparaciones y operaciones de rescate, y no tenía armamento, salvo un par de garras de agarre debajo del fuselaje. Trabajé rápidamente, activando el espíritu latente de la máquina y comenzando el ciclo de lanzamiento. Lúmenes rojos parpadearon en la consola, indicando que al menos algunas funciones habían sido dañadas, pero la garra de acoplamiento chirrió y retumbó en acción, levantándome e inclinando la nariz del transbordador hacia el cielo. Cuando encerré el arnés de sujeción y apreté las correas, vi que se abrían las puertas exteriores del iris de la cámara, provocando que más humo cayera en la bahía de lanzamiento.
Activé los propulsores, y sentí la patada de las unidades de plasma rugiendo a la vida. La jaula de atraque se separó y el transbordador salió de las puertas. Me alejé de las puertas exteriores y atravesé las nubes de humo que se alzaban arriba.
Establecí un curso directo para la estación de retransmisión, ingresando algunos de los vectores manualmente ya que la cuadrícula de guía de la Ciudadela parecía estar funcionando mal. Mi comunicación se llenó de

estatica entrante, pero los ignoré a todos. Solo una vez que estaba a toda velocidad y con un ángulo correcto, me arriesgué a mirar a los espectadores reales para ver lo que estaba dejando atrás.
Era una imagen de pura destrucción. La Ciudadela estaba enmascarada en enormes columnas de humo negro y espeso. Las llamas se habían encendido en su superficie exterior. La llanura de aterrizaje en sí estaba casi completamente oculta a la vista, su serie de aberturas circulares envueltas en smog. Vislumbré dónde había descendido el módulo de aterrizaje saboteado: el sitio todavía estaba en llamas y parecía que un lago de *promethium* ardiendo se había extendido más allá del perímetro. Pude ver muy poco del módulo de aterrizaje y supuse que había sido completamente destruido.
Me volví, concentrándome ahora en llevar el transbordador a donde debía estar. La superficie lunar cayó detrás de mí, su horizonte se curvó rápidamente, hasta que vi la estación de retransmisión completamente delante, brillando fríamente contra el paisaje estelar más allá. Parecía estar ileso desde afuera, tal como lo había estado la última vez que lo atravesé. No intenté elevar a su tripulación a través de los granizos estándar, sino que simplemente arreglé una ubicación para atracar. El uso del transbordador lo hizo más fácil: había varias esclusas de aire de servicio a las que podía acceder que las naves más grandes no podían acceder.
Mientras me quemaba a corta distancia, manteniendo la alta velocidad hasta el último momento posible, vi las filas de módulos de aterrizaje colgando de sus abrazaderas de acoplamiento, todos en la librea negra de la Ciudadela, ninguno de ellos mirando fuera de lo común. No se atracaron grandes naves vacías, lo cual era algo: nada todavía tenía la capacidad de tránsito a distancia, por lo que si alguno de los que habían hecho esto todavía estaba a bordo, había un límite de cuán lejos podían llegar.
Choqué contra la esclusa de aire más cercana y tomé mi pistola mientras el oxígeno silbaba a través de los tubos de interfaz. La espera debe haber sido solo unos segundos, pero se sintió como minutos. Finalmente, las luces de la cabina cambiaron a verde, y me levanté del asiento del piloto y me retorcí hacia la escotilla de salida. Mientras desembarcaba, escuché el estallido de los klaxons, voces que gritaban órdenes.
Corrí hacia la cámara de control. Mientras corría, me crucé con guardias que iban para otro lado, la mayoría con armas laterales, ninguno de los

cuales intentó obstaculizarme. Cuando llegué a mi destino, encontré lo que temía. No era una sala grande: el tráfico entre la Ciudadela y otros lugares era de naturaleza predecible y en un volumen relativamente bajo, por lo que las consolas de control solo eran manejadas por unos pocos agentes y un servidor de datos solitario. Todos ellos ahora estaban muertos, tendidos en el suelo con heridas puntiagudas en la parte posterior de sus cabezas. Una docena de los detalles de seguridad de la estación vigilaban los cuerpos, mientras los técnicos estudiaban detenidamente los registros de aterrizaje.

<<*¿Cómo pasó esto?*>> Le señale al jefe de seguridad.

La cara del hombre era gris. **-Fue una transferencia de carga estándar-** dijo. -**Alimentos a granel, suministros, solo uno de muchos. De alguna manera, consiguieron...**

<<*¿Donde están ahora?*>>

-La carga entró en el vacío Ergaina, partió nuevamente a Puerto Luna hace tres horas.

Eso fue antes del ataque. Así que tuvieron que haber dejado a alguien atrás para infiltrarse en la cámara de control y comunicarse con la tripulación receptora a nivel del suelo. ¿Cómo habían salido? ¿Estaban todavía en la estación?

<<*Nadie se va*>> señale y extendí la mano para tomar una lista de datos que mostraba un esquema del diseño de la estación.

Tuve muy poco tiempo. La tripulación aquí había hecho lo que pudo después de eso, pude ver que todos los puertos de atraque habían sido bloqueados, pero el enemigo, quienquiera que fuera, debe haber tenido algún tipo de plan para esta eventualidad. Mis ojos parpadearon sobre los diagramas. Todo lo que tenía ahora era instinto, la sensación de adónde iría, si yo fuera el cazado. No era bueno en este tipo de proyección mental: bien podría haber predicho dónde habría ido o hecho una de mis hermanas sin alma, pero los caminos del verdadero humano siempre fueron difíciles para mí.

Los equipos de respuesta ya se apresuraban hacia los módulos de aterrizaje atracados, con el objetivo de asegurarlos a todos antes de que se intentara liberarse. Lo mismo ocurrió con las baterías de las cápsulas de huida de emergencia. Eso fue sensato y predecible. Para evadir la captura, incluso por un corto tiempo, un enemigo tendría que encontrar un lugar

menos obvio para esconderse. Las opciones eran limitadas, ya que la cámara de control no conectaba directamente con muchos otros lugares, y su tiempo para tomar una decisión debe haber sido corto.
Mis ojos fueron atraídos hacia un pequeño nodo en la red de habitaciones y corredores, un lugar insignificante ubicado en medio de un grupo de otros lugares insignificantes. Las runas de identificación en el esquema indicaban que se trataba de una unidad de almacenamiento refrigerada, una utilizada para mantener intactos los suministros de desbordamiento en caso de una retención durante el procesamiento posterior. La historia de portada para los infiltrados había sido como serviles de transferencia de carga. Mientras durara esa historia, el acceso a esa ubicación habría sido fácil.
Me di la vuelta y corrí, empujando a cualquiera que se cruzara en mi camino. Bajé por una escalera de acceso, salté al suelo en su base y luego corrí por un pasillo mal iluminado. Pronto estuve en las partes más sucias y menos cuidadas de la estación, donde solo los servidores podían pasar de vez en cuando. Había memorizado el diseño, y seguramente atravesé las ramificaciones, manteniendo mi arma desenfundada todo el tiempo. Doblé la esquina final y vi una puerta corredera cerrada delante de mí. Un solo disparo fue suficiente para volar el sello, y entré en la cámara más allá.
La mujer en el otro extremo de la habitación se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos. Pude ver que había estado ocupada: una cápsula de refrigeración estaba abierta frente a ella, humeando. Era lo suficientemente grande como para llevarla adentro, y ya se había quitado el uniforme de la tripulación y colocado reguladores de signos vitales en el pecho y el cuello.
Ella era de la Comunidad. Por ahora reconocí los signos: la palidez de la piel, el bajo peso corporal, la forma en que me miraba. Incluso en su miedo y conmoción, todavía veía a una matriarca frente a ella.
<<Permanezca donde estás >> ordené, empujando mi pistola y colocando el cordón láser en su frente.
Ese fue mi gran error. No temía morir, ese siempre había sido el resultado más probable para ella. Debería haber corrido directamente hacia ella, inmovilizarla antes de que pudiera reaccionar. En cambio, ella simplemente sonrió.

-Como usted ordena- dijo, y mordió con fuerza. Una nube de gas venenoso la envolvió de inmediato. Se arrugó, su cuerpo se deslizó hasta la mitad de la cápsula abierta, su mano extendida se balanceó débilmente.
Maldiciendo, guardé mi pistola y corrí hacia ella. Mi yelmo me dio toda la protección que necesitaba contra las toxinas, así que abrí la boca, tratando de extraer lo que había ingerido.
Llegué demasiado tarde. Podía sentir que estaba muerta incluso cuando la tomé en mis brazos. Miré su rostro y vi una especie de satisfacción beatífica escrita en ella. Ella había hecho para que lo había sido entrenada. No poder salir con vida no era nada comparado con eso. Ella había tenido éxito. Ella había ganado.
Enrosqué mi guantelete en un puño y lo aplasté una, dos veces, en esa cara satisfecha. Quería seguir adelante, pero lentamente, de mala gana, me obligué a parar.
Estaba respirando pesadamente. Olí la sangre que había derramado, y se sintió como un insulto.
Recordé lo que le había prometido a Asurma, la primera vez que habíamos conversado.
<<Nunca más.>>
Pero aún no había terminado. Algún rastro habría quedado atrás. Algo que podría cazar.
De una forma u otra, me prometí, se vengaría.



JEK XIII

Entonces, por supuesto, a pesar de todo lo que me había dicho que no haría, fui a verlo.
Lo había estado posponiendo por orgullo. En cada etapa, me había dicho a mí misma que había salido de detrás de su capa, y apenas podía volver a buscar orientación cuando las cosas se volvían difíciles. Cada vez que llegaba a la etapa en la que un consejo podría haber sido útil, solo para aprovechar su experiencia ilimitada, lo aplazaba, diciéndome a mí misma que si comenzaba ese camino ahora, nunca aprendería a estar sola.
¿De qué, con toda honestidad, me había asustado? No tenía dudas dentro de mí misma de que era capaz de hacer el trabajo. Cualquier sugerencia de que de alguna manera aún era su subordinada provenía de otra parte: las pequeñas burlas, las sutiles insinuaciones de aliados y enemigos. Y entonces llegué a ver mi terquedad como una especie de debilidad. Estaba tratando de demostrar mi valía a aquellos que no importaban, y al hacerlo me estaba privando de la ayuda del único hombre en Terra que, podía estar completamente segura, siempre estaría de mi lado.
Mantuve el viaje en secreto, al menos dentro de límites razonables. No llevé a nadie conmigo, y viajé en una nave sin marcar. Los apartamentos de Tieron estaban muy adentro del Palacio Interior, y hacerlo era razonablemente seguro. No me llevó mucho tiempo. Mientras caminaba por sus antecámaras de gruesas alfombras, observando el desorden de artefactos, jarrones y pinturas, sentí una curiosa mezcla de emociones. Fue bueno volver a ver sus cosas. El lugar olía a él, esos olores caros que usaba, cada uno valía, así que siempre me había gustado imaginar, el diezmo de un mes de un mundo menor. Me llevó de vuelta a cuando era su ayudante y él era mi maestro. Ahora yo era la maestra y él era... No lo sabía. Había pocos precedentes para la jubilación en nuestras carreras. Solo en la muerte, y todo eso, excepto que Guilliman ya había cambiado ese guión. Tieron seguía vivo y, por lo que yo sabía, todavía prosperaba.

Entré en su habitación privada, la que siempre había usado para el público. Estaba tan lujoso como siempre, salpicado de gabinetes y aparadores, todos ellos llenos de cosas hermosas. Me preguntaba de dónde sacó el dinero para mantenerlo todo. Quizás su pensión imperial fue suficiente, suponiendo que se pagara en estos tiempos difíciles. Lo más probable es que todavía estuviera haciendo viejos trucos, pidiendo favores o administrando líneas de crédito de su amplio círculo de amigos.
Cuando entró a saludarme, vi que efectivamente había envejecido. Había pasado menos de un año desde la última vez que lo había visto y, sin embargo, parecía que habían pasado veinte. Evidentemente, había tenido razón al rechazar la oferta de Guilliman de llevarlo a Indomitus como un recordatorio: nunca habría resistido los rigores del paso extendido del vacío. Aún así, su rostro tenía esa misma vieja astucia arrugada y agradable. Es posible que haya perdido un poco de peso, pero aún así completó su túnica fina lo suficientemente bien y caminó con la ayuda de un bastón de marfil.
Se acercó a mí y me tendió una mano con anillos. Cuando lo tomé, sentí el ligero temblor en sus dedos.
-Querida Anna-Murza- dijo. Nunca había usado mi nombre de pila en el pasado, y se sentía extraña escucharlo de él ahora. -**Ha pasado demasiado tiempo.**
-Te ves bien- mentí.
-Te ves cansada. ¿Cómo lo llevas?
Nos sentamos en sillones lujosos. Sonó un timbre, y pronto uno de sus jóvenes ayudantes trajo suficientes bebidas y dulces.
-Mucho de lo que esperaba- dije sinceramente. **-No se unirán, no cooperarán, cada uno piensa que son dueños de los demás y por eso no se hace nada mientras el planeta corre hacia la ruina.**
Tieron se echó a reír. **-Y entonces los están organizando-** dijo. **-Empujándolos en la dirección correcta, como siempre lo hicimos antes.**
Tomé un pedazo de sacarosa confitada. Había sido esculpido en forma de flor. **-Empujar es más fácil cuando el Consejo está estable-** dije, metiéndomelo en la boca. Trono, fue excelente. -**Pero este está cambiando. Todavía no se conocen, por lo que no se comprometerán con nada. Si hubiera una sola amenaza, una guerra obvia por la que luchar,**

creo que actuarían lo suficientemente bien. En cambio, hay cientos de amenazas, por lo que no lo hacen.

-Sí, no ha sido sencillo, con todo lo que ha estado sucediendo-. Parecía comprensivo. Fue lo suficientemente sabio como para no patrocinarme sugiriendo soluciones, aunque me di cuenta de que estaba ansioso por ofrecerlas. Había pasado toda su carrera siendo consultado, y ahora menos almas lo buscaban; imaginé que el ajuste no había sido fácil. **-Dime, sin embargo. Disfrute de un anciano. ¿Qué has hecho?**

Le conté sobre nuestros intentos de movilizar a las fuerzas navales para restaurar la seguridad. Le conté sobre mis reuniones con Ashariel y Pereth, y la formulación del camino tranquilo.

-Bien, bien- dijo, aparentemente encantado. **-Provoca uno provocando al otro. Pereth siempre fue una operadora efectiva: habrá retrasado las naves para tal eventualidad. Y tiene que suceder. Vergonzoso, lo que está ocurriendo allá afuera. Vergonzoso.**

Fue más difícil abordar la verdadera razón por la que había venido. **-También hablé con Roskavler-** dije.

-¿Oh? ¿Como es ella? Se muy poco. Escuché que tiene mal genio.

-Podría decirse eso. Ella se niega a llamar al Consejo al cónclave completo. Eso evita que se logre mucho.

-Interesante. ¿Por qué?

-Ella cree que un miembro desea subvertir las reformas.

-Por supuesto.

-Ella cree que alguien está evitando la supresión efectiva de los disturbios, para desacreditar al nuevo régimen.

-Muy probable.

-Y entonces necesito averiguar quién está detrás de esto.

-Sí, supongo que sí.

Parecía estar extremadamente relajado al respecto. **-No estoy segura de cuánto crédito poner en las acusaciones-** dije. **-No estoy segura de que tenga razón.**

Tieron frunció los labios y tomó un sorbo de su vino color miel. **-El juicio es bueno. ¿Hay Altos Señores con el objetivo de frustrar la voluntad del Regente? Indudablemente. Guilliman no habría esperado menos, pero no podría haberlos reemplazado a todos. ¿Hay alguien que iría tan lejos como para proteger a los herejes y traidores conocidos? Eso no lo sé.**

Sería una estrategia arriesgada. Si se corría la voz, toda la fuerza de la Inquisición se volvería contra ellos. No estoy seguro de que incluso un Gran Señor pueda soportar eso por mucho tiempo-. Tomó uno de los dulces de flores. **-Difícil.**
Me preguntaba si estaba siendo deliberadamente inútil. Lo más probable, me di cuenta, era que estaba esperando la pregunta explícita. No quería suponer que estaba pidiendo ayuda, cuando pudo haber sido que simplemente deseaba informarle sobre la situación. Eso fue solícito de su parte.
-Si hubiera un Gran Señor trabajando para promover la violencia- me aventuré, **-la lista es larga. Ashariel, Drachmar, Raskian y Fadix son simpatizantes estáticos conocidos. Cualquiera de ellos, o una combinación de ellos, podría estar trabajando para frustrarnos.**
-Ashariel es nuevo en la posición- respondió Tieron. **-Si fuera él, no podría hacerlo solo.**
-De acuerdo, pero los otros están establecidos y poderosos. De los que aún sirven, no veo muchos otros candidatos.
Tieron frunció el ceño. **-Arx, tal vez. No sabemos qué lugar ocupa la Inquisición en los planes de Guilliman.**
-Quizás. Aunque hay más candidatos probables para la revuelta. Los viejos maestros, los que fueron depuestos: Haemotalion, Slyst, Lamma, incluso Dhanda.
-Haemotalion nunca aceptó al Primarca, eso es cierto-. Tieron parecía pensativo. -**Incluso trató de persuadirme para que lo acompañara en eso, antes que Vorlese. Pero entonces, todos se sintieron así, entonces. Arx lo hizo. Slyst ciertamente lo hizo. No puedo imaginar que Drachmar se sienta de manera diferente, y ella también permanece en el cargo-** tomó otro dulce. **-Lo estaban perdiendo todo, ¿ves? Ellos se resistieron. Eso fue natural. Pueden continuar resistiéndose, o desearlo, aunque el acceso a los recursos sería el problema. Siguen siendo ricos y conectados, pero eso solo va muy lejos: sus reemplazos ejercen el verdadero poder, los Arbites y los militares. Entonces, si estuvieran involucrados, tendría que estar en conjunto con un miembro en servicio. Su problema sigue sin resolverse y todavía está mirando a los que están sentados alrededor de la mesa, al menos en parte.**

Tomé mi primer sorbo de vino. Por supuesto, fue excelente, vale la pena venir aquí sola, al menos si hubiera compartido el apetito de lujo de Tieron.
-Apenas puedo creer que estemos discutiendo tales cosas- dije.
Tieron se rio entre dientes. **-Puedo-.** Entonces él pareció pensativo. **-A menudo los he defendido. Siempre fueron despreciados. Se decía que eran indiferentes y distantes. Eran los últimos, sin duda, pero rara vez los primeros. En cierto grado u otro, deseaban el poder como un medio para un fin: deseaban ver el Imperio bien ordenado, para que sobreviviera durante otra generación. Ese fin requería crueldad y confianza en sí mismo, pero fue un llamado noble.**
Él sonrió para sí mismo, aunque no era una sonrisa humorística.
-Recuerdo, sin embargo, cuando llegaron los Días de Ceguera. Una cosa en particular. Recibimos solicitudes de ayuda de todas las direcciones y no pudimos hacer nada. Habíamos tomado nuestra decisión: sobreviviríamos y los dejaríamos morir, para que hubiera algo preservado sobre el cual construir si llegara el momento. Creo que fue la decisión correcta, pero tuve que hablar con los gobernadores y los prefectos mientras me criticaban. Había una, una mujer, en algún lugar del este. Me estaba llorando mientras intentaba dar mis excusas. Eran lágrimas de ira, al final, porque nuestra decisión sin duda acabó con su vida y la de todos los que trabajaban para ella. Le dije que se mantuviera firme. ¿Puedes creerlo? Permanece firme. Ella me dijo que la había asesinado.
Bajó la mirada hacia el vaso que tenía en la mano.
-Una sola alma. Mis decisiones a lo largo de los años deben haber acabado con mil vidas, pero recuerdo la de ella. Y después de eso, descubrí que ya no podía defender a los Altos Señores con el mismo vigor que antes. Mi mente todavía lo creía, pero mi corazón dudó. Entonces, incluso si Guilliman no hubiera venido, no podría haber seguido sirviéndoles. Te pasa, ahora, negociar esas cosas. ¿Son monstruos? ¿Hay cosas que no harían? ¿Pueden ser traidores? No lo sé. Espero que no, pero no lo sé.
Nunca había hablado así conmigo, ni siquiera durante ese breve momento en que nos habían unido. Tal vez fue la edad, debilitándolo y haciéndolo.
Seré honesta, no había venido aquí para hablar así. Había venido por algo más difícil: una sugerencia, un hilo que podría seguir. Tieron conocía al

Consejo mejor que cualquier hombre vivo, y yo había llegado a la etapa en la que necesitaba algo a lo que aferrarme. Me importaba muy poco si los Altos Señores eran dignos de servicio. No me hice tales preguntas. Sin embargo, me preocupé por descubrir si uno o más de ellos estaban conspirando contra los mandatos de su cargo.

-Tengo que comenzar en alguna parte- le dije, suavemente.

Levantó la vista, como si hubiera despertado de un sueño. **-Por supuesto que sí-** dijo, poniéndose de pie en su silla. **-Por supuesto que sí.**

Esperé pacientemente. Entonces sentí con más fuerza que nunca que había sido un error venir y que debería haber seguido confiando en mi propio juicio. Se habían extraído algunas costuras, por mucho que desearía lo contrario.

-De todos ellos- dijo, hablando lentamente mientras pensaba en el asunto, **-de todos los que conocía bien, solo uno no hubiera dudado en hacer lo que está sugiriendo. Si repasas la historia, examinando cada evento donde el Consejo estuvo dividido por la traición, encontrarás el mismo nombre, una y otra vez. El gran maestro de los asesinos. Vangorich fue solo el más infame, ha habido otros. Lo que nos lleva a Fadix-.** Me miró. **-¿Tiene un motivo? Yo no sé. El Regente aún no ha intentado moverse en los Templos, pero aún puede hacerlo. Y Fadix es un conocido veterano estático, casado con los antiguos protocolos. No estoy seguro de qué juicio todavía tengo en mí. Ya no sigo con los chismes como lo hice una vez. No tengo evidencia Gran parte de esto puede estar coloreado por la aversión, porque el hombre me asustó profundamente cuando tuve que tratar con él.**

Me encontré con su mirada. Sus viejos ojos no eran tan penetrantes como lo habían sido alguna vez, y deambulaban un poco, pero todavía había algo allí, algún núcleo de una vieja perspicacia.

-Pero viniste aquí por un nombre- dijo Tieron, levantando el vaso a sus labios de nuevo. **-Por lo que vale, toma ese.**

De todos los nombres que pudo haberme dado, ese fue quizás el más desagradable. La reputación de Fadix fue bien merecida. Era un asesino, tanto por inclinación como por deber. Toda su vida estuvo dedicada a ello. Controlaba redes de miles de operativos, todos enterrados en las profundidades de las estructuras imperiales, y todos le informaban. En el

centro anudado de esa red estaban los Asesinos Imperiales, los cazadores definitivos, enviados para hacer frente a nuestras mayores amenazas.
Tieron tenía razón al tenerle miedo. Todos lo estábamos. Recuerdo bastante bien cuando nos habíamos comprometido con él antes, durante el debate sobre Dissolution. Recordé haber recibido el ataúd manchado de sangre, la señal de que nuestro agente dentro de sus redes había sido detectado y eliminado. No habíamos podido insertar un reemplazo desde entonces, por lo que nuestro conocimiento de sus actividades era limitado.
Volví a Mardoqueo en el camino de regreso de las cámaras de Tieron, diciéndole que se encontrara conmigo en nuestra cámara de registros. En esa etapa, no sabía exactamente cómo proceder, y utilicé el viaje para pensar en las opciones. Cuando llegué, lo encontré esperándome según lo ordenado. Cerré la puerta detrás de mí, activé los sensores-deflectores y tomé asiento. La cámara estaba oscura, iluminada solo por delgados bancos de lúmenes de azufre. Estábamos rodeados de grandes alojamientos de cogitadores, todos haciendo clic y zumbando a medida que los datos se movían por nuestro sistema. Ya había comenzado a trabajar y había recuperado algunos archivos de pergamino que podrían ser útiles, en su mayoría informes de dudoso valor de nuestros operativos que trabajan lejos de la mirada de su sujeto.
-Fadix- dijo, malhumorado. **-¿Podría ser peor?**
-Siempre podría ser peor- respondí, comenzando a hojear los documentos en la mesa frente a mí. -**Estos son los hechos: es un hombre peligroso. Él es un Gran Señor, uno de aquellos con experiencia y pleno dominio de su reino. Quizás Guilliman eligió dejarlo en su lugar debido a su valor. También debemos considerar la alternativa: que todavía no se sentía lo suficientemente fuerte como para eliminarlo.**
Fue difícil entretener a un primarca que desconfía de tal personaje, pero no del todo más allá de la imaginación. Como dijo Tieron, Guilliman difícilmente podría haber despedido a todas las personas que posiblemente hayan tenido un problema con las reformas, y habría necesitado el apoyo de Fadix para lanzar Indomitus. El Officio Assassinorum había sido movilizado para ese ejercicio, al igual que todas las demás instituciones concebibles. Los Eversor en particular, dijeron, habían sido enviados en grandes cantidades para sembrar el terror antes del avance de las tropas convencionales.

-¿Cuál sería su motivación?- Preguntó Mardoqueo.
-Lo mismo que cualquier otro- le respondí. -**No comparte la visión del cambio. Se ha acostumbrado a operar de cierta manera, teniendo ciertos privilegios. El Adeptus Astartes y los Asesinos nunca se movieron bien, tal vez Fadix se opone a que un Marine Espacial dé las órdenes.**
Mardoqueo no parecía convencido. -**Recolecciones débiles-** se quejó.
-Es todo lo que tenemos- dije, un poco rápido, buscando otro expediente. -**Y tenemos que empezar por algún lado. La pregunta es, ¿cómo? No me arriesgaré a enviar a más de nuestra gente a su ciudadela, no como están las cosas. Debemos pensar en otra forma-.** Me pasé las manos por el pelo, sintiendo el efecto de demasiado trabajo y muy poco descanso. -**¿Qué más sabemos? El no actúa directamente. Requiere intermediarios: sus agentes. Si se estuviera moviendo contra el Consejo de Reforma, ¿habría suficientes de ellos todavía aquí? Muchos deben haber sido requisados por la cruzada o llevados a templos remotos. Por lo tanto, tendría que traer de vuelta a algunos de ellos.**
Mardoqueo se volvió hacia los cogitadores y sacó más discos de las lentes. Brillantes runas de fósforo se desplazaban bajo el cristal. -**Un despliegue legal de un Asesino Imperial requiere un voto de consentimiento de dos tercios del Consejo-** dijo, deslizándose a través de varios documentos en la cámara. **-En tiempos regulares. Pero el Regente no se verá afectado por ese requisito ahora, y tampoco su amo.**
-Cierto- dije, viendo parpadear en las pantallas las diversas copias facsímiles de las órdenes de detención. -**Pero Guilliman es un fanático de Lex. Seguirá emitiendo sus propios documentos legales, dando algo para que el Ordo Sicarius vigile. Tenemos acceso a esos.**
Mardoqueo asintió, trabajando para recuperar los datos. Aunque la información podría tardar en llegar a nosotros, sabíamos bastante sobre el progreso de Indomitus. Boletines astrópicos regulares llegaron a la burocracia del Senatorum, que detalla la acumulación constante de activos de la flota e indica los resultados de los primeros compromisos. Casi todo este material estaba altamente clasificado, pero mi oficina fue una de las autorizadas para recibir todos menos los boletines más confidenciales.
Las cifras comenzaron a surgir: totales, estimaciones, proyecciones. Tal como se esperaba, Guilliman firmaba órdenes de asesinato y las registraba meticulosamente en los anales de la cruzada. La mayor parte de esas

órdenes eran como era de esperar, y muchas habían sido emitidas mucho antes de que él abandonara Terra: los clados Vindicare en particular habían sido enviados antes que las vanguardias navales, a veces por cuestión de meses, donde esperaban en las sombras hasta la orden de ejecución.
-Así que tenemos estos- murmuró Mardoqueo, deteniéndose más. **-Todavía no puedo ver cómo nos ayuda.**
-Estamos buscando discrepancias- dije, estudiando las runas con él. **-Cualquier cosa allí que no debería estar.**
-O no allí, debería.
-Bastante.
Después de un tiempo se volvió entumecedor, mirando todos esos números de referencia de flota e ideales de orden. Por lo que pude ver, todo estaba en orden, todo como debería ser. La mayoría de los detalles de la ubicación y los sellos de fecha eran vagos o redactados, lo que también era de esperar. Estábamos viendo amplias indicaciones de actividad, no el detalle.
Empujé mi silla hacia atrás, puse mi frente en mis manos e intenté pensar. **-Fadix no habría dejado un rastro de datos-** murmuré, comenzando a sentir que el ejercicio ya era inútil. -**Esa es su función: moverse en secreto, incluso de nosotros. Todo lo que estamos viendo es material que quiere que veamos.**
Mardoqueo no dijo nada. Siguió trabajando, sacando más informes del sistema.
De repente, se me ocurrió. -**¿Puedes deducir un total de todo esto?-** Pregunté. -**¿La suma exacta de todos los despliegues registrados en Indomitus?**
-Dame unos momentos.
Me puse a trabajar yo misma. Me retiré del silo de datos utilizado para los datos estratégicos fuera del mundo y, en cambio, profundicé en nuestros registros nacionales. Tenía documentación completa para las muchas sesiones de cámara superior, en las que los Altos Señores hicieron balance del estado del Imperio, sus guerras, sus revueltas, sus miles de misiones activas. El nivel de información aquí era alucinante, compilado por todos los cuerpos posibles del Administratum y enviado a los maestros del Senatorum para su procesamiento. Se leyó muy poco, pero en la verdadera forma imperial, todo se guardó, se grabó en vitela y luego, después de un

tiempo, se capturó una imagen para los sistemas de cuadrícula. Solo aprender a navegar me llevó muchos años. Sospeché que todo había sido diseñado para ser difícil de interpretar, seguridad a través de la oscuridad, según decía el dicho, y muy pocos tenían la experiencia para seguir un hilo dentro de sus cientos de libros y tabulaturas codificadas.

Noventa y nueve partes de un centenar de este material eran inútiles. Pero, si sabías dónde profundizar, había pepitas de oro.

-Aquí estamos- dije, acercándome a los pasajes requeridos. **-El Census Imperialis, fechado seis meses antes del regreso de Guilliman. Fadix ha enumerado sus activos como parte de la evaluación general de capacidades, todos disponibles para su implementación inmediata. ¿Qué cifras tienes?**

Mardoqueo me dio un total. **-Tan exacto como puedo hacerlo-** dijo.

Tenía mi propia figura ahora. La diferencia entre los dos era grande.

-Pero Indomitus no podría haber tomado asesinos de todos los templos- dije, mirando hacia atrás a través de las mesas. **-Incluso si el Primarca hubiera querido, no habría habido tiempo para convocarlos a todos. Debemos tener registros de los templos utilizados para suministrar la primera fase.**

Me llevó un tiempo encontrarlos. Nunca se pretendió que esta información fuera fácil de encontrar: se incluyó en elementos no relacionados como adiciones, o se mencionó en adiciones marginales a los expedientes periféricos. Eventualmente, sin embargo, pudimos armar una imagen de esos Templos que se habían requerido para suministrar un impuesto a Indomitus. Los templos terranos, por supuesto, pero también muchos otros ubicados en Segmentum Solar, y uno grande, en Heilax IX, en Segmentum Pacificus.

Eso me permitió calcular un total más exacto. Las cifras aún estaban fuera, pero esta vez solo por doce personas.

-Eso está cerca- dijo Mardoqueo.

-No lo suficientemente cerca- dije. **-Pruébalo otra vez.**

Intercambiamos posiciones y examinamos las fuentes de los demás. Luego buscamos más: elementos que pudiéramos hacer referencias cruzadas, documentos de respaldo.

Después de varias horas de trabajo, con nuestros ojos nadando y nuestras cabezas doloridas, finalmente nos rendimos. Independientemente de lo

que probáramos, independientemente de las fuentes que utilizáramos, independientemente de los métodos estadísticos que empleáramos, la respuesta siempre fue la misma: la diferencia entre lo que Fadix había informado al Consejo hace seis meses y lo que había proporcionado a Indomitus cuando se le ordenó era doce.

Puedes pensar que es una figura miserable. Quizás podría haber sido un error de redondeo, o simplemente un error en algún documento que nadie había pensado corregir. Si hubiéramos estado hablando de regimientos militares, entonces habría estado de acuerdo con ustedes: divisiones enteras de esos podrían contarse erróneamente, incluso olvidarse. La Guardia, sin embargo, contaba con billones, mientras que los asesinos eran una mercancía rara más allá del precio. Su producción fue el trabajo de décadas en instalaciones secretas, su despliegue estrictamente controlado por la ley y los precedentes. No simplemente desaparecieron. Eran artículos atesorados, almacenados con cuidado y utilizados con prudencia. Esos doce solos podrían haber mantenido la diferencia entre el éxito de todo un frente de guerra, tan devastadoras podrían ser sus actividades cuando se usan con eficacia.

De cualquier forma que lo miráramos, entonces, el Gran Maestro del Officio Assassinorum había reportado en exceso sus activos al Consejo o los había reportado a Guilliman. No se me ocurre ninguna razón por la que pueda hacer lo primero. Había al menos una razón por la que podría haber hecho esto último.

-Reteniéndolos, para su propio uso- dijo Mardoqueo, frotándose los ojos cansados.

-Doce propios, fuera de registro. Eso me asusta.

-Todo sobre él me asusta.

Nos miramos el uno al otro.

Era posible, a pesar de nuestros esfuerzos, haber cometido un error. Era posible que hubiera una explicación inocente y que se hubiera otorgado alguna disposición especial bajo la jurisdicción del primarca. Fadix podría haber tenido varias razones para mentir sobre los Asesinos bajo su control, algunas que apuntaban a la autoconservación en lugar de la traición.

Pero no pude escapar de los hechos tal como los entendimos. Tenía un nombre, tenía un motivo y tenía evidencia de ocultamiento.

-¿Y ahora qué?- Preguntó Mardoqueo.

-Nos preocupamos- dije.



VALERIAN XIV

¿Qué sabía de los Minotauros, entre los capítulos más misteriosos de todos, tan envueltos en leyendas y rumores de que era casi imposible descubrir cualquier tipo de verdad sobre ellos?
Sabía todas las historias, por supuesto. Sabía que rara vez se desplegaban con menos de la fuerza total del Capítulo, lo cual era muy inusual para los Marines Espaciales. Sabía que se decía que su equipo era excelente, lo que indicaba que tenían algún vínculo favorito con el Adeptus Terra o con las armaduras de Marte. Sabía que su Maestro del Capítulo, Asterion Moloc, los había guiado durante mucho tiempo, y se rumoreaba que habían muerto más de una vez, solo para ser espiados en otro campo de batalla en otro mundo, de vuelta a la salud plena. Sabía que estaban basados en la flota, que ocupaban el inmenso portador de asalto Daedelos Krata, y sin embargo, siguieron circulando rumores de que habían sufrido pérdidas catastróficas en algún monasterio-fortaleza no identificado, supuestamente poniendo en peligro sus reservas de semillas genéticas.
Algunas de estas suposiciones estaban en contradicción entre sí. Otros probablemente eran falsos o exagerados. Un Capítulo con el nombre de Minotauros había existido en los registros Imperiales por más de cuatro mil años, y aun así aún quedaba duda sobre si aquellos que portaban la insignia ahora tenían alguna relación con la fundación original, se rumoreaba que estaba maldita.
Tanto se habla, tan poco conocido. Los Minotauros podrían haber sido una metáfora del estado del Imperio en su conjunto, dividido por sus debilidades internas y los caprichos de las mareas astrópicas.
Pero ahora estaban aquí, parados frente a mí, tan sólidos como la roca que nos rodea. Eso, al menos, no podía dudarse.
-¡Quítense!-. Gruñó Garadon, acercándose a mi lado, su arma apuntando al yelmo del guerrero principal.

Nunca lo había escuchado enojado antes, no fuera de las limitaciones algo artificiales del combate. Ahora estaba furioso, conteniéndose con dificultad. Sus hermanos de batalla estaban a su lado, cada uno de ellos igualmente preparado para abrir fuego. En este punto, la cámara estaba cerca de ser completamente limpiada, sus ocupantes asesinados, pero sospecho que no habría importado si no hubiera sido así. La antipatía entre estos supuestos aliados fue mucho mayor que la mostrada a nuestros legítimos enemigos.
Los Minotauros se mantuvieron firmes, por supuesto, y su líder no respondió. Los números eran desiguales: veintiuno contra seis. Si se trataba de una verdadera lucha, solo podría haber un resultado, aunque no podía creer que ninguna de las partes fuera lo suficientemente imprudente para eso.
-¿Por qué no declaraste tu presencia?- Les pregunté, con la intención de calmar las cosas. Si necesitaba actuar como algún tipo de intermediario entre rivales, estaba perfectamente dispuesto a hacerlo.
El Minotauro se rio de mí. **-No tienes más derecho a cuestionar nuestra presencia aquí que él.**
Su voz era extraña. Toda su armadura era extraña. De los seis, cuatro llevaban claramente un estilo familiar, Mark VIII, mientras que dos estaban con unas placas de batalla que nunca había visto antes. Esos dos parecían más grandes de lo que deberían haber sido, reforzados por ceramita ajustada que tenía un borde más fino de lo habitual. El líder se puso casi tan alto como yo. Me encontré instintivamente preguntándome cómo sería enfrentarme a un guerrero así, y comencé a evaluar sus probables capacidades y poder.
Así fue que puse los ojos por primera vez en un Marine Primaris. No esperaba encontrarme con uno de ellos aquí en Terra, y mucho menos como parte de este capítulo tan desconfiado. ¿Cómo habían puesto en práctica tal tecnología, tan pronto después de su introducción en las armerías imperiales? ¿Cómo estaban siquiera aquí?
-Deja este lugar- dijo Garadon de nuevo; Parecía menos curioso. **-Ve, antes de que te matemos.**
En el poco tiempo que conocí al capitán, entendí perfectamente que él no hacía amenazas sin hacer nada. Contra toda razón, este encuentro tuvo el potencial de escalar.

Así que me interpuse entre los dos, sosteniendo mi lanza de guarda en alto para aclarar mis intenciones. Cuando mis hermanos completaron el trabajo necesario de matar a los últimos restos de las fuerzas del Convolute, se movieron para unirse a mí.
-La misma tarea está ante todos nosotros- les dije a todos, con calma pero con firmeza. -**No es necesario mantener sus armas levantadas.**
Era como si yo no estuviera allí. Ninguno de los lados retrocedió. Si esos bólters volvieran a estallar, el daño a tal alcance, incluso para mí, sería considerable.
-No tienes lugar en este, ni en ningún otro mundo- les dijo Garadon.
-Y llegas tarde a la campaña, hijo de Dorn- respondió el Minotauro. -**Si no fuera por nosotros, su propia fortaleza de guerra ya estaría en ruinas.**
Para entonces, Ravathain se había movido a mi lado, al igual que Kleas. Mis hermanos restantes habían apuntado sus lanzas guardianas, listos para perder sus propios bólter si era necesario.
-Suficiente- ordené, cansado de la postura de los astartes. **-No se derramará más sangre aquí, ninguna en absoluto, o tendrás que lidiar con mis lanzas.**
El Minotauro giró su extraño yelmo para mirarme por fin, y pude sentir su deseo de probarse a sí mismo contra esa proposición. Estaba ardiendo por violencia, todo su cuerpo irradiaba beligerancia. Se decía que eran berserkers en combate, este Capítulo, y por su aura podía creerlo. Me tensé, listo para despacharlo rápidamente si era realmente tan tonto como para probarme.
El sentido prevaleció, aunque de mala gana. Lentamente bajó su arma, alejándose un paso de mí mientras lo hacía. Como si se les hubiera dado la señal, los otros Minotauros hicieron lo mismo.
-No presumas de darme una orden de nuevo, capitán- dijo, hablando con Garadon. **-Pruébalo y no seré tan indulgente contigo.**
Garadon hizo para responder, pero para entonces los Minotauros se estaban retirando. Los Puños Imperiales los vieron irse, siguiéndolos todo el tiempo. Solo cuando desaparecieron por completo, de regreso a las sombras en la parte trasera de la caverna y fuera de rango, me volví hacia él.
-¿Tienes alguna enemistad particular con ellos, capitán?- Pregunté.

Garadon todavía estaba furioso. Se había abstenido de perseguirlos, al menos, y podría estar agradecido por eso. Si la reputación de salvajismo de los Minotauros estaba bien ganada, entonces, al parecer, eran los Puños Imperiales por disciplina.
-Son carniceros- murmuró, enojado guardando su pistola. -**Perros sin honor que sirven al capricho de las almas menores. Deberías haberme dicho que estaban aquí.**
Ya le había dicho que no tenía conocimiento de los Marines Espaciales en Terra, y no me propuse contarselo de nuevo.
-Son los sirvientes del Emperador- dije.
-¿Eso crees?- Garadon se volvió hacia mí. -**Díselo a quienes lucharon junto a ellos.**
-¿Lo has hecho?- Pregunté, realmente interesado.
Él resopló una risa amarga. -**Demonios, eres un niño, custodio. No has estado en el vacío por mucho tiempo. Esta guerra ha creado monstruos, y no todos están en los campos del enemigo-.** Parecía querer decir más sobre el tema, y evidentemente lo pensó mejor. **-Lo cambia todo.**
Ser insultado no me molestó, la ira de Garadon no se dirigió a mí, pero su agitación era motivo de preocupación. Necesitábamos los puños imperiales. Se me ordenó asegurarme de que encabezaran la reconquista. Si decidieran perseguir a estos recién llegados, o, lo que es peor, abandonar la campaña por algún desaire imaginado para su honor, entonces nuestro progreso sin duda se ralentizará.
-No es necesario- dije.
Garadon finalmente enfundó su pistola. -**Hablaré con Haessler. El resto de mis escuadrones necesitan saberlo.**
Asentí. Eso era cierto, y le daría la oportunidad de considerar su posición más plenamente. -**Podemos terminar las cosas aquí-** dije.
Se dio la vuelta, llevando a sus guerreros con él. Recorrieron las escenas de la carnicería, avanzando atentamente, como si esperaran que sus primos emergieran de las sombras en cualquier momento.
Ravathain los vio irse.
-Ángeles de la muerte- dijo sin rodeos.
No sabía exactamente qué quería decir con eso. Podría haber sido un poco en su idoneidad para tal trabajo. O tal vez fue una referencia, una vez más, al problema de nuestro trabajo para su maestro supremo, Guilliman.

Si fuera lo último, tendría que reeducar a mis hermanos. No habían conocido al Primarca. No habían escuchado la forma en que hablaba, ni percibieron su visión. Y si el precio de la vitalidad de los Marines Espaciales era una cierta impulsividad, una cierta inclinación hacia la confrontación física, entonces, ¿cuánto mejor era eso que nuestra pasividad constante ante el desafío?
Quizás Garadon tenía razón. Quizás éramos como niños, abrigados durante demasiado tiempo detrás de los mitos de nuestra propia invencibilidad, nuestras manos se mantenían demasiado limpias.
-Aseguré este lugar- le dije. **-Preservar los cuerpos de los corruptos. Llevamos lo que queda a la Torre.**
Pasé la información, por supuesto. Dudaba que la Torre fuera tan ignorante de la presencia de los Minotauros como lo había sido yo, aunque no podía estar seguro.
Nuestra integración en las estructuras del Imperio estuvo más cerca de lo que había estado durante siglos. Nuestro Capitán General era un Alto Señor en servicio ahora, y tenía acceso oficial a todo lo que hacían. La creencia siempre había sido que los Minotauros y los Altos Señores actuaban en concierto, aunque ese vínculo nunca se había reconocido públicamente y podría haber sido solo otra historia falsa sobre ellos. Valoris estaba en la mejor posición de cualquiera de nosotros para descubrir la verdad de eso, pero el Consejo no se había reunido en sesión completa desde la partida del Primarca, por lo que era posible que cualquier relación aún fuera oscura, incluso para él.
Después de mi regreso, envié los datos apropiados a los lugares apropiados, advirtiéndoles a mis superiores que las relaciones entre los Puños Imperiales y los Minotauros eran pobres, y que se podrían esperar enfrentamientos si la situación no se manejaba de cerca. No teníamos información sobre cuántos recién llegados estaban activos; si se tratara de un solo escuadrón, eso sería posible. Si hubiera muchos más, podría causar problemas.
No recibí respuesta. Nuestros operadores de comunicaciones estaban trabajando excesivamente duro, y tenía que confiar en que las noticias se habían transmitido a aquellos que necesitaban escucharlas. No era mi responsabilidad principal asegurar que nuestros aliados se abstuvieran de pelear entre sí, sin importar el sentido de lealtad que pudiera haber

sentido hacia la campaña de Garadon. Sin embargo, me comprometí a seguir presionando el tema cuando pudiera. Era un elemento incontrolado de una situación ya poco controlada, y no necesitaba ser un maestro de la estrategia para comprender los riesgos que representaba.
Después de eso, acompañé a Ravathain a las viejas mazmorras, donde se encontraban nuestros boticarios e instalaciones experimentales. Pasé un tiempo considerable con los chirurgeons mientras separaban lo que quedaba del cuerpo devastado del Convolute. El trabajo fue difícil y tomó mucho tiempo, ya que los restos de su carne todavía estaban muy corrompidos, y tendrían que ser destruidos ritualmente una vez que nuestras investigaciones hubieran concluido.
El boticario se llamaba Ukende. Había servido en la Torre durante muchos siglos. Llevaba su armadura durante todo el procedimiento, que mostraba signos de daños recientes, otro marcador de los tiempos en que vivimos.
Hacia el final del examen, sacudió la cabeza.
-En Terra- murmuró. **-Tales cosas, en Terra.**
-¿Hay algo que puedas decirme, hermano?- Pregunté.
La cara de Ukende estaba manchada de sangre. **-Hubiera empeorado si no lo hubieras matado cuando lo hiciste-** dijo. -**La tasa de degradación se había vuelto rápida. Esto es muy común, con todos los que me trajeron en las últimas semanas-.** Cogió un bisturí largo, cuya longitud de acero tenía protecciones rúnicas protectoras. -**Mientras más sufran estos rebeldes, más abominaciones veremos.**
-Los cazamos tan rápido como podemos- dijo Ravathain.
-Sin duda lo haces- respondió Ukende, apreciando más carne de hueso amarillento. **-Y aun así se encuentran cada vez más. ¿Por qué crees que es eso? ¿Puede ser que nuestras lanzas hayan perdido su filo? ¿O hay alguna ayuda que les llegue, de una fuente aún por descubrir?**
El mismo pensamiento había cruzado por mi mente muchas veces. Desde el primer encuentro con la Guardia de Hajada, había sentido como si algo se interpusiera en nuestros esfuerzos, mientras que los insurreccionistas parecían capaces de moverse y tomar territorio casi a voluntad.
-Contáctame cuando sepas más- le dije.
Después de eso, despedí a Ravathain. Teníamos varios compromisos planeados, y ya habíamos estado luchando sin pausa durante muchos días. Ordené a mis hermanos que se restauraran en el breve receso: entrenar,

meditar, reflexionar. Luego fui a hablar con alguien que esperaba pudiera darme una imagen más sofisticada de la situación más amplia.

El hermano Kalluin había sido como yo: un Capitán Escudos, un participante activo en las guerras del emperador. No sabía cuántos años tenía ahora, ni cuándo había juzgado que su cuerpo ya no era un ejemplo de la excelencia intachable por la que todos luchamos. Debe haber sido antiguo antes de decidir entrar en el oculis imperatoris, el cuadro conocido por algunos como los Ojos del Emperador. Eso no significaba que fuera impotente, ni mucho menos. Retuvo la mayor parte de su antigua fuerza, y habría sido un oponente formidable para casi cualquier enemigo en la galaxia. El hecho de que él y otros como él eligieran retirarse a un mundo más clandestino en un momento apropiado reflejaba nuestra filosofía más de cerca que cualquier otro factor en el que pudiera pensar: si no fuera posible hacer algo a la perfección, no hazlo en absoluto.

Muchos de su hermandad dejaron a Terra en pasajes vacíos secretos, en dirección a lugares ocultos revelados como resultado de largas investigaciones esotéricas. La mayoría nunca más se supo directamente de ellos, salvo por mensajes crípticos interceptados por nuestros coros astrópicos que nos hablan de adversarios derrotados o que advierten sobre amenazas crecientes en el vacío inexplorado. Kalluin había elegido permanecer en el Mundo del Trono, y desde entonces se había convertido en uno de los maestros de nuestra red de agentes encubiertos. Había vuelto a tomar las armas cuando llegaron los demonios, tal era el extremo de la amenaza, aunque ahora había vuelto a donde había estado durante un siglo o más, enterrado en lo profundo del viejo corazón de la Torre, una araña envejecida en el centro de la amenaza. una red en expansión.

Habíamos hablado juntos muchas veces a lo largo de los años. Navradaran nos había presentado en primera instancia, y muchos años después deduje que Kalluin se había interesado especialmente en su entrenamiento, sintiendo un espíritu afín. Durante mucho tiempo, no había pensado en mí mismo con la misma luz: era un estudioso por inclinación, contento de explorar las posibilidades de la mente en lugar de las avenidas más amplias de la galaxia física. Sin embargo, desde el *Pesar del corazón*, eso había cambiado, al menos en parte. Era como si se hubiera abierto una puerta que había estado cerrada con llave durante toda mi vida, y todavía estaba llegando a un acuerdo con lo que eso significaba.

Cuando me vio, no mostró signos de observar ningún cambio. Me saludó como siempre lo había hecho, con una cortesía de voz suave que parecía ocultar más de lo que revelaba. Su cara arrugada, todavía tensa con la musculatura original, apenas se movía cuando hablaba. Se sentó rígidamente en su asiento y parecía encerrado, rígido. Sus iris eran grises, que era la indicación más clara, creo, de esa gran edad. Llevaba una túnica negra, como habíamos hecho todos durante nuestra larga vigilia. Su cámara, que estaba repleta de rollos de pergamino, estaba iluminada únicamente por la luz de unas pocas velas. Las paredes estaban colgadas con hojas de vitela, todas ellas cubiertas con mapas y planos, diagramas y líneas de tiempo. Sabía que las habitaciones se extendían mucho más allá de este punto, albergando muchas más cámaras, todas llenas de registros, informes y testimonios.
-¿Noticias de Navradaran?- Le pregunté.
-Nada- dijo Kalluin, sombríamente. **-Nada en absoluto-.** Sacudió la cabeza. **-A menudo me preguntaba si estaría perdido, enviado a esas largas misiones para reunir a las Hermanas, y aún así nunca lo estuvo. Solo ahora, cuando el terreno se retoma, su luz se desvanece por fin-.** Respiró hondo. -**Debería desear verlo nuevamente, si Su Voluntad lo permitiera. Quizás, cuando este mundo sea restaurado, mucho de lo que actualmente está oscuro se aclarará nuevamente.**
Kalluin habló en formas góticas arcaicas, incluso para uno de los nuestros. Siempre me gustó escucharlo hablar, sintiendo que el timbre y la cadencia de sus palabras nos acercaron un poco más a un mundo perdido. Ahora, sin embargo, parecía más melancólico que nunca.
-Por eso vine- dije. -**La restauración de Terra.**
-Que venga rápido.
-Facciones de los Astillados: algunos han sido destruidos. Quedan otros. ¿Qué sabes de Lachrymosa?
-¿Dónde escuchaste esa palabra?
-De la boca de un líder de culto, ahora muerto. Cuando vine por él, mencionó su nombre, insinuando que ella había arreglado su destrucción por alguna razón propia. Me intrigó.
Kalluin sonrió secamente. -**Y lo tomaste al pie de la letra.**
-Por supuesto, no. Pero él estaba realmente enojado. No por nosotros, por ella.

-Los Astillados-. Kalluin lanzó una mirada despectiva. -**Ese no era un nombre que se dieron. Los primeros intercambios de comunicación durante la anarquía acuñaron el término. Los que se convirtieron en sus líderes fueron originalmente acusados de mantener el orden. Una vez entregados a la corrupción, encontraron útil difundir información errónea sobre la fuente de los principales disturbios, una tarea que se hizo más fácil una vez que el demonio se había manifestado y la atención se había puesto necesariamente en otra parte. Nunca ha sido un movimiento cohesivo: estamos tratando con elementos que surgieron espontáneamente en cien prefecturas diferentes. Se odian el uno al otro casi más de lo que nos odian.**

-Sin embargo, han luchado uno junto al otro.

-Por supuesto. Son un microcosmos de su propia filosofía degradada, que se unifica solo para destruirnos. Y el Imperio en sí mismo no está por encima de la división interna, como dejan en claro sus propias comunicaciones recientes.

Así que mis noticias al menos habían sido leídas por algunos dentro de la Torre. -**Todavía. Lo miré a los ojos antes del final. Creo que fue sincero, al menos en su odio.**

Kalluin pensó por un momento. -**Quizás. No entendemos la historia detallada de su evolución. Y sin embargo, mientras hablamos aquí ahora, diría que Lachrymosa es el más débil de los mascarones supervivientes. Si ella hubiera diseñado la destrucción de otras, no parece haberla beneficiado mucho. Esto se basa en los informes de mis agentes, por supuesto, y recopilar información de dichos lugares es difícil.**

-¿Qué sabemos, entonces?

-Nada- se rió secamente. -**O no mucho. Toda la ciudad sigue siendo peligrosa. Si se tratara de otro planeta, estaríamos cerca de declarar una cruzada punitiva para retomarlo-.** Se recuperó. **-Maestro de Sueños es un nombre que aparece con más frecuencia que cualquier otro. Ha reunido a los camarillas a su lado, operando principalmente en el hemisferio sur, donde nuestra incursión es más débil. Con él, al menos, tenemos un nombre real. Alguna vez fue Fyger Deflaim, un mariscal de los Adeptus Arbites responsable de nueve recintos. Eso le dio un poder considerable. Es muy posible que sus arsenales hayan sido los más extensos de todos los que se convirtieron, y se han ampliado desde entonces. Poco a poco**

se está volviendo más audaz, realizando incursiones a la luz del día y manteniendo el territorio en lugar de retirarse cuando se enfrenta. Si va a haber una confrontación decisiva para terminar con todo esto, entonces será con él, juzgaría yo.

-¿Y tiene registros de sus áreas de operación?

-Muchos. Eres bienvenido a estudiarlos.

Este Deflaim sería un objetivo digno de los talentos de Garadon, respaldado según sea necesario por nosotros mismos. Por otro lado, no deseaba descartar a Lachrymosa tan rápido como lo había hecho Kalluin; algo sobre la forma en que el Convolute había hablado de ella me aseguró de que ella era más que una pequeña parte de esto.

Fue complicado, entonces. Muchas facciones diferentes estaban involucradas ahora, incluidas otras cámaras de mi orden. Sabía que se habían hecho grandes esfuerzos para retirar un mayor número de Astra Militarum y la Armada Imperial al sistema, todo lo cual marcaría la diferencia, pero que todos tendrían que ser manejados.

Nunca se había sentido la falta de liderazgo de la cumbre. ¿Dónde, me pregunté, estaba el Consejo en todo esto? ¿Dónde, para el caso, estaba Valoris? Se sentía como si estuvieran dispuestos a dejarnos llevar a cabo la campaña en su nombre, sin dar nunca la dirección que tanto se necesitaba. Sentí que el primarca habría estado aquí con nosotros. Él habría estado liderando desde el frente, dándonos la guía que ansiamos.

-Me dijeron que el Capitán General estaba recientemente en Ferrum Raptoris- dije. **-¿Es eso cierto?**

-Eso creo.

-Entonces, ¿puedes decirme quién más estaba sirviendo allí, en ese momento?

Kalluin me dio una mirada astuta. **-Sin duda podría. Aunque me gustaría saber por qué esa información sería de valor para usted.**

-Puede que no lo sea. Dependerá de los nombres que haya encontrado.

Kalluin se echó a reír. -**Has cambiado, Valerian-** dijo. -**Pensé que algún día podrías unirte a nosotros aquí, viviendo una vida en medio de los pergaminos.**

-Todos tendremos que cambiar, tarde o temprano- dije.

No sé si estuvo de acuerdo con eso. Aun así, hizo lo que le pedí y fue a buscar los registros. Mientras lo hacía, recurrí a los que ya me había dado.

Con un corazón algo pesado, sabiendo qué narraciones de debilidad estaba a punto de descubrir, comencé a leer.



ALEYA XV

Miré el cuerpo de la saboteadora y casi deseé poder golpearla de nuevo. Se tumbó boca arriba sobre la losa, su piel pálida se iluminó con dureza por los bancos de luz. Vi cuán huesuda era, cómo se tensaba la piel sobre un músculo inadecuado. Tenía tatuajes en los brazos y el cuello, símbolos de la Comunidad. Su cara estaba muy magullada. No me arrepiento de ser la arquitecta de eso.

Asurma estaba conmigo, al igual que seis de los mandos de la Ciudadela, todas ellas Hermanas de la orden. La cámara estaba cerrada, y no se había sufrido ningún daño durante el examen.

<<*Fueron seleccionados*>> Asurma señalo.

La Hermana Comandante había tomado el ataque con fuerza. Ella había estado distraída conmigo desde mi regreso, posiblemente viendo mi vuelo a la estación de relevos como un acto imprudente, aunque no podía negar que nos había dado una inteligencia valiosa, ni que mis acciones en la torre de control habían impedido que las cosas fueran mucho peor.

<<*Lo fueron*>> señalé de nuevo.

Me incliné más cerca del cuerpo, entrecerrando los ojos, estudiando las proporciones del cadáver. Algo me había estado molestando desde que la Ciudadela había sido asegurada y las alarmas finales habían sido despejadas. En parte, fue Telam quien me molestó. Nunca había sido amable con él. Lo sospechaba desde el principio, a pesar de que nunca había sido otra cosa que fiel. Si no hubiera sido por su confianza en mí, todos estaríamos muertos.

<<*Sería más delgada*>> señalé, mirando a Asurma. <<*Si ella hubiera vivido aquí toda su vida.*>>

Los generadores terraformic de Luna estaban lejos de ser perfectos, todos lo sabíamos. La ligera reducción en la gravitación fue lo que le dio a la Comunidad, ya todos los residentes de la luna, su esbeltez casi inquietante. La mujer ante nosotros fue un intento decente para imitar el efecto, pero

no fue del todo correcto. Era delgada, aunque no, pensé, delgada exactamente de la manera correcta.
Asurma no estaba convencida.
<<¿De dónde, entonces?>>
Yo no lo sabía. Se me ocurrió en ese momento que lo estaba intentando demasiado. Mi punzante sentimiento de culpa por Telam podría llevarme a mirar más allá de lo obvio.
Así que no firmé nada y solo observé a las cuchillas hacer su trabajo.
Después de un tiempo, la disección terminó, dejándonos no mucho más cerca de la comprensión que al comienzo. Asurma nos informó de sus planes para revisar la seguridad. La Ciudadela había sobrevivido casi completamente intacta. Además del daño a las etapas de aterrizaje, que fue catastrófico, la mayor parte de nuestras operaciones podrían continuar como antes. Se enviarían cartas de protesta al Adeptus Terra, quejándose nuevamente de la falta de recursos para nuestra defensa y exigiendo una investigación. Más de nuestro número se desviaría de las tareas de entrenamiento para servir como guardias, algo que Asurma había sido reacia a hacer antes, dadas las enormes demandas que nos imponían para proporcionar nuevas novicias para el Imperio. Los restantes crímenes de la Comunidad se examinarían de nuevo, luego nuevamente, se los cuestionaría por sedición. Sin duda, muchos serían despedidos.
Todo era estándar, todo razonable, y no cambiaría nada. Alguien nos había golpeado. La única acción que tenía la promesa de hacer un cambio fue contraatacar, y rápidamente.
Cuando nuestro cónclave se rompió, indiqué que deseaba conversar con la Hermana Comandante en privado. Las otras se fueron, y la puerta se cerró con llave detrás de ellas.
<<Busco permiso para partir>> señalé.
Asurma sonrió con cansancio. *<<Sí, pensé que lo dirías.>>*
<<El tiempo es la esencia. Necesito compañeras, un puñado servirá, pero todos deben ser guerreras hábiles.>>
<<Los tendrás>>. Asurma parecía distraída de nuevo. *<<Entonces esto ya no es una investigación histórica para usted. Quizás nunca lo fue. Mantenme informada en todas las etapas.>>*
Sentí que debería haberle dado alguna señal de tranquilidad, entonces, que no podíamos estar seguras de que esto fuera algo más que una sola

célula rebelde que salía de una extremidad para lastimarnos, y que probablemente se resolvería muy pronto; un tropiezo, en lugar de una gran amenaza.
Pero no podía decirle nada de eso, ya que no lo creía.
<<Cuando puedo>> le dije.
Esto es lo que sabía. El *Ergaina*, un corredor de suministros estándar que operaba desde Puerto Luna, había atracado en la estación de retransmisión orbital, y había descargado grandes cantidades de suministros de rutina, acompañados por miembros de la tripulación de transporte aparentemente al servicio de la Ciudadela. Estos miembros de la tripulación habían podido usar ideas estándar para pasar exploraciones de seguridad, y no habían levantado ninguna sospecha al llegar. Una vez que se completó la transferencia a las bahías de retención, el *Ergaina* se había desacoplado nuevamente y se dirigió hacia el hemisferio iluminado por el sol.
Según los registros de la estación de retransmisión, todos los transportadores habían vuelto con él, como era normal. Excepto que, de alguna manera, un solo miembro había logrado quedarse atrás sin alertar a las sospechas. La carga se cargó en una serie de módulos de aterrizaje, con la supervisión de este operativo asegurando que el vehículo principal, programado para transportar alimentos, en realidad estaba lleno de filas de contenedores que contenían cargas altamente explosivas. Sus registros de vuelo se modificaron para marcar la carga como novatos con destino a la entrada de entrenamiento. En esta etapa, al parecer, no se había levantado ninguna alarma.
Solo una vez que el módulo de aterrizaje había caído de la estación orbital, el operativo hizo su movimiento más peligroso, infiltrándose en la cámara de control y neutralizando a sus ocupantes. Luego se ocupó de las consultas desde el nivel del suelo, asegurándose de que se cumplieran los controles de rutina. Incluso cuando Telam había dado la alarma, ella se mantuvo a mano para calmar los nervios y proporcionar los códigos de control correctos para la verificación. Había estado cerca de tener éxito.
Sin embargo, alguien tropezó. Algún detalle debe haber estado fuera de lugar, ya que uno de los ocupantes de la cámara de control ya había comenzado a realizar controles. Cuando las cosas se intensificaron, este individuo había logrado enviar una ráfaga de comunicaciones directamente

a Telam antes de ser asesinado, transmitiendo cierta preocupación no especificada sobre el procedimiento. Había actuado con decisión sobre esa escasa evidencia, indudablemente impulsado por su convicción de que el enemigo vendría pronto y que esta era la primera señal de desastre.
Con el fracaso del módulo de aterrizaje saboteado, la operadora se dirigió a la unidad de refrigeración, planeando insertarse en una criocápsula protegida y, por lo tanto, escapar de la detección hasta que pudiera ser extraída.
Esa siempre había sido una pequeña posibilidad, en verdad. Asurma seguramente habría ordenado una búsqueda completa, y el infiltrado probablemente habría sido expuesta tarde o temprano. En ese caso, descubrimos que la criocápsula había sido manipulada para activar el gas venenoso, y bien podría haber matado a quien la abrió. Mis acciones no habían logrado mucho, entonces, pero al menos podría alegrarme de haber evitado ese resultado.
Eso dejaba poco para continuar. Prácticamente lo único lo suficientemente sólido como para perseguir fue el corredor de suministros, que a partir de las comunicaciones con las autoridades habíamos acordado encerrar en su litera, listo para que los Arbites lo investigaran. No hace falta decir que no tenía fe en ellos, por lo que esa litera sería mi primer destino. No esperé a que Asurma cumpliera su promesa de encontrar guerreras adicionales para ayudarme, sino que partí de inmediato.
Tomé un volante atmosférico, uno de los pocos que poseíamos, y puse rumbo al puerto. Volé con fuerza, quemando más combustible del que Asurma aprobaría. Cada hora que pasaba hacía más probable que las últimas huellas de los saboteadores se perdieran para siempre.
Durante mucho tiempo, volé de regreso a través de las tierras baldías, al igual que el terreno por el que Telam me había llevado, kilómetro tras kilómetro de ollas de polvo gris oscuro, salpicadas de ocasionales asentamientos y torres de comunicaciones. Poco a poco, cuanto más al oeste viajé, las señales de la estructura humana se adivinaron. Los primeros en llegar fueron las enormes instalaciones mineras, muchas de ellas abismos a cielo abierto excavados en la corteza lunar. A estos les siguió la primera de las grandes refinerías: grandes extensiones de estaciones de enfriamiento de metal y altos hornos, uno tras otro, cada uno más grotesco y monstruoso que el anterior. El Anillo colgaba sobre

todo, un delgado arco de color blanco plateado mirando hacia un paisaje de trabajo.
Comencé a recibir llamadas de seguridad y configuré el espíritu máquina del volante para que emitiera automáticamente las autorizaciones apropiadas. Vi otras naves atmosféricas, inicialmente en formaciones dispersas, luego rápidamente espesándose. El lejano horizonte se iluminó y vislumbré la primera de las grandes torres de atraque que sobresalía de la delgada atmósfera.
Vivíamos en una galaxia de exceso, en la que las cosas que habíamos construido, generalmente hace mucho tiempo, eran mucho más allá de la comprensión. Te volviste insensible a tal extravagancia, especialmente si habías sido testigo de las ridículas dimensiones de Terra, pero, aun así, Puerto Luna era capaz de generar asombro por sí mismo. Era gigantesco, antiguo e imponente, extendía sus tentáculos por casi todo el día a la luz de Luna, una masa de fundiciones interconectadas, talleres mecánicos, patios de mantenimiento, instalaciones de herramientas, academias de entrenamiento, palacios mercantiles, estaciones de aduanas y complejos navales, todo golpeando. uno dentro del otro, empujando hacia arriba y hacia afuera en una maraña de escenarios reforzados y pináculos de mando. Grandes muelles sobresalían del horizonte, todos ellos albergaban naves vacías en cada punto de atraque posible. Los cielos de arriba eran una alfombra brillante de puntos de luz, que mostraban las posiciones de miles de embarcaciones. Algunos mantenían su posición en órbita baja, esperando una edad para que hubiera un espacio libre disponible. Otros eran las naves capitales, demasiado grandes para atracar a nivel del suelo y en su lugar anclaban en uno de los cientos de placas orbitales, sus flancos pululaban con drones Mechanicus y naves parasitarias.
Emerger en ese mundo de clara iluminación blanca requirió un pequeño ajuste. Los cielos eran completamente negros, por supuesto, lo que hacía que los rayos de luz entrecruzados y los destellos de las salidas de los hornos fueran aún más deslumbrantes. Para colmo, la media luna de Terra colgaba en el cielo nocturno, una mancha gris sucia en una vista monocromática.
Me llevó mucho tiempo localizar la litera del *Ergaina*, no porque tuviera dudas sobre las lecturas de ubicación que me habían dado, sino por la inmensidad de los muelles. Me encontré empujando con otras naves casi

tanto como lo habría hecho en los cielos llenos de gente del Mundo del Trono. Este era un lugar de idas y venidas, un lugar transitorio, en el que muchas almas eran presencias fugaces, y al penetrar en sus profundidades, vi todos los signos de ello. Los paneles de video eran llamativos, rodeados de vallas publicitarias y emisores. Muchos de los edificios eran igualmente despiadados, adornados con las trampas de la riqueza comercial, y podía oler una asombrosa variedad de aromas: alimentos cocinados, aceites y lubricantes de los talleres, desagües, escorrentías químicas. Puerto Luna era más duro que su mundo hermano más grande, pero también mucho menos triste. Vi pocos signos del Ministorum allí, lo que sin duda contribuyó al aire de relativa exuberancia.
Durante todo el tiempo que tarde en acercarse, resultó lo suficientemente sencillo como para precisar la ubicación que necesitaba. Lo vi desde la distancia: otra columna de humo, como las que había dejado atrás. Tiré de mi volante abruptamente hacia arriba, girando alrededor de la circunferencia angular de una torre de publicidad de azufre amarillo, y me alejé del nivel del suelo. Los muelles de atraque se alejaron por delante de mí, cada uno de ellos extendiéndose a lo largo de la delgada troposfera de Luna y hacia el verdadero vacío. Volé hacia el más cercano, manteniéndome cerca de la superficie adamantina. No fui la única: la nave Arbites voló delante de mí, junto con un voluminoso dispersor de toxinas en la librea de las autoridades portuarias.
Me detuve en una de las etapas de aterrizaje subsidiarias y me dejé caer en la plataforma. En ese momento estaba vertiginosamente alto y me puse un rebreather (suministro de oxígeno nt) antes de desembarcar. No llevaba mi armadura, ya que no deseaba ser visible. Cuando salté de la cabina, vi el puerto desplegado debajo de mí, sus luces centelleando como una galaxia entera bajo mis pies. Las muchas torres de atraque perforaron la negrura en todas las direcciones, dedos delgados de hierro, agrupados con vasijas como tanta fruta de metal.
A pesar de la delgadez del aire, aún podía saborear el humo a través de mi respirador. El *Ergaina*, o lo que quedaba de él, yacía a cierta distancia, atado por sus cables de acoplamiento, ahora una cáscara ennegrecida de largueros y vigas humeantes.
Las multitudes se habían reunido alrededor del sitio. Los equipos de extinción de incendios se pusieron a trabajar y treparon por sus restos

esqueléticos con químicos. Unos pocos equipos médicos atendían gente heridos, y decenas de cuerpos yacían en sacos de cadáveres sellados. Me abrí paso a la vanguardia, confiando en mi aura única y desagradable para despejar el camino que necesitaba.
El corredor de suministros había sido destruido de manera impresionante. Me quedé unos momentos delante de él, estudiando sus restos para ver si algo podía salvarse, pero rápidamente me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo.
Una miembro del mando Arbites, un ejecutor, por su uniforme y símbolos, se acercó a mí con inquietud. Parecía reconocerme aun sin llevar mi placa de batalla, y tal vez sintió que necesitaba decir algo para marcar mi presencia allí.
-Un accidente- dijo. **-Líneas de combustible defectuosas. Los propietarios serán rastreados y castigados.**
Dudaba que ella entendiera Marcaideas, por lo que no se molestó en intentar corregirla. Los dueños de la *Ergaina*, que seguramente no eran santos, no eran más responsables de esta destrucción que ella.
Entonces me retiré, fundiéndome de nuevo en la multitud. Algunos de los que me rodeaban retrocedieron cuando me acerqué a ellos, sorprendidos por mi aura repulsiva, pero la mayoría seguía con la intención de observar el progreso de la limpieza. La mayoría de ellos eran trabajadores portuarios, para quienes algo como esto era probablemente lo más divertido que verían en meses.
A medida que avanzaba, dejé que mi visión cayera parcialmente fuera de foco. Al hacerlo, utilizando una técnica que Hestia me había enseñado como novata, obtuve una impresión de aquellos en los márgenes del escenario sin mirarlos directamente. Mientras caminaba, dando la impresión todo el tiempo de mirar al frente, examiné la masa de rostros. La mayoría de ellos no regalaron nada: eran espectadores, libres de artificios, aquí, ya sea para ayudar o para mirar boquiabiertos.
Solo uno era diferente: un hombre colgado en la parte trasera de la multitud. Lo suficientemente lejos a simple vista. Parecía más o menos como el resto de ellos, y llevaba el mono, las placas de seguridad y la máscara de respiración de un marinero. Pero él estaba mirando solo un poco más atentamente. Él se mantuvo diferente del resto, siguiendo los movimientos, pero con ese leve margen de determinación que me aseguró

de haber sido enviado aquí. ¿Era un observador, enviado para asegurarse de que todo estaba completamente destruido, o posiblemente para verificar que no hubiera interferencia con el sitio? Tomé nota mental de su posición y apariencia, usando una unidad de seguimiento en mi cuello para señalar su calor y su firma masiva. Luego llegué a mi volante y, casi tan pronto como llegué, volví a despegar.
Me alejé de la plataforma y tomé un camino de regreso por donde había venido. Sin embargo, una vez que fui inspeccionada por las principales torres de atraque, me doblé hacia atrás, me elevé mucho más y volví a escanear la plataforma de aterrizaje nuevamente. Efectivamente, el hombre había hecho su movimiento, separándose de la multitud y dirigiéndose a un volante más pequeño para una persona. Mantuve mi distancia, usando los propulsores de mi embarcación para mantener una posición estacionaria, y tomé una segunda lectura de rastreo.
Después de eso, fue trivial seguirlo. Pude permanecer lejos de la vista, manteniendo la distancia entre nosotros fija mientras él se movía a través de las torres. Bajó rápidamente, luego se dirigió hacia el norte, mezclándose con las columnas turbias de tráfico. Finalmente, el ajetreo disminuyó un poco: nos dirigíamos a regiones más destartaladas, donde los bloques de roca estaban astillados y moteados, y las vallas comerciales se pelaban bajo anillos de luz parpadeantes. Se sentó en un soporte circular que sobresalía hasta la mitad del flanco oriental de una torre de hab. Lo vi salir, asegurar la embarcación, luego deslizarse por una puerta estrecha y desaparecer dentro.
Esperé un rato. Luego lo seguí, aterrizando en otra etapa varios niveles más arriba. Cuando desembarqué, pude oler de inmediato el abandono del distrito: el humo, el borde del desperdicio de comida podrida, la mancha empapada a largo plazo en la base de las torres. Hacía frío, como siempre en Luna.
Fui a la puerta y vi que tenía un punto muerto estándar. Saqué un ciclador y lo sujeté sobre el mecanismo, rompiendo el sello en unos momentos. Cuando el panel se abrió, más hedor me asaltaron, además de la humedad cálida de los paneles de calor montados en la pared. Entré, sacando mi pistola láser. El corredor de acceso pronto se cruzó con un conjunto más grande de aceras, todas alineadas con puertas de unidades de hab. Los

lúmenes eran tenues, arrojando el interior a una penumbra cercana y neblinosa.

No había nadie cerca, lo que no era muy inusual: los ciudadanos imperiales tendían a usar sus habs solo para dormir después de largos turnos de trabajo, y no se demoraban en áreas donde se podían escuchar conversaciones o presenciar comportamientos inadecuados. También fue lo mejor: dudaba que los guerreros de mi estatura física se aventuraran aquí muy a menudo, y a pesar de usar ropa estándar, era consciente de mi apariencia en ese hábitat.

Encontré el hueco de la escalera y descendí dos niveles, en silencio. Llegué a otro corredor anodino y activé la combinación de firma de calor. Pasé por las hileras de puertas manchadas de mugre hasta que mi augurio de corta distancia encontró la firma, y me detuve en el umbral, con la pistola lista.

Recogí dos firmas de masa corporal dentro. Intenté una investigación auditiva, pero no obtuve nada. La puerta era delgada, por lo que debieron haber estado usando una red de dispersión para mantener la conversación privada.

Estaba considerando qué hacer a continuación cuando escuché el ruido sordo de un arma de proyectil silenciada. Rompí el endeble mecanismo de la cerradura y pateé la puerta, luego irrumpí en la estrecha cámara más allá.

Dos hombres estaban parados contra la pared del fondo. Uno era el astillero que había presenciado en el embarcadero de *Ergaina*, el otro no era familiar y llevaba el abrigo marrón oscuro y el tabardo de un funcionario de aduanas. La mano del astillero se deslizaba hacia el suelo, una araña de color rojo oscuro se extendía por su pecho. El funcionario se volvió para mirarme, sorprendido.

Le disparé en el hombro, sin darle tiempo a reaccionar, y se estrelló contra la pared, una flor de sangre se extendió sobre su tabardo marrón. Me acerqué a él, quitándole el arma de las manos y enviándola por el suelo. Intentó levantarse, alcanzar su arma, pero yo tenía mi guantelete alrededor de su cuello y presioné.

Con mi otra mano, alcancé una unidad de translexor y la sostuve contra su cara aterrorizada.

<<*¿Quién te envió?*>> las runas le preguntaron.

No hablaba con facilidad. Supuse que tenía mucho más miedo de quienes fueran sus amos que yo. Ese equilibrio podría corregirse, pero llevaría tiempo, y probablemente no fue mejor hacerlo aquí.
De repente escuché un roce detrás de mí. El astillero no estaba muerto.
Me di la vuelta justo a tiempo para ver que había logrado agarrar la pistola desechada y ahora me estaba apuntando temblorosamente.
Me abalancé sobre él, demasiado tarde para evitar que disparara. Tan pronto como lo hizo, me di cuenta de mi error: estaba apuntando al funcionario, no a mí, y le dio en la cara, haciendo un agujero sangriento a través del cráneo y hacia el otro lado.
Luego, la mano del astillero expiró desordenadamente de la herida que había recibido antes, tosiendo un último exceso patético de sangre en el suelo.
Podría haber gritado. La locura de todo: estaban tan ansiosos por guardar sus secretos que se matarían voluntariamente para hacerlo, como animales tontos que actúan por instinto, sin prestar atención a nada más que aferrarse a sus pedazos de conocimiento inútil. Esta era la locura de este Imperio escrito en grande, hecho claro, subrayado y con doble sello.
Me controlé.
Con cansancio, tomé la pistola de la empuñadura del astillero y la desactivé. Lo miré más de cerca, aunque supuse que habría poco que descubrir en su cuerpo. Su mono de tejido plastek y su equipo de protección eran un problema estándar, y olía a mugre y sudor, tal como deberían haberlo hecho. Supuse que este era su propio hab. Era claramente un nativo de la región, y no compartía nada de la extrañeza pálida de los miembros de la Comunidad. Con toda probabilidad, tenía un papel laboral genuino aquí, y supuse que le habían pagado para vigilar e informar sobre la destrucción de la nave como una tarea única. Si había esperado conservar esas riquezas y volver a su vida ordinaria, se había desengañado de la idea rápidamente. Él, como el resto de la cadena, había demostrado ser totalmente prescindible.
Volví mi atención al segundo hombre, el vestido como oficial de aduanas, y que ahora tenía un agujero en la cara y el pecho y goteaba sangre constantemente. Este no parecía un nativo de Luna, demasiado fornido, demasiado bien alimentado, aunque no hubiera tenido problemas para

mezclarse. Si hubiera algún rastro que valiera la pena seguir, me guiaría a él.

Rebusqué en su ropa, pasando mis manos contra sus brazos y piernas, buscando algo en él que pudiera revelar su identidad. No encontré nada de inmediato, y comencé a pensar que me había topado simplemente con otra pared de roca, pero luego mis dedos rasparon contra un objeto de bordes duros colocado en el bolsillo de un guante interior. Le arranqué el tabardo para alcanzarlo y lo saqué.

Era un autocatecismo, una pequeña ayuda mecánica a la devoción. Eran cosas groseras, diseñadas para recitar versos moralmente mejorados a pedido de una amplia gama de libros aprobados por el Ministorum, pero lo marcó como un hombre religioso. Activé su pequeña pantalla de video, y vi como un pasaje nauseabundamente estúpido del Libro de sufrimientos canónicamente justificados se desplazaba a la vista. Sin embargo, seguí incrementando el contador y finalmente encontré lo que estaba buscando: su primer error.

Sin duda, se le había entregado este dispositivo por razones de moral, pero había elegido tontamente usar el dispositivo como lo hicieron muchos otros ciudadanos, como un recordatorio de ayuda. Además de los textos de la Eclesiarquía autogenerados, había tomado notas para sí mismo: órdenes dadas, lugares donde debía estar, personas con las que necesitaba hablar. La mayoría de los nombres y términos no me eran familiares. Hubo numerosas referencias a un hombre llamado Peder, que parecía importante por la frecuencia de las apariencias.

Los leí todos. Y, finalmente, tenía lo que necesitaba.

Una vez que terminé, tomé el autocatecismo por mí misma. Completé la búsqueda del cuerpo, pero, como era de esperar, no encontré nada más útil. Me puse de pie y envié una secuencia de mensajes a Asurma a través de nuestra red segura de lex.

El primero dio mi posición y solicitó que un escuadrón saliera y recuperara los cuerpos; un barrido forense podría recoger algo que me había perdido.

El segundo solicitó formalmente el envío de las fuerzas de las que ya le había hablado: las guerreras que necesitaba ahora que mi curso estaba despejado.

El tercero transmitió lo que sabía y lo que iba a hacer al respecto.

<<No era la Comunidad>> le dije. *<<Tampoco vino de Luna. Tal como era antes: no pueden soportar tener abominaciones en su puerta. Ya sea sancionado o renegado, aún no lo sé.>>*

Comprendí algo de lo que tenía que hacer, pero no todo. Tendría que tragarme mi orgullo. Tendría que buscar ayuda.

<<Entonces vuelvo a Terra>> le dije. *<<Como el Trono lo quiere, las respuestas estarán allí.>>*



JEK XVI

Una cosa fue haber descubierto la manipulación de Fadix de los miembros operativos. Era qué saber hacer al respecto.

Mardoqueo y yo discutimos volver a infiltrarnos en la organización del Gran Maestro con un agente. Eso llevaría tiempo y estaría lleno de peligros. Algo así tendría que hacerse en algún momento, pero dudaba que pudiéramos poner algo en marcha lo suficientemente rápido como para resolver la pregunta actual sobre su lealtad. Y eso fue todo: una pregunta. Fadix no había hecho nada evidente para sospechar de sí mismo, salvo por su defensa pública de los viejos principios de la Tendencia Estática, más el aura de miedo que cultivaba como parte de su naturaleza esencial. Podría pasar todo esto a Roskavler, con los temores que teníamos sobre los totales del Officio Assassinorum siendo manipulados, pero si nos equivocábamos, corría el riesgo de romper el Consejo en un momento en que su unidad ya era precaria. Deseé que formaran un frente único, que no comenzaran una nueva guerra entre ellos, así que teníamos que estar completamente seguros de nosotros mismos.

La única acción que estaba preparada para soportar en esa etapa, por débil que fuera, era comenzar un proceso de construcción de vigilancia remota, tratando de medir desde la distancia lo que estaban haciendo los asesinos instalando bancos de augurios y estaciones de escucha en lugares donde nosotros. Sabía que estaban activos. Podríamos hacerlo con un riesgo mínimo, aunque era escéptico de que descubrieramos mucho al respecto.

Mardoqueo estaba siendo bastante útil. Hasta donde yo sabía, él era un partidario de las creencias personales de Fadix, pero también había estado tan profundamente inmerso en el adoctrinamiento imperial que la idea misma de un traidor al Lex, incluso alguien a quien podría simpatizar potencialmente en todas las demás circunstancias, lo puso furioso. **-No será suficiente-** murmuró. **-Podría tener un centenar de Eversores en su bolsillo, y aún así lo derrotaríamos.**

Eso puede o no haber sido cierto, pero por el momento el desafío fue todo lo que pudimos reunir en nuestra defensa. Mi única otra acción en ese momento era perseguir a Pereth nuevamente, aunque mis súplicas no recibieron respuesta inmediata. Los augures remotos habían comenzado a detectar el tráfico de comunicaciones navales en el borde del Sistema Sol, lo que me dio más optimismo que cualquier otra cosa. Comencé a esperar que esto presagiara la llegada de fuerzas significativas, que podrían desembarcar rápidamente y enviarse a las prefecturas y provincias en disputa para sofocar las insurrecciones restantes. Aún así, necesitaba escuchar eso de su propia voz, y así continuó el agotador asunto de tratar de precisarla para otra reunión.

Una vez hecho eso, me encontré algo perdida. Había mil cosas que hacer, por supuesto, pero de repente sentí como si hubiera estado persiguiendo solo para mantenerme al día con los eventos. Tenía la cabeza tan llena de los diversos desafíos que enfrentamos a nivel político que apenas podía recordar por qué los estaba haciendo. Recordé tanto lo que Guilliman me había dicho, solo le pido que conserve lo que se ha hecho aquí, como también lo que Tieron me había contado sobre el comandante de prefecto. Había visto a mi viejo maestro emocionado muchas veces durante nuestro servicio juntos, aunque ese episodio claramente había causado una profunda impresión.

Habíamos estado en esta fortaleza segura durante tanto tiempo, todos nosotros, acurrucados detrás de sus inmensos muros, que era posible, de vez en cuando, olvidar que había algo más allá de ellos. Nuestros intentos de asegurar este mundo contra la anarquía se habían vuelto casi académicos, algo que sabíamos que era importante, pero que bien podría haber tenido lugar en otro planeta por completo.

-Tengo que salir- dije.

Mardoqueo me miró. -**¿Qué quieres decir?**

-Tengo que salir- le dije otra vez, sintiéndome más segura. **-No lo he visto por mí misma. No he respirado el aire que respiran.**

Mardoqueo todavía parecía escéptico. -**No tengo claro si...**

-Organícelo- le dije, no con ganas de ninguna muestra irritable de desaprobación. -**Necesitaremos protección. Te daré una ubicación una vez que mis investigaciones estén completas.**

Para su crédito, una vez que había determinado mi curso de acción, trabajó lo suficientemente eficiente como para cumplirlo. Quizás pensando en Tieron, elegí Diademona, una prefectura en el lejano oriente, una que había estado bajo asedio de las facciones de los Astillados durante muchos meses pero que recientemente había comenzado a informar nuevamente. Personalmente presioné al departamento de Ashariel para que desviara las divisiones de reconstrucción a fin de que las ganancias pudieran consolidarse, y sabía que algunos escuadrones ya habían sido enviados allí. Sería una oportunidad para mí ver por mí misma cómo iba la reconquista, y cómo podría mejorarse una vez que llegaran las fuerzas adicionales de Pereth.
Dos días después, y todo estaba listo. Mardoqueo había logrado reunir un detalle de seguridad razonablemente impresionante: dos destacamentos de Katanda Stalwarts, cerca de cincuenta soldados, liderados por un teniente del batallón 23, una mujer llamada Efina Yu. Trajeron sus propios transportes, volantes atmosféricos del Eje armados con bólter pesado, aunque le había dicho a Mardoqueo que se asegurara de que la flotilla fuera conducida por un vehículo en los colores Adeptus Terra.
Así que nos paramos en la plataforma de aterrizaje, cerca del borde del complejo Senatorum, en lo alto de las ráfagas de arena de Terra. Envolví mi capa a mi alrededor, comenzando a sudar en la humedad. Mardoqueo también vendría, aunque no parecía feliz por eso. Los transportes gruñeron, sus turbinas levantaron polvo que se metió en nuestras caras y ojos.
-Estamos listos cuando tú lo estés, señora- dijo Yu, haciendo el signo del aquila.
-Muy bien, teniente- le dije, devolviendo el gesto. **-Tienes las coordenadas.**
Subimos a nuestro volante: una gran barcaza con la cabeza de un águila dorada en la proa. Parecía viejo, pero sus motores estaban haciendo los ruidos correctos y Mardoqueo había examinado personalmente a la tripulación.
Despegamos, agudizando bruscamente y cruzando la expansión del Palacio Exterior. Era temprano en la mañana, y los cielos delante de nosotros estaban tan despejados como siempre: gris claro, impregnado de un deslumbrante resplandor blanco. Me recosté en el asiento, ajustándome al

pesado ruido de la célula, y miré la extensión interminable de roca y hierro. Los transportes del Eje se desplegaron protectoramente a nuestro alrededor, sus artilleros siguieron implacablemente.
Una vez fuera de las grandes murallas, esos bastiones que se habían mantenido firmes desde la Gran Herejía, apenas reconocí lo que vi. Era como una zona de guerra: largas extensiones de territorio quemado y en llamas, o habitáculos vacíos, o manufactura inactiva. Podía oír el estallido de la artillería distante incluso sobre el ruido del motor, y vi cuánto del tráfico en esos cielos acre seguía siendo de la Guardia o Naval.
No todo estaba arruinado. Varios de los distritos más ricos por los que pasamos habían vuelto a una apariencia de normalidad, pero incluso aquí la tensión era palpable: una cercanía en el aire, una falta de lo que todos habíamos llegado a considerar como una Terra única e inquebrantable. No quedaba exuberancia, ni desorden, ni energía bruta. Incluso las barcazas del Ministorum criticaron sus mandatos a la moralidad con un poco menos de fervor, como si les preocupara que, tal vez, todo fuera una tontería después de todo.
Se habían hecho los arreglos para una reunión en Diademona cuando llegamos. Quería hablar con aquellos en el poder, para ver hasta qué punto las cosas habían progresado. Al venir en persona, flanqueado por un poder significativo, esperaba demostrar que el centro no los había olvidado, y que si se mantenían firmes, las cosas pronto volverían a ser como siempre.
La reunión se llevó a cabo en una gran instalación de medicamentos al borde de lo que alguna vez fue el palacio administrativo del prefecto. El edificio principal parecía haber sufrido daños significativos, y los ingenieros estaban trepando por él en medio de bosques de andamios, pero lo que quedaba era perfectamente adecuado. Cuando llegamos a tierra, vi a las multitudes reuniéndose en los pasillos y patios exteriores, y me pregunté cuántas personas se habían enterado de nuestra llegada.
Afortunadamente, nuestra recepción fue discreta. Bandas de ejecutores mantuvieron a las multitudes alejadas del borde de la plataforma de aterrizaje, y nos condujeron a toda prisa al interior. El prefecto se encontró conmigo, un hombre calvo con un gran augmético brillando en su cuello. Se presentó como Rofo Vertim, y parecía lo suficientemente amable, casi en exceso.
-¿Cómo ha estado?- Le pregunté.

Él hizo una mueca. -**Malo, por un tiempo. Pero mejorando. Los disturbios, bueno, fueron...** Se detuvo, y pareció brevemente atormentado. **-Ven. La reunión está esperando. Desea dirigirse a ellos.**
Nos llevaron a un auditorio, uno capaz de acomodar a varios cientos. Estaba mal iluminado, pero aún podía distinguir grietas y otros signos de daños recientes en las paredes. Un águila de hierro de aspecto maltratado colgaba sobre sus cabezas, suspendida en largas cadenas. El lugar estaba lleno, con un público sentado en hileras semicirculares con una clasificación muy pronunciada frente a un amplio escenario en la parte delantera. Nos habían preparado una mesa en el escenario, en la que ya había una docena de dignatarios. Una pareja eran los consejeros de Vertim, por su vestimenta. Allí estaba un supervisor de los Adeptus Arbites, un ingeniero y dos miembros del personal de medicae con tabardos azules. Aquellos en la audiencia tenían el aspecto de altos funcionarios del Administratum de la prefectura: maestros del tiempo, escribas, el habitual cuadro de funcionarios con cara gris. En cada salida había más agentes de seguridad, y varios habían sido colocados en los pasillos, con mazas de choque listas.
-¿Comenzarás?- Vertim me preguntó mientras tomaba mi lugar.
Quería tranquilizarlos primero. Ese fue el objetivo principal de la visita. Fue la razón por la que usé mi túnica formal, junto con la cadena de oficinas. Me acerqué a un atril, me paré frente a ellos y miré la colección desaliñada que tenía delante.
-¡Ciudadanos de Santa Terra!-. Comencé. -**Este ha sido un momento de prueba. Todos han sufrido y todos tienen historias de pérdida que contar. Vengo hoy para informarles que el Senatorum no los ha olvidado. La situación ha cambiado, y el desorden se está sofocando en cada trimestre. Se han hecho arreglos para traer tropas en mayor número que nunca. Lo que ha sido destruido será rehecho. Lo que fue corrompido será purgado. Nos espera un amanecer mayor.**
Mientras hablaba, me sorprendió ver la total falta de respuesta de aquellos a quienes me dirigí. Por el rabillo del ojo, pude ver que Vertim parecía nervioso. La mayor parte del resto de la mesa parecía cínica u hostil. Estábamos muy lejos del Palacio.
-Vi evidencia del daño que este lugar ha sufrido- continué. -**Vi la ruina causada en todas partes por estos herejes y traidores. Te prometo esto:**

todo se volverá a hacer. ¡El Regente se ha comprometido a esto, a la restauración de todas las cosas!
Esperaba que una referencia a Guilliman los despertara. En cambio, mis palabras resonantes resonaron rotundamente. Escuché murmullos en la parte trasera del auditorio.
Un hombre se puso de pie, cerca del frente. Llevaba la túnica de un ministro del Administratum, uno que presumiblemente había tenido un peso considerable antes de que llegara la Gran Grieta. Me miró directamente y me sorprendió ver el desprecio abierto en sus ojos hundidos.
-El daño que viste aquí no fue causado por herejes- dijo, su voz era un trapo amargo. -**Esa suciedad ocupó el lugar durante meses con apenas un disparo.**
Noté que Vertim comenzaba a retorcerse.
-Hasta hace unos días- continuó el hombre -**el lugar estaba impecable. Fue demolido por aquellos por los que oramos: los Ángeles de la Muerte, los guerreros Bronce. Vinieron aquí cuando nadie más lo haría. No esperaron el permiso. No esperaron nada.**
Esa fue la primera vez que escuché sobre esto. Miré a Mardoqueo, quien respondió con una mirada de alarma.
Para entonces, el hombre estaba agitado. No estaba enojado con ellos. Estaba enojado con nosotros. -**¡Eran lo que necesitábamos!. ¡Y no finjas que tu Consejo tuvo algo que ver con ellos! ¡No sabías nada de ellos!. Si lo hubieras hecho, ¡no estarías aquí ahora!**
Guerreros Bronce. No parecían puños imperiales. Sin embargo, tuve la horrible sensación de saber cómo sonaban, y la perspectiva misma de eso me hizo sentir enferma.
Ahora no era solo el ministro el que se estaba enojando. Otros se pusieron de pie, y el estado de ánimo rápidamente se volvió más feo.
-¿Dónde estaba tu regente, cuando comenzaron los asesinatos?- Gritó una mujer. -**¡No aquí con nosotros!. ¡Se fue al vacío!**
-¡Nos dejaste pudrirnos!-. Gritó otro. -**¡Solo ahora vienes, cuando hicieron el trabajo que tú no harías!**
Los ejecutores comenzaron a temblar, mirándose el uno al otro. Vi a Mardoqueo levantarse, sin duda viniendo para alejarme.

-¡Sí, ha habido sufrimiento!-. Le grité, preguntándome hasta dónde llegaría su ánimo. **-Todos han sufrido. Y sin embargo, ¿no lo ves, el Primarca Regresado ofrece la esperanza de terminarlo?**
Y luego vino el evento más escalofriante de todos. No respondieron con aclimatación, como lo habían hecho en la gran ceremonia. Tampoco rugieron de ira, como podrían haberlo hecho.
Ellos rieron. Sacudieron la cabeza y se rieron de mí.
Me preguntaba qué podría haberle sucedido a estas personas, que habían vivido sus vidas en miedo durante tanto tiempo, intimidadas por las jerarquías opresivas del Adeptus Terra. ¿Qué se había roto dentro de ellos, para hacerlos tan imprudentes?
El ministro, el que había hablado primero, comenzó a trepar por las sillas frente a él, señalando hacia el escenario mientras lo hacía. **-¡Nunca debería haber regresado!. ¿Qué nos importa otra maldita cruzada? Nos despojó de nuestros protectores. ¡Esta es Terra! ¡Este es el Mundo del Trono!**
Sentí las manos agarrarme, tirando de mí hacia atrás. Los ejecutores comenzaron a activar sus mazas, y Vertim corrió a mi lado.
-¡Debes irte!-. Siseó. **-Lo siento, la sensación aquí todavía es demasiado fuerte.**
Apenas lo escuché. Me dejé arrastrar a un lugar seguro, incluso cuando otros dejaron sus asientos e intentaron salir del escenario. Todo el tiempo, escuché lo que gritaban, viendo el odio en sus caras.
-¡El Imperio como era!
-¿De qué sirve Indomitus cuando no podemos comer?
-¡Imperium Eterna!
Luego fui atravesada por las puertas, que se cerraron de golpe detrás de mí. Escuché gritos de furia y dolor en el otro lado, junto con el crujido de los mazos al ser aplastados.
Mardoqueo estaba furioso y se volvió hacia Vertim. Lo escuché reprender al hombre por dejar que la reunión continuara, y escuché a Vertim suplicando ignorancia, retrocediendo todo el tiempo.
En cuanto a mí, estaba un poco conmocionada, pero por lo demás ilesa. Cuando nos retiramos por donde habíamos venido, vi que las tropas de Yu venían a nuestro encuentro y supuse que saldríamos rápidamente.

Todo el tiempo, a pesar de mi conmoción, no pude evitar repetir las cosas que habían dicho, una y otra vez en mi cabeza. Quizás haya predicho escuchar algunos de ellos si hubiera pensado un poco más en el asunto. Otros eran completamente nuevos para mí, particularmente la frase Imperium Eterna, que había salido de más de una boca.
Me dejé llevar de vuelta a la barcaza, y pronto volvimos a volar, flanqueados como siempre por las cañoneras, que ahora se sentían más como protección contra los civiles de la prefectura que cualquier hereje, real o imaginado.
Y, sobre todo, una frase se imprimió en mi conciencia, como un cantrip pronunciado para invocar demonios.
Guerreros de Bronce.
Es justo decir que todo el episodio no fue mi mejor momento.
Batimos un retiro indigno de vuelta al Senatorum. Cuando llegamos a casa y agradecimos a la escolta de Yu por su servicio, pude sentir la incomodidad por todos lados. Había sido una vergüenza, aunque afortunadamente no había resultado peligrosa.
Regresé a mis habitaciones privadas con Mardoqueo, como siempre, a cuestas. Creo que él estaba mucho más conmocionado que yo por todo el asunto, y durante el tránsito pareció oscilar entre la ira y la inquietud.
No tuve tiempo para su debilidad. El viaje había sido un error desde un punto de vista, apenas había avanzado en el caso de la reconstrucción, pero en otros había sido invaluable. Hasta entonces, había asumido que las diversas bandas semi-organizadas de insurreccionistas eran nuestro principal problema, y que una vez que hubiéramos dejado sus actividades, seríamos libres de imponer una forma de vida muy similar a la que había existido antes. Ahora había visto surgir otro problema, uno que potencialmente era mucho más grave: estábamos perdiendo la lealtad de los incorruptos.
Como solía hacer en aquellos días, recordé lo que Roskavler me había dicho. Usted y yo sabemos quién se beneficiará si este Consejo es débil: aquellos que nunca quisieron que Guilliman volviera.
Me acerqué a mi consola personal y activé una lente. Mardoqueo se cernía sobre mi hombro.
-Los Marines Espaciales mencionados por Roskavler- dije, hablando en gran parte para mí misma. -**No eran puños imperiales. ¿Ella sabía esto?**

Seguramente no. Ella mencionó a la *Falange*.
Mardoqueo asintió, retorciéndose las manos.
-No ha habido un cónclave para autorizar a los Minotauros- continué, obteniendo registros de las sesiones del Consejo. -**¿Entonces qué está pasando? Debería haberme dicho. ¿Fadix lo sabe? ¿Ashariel?**
-Hubo rumores- ofreció Mardoqueo, vacilante. -**Rumores de que su fortaleza-monasterio estaba en peligro.**
Me volví hacia él y le lancé una mirada fulminante. Tal vez no debería haber hecho eso, pero estaba cansada y conmocionada, y esa estupidez no se convirtió en él. **-¿Cuánto tiempo has servido en este lugar? No hay fortaleza-monasterio. No para ellos Si esa historia fue publicada deliberadamente, entonces fue un frente, y uno transparente para todos, excepto el incuestionable.**
Me volví hacia la lente. Comencé a extraer informes de la actividad de Adeptus Astartes, recopilados de cuentas de testigos y despachos oficiales de la Guardia. Había muchas docenas de ellos, todos que datan de la llegada de la *Falange*, y muchos que mencionan directamente a los Puños Imperiales. Sin embargo, al mirar más de cerca, vi que algunas eran cuentas escritas después del evento, que detallaban la destrucción impuesta a las fortalezas conocidas de los Astillados. En esos casos, la devastación reportada siempre fue extrema, ocasionalmente excesiva, y no hubo avistamientos directos de los guerreros involucrados.
-Entonces, ¿cómo llegaron aquí?- Me pregunté, revisando más informes.
Quizás debería aclarar en esta etapa lo que sabía y no sabía sobre este Capítulo.
Nuestro eterno Imperio, como a todos nos gustaba comentar, fue construido sobre secretos. Algunos de esos secretos se habían vuelto tan antiguos y solidificados por la reputación que formaron cimientos más fuertes que nuestras leyes. La Inquisición, la institución más poderosa y detestada, las comerciaba casi exclusivamente, de modo que se habían convertido en una de sus armas más efectivas. Un mero rumor, hablado en el oído en el momento adecuado, tenía el potencial de sellar el destino de mundos enteros. Cuando algo se temía, por cualquier razón, a nadie le interesaba disipar ese miedo, y a los intereses de muchas personas aumentarlo.

Los Minotauros habían comenzado como uno de esos rumores temerosos. Era ampliamente conocido que alguna vez existieron en los registros imperiales como un Capítulo activo y relativamente poco notable, y luego se sumieron en la oscuridad. Eso en sí mismo no era infrecuente, ya que la galaxia era un lugar peligroso, y los capítulos podrían ocasionalmente ser destruidos o, susurrándolos, recurrir al enemigo. Y sin embargo, los Minotauros regresaron. Con el tiempo, volvieron a surgir registros de enfrentamientos en los que estuvieron presentes, casi siempre con toda su fuerza, y a menudo junto con acciones contra elementos imperiales renegados. Las relaciones entre muchos capítulos del Adeptus Astartes a menudo eran frenéticas, ya que todas habían sido criadas para una agresión máxima, pero los Minotauros parecían generar ánimos en una escala que rayaba en lo fanático.
Dada la institución en la que trabajaba, difícilmente podría haber ignorado la otra creencia generalizada de que actuaban a instancias de los Altos Señores. Debes creerme cuando te digo que no puedo confirmar la verdad de esto. Algunas funciones del Consejo se mantuvieron incluso de sus servidores más antiguos. Sabíamos mucho sobre las actividades de los Altos Señores, pero no todo. A veces eso era lo mejor. A veces era una fuente de profunda frustración. En cualquier caso, aunque podría estirar la credulidad, esta es la verdad: no sabía con certeza si los Altos Señores eran capaces de darles órdenes. Si realmente existía algún vínculo u otro, no sabía qué forma tomaría, si se requería que todo el Consejo estuviera en la unanimidad, o si algunos Señores en particular participaron en su despliegue. De acuerdo con la estricta carta de Lex, no podría haber tal relación, al menos ninguna que pudiera ser revelada. Por otra parte, los Altos Señores a menudo hacían cosas que iban en contra de la estricta de Lex, por lo que todo tipo de cosas eran posibles.
Una cosa sí estaba segura: el Consejo no se había reunido en sesión completa desde que Guilliman había dejado Terra. Por lo tanto, a menos que se haya emitido algún tipo de orden de retirada mucho tiempo antes de la apertura de la Grieta, no podría haber sido oficialmente adoptada por todo el cuerpo del Senatorum. O los Minotauros estaban actuando de forma independiente, o sus acciones se produjeron a través de las instrucciones de una facción.

Mientras pensaba en estas cosas, mis ojos de repente se posaron en un informe presentado desde la Torre de Hegemon, el centro de mando de los Custodios Adeptus. En tiempos normales, no habría tenido acceso de rutina a material tan privilegiado, pero estos estaban, por supuesto, lejos de los tiempos normales. Con el fin de mantener nuestros esfuerzos coordinados, incluso esa orden más exaltada ocasionalmente se dignaba para informarnos de lo que estaban haciendo, y a medida que las campañas de purga habían aumentado en número, varias cámaras activas de Custodios distribuían regularmente información a sus aliados.

Una vez que apliqué las técnicas de descifrado estándar a esta, inmediatamente reconocí el nombre en la cabecera del documento: Capitán Escudo Valerian. Lo habría reconocido incluso si él no hubiera sido una característica destacada de la ceremonia Indomitus del Primarca, porque había sido el principal interlocutor de Tieron durante los primeros días de los debates de Disolución, y habían trabajado juntos después. El hecho mismo de que él estuvo involucrado en esto me dio una curiosa sensación del destino.

Leí lo que había escrito. Confirmó lo que acababa de aprender, que los Minotauros estaban realmente aquí y activos, y sus acciones estaban ganando el apoyo de una población cansada de la privación y la incertidumbre. No importaba cuán brutales fueran sus métodos, o cuántos murieron en el daño colateral que infligieron. Las masas querían regresar, regresar a un mundo de reglas y orden, un mundo donde sus raciones de nutrientes llegaran a los refectorios y los ejecutores fueran una presencia visible en cada vía de tránsito. Parecía que era mejor estar oprimido que hambriento.

Aún así, por lo que pude determinar, los números eran pequeños. Parecía como si un escuadrón, posiblemente dos escuadrones, estuvieran activos. Si eso demostraba ser el alcance de las cosas. Tuvimos muchas veces esa cantidad de Puños Imperiales en el campo, y eran herramientas igualmente efectivas, y mucho menos propensas a salir en busca de sus propios fines.

Le mostré el material a Mardoqueo.

-No muchos de ellos, entonces- dijo, haciendo la misma observación.

-Trono sea alabado- respondí.

Ahora miro hacia atrás y hago una mueca. Como tan a menudo en aquellos días, éramos culpables de aprovechar cualquier cosa positiva en lugar de

enfrentar las consecuencias del peor escenario posible. Incluso cuando las palabras salieron de mi boca, detecté los primeros mensajes urgentes. Mi consola se iluminó y mi receptor augmético comenzó a zumbar incómodamente. Me volví hacia las transmisiones entrantes y vi las primeras señales de algo que había estado buscando desde que esto comenzó.
-Bien- dije, poniéndome de pie. **-Pereth ha hecho su movimiento por fin.**
Salimos de la cámara y nos dirigimos a la plataforma de observación de la torre, ubicada a varios niveles en la cima. Cuando llegamos allí, el lugar estaba lleno de sirvientes, todos ellos encorvados sobre sus propias pantallas de visualización. Por encima de todos colgamos las grandes pantallas, algunas que muestran esquemas de zonas de combate urbanas o ubicaciones orbitales, otras con imágenes de visión real canalizadas desde bancos de sensores remotos. Normalmente era un lugar tranquilo, lleno de personal que archivaba y procesaba cuidadosamente todas las señales que recibimos de nuestras muchas fuentes, algunas abiertas, otras secretas. Ahora, sin embargo, una charla nerviosa corría como la pólvora a través de las filas de unidades cogitadoras.
Llegué a la plataforma de observación principal y miré al espectador principal, que mostraba la disposición de los activos actuales de la flota sobre el espacio aéreo del Palacio. Como había sido desde la partida del primarca, la imagen era escasa y poco impresionante. Las dos grandes excepciones fueron la *Falange* y el *Excelsis Cruor*, ambos a la deriva como gigantes en medio de los escasos cardúmenes de naves menores.
-¿Tiene señales entrantes?- Le pregunté al operativo de la pantalla. **-¿Del Alto Señor Admiral?**
El asintió. **-Un grupo de batalla-** dijo, sonando un poco distraído. **-Portaaviones, muchos más clase de escolta, algunos buques de guerra de línea. Todo entrante, debido a la entrada del sistema dentro de dos días.**
Dos días. ¿Por qué se pusieron alertas para algo que todavía faltaba dos días?
-Pero entonces...
Nunca terminé la oración. Miré a uno de los espectadores, siguiendo la mirada de muchos otros, incluido Mardoqueo.
No sé dónde estaba la matriz de sensores que nos dio las señales. Posiblemente en la *Falange*, ya que la resolución fue extremadamente

buena incluso a tales niveles de aumento. Observé, al igual que todos los demás, cómo la causa de toda la conmoción apareció a la vista, emergiendo de la oscuridad como una daga que se retira de una herida.
Fue colosal. Fue gigantesco. Solo la *Falange* era más grande, pero esta cosa era más fea, más dura, más sucia. Sus motores ardían con una furiosa llama dorada. Sus flancos eran de bronce bruñido, marcados con franjas negras y rojas. Los gigantescos emplazamientos de cañones desfiguraron su contorno ya cangrejado. No había arte en la construcción de esa cosa, solo una agresión cruda y sangrienta. Había sido sacrificado, reconstruido en una época olvidada cuando nuestra especie había sido terriblemente buena en eso. Por un momento, pensé que su proa pesada estaba realmente manchada de sangre, antes de que apareciera más a la vista, exponiendo aún más conjuntos de armas, aún más potencial de muerte, más energía destructiva. Incluso sus movimientos eran ominosos, una arrogancia que hablaba de una brutalidad infinita, inextinguible y arrogante.
Mardoqueo fue el primero en hablar. Me pregunté si le agradaría algo la vista, como si confirmara que su pesimismo siempre había sido fundado.
-*Daedelos Krata*- dijo sombríamente. **-Demasiado para escuadrones individuales. Tenemos que lidiar con el Capítulo ahora.**



VALERIAN XVII

Los registros de Kalluin contaban la misma historia que él mismo tenía. El Maestro de los Sueños, de acuerdo con nuestros mejores de inteligencia, había luchado por llegar a la preeminencia entre las muchas facciones dentro de los Astillados, y parecía estar preparando una gran ofensiva, posiblemente en todo el hemisferio sur. Una serie de boletines, la mayoría tomados de agentes integrados con los regimientos de la Guardia, expresaron alarma ante esta perspectiva, creyendo que las guarniciones en apuros podrían estar abrumadas por un ataque coordinado en varios frentes.

No compartí esa evaluación. El hecho de que el enemigo se viera obligado a unirse, e incluso considerar avanzar hacia una guerra más abierta, se sentía como una admisión de debilidad. Su fuerza hasta ahora había estado en su misma nebulosidad. Destruyeron algo (un nodo de comunicaciones, un seminario de Ministorum, una fortaleza del recinto Arbites), luego retrocedieron y atacaron en otro lugar. Esas tácticas habían sido difíciles de sofocar inicialmente, pero los guerreros de Garadon habían demostrado ser tan hábiles con ellas, y eso había cambiado el rumbo. Los Puños Imperiales habían recibido poco crédito en el Administratum más amplio por su estrategia, pero pudieron moverse y reaccionar mucho más rápido que el enemigo, y golpearon mucho más fuerte cuando llegaron. Así que este Maestro de los sueños estaba haciendo lo que todos los traidores hicieron cuando el calor se volvió demasiado difícil de manejar: preparándose para una gloriosa posición final, como si reuniendo a sus luchadores e inspirándolos con mentiras raídas que de alguna manera podría esperar durar más que unas pocas horas contra la ira de los Ángeles de la Muerte.

Aún así, todo esto aún no se había confirmado. Independientemente de lo que pensara sobre el asunto, la perspectiva de que las facciones Astilladas se unieran para una ofensiva significativa era lo suficientemente seria

como para concentrar las mentes tanto en la Torre como en el alto mando de la Guardia. Los recursos se desviaron hacia el sur, especialmente a aquellos activos de alto valor que aún controlamos, como los principales compuestos de la eclesiarquía. Se enviaron varias cámaras de custodia por orden directa de Valoris, aunque no la mía. Nuestras manos todavía estaban desatadas en esa etapa, y seguimos siendo dueños de nuestro propio destino.

-La Lachrymosa- dijo Ravathain, escéptico.

-Eso es correcto- dije, retomando la Gnosis. -**Ella me intriga. Este enemigo es difuso: debemos acabar con todos ellos.**

Mi vexillus pretor no estuvo de acuerdo. Estaba más preocupado por la acumulación en el sur, y si eso generaría una amenaza más duradera para la seguridad del Palacio. A cada paso, al parecer, Ravathain me hizo una valoración diferente del curso de acción óptimo. Supuse que compartía el punto de vista, bastante común entre mis compañeros, de que la impetuosidad de Guilliman nos había llevado a este lamentable estado, y que sería mejor apegarnos a las doctrinas que siempre adoptamos: hombre de los muros, custodiar el Palacio. El desordenado negocio de los ataques activos a los guerreros menores. Probablemente encontró mi corona de laurel algo vergonzoso.

Para entonces, no me importaba. Lamenté que Garadon volviera a pelear entre los de su propia especie y esperaba encontrar la oportunidad de compartir la lucha con él una vez más. Quizás incluso deseaba demostrarle que nosotros, de la orden, podríamos trascender nuestras limitaciones ahora, y que, si alguna vez habíamos sido como niños, todo habría cambiado, y el momento de nuestra madurez finalmente había llegado.

Todo eso fue para otro día.

-No tienes que compartir mi evaluación, vexillus praetor- le dije a Ravathain con calma. -**Solo tiene que apreciar su papel en la red de mando.**

En ese momento, mis pensamientos estaban con esta mujer, la Lachrymosa, la mencionada por su homólogo moribundo con tanto odio. No creo que haya sido una obsesión. Creo que estaba simplemente intrigado, enfrentado a un oponente que fue mencionado a menudo pero nunca visto, un fantasma entre monstruos visibles.

Había estudiado cuidadosamente los documentos de Kalluin, y elegí una ubicación muy al este, más allá de la línea de control que habíamos establecido hace algún tiempo. Uno de nuestros operativos había penetrado en una vieja torre de observación Arbites y enviado de vuelta indicaciones de que había sido ocupado por una facción Astillada. Eso fue lo último que supimos de él, suponiendo que había sido expuesto y eliminado. Era poco probable que la torre siguiera en uso, pero no imposible. Como este era el único informe que había nombrado explícitamente a Lachrymosa durante algún tiempo, decidí que investigaríamos, haciendo uso de lo que probablemente sería una pequeña oportunidad antes de, como esperábamos, que la fase guerrillera de este conflicto se resolviera en algo más convencional.

Yo y mi orden partimos cuando el día estaba terminando. Tomamos Rastava, como antes. En el breve receso entre operaciones, la cañonera había recibido un trabajo significativo y ahora se parecía un poco a su antiguo yo. Estas pequeñas restauraciones fueron importantes, al menos para mí. Significaron que finalmente nos estábamos recuperando, haciendo más que simplemente responder a las crisis a medida que ocurrían.

No te cansaré con un relato del viaje, ya que fue más largo que los demás, y en cualquier caso nos dio poca información adicional a la que ya habíamos reunido. Cuando llegamos a las coordenadas mencionadas en los boletines, ya era muy de noche, y el paisaje urbano terrano se extendía en todas las direcciones como una capa sucia y llena de agujeros. No pude determinar en qué medida existía el control imperial hasta ahora, pero por la apariencia general de abandono supuse que tales regiones habían sido más o menos abandonadas por las autoridades. Los incendios ardían abundantemente, tal como lo hacían en muchos otros lugares, tal vez por calor, tal vez por otras razones.

La antigua torre de Arbites se mantenía aparte de las líneas principales. Había sido construido con un diseño estándar: un bloque octogonal de color negro azulado y pesado, coronado con parapetos góticos y torretas de armas. Sus antiguas luces fueron destruidas, y sus plataformas de aterrizaje montadas en el techo habían sido vaciadas de cañoneras. Cuando llegamos a tierra, vimos todo el daño que había sufrido: ventanas rotas de sillones de vidrio, escombros en los vestíbulos de entrada, puertas

de seguridad arrancadas de sus bisagras y colgando libremente en el aire caliente de la noche.
Una vez desembarcados, partimos por el interior de la torre, buscando ocupantes. En todos lados a los que fuimos, vimos signos de ser habitado recientemente: paquetes de raciones desechados, colchones de tejido plastek viejos empujados en la esquina de las celdas, montones de equipo militar gastado. Se pintaron iconos de la astilla en la mayoría de las superficies. Además de los sigilos habituales, noté numerosos patrones de lágrima, supuse el signo de Lachrymosa. En algunas cámaras cerradas encontramos cuerpos, muchos hasta los huesos. Estos no mostraban signos de corrupción, por lo que pueden haber sido cautivos, tal vez los habitantes originales de la torre que se negaron a girar, o tal vez prisioneros tomados en combates recientes y abandonados para morir de hambre.
Me arrodillé, frotando un poco del abundante polvo entre mis dedos. Olía a presencia humana, pero también me recordó a los aromas que habíamos encontrado al luchar contra el Convolute: dulzura, un matiz maduro de descomposición. Mis guerreros se separaron, descendiendo nivel por nivel, barriendo cada cámara. Ravathain se quedó conmigo y ascendimos al nivel de mando. Estaba claramente haciendo todo lo posible por controlar su escepticismo, y realizó sus tareas de escaneo en diligente silencio.
-Estaban aquí- reflexioné, mirando a su alrededor las líneas destrozadas de equipos augur, las pilas de paquetes de raciones usados, las cajas de municiones. **-Una base para la facción, parece, antes de que la abandonen.**
-Actividad eléctrica en la cámara de arriba- informó Ravathain. -**No todo está muerto.**
Seguimos las señales, tomamos una robusta escalera de caracol que conducía a través de la columna central de la torre. Mantuve a Gnosis encendida por prudencia, pero en verdad ya no esperaba encontrar nada que tuviera la promesa de lastimarnos. Estábamos buscando información ahora, no almas vivas.
Salimos a una cámara más grande, una estación de escucha. No había ventanas externas. Cada pared de metal reflectante estaba cubierta por una gruesa capa de dispositivos audex y grabadoras. Gran parte todavía parecía operativa, y había menos signos de degradación que en otros

lugares. Un trono de mando se encontraba en el centro, unido por una red improvisada de cableado. El dispositivo de lágrima había sido grabado en el techo con considerable arte. Ahí olía más fuerte: el mismo escurridizo aroma de corrupción.
Ravathain comenzó a activar la maquinaria superviviente. La mayoría de los bancos de datos habían sido borrados, y las celdas de almacenamiento aseguradas contra la pared del fondo de la habitación habían sido destruidas.
Me acerqué al trono. Las tomas de entrada colgaban sueltas de un nodo de alzado colocado sobre el reposacabezas de la silla. Alguien que lo usaba claramente había sido capaz de usar múltiples alimentaciones, presumiblemente insertadas directamente en pastillas augméticas. Examiné un panel de control ubicado en el reposabrazos del trono, uno que había sido atornillado a la estructura existente en medio de una compleja maraña de líneas eléctricas.
Cuando quité más polvo de los controles, una torre hololítica se activó de repente. Una imagen fantasmal parpadeó y luego se solidificó, brillando de color verde grisáceo en la oscuridad. Comenzó a hablar, aunque en silencio, los labios se movían tontamente.
Ravathain estudió una lente más cercana a él, que también se había activado. **-Una grabación pasiva-** dijo. **-Puedo recuperar el audex.**
La figura era una mujer, de constitución mediana, que vestía un uniforme de prefecto. Llevaba el pelo recogido de la cara y parecía haberse vuelto rebelde, y ya estaba aglomerado en rastas. Viejas heridas formaron cicatrices en su rostro, una de las cuales jaló su labio superior en un gruñido permanente. Sus ojos, incluso vislumbrados a través del medio algo borroso de la proyección, estaban claramente distorsionados, demasiado amplios, demasiado brillantes, como los de un pájaro. Por todo eso, se mantuvo erguida y parecía tener el control total de sí misma.
-... a este lugar- dijo, su voz emergía en una sibilante difusión de los emisores de voz en la consola. -**Vendrán más. Has visto por ti mismo que lo que te dijeron es una mentira. El Trono ya no puede protegerte de la desolación. Si se rompe un poder, ya no es un poder. Nosotros solos ahora somos fuertes. Has visto la evidencia de esta fuerza en los signos y maravillas que te he mostrado. Nos llaman los astillados, pensando que es un signo de debilidad. Sabes que es fuerza. No tienen los números**

para derrotarnos a todos. Nunca lo hicieron. Pronto serán confinados a su Palacio, y este planeta será nuestro. Cuando comienzan a morir de hambre, como hemos conocido el hambre, entonces los muros finales caerán. Serán maestros de Terra. Serán los señores del mundo.

Era una oradora fluida, incluso mediada por la grabación: tranquila, precisa, decidida.

-Hay otros casos similares en el banco de datos- dijo Ravathain, sacando más runas de la lente. -**Material de reclutamiento.**

Asentí. Me preguntaba cuántos ciudadanos habían estado expuestos a tales sermones. Quizás tantos como habían presenciado las imágenes del Primarca durante la ceremonia de Indomitus, un día que ahora se sintió hace mucho tiempo.

-Mi nombre es Sigrida Tahgo- continuó la reverenciada. -**Sabrás de mí, muy probablemente. Alguna vez fuiste alguien al que tenía que proteger. Entonces te fallé, porque todavía estaba esclavizada por las viejas mentiras. Agoté cada camino, entonces, creyendo que a través de la fe venía la fuerza. Y, sin embargo, la fe no respondió, y no llegó la fuerza. Todos hubiéramos perecido, y por nada, mientras que aquellos que deberían haber acudido en nuestra ayuda decidieron permanecer a salvo.**

Presumiblemente, esto era una referencia a los Días de Ceguera, el tiempo posterior al cese del Astronomican durante el cual la actividad psiónica se ejecutó sin control en todo el mundo. La mayor parte del estrato de liderazgo de los Astillados había cambiado durante el tumulto de ese tiempo, o poco después, llevado a la extrema anarquía que siguió. Esta Tahgo, entonces, no había sido diferente.

-Lloré en esos días- dijo. -**Lloré tanto que pensé que las lágrimas nunca cesarían. Por mí, por supuesto, pero también por todo lo que se había construido y todo lo que se perdería. Solo más tarde, mucho más tarde, vi mi locura. Lo que construimos aquí no valía nada. Fue una farsa. Una mentira. Una ficción hecha girar por almas débiles para mantener a sus mejores esclavos. Dime, ¿cuándo estuviste contento? ¿Cuándo fue la última vez que no tuvo miedo, incluso antes de la catástrofe? En tu corazón, siempre has sabido que los Altos Señores eran amos de esclavos, haciéndose ricos a tu costa. Siempre has sabido que los cardenales predicaban la abstinencia mientras se entregaban. Todo eran mentiras. Todos fueron engaños.**

Pude ver muy bien cómo ese lenguaje podría ser convincente. Para los débiles y los miserables, siempre había sido el peligro: gran parte de lo que Tahgo decía era cierto, lo que hacía más difícil detectar lo que era falsedad y herejía.
-Y así llegamos a la gran conflagración- dijo. -**La pira sobre la cual los corruptos serán purificados. Nuestros enemigos se vuelven cada vez más decididos, pero no pueden matarnos a todos, porque somos infinitos. No pueden intimidarnos, porque hemos visto a través de las viejas mentiras. Unidos, ahora somos invencibles, y son ellos, ahora, quienes conocen el significado del miedo.**
La imagen del hololito sonrió brevemente. Era una expresión cálida, el tipo de gesto que habría atraído a un trabajador de manufactorum cerca del hambre, corriendo asustado de las turbas que se amotinan en los habs.
-El Maestro llama ahora- dijo. **-Los sitios más sagrados de este imperio en decadencia. Estos serán los lugares que hagamos nuestros. Cuando las agujas de la santidad son bajas, nadie podrá creer más las viejas mentiras, ya que, si el Emperador fuera realmente un dios, ¿sufriría si sus lugares sagrados se contaminen? Su impotencia será tu poder. Sus mentiras serán tu verdad. Nos estamos moviendo. El peligro sigue siendo agudo, pero lo superaremos. Aunque el viaje es largo, tenemos la seguridad de nuestros grandes números y la protección de los dioses que merecen el nombre. Y si mueres por esta gran causa, entonces considera el destino de tu alma, que después de...**
La grabación cesó de repente. La alimentación de audex crepitó y el hololito se congeló en su lugar.
-¿Un mal funcionamiento?- Pregunté.
Ravathain intentó reiniciarlo. -**Parece haber sido dañado antes de irse-.** Levantó la vista. **-¿Qué opinas de eso?**
-Yo no sé. Diseñado para ser encontrado, posiblemente. Aunque no podemos descartarlo, la información es coherente con otros informes. Lo registraremos y daremos instrucciones para tratar con escepticismo.
Tenía la intención, después de eso, de hacer más consultas. Claramente, este había sido un lugar donde mi presa había estado activa durante algún tiempo, y aún podría quedar otra evidencia, algo que nos daría indicaciones más firmes de sus intenciones.

Nunca tuve la oportunidad. En ese momento recibí una ráfaga de comunicaciones, enviada con la máxima prioridad.
-Capitán Escudo Valerian, Cámara Argenta del Hykatanoi- decía el mensaje, en el estilo típicamente conciso de tales cosas. -**Llamada prioritaria a la Torre, órdenes del Capitán General. La cumbre se convoca entre el Capitán Garadon de los Puños Imperiales, el Capitán General Trajann Valoris, representantes del Senatorum Imperialis, el Maestro del Capítulo Asterion Moloc de los Minotauros. La ubicación y el tiempo se transmitirán por separado. Enviar confirmación segura.**
El comunicador en voz alta, ya que solo yo y Ravathain estábamos al alcance del oído. El me miró.
-Moloc- dijo, simplemente.
-Así parece- le respondí, mi corazón se hundía.
Incluso respondiendo con toda prisa, aún no podía llegar al Palacio Interior a tiempo para el comienzo de la cumbre. La reunión parecía haber sido organizada a corto plazo, como si respondiera a algo que nadie había previsto. No por primera vez, tuve la impresión de que un Consejo desunido luchaba por mantenerse al día con los acontecimientos. Sospeché que Valoris había necesitado dar el paso decisivo: si no lo hubiera hecho, entonces las cosas habrían continuado como antes, sin nada para evitar el probable conflicto entre las fuerzas ahora en el campo.
Así fue que llegué a la Torre después de un largo viaje de regreso desde los territorios exteriores, y corrí a través de los austeros corredores hacia la gran cámara del consejo cerca de la cima de la cúpula más alta. Incluso en mi apuro, fui golpeado, como lo había sido tantas veces antes, por el vacío del lugar. Entre los gravámenes de Guilliman, las demandas de custodiar el Palacio Interior y la necesidad de atacar el desorden más allá de los muros, nuestra ciudadela de mando había sido despojada casi por completo.
Llegué a las grandes puertas dobles de la cámara del consejo, y los guardias me dejaron entrar. La habitación de más allá era perfectamente circular, coronada con una cúpula veteada de hierro y rodeada de estrechas ventanas de balistario. Una mesa circular tallada en un sólido bloque de granito dominaba el espacio, iluminado por las llamas desnudas de las antorchas enjauladas en metal. Los tronos que lo rodeaban también eran de granito, cortados para las dimensiones de nuestro tipo. Se colocaron escaños menores en las filas detrás de los directores. El lugar podría haber

acomodado a más de doscientos participantes. Menos de la mitad de ese número estaban presentes, la mayoría de ellos subordinados y ayudantes.
En la cabecera de la mesa, situada en el extremo opuesto de la cámara, estaba sentado Valoris. Su cara devastada por la batalla quedó expuesta en medio del motín de oro, joyas y pieles de león que formaron su antigua armadura. Estaba inclinado hacia adelante, con los codos sobre la mesa y los guanteletes apretados.
Una docena más de los Diez Mil se sentó en otros lugares. Ninguno de nuestros dos tribunos estaba presente, pero Kalluin sí, además de otros Capitanes Escudos de varias cámaras activas. La relativa falta de antigüedad de los reunidos indicaba, una vez más, los pocos que habíamos vuelto.
Garadon y Haessler habían ocupado lugares a la derecha del Capitán General. También reconocí a tres Altos Señores: Roskavler, el Maestro del Administratum; Ashariel, Señor Comandante Militante de la Guardia Imperial; y Fadix, Gran Maestro de Asesinos. Todos habían venido con un amplio personal, que se agrupaba detrás de ellos, mirando el brillo de las pizarras de datos y grabadores de lex. También reconocí a Anna-Murza Jek, la actual canciller, a quien conocía por mis anteriores tratos con el canciller anterior. No se veía con buena salud, y supuse que la carga del cargo estaba resultando pesada.
Sin embargo, en realidad, mientras me dirigía hacia mi trono asignado, ninguno de esos asistentes captó mi atención. Las tres figuras sentadas frente a Garadon dominaron toda la cámara. Estos eran los Minotauros, que llevaban la misma armadura de bronce quemado que sus hermanos en la basílica habían hecho. Ninguno de estos eran Primaris, pero, al igual que los otros, la condición de su equipo parecía muy superior a los Puños Imperiales que enfrentaron. Se sentaron con la baqueta recta, con los puños cerrados, como si resistieran perpetuamente la aparición de la ira de combate. A diferencia de todos los demás, mantuvieron el yelmo puesto, un gesto que me pareció más teatral que amenazante, pero que, sin embargo, aumentó el aura de misterio que parecían decididos a llevar consigo.
Moloc era, por supuesto, la pieza central. Llevaba una armadura Terminator, de la antigua configuración de Tártaro, que lo hizo enorme incluso en medio del resto de esa compañía fuertemente blindada.

Mientras que Valoris era una imagen de esplendor canoso, y Garadon se portaba con una especie de dignidad marcial, Moloc parecía un señor de la guerra bárbaro de las leyendas de la Terra previa a la Unificación. Su placa era claramente de la más alta calidad, pero había sido diseñado con una estética salvaje, una que evocaba imágenes de ritos de sacrificio y rituales de combate arcanos. Mirarlo era echar un vistazo a un mundo de acertijos y mitos, de braseros ardientes y cabezas de hacha ensangrentadas, de secretos encerrados en secretos, atados con laberintos de hierro y piedra.
Me he encontrado con muchos guerreros formidables en mi tiempo. Valoris, por supuesto, fue considerado el más vivo del Imperio, salvo el Primarca. Y sin embargo, justo allí, en ese lugar, puedo decir sin dudar que Asterion Moloc, Capitán del Capítulo de los Minotauros, exudaba el hedor de violencia más poderoso que jamás haya presenciado.
Mi entrada no fue comentada. Tomé mi lugar mientras Garadon hablaba.
-Hemos recuperado los centros administrativos en nueve prefecturas- dijo, dirigiéndose a Valoris y los Altos Señores. **-Ahora están disponibles para usar nuevamente como puntos de reabastecimiento para una mayor consolidación. Las tasas de corrupción física en la población son altas, por lo que las purgas han sido necesarias. La Inquisición ha sido de gran ayuda.**
-Sus esfuerzos son apreciados, capitán- dijo Valoris. Hablaba como solía hacerlo, con ese tono tranquilo y mesurado que desmentía la ferocidad que era capaz de desatar. -**¿Diría, entonces, que la situación ahora está cambiando?**
-No, no lo haría-. Garadon no miró a Moloc, me di cuenta. -**Se nos impide encontrar a los líderes de la insurrección. Cualesquiera que sean las pistas que seguimos, nunca están allí. O la evidencia de su presencia ha sido destruida-.** Finalmente, cambió su mirada hacia los Minotauros. **-Por ti.**
Moloc rio. Era un ruido sombrío y sin humor, filtrado detrás de sus gruesas capas del yelmo. Si no hubiera sabido con certeza que un humano yacía detrás de esa fachada de bronce, podría haber pensado que el ruido provenía de un animal, o quizás peor.
-¿Es algún tipo de acusación, capitán?- Exigió.
-Digo lo que veo- dijo Garadon. -**Tus carniceros matan lo que cae a su alcance. Destruyes agujas enteras, solo para dar cuenta de una docena de sospechosos. No dejas nada que pueda estudiarse, solo cenizas.**

-Mis guerreros luchan con compromiso. Quizás los tuyos podrían aprender de ellos.
-Mis guerreros luchan por descubrir la verdad. Los tuyos luchan por ocultarlo.
Cuando el temperamento de Garadon se levantó, Valoris intervino. -**Capitán del Capítulo-** dijo, volviéndose hacia Moloc. -**La presencia de sirvientes más leales del Trono siempre es bienvenida. Dígame, sin embargo, que hay muchas demandas sobre los guerreros del Emperador en estos tiempos oscuros, y que estaba lejos de aquí, pero que viene a Terra.**
Moloc giró su máscara lentamente hacia él. -**Sufrimos pérdidas-** dijo. -**Nuestro monasterio-fortaleza fue invadido. Volvemos a reponer y recuperar nuestras reservas de semillas genéticas. Como el destino nos ha llevado hasta aquí, podemos elegir ayudar con estos problemas.**
Eso fue una mentira. De hecho, no era solo una mentira, era una declaración ridícula, una que nadie alrededor de la mesa podría haber creído. El monasterio-fortaleza de los Minotauros, tal como existía, colgaba sobre nosotros ahora, sus cientos de armas apuntadas directamente al Mundo del Trono.
Me preguntaba por qué repetía la falsedad aquí. Quizás para incitar a Garadon aún más.
-Se puede ver que los asuntos de reconquista ya están- dijo Valoris. -**Es valioso coordinar nuestros esfuerzos para evitar duplicaciones y posibles malentendidos. Lo Entiendes.**
-Entiendo que se ve el valor.
Ante eso, Ashariel se inclinó hacia delante. Era un hombre de aspecto pugnaz, que no parecía muy fuera de lugar en esa compañía, a pesar de ser de menor estatura. -**Con respeto, Capitán General-** dijo. -**Las cuestiones no están. Las cosas están fuera de control. El Consejo aún no se ha reunido en sesión formal. Deberíamos llevar esta escoria al suelo y asegurar centros de reclutamiento para Indomitus. Si tenemos nuevas fuerzas a nuestra disposición, de cualquier fuente y por cualquier razón, deberíamos estar contentos de ello.**
Lo admiraba por decir eso, a pesar de que pensaba que los sentimientos expresados eran ingenuos. Tomó cierto carácter contradecir al Capitán General de los Adeptus Custodes en su propia fortaleza.

-El Consejo se reunirá cuando aprenda a hablar con una sola voz- intervino Roskavler. -**Todavía no ha respondido a mis numerosos mandatos, Señor Comandante.**
Fadix se reclinó en su trono, sonriendo con ironía. -**¿Habla con una sola voz, Maestro?-** Preguntó. -**¿Cuándo hemos hecho eso? Por supuesto, sin embargo, eres nuevo en posición. Quizás necesites un poco más de tiempo para acostumbrarte a la estación en la que te ubicó tu Primarca.**
Me preguntaba qué estaba haciendo el Gran Maestro de los Asesinos en esta mesa. La cumbre se había convocado a corto plazo, lo que significa que no todos los Altos Señores habían asistido, pero él era uno de los que había llegado al momento. Roskavler y Ashariel tenían sentido, esto era esencialmente una reunión militar, pero hasta donde yo sabía, el Officio Assassinorum había sido entregado casi por completo a Indomitus.
Valoris levantó una mano de advertencia. -**Los reuní aquí para discutir el problema táctico que tenemos ante nosotros, no para intentar resolver todas nuestras divisiones-.** Su guante cayó pesadamente sobre la mesa. -**Tenemos informes de movimiento enemigo en todo el hemisferio sur, y la inteligencia de que las células rebeldes supervivientes finalmente están haciendo una causa común. El momento de la confrontación seguramente llega.**
-El maestro de los sueños- dijo Garadon. -**Ese es el nombre que suena, una y otra vez. Estuvimos a punto de involucrarlo hace tres días. Pero cuando nos mudamos a su ubicación reportada, el sitio había sido completamente destruido-.** Miró a Moloc. -**De nuevo.**
-Parece demasiado lento- dijo Moloc. **-Pero tu disculpa es aceptada.**
-Las instalaciones de Ministorum son siempre los objetivos principales- interpuse. **-Una catedral será la próxima, al menos si se cree en la evidencia de capturas recientes. Por otra parte, estamos encontrando esta evidencia muy fácilmente.**
-Tenga la seguridad de que las provincias del sur están siendo reforzadas- dijo Ashariel, por alguna razón dándole a Jek una mirada significativa. -**Aprendí recientemente que la Marina pronto desembarcará destacamentos propios. He tratado de contactar a mi estimada compañera, la Señora Almirante Supremo para averiguar dónde podría haber localizado esos recursos, pero extrañamente no he podido localizarla.**

-¿Y si esta inteligencia está mal?- Pregunté. **-¿Pueden realmente tener la intención de reunirse con nosotros en una batalla abierta?**
Roskavler sacudió la cabeza despectivamente. -**Sería un suicidio.**
-Un suicidio al que los condujimos- dijo Moloc. -**Este es un mundo blando. Hasta que llegamos, los intentos de recuperarlo también fueron suaves.**
Garadon fue lo suficientemente disciplinado como para no estar a la altura. Valoris volvió a hablar a continuación, desviando la discusión pidiéndole a uno de mis hermanos que enumere nuestros informes de inteligencia recientes.
Lo que siguió fue una mayor discusión de los objetivos, de las amenazas que surgieron, del estado de la campaña. Todo era importante y, sin embargo, todo fallaba en abordar la mayor tensión en la cámara. Valoris se comportó como el Gran Señor que era, alisando la discordia, evitando que los Marines Espaciales se golpearan, y sin embargo, la hostilidad aún se extendía a través de la mesa como un campo eléctrico en vivo.
Entonces supe que la iniciativa estaba condenada. Otros deben haberlo visto también. Valoris estaba persiguiendo un intento imperfecto de mantener la paz, y me pregunté por su falta de visión. Tal vez él realmente pensó que Moloc podría estar vinculado a una alianza si se le daba suficiente tiempo, o tal vez simplemente estaba haciendo los movimientos para satisfacer los lejanos mandatos del Regente. En cualquier caso, podría encontrar poco para admirar en la estrategia. Una vez más, otros estaban tomando la iniciativa, y los estábamos viendo hacerlo.
Miré a los Minotauros mientras otros hablaban. No hicieron ningún intento por ocultar su naturaleza. Estaban aquí para matar, para cazar herejías de acuerdo con su propia valoración de la misma. Había visto por mí mismo que tales métodos podrían ser muy populares, y sabía que esta popularidad podría ser muy peligrosa, si alguna vez se veían desenfrenados por el Lex, o incluso por los dictados de un Consejo dividido.
Pero aún así continuamos con el pretexto. Aún así, empapelamos los abismos con la esperanza de que ese sentido prevalecería.
Cuando se cerró la cumbre, Valoris pronunció las palabras finales.
-Todos servimos para promover su voluntad- dijo. -**En la unidad prevalecemos, en el conflicto vacilamos. Llevemos la lucha al enemigo con nuestras espadas en manos de hermanos, y evitemos más discordias.**

Ni Garadon ni Moloc objetaron abiertamente, pero ambos continuaron mirándose el uno al otro. Al menos, pude ver la hostilidad en la expresión de Garadon. Moloc era como una imagen esculpida, implacable e inmóvil, su rostro de bronce inscrito solo con sus runas de destrucción.
-Para evitar los malentendidos que nos han acosado- continuó Valoris -**debemos aprender a hablar entre nosotros. Nomino al Capitán Escudo Oenas como mi delegado intermediario. También se nominará a un miembro de cada Capítulo del Adeptus Astartes aquí presente. El Consejo actuará como nuestra cámara de compensación. Canciller, ¿confío en que pueda actuar a este respecto?,**
Jek se levantó y se inclinó. -**Será un honor, señor-** dijo.
Al igual que Ashariel antes que ella, no parecía demasiado intimidada por los titanes de la batalla a su alrededor. Agotado o no, me impresionó su actitud y resolví hablar con ella después de que concluyó la sesión.
En el caso, una vez que se atendió el último asunto y los Marines Espaciales se habían pesado bajo la mirada vigilante de los guardias de la Torre, no tuve que buscarla, ella vino a buscarme.
-Capitán Escudo Valerian- dijo, haciendo una reverencia. -**Puede que no me recuerdes, pero...**
-Te recuerdo perfectamente, canciller- le dije. -**Mis felicitaciones por su cita. Un momento difícil para tomar el cargo: confío en que seas sostenida por Su gracia.**
Parecía sorprendida y complacida por esas palabras. No entendí por qué, una vez más, lamenté mi incapacidad para comprender completamente las extrañas formas de la humanidad.
Para entonces, los Altos Señores estaban saliendo de la cámara, seguidos por sus trenes de sirvientes. Valoris mantuvo una profunda conversación con Oenas, y los demás de mi orden también se dirigían a reunirse con sus distintos destacamentos.
-Esta paz no durará- me dijo en voz baja. -**Vi tus comunicados, tú también lo sabes.**
-Debemos hacerlo durar- dije.
-Haré lo que pueda- dijo. -**Pero entienda esto: el Consejo no se ha reunido. Nunca se hizo una convocatoria formal con los Minotauros. O están actuando para sus propios fines, o un individuo con el poder, trabajando sin consultar, los ha traído de vuelta.**

-Afirman haber venido por su propia voluntad.
-Entonces lo hacen.
Nada de esto fue nuevo para mí. Aprecié su preocupación por el asunto, pero estaba restringido en lo que podía decir en respuesta. Valoris parecía haber tomado a Moloc en su palabra, sin duda para mantener la paz frágil, y difícilmente podría negar esa política. Todos estábamos bailando alrededor del núcleo, girando ficciones para evitar confrontar la desagradable verdad.
-Pero eso no es todo, ¿verdad?- Pregunté.
Ella se acercó. -**No se encuentran, porque no pueden. La confianza se ha ido. No hay líder. Ese es el verdadero peligro. Tú, creo, entiendes cómo son las cosas. Siéntase libre, si lo desea, de llamarme. Trabajamos juntos antes. Cuando nuestros amos no actúan con resolución, a veces, creo, corresponde a sus servidores tomar la iniciativa. ¿Estás de acuerdo?**
Eso fue audaz. Valoris todavía estaba en la cámara, y los Altos Señores acababan de irse. Dudaba que ella deseara una declaración real de alianza de mi parte, pero vi los riesgos que había corrido al dejar en claro su propia posición y no quería desanimarla. Encontré el gesto tranquilizador, en verdad, una señal de que había otros en el Senatorum que vieron los peligros en la lasitud.
Alcancé un cordón de comunicación seguro y se lo di.
-Protege a los valientes- le dije. **-Mantengámonos en contacto.**



ALEYA XVIII

Volví a caer en el planeta, mucho antes de lo que esperaba. Me puse a mirar a través del camino, mirando las nubes de color gris mientras se arremolinaban en la atmósfera. La vista no había perdido nada de su poder para rechazarme.

Siempre había sido fantástico pensar que había escapado. Luna había sido un puesto de puesta en escena, sin duda, pero demasiado cerca de su mundo, demasiado entrelazado con sus antiguas disputas y políticas. Así que volvía a caer en el pozo de gravedad terrano, arrastrada hacia abajo tan segura como si un puño me hubiera sujetado el pelo y me hubiera arrastrado allí. Esta vez, sin embargo, no estaba sola. Cinco de mis hermanas vinieron conmigo, todas ellas blindadas de la misma manera y con el mismo patrón de grandes espadas.

Algunas diferencias dentro de la Hermandad comenzaban a surgir, en esos días. Me había llamado una buscadora de brujas cuando servía en Arraissa, y había usado el término sin pensar mucho si tenía alguna similitud en otros lugares. Ahora otras habían recibido ese título formalmente, formando cuadros dedicados a cazar a los aberrantes y a los corruptos. Su arma preferida era el lanzallamas, tanto mejor para limpiar los diversos chancros y perversiones que buscaban.

Sin embargo, desde que llegué al Sistema Sol, había tomado mi gran espada con entusiasmo, saboreando la extravagancia del arma. Sus ritmos y su peso habían caído naturalmente a mi alrededor, de modo que cada vez que estaba sin la Espada Somnus por un período de tiempo prolongado, comenzaba a extrañarla. Nos llamamos vigilantes, tomando el nombre como si hubiera sido parte de nuestro léxico durante siglos. No conozco su procedencia original, y sospecho que el patrimonio en realidad no era muy extenso, pero ayudó al proceso de curación a tener estos títulos formales para usar. Así que no fui cínica al respecto en absoluto. Agradecí el término y no sentí nostalgia por mi antiguo servicio como buscadora de brujas. El

nuevo estilo traía consigo una bocanada de venganza, algo que se había vuelto dolorosamente apropiado.
Dentro de la Hermandad, el hábito también había comenzado a extenderse de nombrar a nuestros cuadros, para darles una unidad y un sentido de propósito. Estaba segura de que debíamos haberlo hecho de manera similar en la Era del Mito y, por lo tanto, estábamos preservando una antigua costumbre. Cuando conocí a mis compañeras vigilantes por primera vez, no nos llevó mucho tiempo determinar que deseábamos ser conocidas por un nombre común, algo que nos marcaría.
Una de mis hermanas, Tali-Sha, nos dio lo que necesitábamos.
<<Somos Renacidas>> señalo ella. *<<De vuelta de entre los muertos, portando las viejas cuchillas.>>*
Así nos convertimos en las Espadas Renacidas, dada la tarea, no de cazar brujas, sino de cazar a los que nos cazaban. El enemigo, quienesquiera que fueran, precisamente, deseaba volvernos fantasmas. Independientemente de lo que sucedió dentro del valiente nuevo mundo de reforma y reconquista del Regente, nos aseguraremos de que eso nunca suceda.
No sé por qué ni cómo se permitió que tu orden se marchitara, me había dicho. Eso tenía que ser cierto: esas cosas habían tenido lugar mucho después de su primera partida del Mundo del Trono. Sin embargo, sabía bastante bien el riesgo de que ocurriera nuevamente.
Cuando nuestro módulo de aterrizaje se sacudió y se estremeció en su descenso final, miré alrededor de la bahía de la tripulación. Era una pequeña embarcación, tomada del inventario de Puerto Luna por las protestas del gobernador, y no habíamos sufrido que otros vinieran con nosotros, ni pilotos, ni supervisores, ni guardias. La hermana Rova se sentó en la cabina de mando en los controles, con la hermana Govannia a su lado. La hermana Tali-Sha se sentó a mi lado, mientras que las hermanas Erynia y Lethiel se sentaron enfrente.
Teníamos una apariencia tan variada como lo sería cualquier grupo tomado de mundos tan diversos. Erynia era gruesa y poderosa, proveniente del planeta de alta gravedad de Illiun, y Govannia era alta y delgada debido a su educación en los viejos orbitales de Mograngave. La piel de Rova era blanca como el hielo y sus ojos eran lilas, mientras que la tez de Lethiel era casi tan negra como el ébano pulido. Tuvimos diferentes niveles de

experiencia y capacitación, excepto por una competencia compartida con la hoja larga y dialectos marcadamente diferentes de Marcaideas.

Nada de eso importaba. Estábamos entrando en lo que ahora todos considerábamos como territorio hostil, un mundo dividido con interés de facciones y golpeado por repetidas olas de disrupción psiónica. Eso nos hizo hermanas de hecho, unidas por un enemigo compartido.

Asurma había hecho los arreglos para nuestra reentrada en la torre de la embajada de la Hermandad dentro del Palacio. Como sucedió, nuestro paso por el espacio orbital se retrasó debido a la llegada al sistema de docenas de transportes de asalto de la Armada, todo lo cual requirió procesamiento antes de que se les permitiera progresar a donde estuvieran sus lugares de caída. No me importó esa demora; me complació ver alguna evidencia de refuerzos tan esperados. Pronto, sin embargo, estábamos cayendo en picado a la atmósfera nosotras mismas, empujando una lanza a través de la capa de nubes y estallando nuevamente en la parte inferior, corriendo con llamas. Mientras bajábamos, vi una vez más el gran bostezo de la ciudad mundial debajo y a nuestro alrededor, su perfil roto por las colosales montañas artificiales de los edificios del Palacio.

No tardamos mucho, una vez en tierra. Todas teníamos nuestros objetivos, seleccionados mientras estábamos en Luna. Hicimos un último voto de retribución, hicimos arreglos para nuestra reunión, luego nos separamos, desapareciendo en la expansión y el clamor como los fantasmas que nos habíamos nombrado a nosotras mismas.

Yo misma no viajé lejos. Ya había determinado con quién necesitaba hablar, y sentí una mezcla de resentimiento y anticipación por la elección. Anticipación, porque a menudo había pensado en él mientras estaba en Luna: no te enfrentaste a la muerte con un compañero guerrero solo para olvidarlo cuando el destino te separa, y deseabas saber cómo estaba. Resentimiento, porque venía a él porque lo necesitaba. Era, como tantas veces me había dicho, un erudito, uno que había estudiado el pasado tan completamente como él estudió el presente. Mis preguntas tendrían respuestas, estaba segura, en las muchas bibliotecas y repositorios de este mundo, pero sería más rápido ir a un alma que disfrutaba desenterrando secretos.

¿Eran los únicos motivos? ¿Sentí la necesidad de esa amistad sin complicaciones otra vez, tal vez, en medio de toda la traición y la

decepción? Tal vez, pero esas cosas no guerreras no eran mi. La suya tampoco. Habíamos aprendido a matar tan rápido y, sin embargo, éramos tan pobres haciendo las cosas que los humanos inalterados hacían de forma natural. No tenía alma, él no tenía espíritu. Hicimos un par lo suficientemente natural, supongo.
Mi estado me permitió acceder rápidamente a la Torre de Hegemon, esa triste ciudadela que habían ocupado desde los albores de la historia conocida. Mientras caminaba por sus corredores sólidos, austeros y a la vez tan perfectamente construidos, traté de no hacer las comparaciones que había hecho en mi primera visita, y mantuve mis celos bajo control por un momento en que podría ser más útil.
Tuve la suerte de encontrarlo allí. Al menos, eso es, si crees en la suerte. Me dijeron que había sido convocado recientemente para una cumbre de señores y generales convocada apresuradamente, y que pronto regresaría a las operaciones con sus hermanos. Lo imaginé por un momento, sentado en una mesa dorada rodeado de consejeros con armadura dorada, debatiendo sabiamente las necesidades de la época, y pensé que la imagen le convenía.
Pero cuando finalmente lo volví a ver en persona, dentro de cámaras mucho menos exaltadas, me sorprendió ver el cambio. No físicamente, por supuesto, estaba tan inmaculado como siempre, sino en la forma en que se portaba. Era difícil precisar exactamente qué significaba eso, pero detecté algo casi inefable: una impaciencia, tal vez, un deseo que simplemente no había estado allí antes. Tal vez estaba buscando algo que no estaba presente. O tal vez él realmente había cambiado, ya sea por lo que ambos habíamos experimentado o por algo desde entonces.
-Tanau- dijo Valerian, saludándome con lo que parecía un placer sincero. Luego, como siempre lo había hecho, cayó en una Marcaideas impecable. *<<Tú llevas la gran espada. Bueno. Siempre te convino.>>*
No perdimos mucho tiempo en bromas. Ambos éramos incapaces de eso, tan comprometidos con nuestros objetivos y nuestras tareas. Para cualquier testigo normal, si hubiera estado allí, deberíamos haber parecido absurdo, compensandos nuestras deficiencias mediante la formalidad.
<<Fuimos atacados>> le dije. *<<Casi lo lograron. La historia se repite: alguien quiere que nos vayamos.>>*

Tuvo la decencia de sorprenderse, lo que me satisfizo. Revisé los detalles del módulo de aterrizaje y su contenido, las circunstancias del ataque, sus resultados.

<<No has sido el único objetivo>> él respondió. *<<Muchos sitios han sido golpeados. ¿Qué sabes de tus atacantes?>>*

<<Bastante poco Por eso vine a ti.>>

Se inclinó hacia delante, buscando seriamente algo que me ayudara. *<<El símbolo principal del Astillado es un diamante roto, pero hay otros subsímbolos. He estado persiguiendo uno con un icono de lágrima. Quizás...>>*

<<Lo interrumpí. Nada de eso>> señalé. *<<Nos deseaban dudar de nuestra propia especie. Tampoco creo que haya sido uno de los cultos que cazas. El camino condujo de vuelta aquí.>>*

<<¿Puedes estar segura? Las cabinas son capaces y cuentan con buenos recursos. También están totalmente corrompidos y sin duda desearían su amable daño.>>

<<Apenas estábamos desprotegidas de tales desgraciados>> le señalé. *<<Quien hizo esto pudo trabajar a través de los canales terran. Esa es también la razón por la que no puede ser la Comunidad, a pesar de la apariencia.>>*

Parecía inseguro. *<<¿La Comunidad?>>*

Le conté mis investigaciones sobre Luna. Le conté la naturaleza de la Ciudadela, el interior gris nocturno de mendigos, acertijos y brujas, y la naturaleza de nuestros sirvientes.

<<Eran una vez, dicen, de la noche del alma>> le dije.

<<Selenite>> corrigió.

Alcé una ceja.

<<Una distorsión de un nombre antiguo>> señaló. *<<Los selenitas eran poderosos. Sé poco más que la palabra, y los registros se pierden, pero fueron los ocupantes originales de Somnus.>>*

<<Y nadie pensó en informarme de esto antes de irme>> señalé, agriamente.

<<Mi puerta siempre estaba abierta>> respondió.

Ese fue un corte sutil, aunque entregado con toda inocencia. Él tenía razón, por supuesto. No debería haber esperado tanto tiempo para verlo de nuevo.

<<Los selenitas eran los cultos genéticos de la Vieja Noche, continuó, maestros de la creación y el cambio de carne. Se nos dice que el Emperador los derrotó y los llevó al olvido. Sus falsas artes fueron borradas de la historia y reemplazadas por su ciencia más grande. Ese fue, quizás, el origen de la canción de esta mujer: un recuerdo lejano de una vieja y justificada purga.>>
<<Los tejedores del destino, los creadores de la carne mayor>> señalé, repitiéndole lo que ella me había dicho. *<<Ella dijo que habían girado hacia el Otro Rey. Ella dijo que habían trabajado para él.>>*
<<Como dije>> Valerian respondió con confianza. *<<Viejas historias, viejas distorsiones.>>*
<<Pero luego, en algún momento, llegamos>> señalé. *<<Nos instalamos y la Comunidad intercambió matriarcas por reinas.>>*
<<Entonces un remanente selenita tendría todas las razones para odiarte.>>
<<Si todavía existía>> señalé. *<<Lo que perdura es un medio recuerdo, un conjunto de heces que se aferran al borde de la extinción.>>*
El asintió. *<<Entonces no sospechas de ellos.>>*
<<Sospecho que los que nos expulsaron antes. Sospecho que aquellos que no pueden soportar nuestra existencia como una cuestión de fe. Sospecho de la Iglesia.>>
Pensó en eso. *<<La eclesiarquía ha estado en una agitación>> señaló. <<Como todas las cosas aquí.>>*
<<Alguien dentro de él, entonces>> respondí. *<<Un renegado, tal vez, un fanático que odia lo que somos. O tal vez no. Enseñan la salvación de las almas, reunidas en el seno del Emperador en la muerte. No tenemos almas. Por lo tanto, no podemos tener salvación.>>*
<<Me alegro>> señaló, de repente, a propósito de muy poco que estuviéramos debatiendo en ese momento *<<que usted fuese preservada.>>*
A pesar de mí misma, no pude evitar la sonrisa. Su expresión era tan característicamente torpe. *<<Como yo, le dije. Pero alguien aquí abajo no lo es.>>*
<<Tienes pruebas, supongo>> dijo.
Sacudí mi cabeza. *<<Nada concreto. Pero el que rastreé fue un agente de la Eclesiarquía, estoy convencida. Estaba cerca del final del camino: estaban*

limpiando, matando o destruyendo pruebas, y lo atrapé. Llevaba un autocatecismo, que tenía las instrucciones intactas. Era torpe: era negligente haberlos dejado sin codificar.>>

Le mostré facsímiles de las transmisiones que había tomado del dispositivo. La mayoría, por supuesto, eran cosas mundanas, y apenas apuntaban en ninguna dirección. Había puesto mis esperanzas en una referencia.

<<Un nombre se repitió a menudo: Peder. ¿Un apellido? ¿Un nombre en clave? Esperaba que pudieras ayudar. Su maestro, supongo. Alguien mayor, aunque no sé nada de la jerarquía aquí.>>

Valerian lo miró por un momento. Estudió el contexto, los otros mensajes, las codificaciones. *<<No creo que este sea un nombre. Creo que tenías razón. Ellos fueron descuidados.>>*

Inmediatamente me irrité, ¿qué había visto él que yo no? *<<Dime.>>*

<<La burocracia en Terra tiene sus propios modismos>> señaló. *<<Se utiliza para abreviar referencias comunes a las figuras que se les encarga tratar>>.* Indicó el final de la secuencia y trabajó hacia atrás. *<<Suponga que tiene razón, que este agente estaba incrustado en el Ministorum. La Ecclesiarca actual es Eos Ritira, traído de Ultramar por el primarca. ER. Las siguientes letras en la línea, ED, son meramente las iniciales Alto Gótico de su título: excelsis dominus. Alto señor. Pero Ecclesiarca es uno de los nombrados por el Regente. Ella es de la tendencia Reforma, casada con los cambios de Guilliman, de los cuales usted es uno de los más destacados. Se habría opuesto a esto con todo su poder.>>*

<<Entonces, ¿qué pasa con la "P"?>>

<<Expresión estándar de archivo. Esa inicial significa anterior. Entonces, si esta lógica es sólida, el agente estaba usando una taquigrafía para el predecesor de Ritira, exiliado del Consejo por orden del primarca. Por lo tanto, podemos suponer que el hombre identificado aquí es Baldo Slyst, el viejo Ecclesiarca.>>

Mientras decía las palabras, sentí una emoción recorrerme. Se colocó en su lugar. Sentí lo correcto de eso, así como un cazador siempre reconoce el aroma de su presa.

<<¿Y cómo, entonces, encontraría a este hombre?>>

<<Espera>> protestó Valerian. *<<Espera un momento. ¿Qué razón tendría él? Él ya no sirve. Quien hizo esto tomó un gran riesgo, y una gran*

apuesta.>>
<<Me encogí de hombros. No puede dejar ir el pasado. Él nos odia.>> Me incliné hacia delante. Valerian sabía mucho, de alguna manera, pero pensaba racionalmente, en términos de ganancias y pérdidas. Un Custodio podría encontrar fácil olvidar que la mayoría de nosotros nunca fuimos racionales, gobernados por instintos más bajos. *<<Olvídate de las razones. Piensa en lo que fue su vida, lo que detestaba y lo que veneraba. Quizás no le importaba nada el riesgo. Quizás solo tuvo que lastimarnos.>>*
Valerian reflexionó sobre eso. *<<Slyst era de la tendencia estática>>* reflexionó, casi a regañadientes. *<<Puede que no hayas sido a ti a quien deseaba lastimar. Puede ser el que os restauró a todas.>>* Parecía que estaba pensando mucho, haciendo enlaces a cosas de las que no estaba al tanto. *<<No se encuentran, porque no hay confianza.>>*
Ahora lo estaba perdiendo. Tenía ganas de moverme, de localizar a este nuevo líder. Valerian podía reflexionar sobre la política todo lo que deseaba: tenía un nombre, pero no mucho más.
<<¿Cómo encontraría a este hombre?>> Le pregunté de nuevo, esta vez con un enrejado de gestos más contundente.
Valerian me miró. Me di cuenta de que su instinto era detenerse. Pero, de nuevo, debe haber sabido que encontraría una manera, de alguna manera. Esta cosa ya había comenzado.
<<Puedo darte las coordenadas de sus propiedades privadas>> señaló Valerian. *<<Ha sido exiliado de su mando, pero por lo demás no está autorizado. Supongo que sigue siendo rico, con acceso a una seguridad considerable. Si eliges ir tras él, no será una presa fácil.>>*
<<¿Y no se realiza un escrutinio sobre él? ¿No hay vigilancia?>>
<<Por supuesto que la hay. Tendría que consultar con la canciller para ser exactos, pero creo que eso quedaría bajo el ámbito del Gran Provost Mariscal.>>
<<¿Y qué tendencia tendrían, en su opinión?>>
Valerian dudó un momento antes de responder. *<<Estático.>>*
Me levanté. *<<No denuncies esto>>* señalé. *<<No debe vernos ír por él. Yo misma le arrancaré la verdad.>>* Entonces me detuve. *<<Pero puedes venir con nosotras, si lo deseas. Caza conmigo otra vez, como lo hicimos antes.>>*
Podría haberlo imaginado. Podría haber visto algo que no estaba allí. Pero podría jurar que vi un destello de anhelo, solo por un momento. Si su

disciplina hubiera sido menos dura como el hierro, si no hubiera tenido que lidiar con cada condicionamiento en su cuerpo diseñado para permanecer casado con su misión, creo que podría haberlo hecho. Después de todo, había aprovechado la oportunidad una vez antes, en una muestra de impetuosidad que realmente me había conmocionado, una que había llevado a muchos de los cambios que ahora vimos a nuestro alrededor.
Pero no esta vez. Su compostura regresó.
<<Le deseo éxito, hermana>> señaló. *<<Deseo que encuentres tu verdad. En cuanto a mí, sigo obligado por las órdenes de mi Capitán.>>* ¿Había algo de amargura en sus gestos, allí? *<<Esta es su presa, y estoy obligado a perseguir la mía.>>*
Apenas podía culparlo. Si algo me sorprendió, fue mi pesar por su rápida decisión. Tal vez el cambio que había percibido en él era de un tipo más mundano: una reversión al tipo y un alejamiento de lo que pensé que podría llegar a ser, con el tiempo.
Decepcionante.
<<Entonces te deseo éxito>>. Me dirigí a la puerta. Justo cuando lo alcancé, él vino detrás de mí. Se había quitado la espada del cinturón, la hoja todavía en su vaina bordada en oro. Como con todo lo que usaba, era excelente.
Fue entonces cuando supe que no lo había imaginado. Deseaba fervientemente venir conmigo, pero estaba atrapado por órdenes de que era prácticamente incapaz, de resistir.
<<Toma esto>> señaló, luego lo sostuvo. Me miró atentamente. *<<No puedo estar contigo en persona. Sin embargo, un pedazo de mí puede acompañarte.>>*
Sabía un poco del regalo que me ofreció. Su especie lo llamó misericordia. Era más larga que mi espada de combate, pero no tanto como para obstaculizarme. Estos fueron entregados a los Custodios para marcar su ascensión a las filas, y fueron objetos de valor incalculable. Su empuñadura estaba adornada, adornada con joyas y sin duda moldeada a su agarre único. Mi guantelete se vería pequeño contra él y, sin embargo, no había duda de que podía empuñarlo.
<<¿Por qué?>> Señalé, reacia a cogerlo. Fue un gesto tan extraño, tan repentino y sin pedirlo. En otra alma, podría haberlo atribuido a un estallido de emoción, pero este era Valerian, un ser para quien la emoción

era algo para ser estudiado en otros, sus efectos escritos con calma en el pergamino y las conclusiones puestas en instituciones aprendidas a largo plazo.
<<Es antiguo>> señaló*. <<Es de una época en la que su clase todavía fue honrada. Puede servir como... reparación.>>* Y luego ofreció una media sonrisa, que parpadeó torpemente en sus rasgos. *<<Y es posible que deba matar a un hombre. Lo mejor es hacerlo con algo digno de la tarea.>>*
Recuerda, te dije que éramos pobres en comprender la amabilidad, tan acostumbrados estábamos a despreciarnos. Era consciente de esto, mientras hablábamos entonces. Estaba consciente de que había sospechas en todas partes y era casi incapaz de comprender una situación en la que un gesto podría significar nada más que su apariencia, y ser completamente genuino y sin artificios.
<<Muy bien>> señalé, tomando la espada. *<<Me esforzaré por hacerle honor.>>*
Y después de eso, tuvimos nuestro propósito.
No fuimos tan tontos como para perseguir a Slyst de inmediato. Como Valerian había insinuado, seguía siendo un hombre poderoso, aunque solo fuera rico y, el más valioso de los amigos influyentes. En cambio, mis hermanas y yo participamos en nuestros propios estudios, aprendiendo todo lo que pudimos sobre sus movimientos, sus asociados, sus hábitos y sus vicios.
Las reformas de Guilliman al Consejo habían sido inusuales ya que los cambios no habían estado acompañados de derramamiento de sangre o remociones forzosas. Muchos Altos Señores anteriores habían abandonado su oficina como cadáveres, ya sea a través de frascos de veneno bien colocados en sus cenas finas o al no superar la vejez y colapsar en sus tanques de rejuvenecimiento. Otros habían sido forzados al exilio propiamente dicho, expulsados de Terra y a las provincias distantes y devastadas por la guerra. Era cierto que muchos otros habían podido retirarse con más gracia y ver sus últimos años en relativa paz, pero incluso en estos casos habían mantenido un cuerpo privado de guardias de seguridad y fueron vigilantes, para que las viejas venganzas no los alcanzaran.
El Regente había eliminado a sus funcionarios no deseados de una manera típicamente eficiente: a todos se les había prohibido regresar a los grandes

edificios del estado, pero se les permitió mantener intacta la mayor parte de sus propiedades privadas y permanecer residentes en Terra. Sin duda, así fue como se hicieron esas cosas en Macragge, donde, según me dijeron, la administración se llevó a cabo de manera ordenada y con un mínimo de rencor. Aquí en Terra, esa munificencia olía a ingenuidad, aunque nadie se hubiera atrevido a decirlo en voz alta. Quizás el primarca estaba tan seguro en su dominio del poder que no sintió la necesidad de proporcionar una seguridad absoluta de que sus subordinados depuestos volverían a perseguirlo. Quizás confiaba en las instituciones que había dejado para vigilarlas adecuadamente. O quizás, lo más escandaloso de todo, en realidad confiaba en ellos para cumplir su palabra.

Descubrimos que Slyst no era un hombre que hubiera sido capaz de hacer eso. Había sido, por lo visto, uno de los más venales de los antiguos Altos Señores. Había gobernado la eclesiarquía con mano dura, imponiendo vigorosamente los diezmos a las diócesis y alentando a los brazos más militantes de sus extensos feudos a complacer sus inclinaciones hacia la aplicación violenta de los dictados del Ministorum. Había sido un aliado cercano del antiguo Maestro del Administratum, Irthu Haemotalion, y juntos habían sido responsables de la dirección de los acontecimientos en el Consejo Superior durante muchas décadas. La Iglesia y el Administratum siempre habían sido aliados cercanos, compartiendo una visión institucional similar sobre cualidades humanas tan temidas como la mentalidad abierta, la innovación o la individualidad. Pude ver por qué un hombre así no habría florecido en la nueva dispensación de Guilliman, y pude ver por qué habría deseado permanecer activo después de su degradación.

También pude ver por qué podría perseguirnos en Luna. Junto con los Custodios más activos y los aún raros Marines Espaciales Primaris, tal vez fuimos el signo más tangible del nuevo Imperio, una indicación visible de que las cosas estaban en un estado de desarrollo. Quizás Slyst podría haber vivido con las dos primeras de esas reformas, ya que nada en sus libros sagrados decía nada de ninguno de ellos, pero nosotras, las sin alma, las refutaciones vivas de los catecismos, las abominaciones ambulantes que se habían purgado con éxito en un edad más saludable y más fuerte: estábamos más allá de la contemplación.

Por lo que pudimos descubrir, había retenido una red rezagada de apartamentos y bellas casas, todo dentro de los muros del Palacio Interior, todos custodiados por decenas de milicianos bien armados y bien pagados. Había permanecido activo y visible durante algún tiempo después de los eventos de la Gran Grieta, pero había mantenido un perfil bajo después de su degradación, moviéndose a menudo, evitando las controversias que mantenían ocupado al Alto Consejo oficial.
Cuanto más lo estudiaba, más me convencía de que la deducción de Valerian era correcta y que él había estado detrás del ataque. Tenía los medios y tenía el motivo. Si estaba actuando solo o tenía la ayuda de otros, no podía determinarlo. Todos nuestros esfuerzos en ese momento se concentraron en encontrarlo, y luego en encontrar una manera de llegar a él.
Pronto se hizo evidente que un intento directo de interceptarlo sería difícil. Para entonces me había convencido de que ya no estaba en el Palacio Interior, sino que estaba en otra parte del planeta y actuaba a través de una red de intermediarios. A estas alturas ya habría sabido lo suficiente que el ataque había fallado, y sin duda estaría tomando precauciones para cubrir sus huellas. Eso nos presentó un problema, porque Terra era un gran lugar, pero también una oportunidad: si estaba en movimiento, por cualquier razón, podríamos llegar a él en tránsito. Así que concentramos nuestros esfuerzos en el personal variado de sus muchas residencias. Aprendimos sus nombres y los seguimos mientras se movían por el Palacio Interior.
Una de ellas, una mujer llamada Iriza Kastillian, pronto se convirtió en el foco de nuestro trabajo. Parecía casi tan rica como él, y nunca viajó sin una escolta protectora de guardaespaldas. Ella actuó como una especie de comandante en jefe, supervisando el negocio de sus propiedades, su personal y sus afiliaciones políticas restantes. Era una mujer grande, dada por usar túnicas de terciopelo real y maquillaje sintético pesado. Al igual que su maestro, sus dedos parecían perpetuamente adornados con anillos de oro macizo. Incluso si las cosas no hubieran sido tan personales para nosotras, hubiera sido fácil odiarla.
La oportunidad llegó pronto. Nos enteramos de que ella viajaría desde una de sus propiedades a la sombra del Senatorum a una villa más pequeña cerca de los Muros Interiores. Estas eran regiones donde el Lex había sido

completamente restaurado, lejos de los continuos disturbios que sabíamos que aún dominaban la mitad del planeta. Iría en avión, desembarcaría en una plataforma de aterrizaje dedicada cerca de su destino y caminaría el resto de la distancia hasta las puertas. Este pasaje era corto, menos de doscientos metros, a lo largo de un corredor interno enterrado entre una maraña de estructuras superpuestas, pero su oscuridad lo hacía ideal. La rastreamos, Tali-Sha siguió su avión, los otros cuatro encontraron lugares para permanecer ocultos a lo largo de la ruta procesional. En cuanto a mi yo, me puse a la vista, esperándola bajo el resplandor de los lúmenes internos del corredor.

Después de una corta espera, recibí la advertencia de Tali-Sha y saqué mi nueva daga. Pesaba mucho, pero menos que la Espada Somnus. Decidí que ya me gustaba.

Escuché entrar el volante, seguido del fuerte golpe de las puertas correderas que se abrían y cerraban. Un poco más tarde, y Kastillian apareció en el otro extremo del corredor. Estaba rodeada por doce guardias armados, todos con armadura y yelmos ajustados, y con pistolas láser.

Ella me vio y se congeló. No hice ningún movimiento, pero me quedé frente a ella, sola.

-¿Quién eres?- Preguntó ella.

Hubiera sido agradable haberle respondido, pero por supuesto que no pude. Comencé a caminar hacia ella, blandiendo mi espada abiertamente.

Entonces entró en pánico, tal como esperaba que lo hiciera. Sus guardias abrieron fuego. Ella trató de arrastrarse por donde había venido. Por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde. Salí a la acción, bailando a través de las vigas láser y amontonándome en los guardias, con mi nueva espada de combate parpadeando. Mis hermanas salieron cortaron la huida de Kastillian.

El asesinato no duró mucho. Después de unos segundos, los doce guardias yacían a nuestros pies, su armadura cortada con heridas de espada precisas, su sangre se acumulaba lentamente bajo extremidades torcidas.

Kastillian se mantuvo en su lugar, y avancé hacia ella, sacando mi translexor cuando llegué.

<<*¿Dónde está Slyst?*>> Le dijo a ella.

Ella estaba aterrorizada. Su cara gorda se tambaleó por el miedo, y una capa de sudor brotó bajo una frente muy maquillada.
-¡Abominación!-. Siseó. **-¡Te atreves a profanar este lugar!**
Me acerqué, colocando mi espada contra su estómago. Me complació pensar cuánto debe haber estado odiando esto, forzada a estar muy cerca de una sin alma.
<<¿Dónde está Slyst?>> El translexor repitió.
Sus facciones se endurecieron. -**No puedes hacerme hablar. Moriría primero.**
Muchos de los guerreros de la Eclesiarquía habrían hecho eso. Su fervor hizo que lo mejor de ellos fuera incorruptible, capaz de resistir las formas de agonía más estrictas para guardar sus secretos. Aunque detestaba a esas almas, podría tener un cierto respeto por ellas.
Kastillian, sin embargo, no era uno de estos. Por eso la habíamos seleccionado.
El siguiente gesto de Marcaideas fue especial, una marca de intimidación que causó dolor físico, confundió los sentidos y generó un estallido de miedo incluso en el más firme de los espíritus no modificados.
<<¿Dónde está Slyst?>>
Sus ojos se agrandaron. -**No-** soltó, temblando incontrolablemente. **-No no.**
Eso fue patético, más rápido de lo que esperaba. Aun así, juzgué que ella era sincera en su desesperación por escapar de nosotras, así que bajé la cabeza hacia la de ella, lista para darle otra sorpresa si fuera necesario.
Ella me dijo dónde estaba. No reconocí la ubicación que me dio, pero pude averiguar fácilmente dónde estaba. Me alejé
-Pero no te hará ningún bien- escupió, algo así como el desafío regresando. -**Se han dado las órdenes: no estará solo. Morirás antes de estar a menos de un kilómetro de él.**
Siempre fue intrigante ver el punto en el que el miedo humano. Me preguntaba por qué incluso nos había dicho la verdad, si no había deseado que nos perdonara. Quizás lo había hecho por despecho, creyendo que encontraríamos nuestras propias muertes en un intento inútil por alcanzar nuestro objetivo.
-¡Eres una porquería!- Gritó ella. -**¡Ustedes son demonios! ¡Serás cazada!. Tú serás...**

La silencié con un rápido tirón de la espada sobre su garganta, sintiendo más que un poco de satisfacción por la forma en que el filo cortaba esas gruesas líneas de perlas. Su cuerpo se derrumbó en el suelo.
Rova me miró. *<<¿La crees?>>*
Me agaché por el borde de su túnica y limpié mi espada con cuidado. Acababa de tomar posesión de él, así que me sentí obligada a cuidarlo. En cualquier caso, volvería a estar en uso pronto.
<<Sí>> Señalé. <<Alégrense, mis hermanas. Ahora comienza>>



JEK XIX

El acuerdo duró casi el tiempo que esperaba. Es decir, sin tiempo en absoluto.

Encontré que la cumbre organizada por Valoris era un evento intrigante, sobre todo debido a la forma en que expuso sin piedad todos los fracasos que nos habían perseguido durante tanto tiempo. El Capitán General era un Gran Señor, pero solo pudo convocar a una pequeña sección del Consejo para unirse a él cuando lo deseaba. Los que asistieron se opusieron en su mayoría a lo que todos creíamos, lo que expuso aún más su irrelevancia. Y, una vez que comenzamos, sus intentos de permanecer al margen del debate se volvieron cada vez más dolorosos de presenciar.

Pude apreciar la dificultad de su posición. Los Custodios no estaban acostumbrados a involucrarse directamente en la política, y le dieron mucha importancia a estar por encima del sucio negocio de los acaparadores de poder. Sospeché que había convocado a la reunión por exasperación, pero cuando llegó el momento todavía se resistió a bajar su puño dorado e imponer el orden que todos ansiamos. ¿Por qué fue esto? No podía ser debilidad, ninguna persona en su sano juicio acusaría a Trajann Valoris de eso, pero era casi seguro que era una importancia exagerada atribuida a la carta del Lex. Se suponía que eran imparciales en todos los asuntos que no afectaban directamente a la seguridad del Trono. A menos que y hasta que la crisis política amenace al Palacio en sí, actuarán como lo han estado haciendo todo el tiempo, permitiendo que otros tomen la iniciativa, pronunciando palabras relajantes aquí y allá, y finalmente abdicando de la responsabilidad.

Vi a Fadix con atención, por supuesto. Su conducta, para ser sincera, me había helado. Había estado disfrutando, haciendo la vida lo más incómoda posible para Roskavler, mostrando a Ashariel por el bruto que era, incluso teniendo el descaro de provocar un poco a Moloc. Él, de todos nosotros, había sido el más seguro, como si todo se desarrollara tal como él deseaba.

Sabiendo lo que sabía de él, esto me hizo sentir profundamente incómoda. Nuestros esfuerzos para descubrir más información sobre sus intenciones y capacidades se habían visto frustrados en todos los ámbitos: simplemente era demasiado cuidadoso y demasiado peligroso para que nos acercáramos.
Para empeorar las cosas, poco después de la ruptura de la cumbre, comenzaron a aparecer informes de enfrentamientos entre las fuerzas de Garadon y Moloc. La idea de que yo, una funcionaria dentro de la jerarquía, pudiera juzgar de alguna manera entre estas fuerzas era ridículo.
Los Custodios, por supuesto, fueron diligentes y oportunos al compartir datos. Pronto supimos todo acerca de sus movimientos y estrategia propuestos, lo que facilitó obtener una imagen de sus operaciones. Se extendieron, como era de esperar, manteniendo una política de ataques de precisión contra la actividad rumoreada de los Astillados. Entraron rápidamente, realizaron su tarea con un mínimo de alboroto y luego se retiraron nuevamente sin fanfarria. Eso fue eficiente, y fue útil, pero también significó que su papel se mantuvo en gran medida fuera de la mirada pública: la ciudadanía en general podría haber tenido casi ninguna idea de que incluso estuvieran activos.
Las fuerzas de Garadon nos guardaban rencor, estaban acostumbrados a trabajar por su cuenta y tenían poca experiencia en la supervisión civil. Aun así, hicieron lo mejor que pudieron, secundando al teniente Haessler a mi departamento y emitiendo boletines de vez en cuando. Fue a través de estos informes que supimos de los encuentros armados con sus primos en el campo de batalla. Si se creía en los Puños Imperiales, los Minotauros aterrizaban en números cada vez mayores, y su estrategia era desconcertante. Algún día podrían coordinarse tolerablemente bien, combinando fuerzas para destruir conocidas guaridas astilladas. Otro día se callarían y perseguirían a sus propios objetivos, causando estragos en las colmenas de alta población. En otro día, podrían parecer que están frustrando activamente a los Puños Imperiales, bloqueando su progreso o adelantándose a ellos y destruyendo sitios de evidencia valiosa.
Los Minotauros mismos, por supuesto, no nos dieron nada de valor. Enviaron a un guerrero solitario, llamado Zojek, para que actuara como el número opuesto de Haessler, pero él estaba prácticamente en silencio, y sirvió principalmente para poner el miedo al Trono en mi personal.

No pudo durar mucho. Y, efectivamente, no fue así.

Me desperté de un corto y atrasado período de sueño para escuchar las alarmas sonando a través de mi fortaleza. Me vestí apresuradamente y salí de mi habitación, enviando consultas urgentes a Mardoqueo. Él respondió brevemente: **-Cámara de señales. Llegue aquí rápidamente, si puede-.** Antes de llegar a su posición, ya tenía una idea de lo que podría encontrar.

En general estaba en lo correcto, aunque no podría haber estado preparada para la violencia de la misma. Había visto a los Marines Espaciales peleando antes, e incluso fui testigo de parte de la gran batalla de la Puerta del León antes de que mi nervio hubiera fallado. Sin embargo, eso había estado a distancia, y el horror de la noche significaba que mis recuerdos eran fragmentarios. Nunca los había visto pelear de cerca. Ahora que lo he hecho, deseo firmemente no volver a hacerlo nunca más.

Cuando llegué a nuestra cámara de señales, encontré una escena de destrucción absoluta. Mi personal había huido en su mayoría, dejando atrás una gran sala llena de restos voladores. En medio de todo, Haessler y Zojek se estaban golpeando el uno al otro como si el mundo hubiera terminado y fueran los últimos en pie. Su violencia fue a la vez impresionante y exasperante: ya habían destruido gran parte de mi valioso equipo, y con cada golpe de puños o con la carga de la cabeza, más de él se demolía. No había duda de que yo o cualquier otra persona interviniera: solo podíamos ver cómo su increíble poder se volvía uno contra el otro en una pelea enloquecedora e inútil.

Es solo cuando ves lo que puede hacer un Marine Espacial cuando se desatan, que comienzas a apreciar el control que deben ejercer en cualquier otro momento. Una vez que se les va la cabeza, son como fuerzas de la naturaleza, fusiones únicas de carne y mecánica, verdaderos motores de aniquilación. Todo sobre ellos: los gruñidos y el fuelle, el hedor de metal quemado, la velocidad y el impulso de sus movimientos, la combinación letal de energía bruta e inteligencia espacial, fue diseñado para impactar e intimidar.

Incluso en medio de mi horror, pude detectar diferencias sutiles entre los dos. Zojek estaba luchando en una furia salvaje y frenética, arrojando puñetazos a su oponente en ráfagas. Cuando esos golpes se conectaron, fueron absolutamente feroces, abollando y agrietando la ceramita. Haessler se defendió de la manera que podría haber esperado de uno de

los mejores del Emperador: contenido, menos extravagante, pero aún bastante mortal. Los dos se estrellaron contra un soporte cogitador, reduciéndolo a astillas de metal, intercambiando más golpes desgarradores antes de tambalearse a través de una superficie de consola ya maltratada.
No sé qué hubiera pasado si el Custodio Oenas no hubiera aparecido cuando lo hizo. Quizás se habrían matado unos a otros. En el caso, Oenas entró directamente en el corazón de la misma. Era casi una cabeza más alto que ambos y, a diferencia de ellos, había activado su arma de poder. Con una velocidad y una habilidad que eran al menos iguales a las de ellos, logró interponerse entre ellos, apuntando su lanza de guardia de tal manera que bloqueó un crujiente golpe de dos puños de Zojek. Haessler se liberó entonces, tambaleándose por el furioso Minotauro, su respiración era irregular. Por un momento pensé que Zojek iría tras el Custodio, tan consumido por su furia de batalla.
En el caso, ni siquiera él estaba lo suficientemente loco como para eso. Se puso de pie. Me miró, luego a Haessler. Una risa metálica se deslizó de su rejilla de bronce. Luego se alejó, pateando los restos de mis máquinas. Ninguno trató de detenerlo, y mis sirvientes retrocedieron cuando él se acercó penosamente. Caminaba con una pronunciada cojera, y su armadura mostraba muchos signos de daño superficial, pero la proyección del terror aún era aguda.
-¿Qué es esto?- Pregunté, abriéndome camino a través de los detritos e intentando salvar algo de mi dignidad.
Haessler se quitó el yelmo. Su cara estaba gravemente magullada, y la sangre corría desde su sien donde la ceramita había sido introducida. La ira brilló en sus ojos.
-Rompieron el pacto- gruñó, ignorando a Oenas y hablando conmigo. **-No valió nada desde el principio, pero ahora tienen sangre en sus manos.**
Mardoqueo vino a unirse a mí, y mis sirvientes comenzaron a avanzar sigilosamente para ver lo que aún quedaba.
-¿Qué quieres decir?- Pregunté.
Haessler todavía se erizó de furia. Aunque no estaba dirigido a mí, era difícil mantener la calma frente a mí. **-Han obstruido, han mentido, y nosotros lo soportamos todo. Ahora, se atreven a cruzarnos. Perdimos a dos, en los Chapiteles de Gedian, cuando presionamos nuestro derecho a**

investigar un sitio de exterminio. Vine a exigir restitución. No me dio ninguna.
Dos marines espaciales muertos. Esa fue una escalada significativa y una pérdida grave para una empresa ya devastada por la batalla.
-¿Qué pasa con el Capitán Garadon?- Pregunté.
-No está de humor para más juegos- dijo Haessler. -**Exigirá venganza material, si Moloc no hace nada.**
-Dile que esperé- le rogué. -**Solo un poco más. Cuando la noticia de esto llegue a Valoris...**
Haessler se echó a reír. -**¿Valoris hará qué, exactamente? ¿Llamar a otra cumbre?-** Escupió sangrientamente al suelo y cerró el yelmo. **-Te advierto, canciller, ahora estamos en el precipicio. Este es nuestro mundo. Si nos obligas a luchar por ello, contra cualquier enemigo, por numeroso que sea, lo haremos.**
Sabía que eso era verdad. Ya habían mostrado una moderación considerable, pero claramente su paciencia se estaba agotando rápidamente.
-Haré lo que pueda- le dije, tratando de hacerle ver que era una aliada.
El me miró. Estoy segura de que no quiso hacerlo, pero en ese momento se sintió como si estuviera mirando algo totalmente irrelevante, alguien irritante que tenía que soportar, pero que no significaba nada en comparación con el desagradable negocio que tenía por delante, y lo haría. Hay que abordarlo pronto.
-Haces eso, canciller- dijo, volviéndose para irse. -**Pero no tardes demasiado. Les digo de verdad, ahora: el cálculo está al alcance de la mano.**
Él estaba en lo correcto. Todo parecía estar saliendo de quicio ahora, y en formas que solo presagiaban mal. Dejé que mi personal hiciera todo lo posible para restaurar la cámara de señales, me retiré para consultar con Mardoqueo.
-Valoris nunca debió haber esperado que los manejáramos- murmuró, sentado pesadamente.
Eso seguramente era correcto, pero no nos sirvió de nada pensar. -**Esto nos arrastrará a la guerra civil-** dije. -**Debemos volver a nuestros primeros instintos.**

Me había preocupado por Pereth, el único de los Altos Señores que había respondido de manera positiva a mis súplicas. Sabía que había logrado encontrar fuerzas importantes, y sabía que una flota había entrado en órbita y había recibido autorización para aterrizar. Por lo que entendí, los números prometieron ser el elemento más decisivo de todos. Si estuviéramos mirando la fuerza a nivel de división, posiblemente con un fuerte apoyo aéreo y la capacidad de levantar la armadura en su posición, eso podría eclipsar incluso el peso combinado del Adeptus Astartes, haciendo que su enemistad sea irrelevante. Quería hacer que Moloc y Garadon fueran tan irrelevantes como lo había sido en mi propia fortaleza.

Y, sin embargo, todavía no teníamos detalles, y solo podíamos especular sobre cuándo finalmente podría ser que el Camino tranquilo cumpliera con su promesa inicial.

-El protocolo sea condenado- dije. -**¿Dónde está ella?**

Mardoqueo levantó una ceja. **-¿Estás segura, señora?**

-Ha estado demasiado callada- murmuré, haciendo la conexión con nuestra fuente de datos de inteligencia. **-Y por mucho tiempo.**

Pereth estaba en su ciudadela, según nuestra red de observación. Eso estaba cerca, y podría estar allí en una hora. En tiempos normales, nunca habría presumido exigir una audiencia con tal aviso, pero las cosas habían llegado a tal punto que necesitaba claridad sin más demora.

-Diles que voy a venir- le ordené a Mardoqueo, alcanzando mi cadena de oficinas. -**Dígales que no aceptaré un no por respuesta, y dígales que si no logro entrar, promulgaré una emergencia civil de nivel cuatro y activaré a los Custodios para derribar las puertas.**

Hacer tal cosa estaba más allá de mi poder, por supuesto. Sin embargo, había enviado una señal y confiaba en que quien estuviera al otro lado del enlace de comunicaciones apreciaría mi compromiso.

Una vez en el aire, y mientras la gigantesca cara de roca ouslita del cuartel general naval se hinchaba en los alcances de mi volante, consideré las muchas razones desagradables por las que Pereth podría haber permanecido en silencio. Por su conducta en la cumbre, Ashariel había sabido claramente cuál había sido mi papel en todo esto. Fadix también se había comportado con una particular arrogancia sedosa, como si todo ya hubiera sido atendido y ya no necesita preocuparse por las acciones de ninguna otra facción.

Era raro que un Gran Señor fuera eliminado por otro abiertamente, pero casi sin precedentes. ¿Qué pasaría si la creciente influencia de Pereth sobre los eventos hubiera demostrado ser demasiado para sus rivales? ¿Qué pasaría si las divisiones en el Consejo fueran tales que recurrir a la violencia se hubiera convertido en la respuesta predeterminada, enmascarada por el desorden en todos los demás sectores? ¿Y si por eso no hubiera respondido mis repetidas comunicaciones?
Cuando esto se me ocurrió, ya era demasiado tarde para volver. El volante de seguridad recogió mi volante y me guiaron a los hangares receptores. Una vez dentro, me saludaron con las cortesías habituales y me condujeron a las habitaciones privadas del Gran Señor. Todo estaba muy pulido, muy educado, tal como lo había estado en el *Excelsis Cruor*, pero no podía sacudirme la sensación, que solo crecía con cada paso que daba, de que algo aquí estaba muy mal.
Pronto me paré en una antecámara, y mis escoltas, después de ofrecerme una bebida, que rechacé, se retiraron a sus salas subsidiarias y salas de cómputo. Me encontré sola en un amplio espacio con paneles de madera real, las paredes forradas con imágenes de acorazados en línea, los tableros de las mesas que contenían lo que parecían modelos dorados de naves famosas. Mi corazón estaba latiendo. Mis palmas comenzaron a sudar.
Finalmente, las puertas delante de mí se abrieron y vi, con considerable alivio, a Pereth sentada en su escritorio. Se levantó para saludarme, sonriendo cálidamente.
Traté de no hacer que mi agitación fuera obvia, y respiré hondo y constante. Mis nervios estaban deshilachados. Estaba empezando a dejar que la fantasía me superara. Descubrí que lamentaba haber rechazado esa bebida y crucé rígidamente el umbral para saludar a la Señora Almirante Supremo.
-Canciller- dijo. -**Esto es inesperado. ¿Qué eran todas esas tonterías sobre los custodios?**
-Perdóname- dije. **-Ha sido muy difícil contactarte. Empecé a preocuparme un poco, estos son tiempos peligrosos.**
Pereth se echó a reír. -**Si de hecho-** dijo, cerrando las puertas. -**Aunque, como ves, estoy muy intacta. No ha sido fácil organizar lo que había que**

organizar. Y sin embargo, como bien dijo, tenía que hacerse. Esa es la lección, creo, con determinación, todo se puede lograr.

-Los Adeptus Astartes han sido, como se predijo, inmanejables- dije. **-Necesitamos estas fuerzas ahora, algo para neutralizar nuestra necesidad por ellas.**

-Tranquilízate- dijo, caminando hacia su escritorio. **-Los tenemos. Los transportes están en posición y listos para desplegarse. Mientras hablaba, activó un esquema, que colgaba entre nosotros como una gasa rectangular translúcida-.** Miré las figuras que brillaban allí y vi que no estaba exagerando. Los números eran... asombrosos. -**Estaba en lo cierto, canciller. Guilliman fue negligente al dejar su mundo natal tan poco defendido. Ha llegado el momento de una acción decisiva. En breve, se hará una órden para la entrada al planeta, tan pronto como regrese al puente del *Cruor*.**

Fue entonces cuando noté los elementos de la Guardia entre las listas. Los inventarios que tenía ante mí eran más extensos de lo que podría haber esperado: en medio de las alas de los cañones y los vehículos de asalto aéreo, todo lo cual estaba bajo el dominio de la Marina, también había divisiones blindadas, así como ingeniería e infantería. Además de eso, la composición de la flota no era solo portadores, también había naves de la línea allí, armados con armamento de nivel vacío.

-¿Cómo pudiste obtener todo esto?- Le pregunté, mirándola mientras seguía caminando, hacia otro par de puertas en el otro extremo de la cámara. -**Estos destacamentos están en la provincia de Ashariel.**

Pereth asintió con la cabeza. -**Lo son. Y la respuesta es muy simple: se lo pedí.**

Ella abrió las puertas. Al otro lado estaba el Señor Comandante Militante, flanqueado por guardias armados de los Arreglos Catharti. Más allá de ellos había oficiales con uniformes navales, también fuertemente armados.

Ashariel. Estaba perdido por las palabras. Recordé lo desdeñoso que había sido conmigo en nuestra primera reunión, y por un momento salvaje consideré que tal vez mis argumentos habían sido tomados en cuenta y que había llegado a tiempo a mi posición.

La forma en que ambos me miraron puso esa noción rápidamente fuera de discusión.

-Sí, ha habido traición, Anna-Murza, tal como sospechabas- dijo Pereth. -**Solo, no de la fuente que imaginas. El orden divino del Imperio, dado a perpetuidad por Aquel que se sienta en el Trono, ha servido durante diez mil años. ¿Realmente imaginaste que un hombre, podría barrerlo tan fácilmente?**
Me sentí mareada. Había confiado en ella por completo. Roskavler había estado en lo cierto, y no había podido verlo.
-Él no es un hombre- dije débilmente.
-Es cierto- dijo Ashariel, tan bruscamente como antes, y con esa vieja luz de intimidación en sus ojos. -**Es un maldito primarca. Pertenece a otra edad. ¿Qué puede entender de esto?**
-¡Él te nombró!-. Espeté, atónita por la deslealtad.
-Sí, así lo hizo- dijo Ashariel. -**Lo que te dice todo lo que necesitas saber sobre su juicio tan preciado-.** Sacó esa maldita moneda nuevamente y comenzó a girarla entre sus dedos. -**Los Doce han gobernado por generaciones. Han resistido cada tormenta que el destino les lanzó. Ahora no serán castrados por alguna reliquia genética de un pasado fallido.**
-El Regente puede librar todas las guerras que quiera- agregó Pereth. -**Solo, estará a nuestras órdenes. Conoces tu historia. Ya sabes lo que sucede cuando los Adeptus Astartes dejan de ser nuestros sirvientes y se convierten en nuestros amos.**
-Estás mintiendo- respondí, sintiéndome desesperada. Nunca debí haber venido sola. **-Él regresará por ti. No puedes esperar enfrentarte a él.**
-Guilliman está muy lejos, canciller y completamente ocupado- dijo Pereth, sonando sumamente indiferente. -**Y esto es Terra, un mundo que ha consumido a sus generales y los ha escupido durante milenios. Verá el sentido de esto, a tiempo. Después de todo, él siempre ha sido un fanático de los Lex.**
Fue una locura. Fue el curso de la destrucción. Solo entonces recordé lo que Pereth me había contado, la primera vez que nos habíamos conocido. **-He servido con Mar Av durante muchas décadas. Lo conozco bien.**
-Tus compañeros nunca lo tolerarán- dije, aunque sabía que no serviría de nada.
-Ya lo han hecho- dijo Pereth. -**Ahora, el tiempo se acaba. Me necesitan en el buque insignia, como Señora Comandante Militante, porque**

tenemos una campaña que supervisar.
Me puse lo más alta que pude y apreté los puños. -**¿Y qué hay de mí, entonces?-** Pregunté, determinando que, si me mataban aquí, encontraría mi muerte con los ojos abiertos.
Ashariel se echó a reír, sacudió la moneda y la atrapó con la misma mano. -**No se preocupe, canciller, no somos salvajes-.** Luego sonrió, un gesto de lagarto que hizo que mi columna se contrajera. -**Querías este ejército, ¿recuerdas? Tú lo pediste. Entonces vienes con nosotros. Presta mucha atención y te mostraremos qué se puede hacer con él.**



VALERIAN XX

Las noticias de Aleya pesaban mucho en mi mente.

Después de conocerla y escuchar noticias del ataque a la Ciudadela, realicé mis propias investigaciones. En medio de todo lo que estaba sucediendo en Terra, no debería haberme sorprendido que las noticias de los eventos en Luna tardaran en llegar a nosotros, y luego enterrados bajo boletines que detallaban nuestro conjunto de problemas más parroquiales. Sin embargo, todo lo que Aleya me había dicho fue confirmado por informes archivados enviados por los gobernadores en Puerto Luna y por la propia Hermandad. Leí las furiosas demandas de más protección y las peticiones de preguntas formales sobre quién había sido responsable. También vi declaraciones de apoyo enviadas a la Ciudadela desde el Consejo Superior, y promete investigar la cuestión de los recursos e investigar urgentemente las circunstancias del ataque. Eso significaba, por supuesto, que no se haría mucho, ya que estábamos estirados aquí en Terra, y la Hermandad debe haberse sentido como una prioridad muy lejana cuando los cultistas eran capaces de lanzar sus propias incursiones dentro del rango de vuelo de cañoneras del Palacio.

La verdad era, lamentablemente, que este era solo uno de esos ataques entre otros miles, y ni siquiera el más grande de ellos. La eclesiarca en servicio incluso envió a la Hermana-Comandante su propio mensaje de condolencia y solidaridad, que pensé que era magnánimo o cínico, dependiendo de cuánto, si algo, había sabido. Si Aleya hubiera tenido razón, entonces parecía inverosímil que hubiera estado actuando solo. Sin duda, todavía tenía mucho apoyo dentro de su antiguo feudo, incluso si su reemplazo tenía puntos de vista muy diferentes a él. La Iglesia, o elementos de ella, nunca se sentarían fácilmente junto a los desalmados, sin importar cuán cuidadosamente se manejaran los asuntos en el Senatorum.

En retrospectiva, debería haber hecho más con la información que me habían dado, a pesar de la solicitud de Aleya de mantenerla en secreto. Mi decisión de dejarla seguir su propio curso de venganza fue, por derecho, la correcta, sigo creyendo: tenía mis propias órdenes, y una disputa entre agencias del Adeptus Terra no era infrecuente ni, como Valoris me había dejado muy claro, cualquier inquietud nuestra. Además, no era tan insensible como para dejar a Aleya completamente sola; mi intención siempre había sido buscarla una vez que la crisis inmediata había pasado, y ofrecerle todo el apoyo que pudiera dentro de los dictados de la ley que me unía.
Por todo eso, me equivoqué. Era un asunto serio, un ataque a una importante instalación imperial por un hombre que alguna vez había servido en los niveles más altos del gobierno. Incluso en medio de todo lo que estaba sucediendo, debería haber visto su importancia total. Mi razonamiento, en la medida en que ofrezco mitigación, fue que el levantamiento tan esperado ya estaba comenzando en serio. Tal como se predijo, los Astillados finalmente hicieron su movimiento, evitando su guerra oculta y emergiendo a la intemperie.
Nuestra inteligencia nos advirtieron de un aumento repentino en el tráfico de comunicaciones, gran parte del cual habíamos interceptado en ese momento y era capaz de decodificar. Esto fue seguido, en poco tiempo, por observaciones de bandas de guerra armadas que emergían de fortalezas conocidas y se dirigían hacia las pocas vías de tránsito intactas. Las diversas cabinas, aunque con una capacidad muy reducida desde el comienzo de nuestro trabajo, todavía tenían el control de cantidades significativas de vehículos y armaduras saqueados, y pudieron reunirlos en convoyes de considerable tamaño. Incluso tenían naves atmosféricas en su arsenal, que utilizaron de manera efectiva en esas primeras horas para destruir algunos de nuestros relés augur.
Nos movilizamos de inmediato. Los planes ya se habían establecido, y todo lo que estábamos esperando era una ubicación precisa. Eso se hizo evidente muy pronto: los cultos convergían rápidamente en la Catedral del Emperador Deificado. Tan pronto como estuvimos seguros de que ese era el objetivo, se enviaron órdenes a todas las fuerzas de seguridad para que se reunieran en ese lugar.

Quizás debería aclarar la naturaleza de esta ubicación, ya que la palabra catedral puede cubrir una variedad de cosas. La Catedral del Emperador Deificado era uno de los pocos sitios cardinales de culto en Terra, cada uno más entendido como ciudades por derecho propio. Son grandes construcciones, el tipo de edificios tremendamente excesivos en los que este mundo se especializa. Dichos sitios tienen sus propios ejércitos privados, su propio personal administrativo, sus propios cuadros serviles y sus servidores. No son edificios individuales en ningún sentido convencional, sino grupos entrelazados de naves y transeptos cada vez más vastos, que culminan en una cúpula central y un retablo que rivaliza con el Senatorum por su gran tamaño. Dudo que cualquier alma viva hubiera podido contar los números que viven y trabajan dentro de ella, ya que, al igual que la ciudad mundial más amplia que la rodeó y fusionó, comunidades enteras vivieron y murieron dentro de sus gigantescos recintos, desde los cardenales y sacerdotes de alto rango en la parte superior de la cadena hasta la empobrecida basura de la alcantarilla que se gana la vida en la oscuridad de sus casi infinitas catacumbas.
Al igual que muchas de las principales instalaciones de Ministorum en Terra, el negocio principal de ese lugar eran los peregrinos, que llegaban en gran número con cada transporte entrante. A lo largo de los siglos, esta marea interminable se había incrementado prodigiosamente, de modo que las grandes catedrales se parecían a enormes corrales de procesamiento en lugar de lugares de culto, sus pasillos atestados de monstruos exhaustos, desconcertados y extáticos, apresurados por sacerdotes armados y presas a todo tipo de depredadores. La llegada de la Grieta había frenado este tráfico hasta cierto punto, aunque la inundación nunca se había secado por completo. A medida que la presión de los peregrinos fuera del mundo había disminuido, las necesidades de la población nativa habían aumentado, y pronto los ciudadanos nativos hambrientos y desesperados se agolpaban en los mercados de sermones y de indulgencia, esperando una verdadera salvación de las privaciones que tenían.
Se había observado desde el comienzo de la anarquía que la eclesiarquía era a menudo un objetivo para los astillados y, por lo tanto, ya teníamos las principales catedrales y basílicas en nuestra lista de vigilancia. Se habían distribuido esquemas detallados de varios de ellos, junto con planes generales de asalto. Sabíamos que los clérigos en varios lugares habían

acudido activamente con el enemigo en el pasado, y que, a pesar de los mejores esfuerzos de la Inquisición, algo similar probablemente acompañaría a la última gran posición de los corruptos.
Así lo demostró. Una vez que la ofensiva de culto estaba en marcha, pronto recibimos informes de sacerdotes atacando a sus superiores y levantándose en apoyo de las masas de combatientes que se aproximaban. En muy poco tiempo, casi todo el tráfico de comunicaciones de la catedral se había cortado, y nuestros sensores a distancia nos dijeron que un número significativo se estaba reuniendo allí y buscando lo que sería, en sus esperanzas engañadas, una gloriosa posición final contra la opresión.
Una vez que me llegaron las noticias, sentí una oleada de alivio. En ese momento, mi orden y yo estábamos luchando lejos de las zonas seguras del Palacio y sus alrededores, buscando cualquier otro signo de Lachrymosa. Desde nuestro encuentro cercano en la torre Arbites, todo rastro de ella parecía haber desaparecido. Había caído con impresionante minuciosidad, o estaba haciendo lo que su grabación hololítica había sugerido, y se había unido al grupo más grande del sur planetario.
-Por fin- dije, mirando a Ravathain. **-Una oportunidad para acabar con esto.**
Podría estar de acuerdo conmigo en eso, al menos. Pronto regresamos a Rastava y nos dirigimos hacia el punto de reunión designado. Sabía que muchas otras ordenes estaban haciendo su propio camino, lo que resultaba en una combinación de fuerzas que no se veían desde la Puerta del León. El propio Valoris nos llevaría, haciendo de esta una rara ocasión cuando el poder residual de nuestra orden estaría en plena exhibición. Los Puños Imperiales habían sido informados completamente sobre los planes, y se esperaba que se desplegaran con toda la fuerza de la compañía. Los asuntos eran más complicados con los Minotauros, ya que las relaciones se habían roto por completo entre Moloc y Garadon y no había habido tiempo para ofrecer mediación con la esperanza de reparar la grieta. Se les informó, por supuesto, que si eso equivaldría a algo seguía siendo incierto.
Además de esta fuerza en las élites, también teníamos los servicios de numerosos regimientos militares, la mayoría bajo el mando del Señor Comandante Militante. Sus Catharti Arraigners y la Vigésima tercera guardia de Hajada habían estado alojados durante algún tiempo cerca de donde esperábamos que ocurriera la ofensiva, y además de ellos tenía

destacamentos de los Palatinos Centinelas y Katanda Stalwarts bajo el mando directo de Valoris. Combinado con la expectativa de un apoyo abrumador de la flotilla naval recién llegada, parecía claro que este sería el golpe decisivo hacia el que habíamos estado avanzando constantemente, algo que eliminaría el hedor persistente de la anarquía para siempre y allanaría el camino para la correcta reconstrucción.
Volamos hacia el sur a toda velocidad, corriendo sobre las extensiones interminables de la expansión urbana, nuestras mentes ya se concentraron en la lucha por venir. Habíamos aprendido muchas de las formas del enemigo en la serie de ataques llevados a cabo hasta ahora, y sabíamos que podíamos esperar una especie más profunda de corrupción. Estudié el filo asesino de la lanza de Gnosis, inspeccionándola en busca de cualquier signo de falla. Mientras lo hacía, sentí que me picaban los dedos para volver a agarrarla. Este sería un ejercicio punitivo, en lugar de uno medido. Seríamos libres de estirar nuestras extremidades.
El punto de reunión era una amplia plaza ceremonial a unos cincuenta kilómetros al norte de la catedral. Se había utilizado para desfiles militares durante los días de fiesta imperial, por lo que era lo suficientemente grande como para acomodar a las fuerzas que se estaban reuniendo. Cuando llegamos a tierra, rodeados de cañoneras similares con librea de oro y carmesí, pude ver la gran cúpula de la catedral en sí levantarse contra el distante horizonte sur, flanqueado por una corona de torres negras. Dominaba incluso las grandes torres que se agrupaban a su alrededor, una cara curva de piedra manchada de suciedad coronada por una cúpula de cobre empañado, antes de que cayéramos más y desapareciera de la vista, protegida por la masa intermedia de pináculos de hab.
Desembarcamos en una escena de intensa actividad. Los pesados transportes de los Centinelas Palatinos se arrastraron a lo largo del flanco oriental de la plaza, junto con el progreso de las armaduras de apoyo. Las naves de combate volaron sobre la cabeza en los colores de muchos regimientos, haciendo que el aire a nuestro alrededor apestara con vapores de promethium. Destacamentos de infantería marcharon por las rampas de pandillas de transportadores de personal aerotransportados, listos para el transporte hacia las filas de Chimeras.
Nos abrimos paso entre la multitud, dirigiéndonos hacia el extremo norte de la plaza, donde se estaban estableciendo los grupos de mando. Las

torres de comunicaciones ya se habían colocado en posición, y se estaban descargando y ensamblando unidades augur móviles y estaciones de medicamentos. Se montaron piezas de artillería fijas en posiciones alrededor del perímetro, así como barreras de roca prefabricadas a nivel del suelo. Se había levantado una colección de estandartes de batalla sobre la plataforma elevada en la que se habían reunido los comandantes, todos los cuales lucharon por desplegarse en el calor aún húmedo del día terrano.

Valoris estaba en el nivel más alto de la plataforma clasificada con Garadon, rodeado por un grupo de oficiales de alto rango, psíquicos sancionados, ayudantes de la Guardia y clérigos del mando del sector Ministorum.

-Tienen toda la estructura ocupada- decía el Capitán General, asintiendo brevemente mientras me acercaba. **-Todos los activos a su disposición han sido comprometidos, con las mayores concentraciones en el nexo central del domo. Los augures indican una gran fortificación en todos los portales exteriores.**

Garadon estaba vestido con su armadura completa, listo para entrar en combate. Sospeché, como yo, que estaba contento de estar finalmente haciendo lo que se le había ordenado hacer.

-Recomiende ataques iniciales de cañoneras aquí, aquí y aquí- dijo, indicando una serie de ubicaciones en el hololito que se interponían entre todos. **-Podemos romper el perímetro y aterrizar equipos de exterminio primarios. Una vez que los cañones a distancia estén fuera de servicio, puede comenzar el avance de los regimientos de infantería.**

-Como quieras- dijo Valoris. **-Hemos detectado concentraciones psiónicas significativas: mis ordenes organizarán su destrucción. Se le darán coordenadas para estos.**

Eché un vistazo a las propuestas tácticas. Eran lo suficientemente estándar: este enemigo había durado más de lo que muchos habían predicho, pero aun así la mayor parte de sus tropas no eran profesionales.

Un puñado de regalos transmitidos por la disformidad y un liderazgo destartalado de mutantes muy corruptos haría poco para salvarlos de lo que estaba por venir.

Estaba a punto de hablar entonces, para preguntar si teníamos una evaluación detallada de qué camarillas se habían reunido, y si quedaba

alguna más allá de los límites de la catedral, cuando llegaron los primeros informes de comunicaciones.
Todos los recibimos. Los operadores de señales que trabajan a pocos metros de nosotros se sobrecargaron instantáneamente, sus bancos de procesadores se encendieron repentinamente. Los cielos sobre nosotros crepitaron y cambiaron, como si una tormenta estuviera a punto de estallar. Lejos al sur, donde la catedral yacía más allá de la vista, los cielos comenzaron a oscurecerse.
-¿Qué es esto?- Preguntó Garadon, alejándose de la conferencia. No estaba hablando con Valoris, sino con cualquiera de sus propios guerreros que acababa de hacer contacto urgente.
Mi propia alimentación se atascó con información fragmentaria, todo cayendo a gran velocidad.
Se lanzaron ataques orbitales... Se confirmaron múltiples ataques... Daedelos Krata se movió de posición... naves entrantes a su ubicación.
El apoyo naval que nos habían prometido entró en acción, muchas horas antes de lo previsto. Incluso cuando lidiamos con la avalancha de información, pudimos ver la verdad por nosotros mismos: el horizonte sur se iluminó, seguido rápidamente por el estallido de municiones. Pareció por un instante como si toda la franja de la ciudad hubiera sido demolida, golpeada por brillantes lanzas blancas que descendían de los cielos. Nuestros augures nadaron con cientos de señales: naves de desembarco, naves de combate orbitales, portaaviones, todos cayendo en picado a velocidades de ataque.
Los minotauros. No solo en vigor, sino en la fuerza del Capítulo. Las transmisiones de video a distancia recogieron Thunderhawks rugiendo a través de los torrentes de naves menores, atacando y disparando a objetivos terrestres. Las vainas de caída se lanzaron hacia la Tierra, ardiendo con quemaduras de reentrada, golpeando directamente en el corazón de la zona de combate.
-Lo sabían- dijo Garadon, volviéndose hacia Valoris. **-Lo sabían de antemano.**
Él tenía razón, por supuesto. Los Marines Espaciales eran famosos por sus rápidos despliegues, pero incluso ellos no habrían podido colocar tantos guerreros en esas posiciones exactas con tan poca antelación. Eso fue doblemente para las tropas convencionales que los acompañaban, todos

los cuales estaban haciendo caer en el planeta en patrones que deben haber resultado de una planificación avanzada.
-Consigue contactar con Ashariel- ordenó Valoris, tomando su casco.
-No hubo respuesta en la sede de la Guardia- respondió un comunicador, mirando al Capitán General con cierta inquietud. **-Bloqueo de comunicaciones en todos los regimientos bajo su mando. Están llegando más.**
El horizonte sur seguía ardiendo. Enormes columnas de humo se levantaron del paisaje urbano, mientras los ataques orbitales seguían llegando. Casi podía saborear la fyceline, incluso a tanta distancia.
Esperábamos la interferencia de Moloc. Habíamos esperado que sus guerreros hicieran lo suyo, y habíamos anticipado la necesidad de gestionar su presencia. Incluso teníamos órdenes de intervenir si impedían el progreso de los combatientes bajo nuestro mando. Pero esto fue diferente: esta fue una desviación general de cualquier planificación conjunta acordada. Este fue un reemplazo de objetivos combinados con algo muy propio.
Hice algunos cálculos rápidos. Garadon ordenó alrededor de ochenta Puños Imperiales, todos desplegados de la *Falange*. Valoris había reunido a varios cientos de Custodios, todo lo que podía ahorrarse. Los Palatinos Centinelas y Katanda Stalwarts sumaron unos pocos miles. Moloc, por otro lado, había traído a casi mil de sus Marines Espaciales. Los regimientos de Ashariel ya superaban en número a los que estaban bajo nuestro mando, y las tropas caídas de la órbita deben haber sido al menos dos veces más numerosas.
Nos habían cortado. Habían traído una fuerza de muchas veces la nuestra para hacerlo. Esto ya no era simplemente una cuestión de luchar por el prestigio. Esto fue una insurrección, y en una escala que no podría haberse organizado sin la aprobación del más alto nivel.
A lo largo de todo esto, Valoris se mantuvo tan tranquilo como lo había visto. Estudió los datos entrantes cuidadosamente, sin dar una respuesta precipitada. A nuestro alrededor, la reunión continuaba igual que antes, con los transportes bajando en procesión ordenada. Los ruidos del asalto feroz resonaron en la distancia, haciendo que nuestros preparativos parecieran no tan inútiles como absurdos. Todavía nos estábamos

equipando para una batalla que ya había comenzado. Si la reputación de Moloc estuviera a la mitad de la realidad, la lucha no duraría mucho.
-¿Qué Altos Señores siguen nuestras comunicaciones?- Preguntó Valoris.
El operador luchó con su pesado equipo de campo de batalla. **-Señores Arx, Roskavler, Kerapliades, Mir, Ritira, Throde. No hay respuesta de ningún otro.**
Aún así, Valoris no reaccionó de inmediato. Parecía perdido en sus pensamientos, incluso cuando Garadon gritó órdenes al mando de su compañía y los generales reunidos hicieron lo mismo con sus regimientos. Lo miré con creciente incredulidad y, lo admito ahora, frustración.
No habíamos hecho nada. Nos habíamos obligado a cumplir leyes que habían quedado obsoletas hace una vida. Ahora, otros habían hecho lo que deberíamos haber hecho, dejándonos tan irrelevantes como si nunca hubiéramos aprobado la Disolución.
Recordé lo que el sacerdote me había dicho en su extraño éxtasis después de la matanza de su pueblo.
Los ángeles de la muerte, tal como se prometió.
Finalmente, Valoris levantó la vista de nuevo. Todavía no se había puesto el yelmo. Si hubiera deseado ver algo de emoción en ese rostro marcado, ira, tal vez incluso vergüenza, me decepcionaría. Su serenidad era ininterrumpida.
-El trabajo del Emperador está hecho, sin importar la mano que da el golpe- dijo. -**La reunión se completará de acuerdo con el horario. Invoca a los Altos Señores que aún permanecen abiertos a la comunicación. Tomaré la posición de avance y descubriré qué ha sucedido aquí.**
Hizo un gesto hacia Garadon, a mí mismo, un puñado.
-Vendrás conmigo- dijo. **-La traición, dicen, exige testigos.**
Y así progresamos, atrapados en un extraño limbo entre incertidumbre e irrelevancia.
Detrás de nosotros, la reunión continuó según lo planeado, con más tropas llegando a cada momento. Se colocaron las estructuras, se cargaron las armas con sus municiones y, lentamente, dolorosamente lento, todo estaba listo.
Mientras esto ocurría, un grupo selecto de nosotros tomó la nave y voló a nuestro puesto de mando hacia adelante. Esto ya había sido asegurado y estaba a cargo de los custodios de la propia compañía de Valoris. Estaba

ubicado en la cumbre de una colmena Administratum, una que había sobrevivido a la anarquía prácticamente intacta y que aún albergaba al personal doméstico de la prefectura y a los rangos serviles. Nos habíamos apoderado de los niveles más altos, equipo de sensor de aterrizaje, blindaje vacío y capacidad antiaérea en lo que había sido una plataforma de observación. La intención había sido usarlo mientras el asalto a la catedral estaba en marcha, dado que existía una línea de visión directa entre los dos lugares. Ahora estaba siendo puesto en servicio, como un medio para descubrir exactamente lo que estaba sucediendo.
En el viaje, me encontré viajando al lado de Garadon. Estaba, como era de esperar, furioso.
-Protegieron a los cultos todo el tiempo- dijo. **-Te dimos una advertencia. Los usaron como tapadera.**
¿Podría eso haber sido realmente cierto? Ciertamente fue el caso de que los Minotauros habían destruido muchos gabinetes de Astillados, y con una minuciosidad que coincidía con su reputación salvaje. Por otro lado, todos habíamos escuchado las acusaciones: que habían obstaculizado los ataques contra el personal clave, haciendo que nuestros esfuerzos combinados fueran menos efectivos. Tal vez su comportamiento errático no solo había sido sobre el prestigio, como habíamos sospechado, el deseo de vencer a un Capítulo rival y tomar el crédito por la pacificación de Terra. Quizás había sido más estudiado.
-Todavía no lo sabemos- dije, permaneciendo, como tantas veces en aquellos tiempos, obstinadamente leal a una línea en la que ya no creía.
Nos acercamos al puesto de mando e intenté darle sentido a lo poco que sabíamos. Cuatro Altos Señores no estaban recibiendo comunicaciones de Valoris: Ashariel, Pereth, Fadix y Drachmar. Entre ellos, esos cuatro comandaban los activos militares más potentes bajo la responsabilidad directa del Consejo: la Guardia, la Armada, los Asesinos y los Arbites. Su silencio podría significar cualquier cantidad de cosas: mal funcionamiento del equipo, un impulso combinado para una mayor autonomía dentro de la estructura de mando imperial existente, un simple malentendido sobre la política.
O, por supuesto, la más arcaica de las costumbres terranas: un golpe de estado.

-Tenías el poder de terminar con esto- me dijo Garadon, y no necesitaba ver su rostro para detectar el resentimiento allí. **-Es como si te dieran una espada, la espada más fina jamás creada, y eliges no usarla. Nunca lo entenderé.**

No dije nada. Esa vez, no tuve respuesta que hacer.

Aterrizamos en medio de nubes de humo de cenizas. Cuando desembarcamos, pudimos mirar con nuestros propios ojos la destrucción que el fuerte bombardeo había causado. Caminamos hasta el borde de la plataforma de observación, todos, mirándolo.

La cúpula seguía en pie, pero había sido perforada con lo que debieron ser láseres orbitales. Secciones enteras del cuerpo de la catedral habían caído bajo la barrera y ahora se habían derrumbado en ruinas humeantes. Los *Thunderhawks* con librea de bronce todavía rodeaban los altos parapetos, atravesando las columnas de humo, pero habían dejado de disparar hacía mucho tiempo. Podía distinguir escuadrones individuales de Minotauros que estaban de guardia en lo alto de los campanarios y torres más altas, aunque su número era eclipsado por los regimientos de las tropas militares también presentes. Se amontonaron sobre cada superficie abierta: los claustros, las avenidas procesionales, los patios expuestos. Las piezas de artillería se descargaban de los transportes de gravedad, y los tanques retumbaban en posiciones de guardia fijas. Los caminantes centinela se tambalearon en lugares defensivos, y pesados levantadores de carga flotaban en la distancia, todos ellos arrojando más infantería.

La batalla había terminado. Si los cultos habían tenido la intención de resistir aquí, su presencia se había apagado con una brutalidad singular. Moloc era el dueño del lugar ahora. ¿Quién, sin embargo, era el maestro de Moloc?

No tuvimos que esperar mucho para averiguarlo. Incluso cuando el último de nosotros llegó al puesto de comando, comenzó la transmisión de video. Inicialmente, supuse que nos lo habían enviado solos, algún tipo de comunicación en el campo de batalla para establecer parámetros para la negociación, pero pronto nos dimos cuenta de que ese no era el caso.

-Esto se está llevando a cabo en bandas de distribución civil de amplio espectro- nos informó el pretor vexillus de Valoris. **-Todo el mundo lo está viendo.**

Al igual que la ceremonia de Guilliman. Cada habitáculo o asamblea comunal con una unidad de video funcional estaría mirando y escuchando lo mismo.

Las imágenes provenían del interior de la catedral, aparentemente en algún lugar cerca del altar mayor. El orador era uno que reconocí: Irthu Haemotalion, quien había sido Maestro del Administratum. Junto a él había dos Altos Señores en servicio: Aveliza Drachmar, el Gran Procurador Mariscal, y Fadix, Gran Maestro de Asesinos. Con ellos se encontraba otro depuesto Gran Señor: Baldo Slyst, el ex eclesiarca.

Y allí en el fondo estaba Moloc, quien parecía estar sosteniendo una cabeza cortada en una mano. De nuestros informes de inteligencia, reconocí las características hinchadas de Fyger Deflaim, el llamado Maestro de los Sueños. Su rebelión había terminado casi tan pronto como había comenzado, pero luego, por supuesto, solo había sido una herramienta en todo esto, un medio para generar el desorden que necesitaban.

-¡Mirad, la era de la insurrección ha terminado!-. Dijo Haemotalion, dirigiéndose al oculus remoto con toda la seguridad pulida que había mostrado cuando estaba en el cargo. -**Los herejes son destruidos. El futuro será como en el pasado inmutable, tal como lo ordenó, tal como lo exige Lex.**

Él sonrió cálidamente.

-El Imperio como era. El Imperio como debe ser. Imperium Eterna.



ALEYA XXI

Los admiraba No me disculpo por eso. Es posible admirar a un enemigo, encontrar cosas dignas de respeto en lo que hacen. Eran monstruos, por supuesto, todos lo sabíamos. Pero, Trono, cómo lucharon.

Pero me estoy adelantando a mí misma.

Teníamos un nombre: Slyst. Valerian me había dado tanto, y, en verdad, eso fue todo por lo que había ido a él. Nunca había esperado, ni necesitado, la ayuda de otra parte, especialmente con el estado del planeta tal como estaba.

Recuerdo haber pensado que si los rumores de un levantamiento de cultistas en masa demostraban ser ciertos, entonces no podría entender sus acciones. A menos que todos fueran tontos, deben haber sabido que su única esperanza de supervivencia era permanecer bajo tierra, y que si alguna vez se mostraban abiertamente, invitarían a una represalia abrumadora. Nosotras de la Hermandad nos habíamos preservado utilizando técnicas similares durante milenios. Recuerdo haber pensado que había algo extraño en todo el asunto. Tal vez debería haber pensado un poco más sobre eso en ese momento, pero, por supuesto, ya nos habíamos puesto en nuestro propio camino, y no había venido a Terra para participar en sus muchas crisis.

La mujer Kastillian nos había dado la ubicación que necesitábamos: la Catedral del Emperador Deificado. El nombre en sí era un insulto a la inteligencia. En esos momentos, frente a la estupidez de las masas que formaban este imperio roto, simpatizaba con el deseo de Valerian de tener tan poco que ver con él. Aún así, al menos era un sitio destacado. Solo tomó algunas preguntas discretas para obtener coordenadas exactas, y pronto descubrimos que el lugar era enorme, uno de los fundamentos principales de la Eclesiarquía en Terra. Un lugar adecuado, entonces, para que un viejo maestro de la Iglesia se escondiera, aunque, por supuesto, en esa etapa, no teníamos idea de a quién más se había llevado con él.

Partimos tan pronto como tuvimos lo que necesitábamos. Eso fue poco: un volante de largo alcance con armamento mínimo, nosotras mismas, nuestras armas. Almacenamos esquemas del complejo dentro de nuestros sistemas de armadura, y teníamos la intención de establecer una corta distancia hacia el norte, luego dirigirnos a través de pasajes subterráneos para entrar por una de las muchas entradas de catacumbas.

Mirando hacia atrás ahora, nuestros planes parecen ridículamente inadecuados. Sin embargo, debes recordar que esperábamos enfrentarnos a los guardias de Ministorum, del tipo que habría pasado la mayor parte de sus días cuidando a los peregrinos que se dirigían a los relicarios. Si el propio Slyst estaba rodeado de tropas propias más capaces, entonces estábamos seguras de que podríamos dar cuenta de eso. Estábamos vivas con prisa y furia, consumidos por un deseo singular de la verdad. Si realmente demostró ser el autor del ataque contra nosotras, deseaba que su desaparición fuera lo más desordenada y pública posible, para enviar un mensaje al Imperio más amplio de que no se nos interferiría.

Mientras volamos hacia el sur, volando rápido y bajo y manteniéndonos cerca de los flancos de las agujas, me sorprendió lo mal que se habían vuelto las cosas. Había visto una buena cantidad de peleas la última vez que había estado en Terra, pero esperaba que las cosas se hubieran recuperado para entonces. En cambio, era evidente que el colapso civil todavía estaba muy extendido. El principal culpable, sospeché, era el gran tamaño de la ciudad mundial. Cuando ha volado hora tras hora, viendo solo torres de habitáculo y las instalaciones de Administratum, todas juntas y obstruidas con los habitantes, se da cuenta de lo que es un barril de pólvora en todo este mundo. Interrumpa los suministros de alimentos a esos lugares, corte el agua y la energía, permita que los resentimientos arraigados se infecten sin control, y podrá ver claramente cómo pueden volverse ingobernables con velocidad. Supongo que volver a imponer el control total sobre tales tratados llevaría años. Aún así, si había algo que el Imperio sabía hacer, era suprimir el espíritu humano. Un período sostenido con los Arbites y la Inquisición con una mano libre, y la antigua timidez de la manada sin duda volvería.

Por ahora, sin embargo, era bastante evidente que la insurrección empeoraba a medida que avanzábamos. Nos dimos cuenta tardíamente de que nos dirigíamos a zonas donde su poder era mayor. Incluso entonces,

no hice la conexión. Cegada por mi deseo de confrontar a Slyst, nunca se me ocurrió que la relación entre la Iglesia y estos camarillas era demasiado cercana para ser ignorada.
Nos acercamos a nuestro destino, y para entonces se hizo evidente, incluso para nosotras, que éramos solo una pequeña parte de algo mucho, mucho más grande. Recogimos las señales de los buques que se concentraban en un lugar a unos sesenta kilómetros al oeste de nuestro punto de asentamiento planeado, y reconocí las señales de llamada de las unidades Custodian y Adeptus Astartes. No estaban ocultando su presencia, y solo por sus números estaba claro que esta era la operación de represión prometida durante mucho tiempo.
Nos apegamos a nuestro itinerario. Todavía no había razón, en ese momento, para creer que la catedral también era su objetivo. Incluso si lo hubiera sido, todavía creíamos que podíamos deslizarnos delante de ellos e ir tras nuestro objetivo.
En el caso, llegamos justo a tiempo para ver a otros quitarnos el premio. Fue entonces cuando lo presencié por primera vez: un Capítulo completo del Adeptus Astartes, sin trabas, haciendo lo que eran tan buenos.
Había estado en la Puerta del León. Había presenciado cómo la realidad misma se desmoronaba esa noche, el shedim corriendo desenfrenado. Había visto a los guerreros más grandes de todo el Imperio salir a combatir contra ellos. Sabía que probablemente nunca volvería a participar en una batalla así, y sin embargo, los Minotauros, justo en ese momento, en ese lugar, aún estaban más allá de cualquier expectativa posible.
Al llegar, supimos de inmediato que algo andaba mal en la catedral. Estaba repleto de tropas, muchas de las cuales habían levantado estandartes con iconos que no reconocí; ciertamente no eran imperiales ni Ministorum. Vi un diamante roto y otros símbolos crudos, y recordé lo que Valerian me había contado sobre los Astillados. Las armas estaban en todas partes, en ángulo desde los altos parapetos y agujas, así como los volantes atmosféricos llenos de cañones automáticos. Incluso cuando esa sorpresa se registró con nosotras, y consultamos sobre lo que podríamos hacer al respecto, los cielos simplemente se separaron.
Se escucharon auges sónicos. El fuego cayó en cataratas caídas de la capa de nubes en llamas. El espectáculo de luces fue deslumbrante, explotando en un gran arco en todo el paisaje urbano que tenemos delante. Reconocí

la intensidad reveladora de los láseres orbitales en medio de la carnicería: armas usadas en la guerra a gran escala, no aptas para el despliegue en situaciones en las que posiblemente quieras utilizar un entorno que quieras construir después.
El bombardeo seguía llegando, ola tras ola, aplastando torres enteras y enviando caras de acantilados de polvo gris pálido que se hinchaban en el aire ondulante. Vi que las vainas de gota gritaban hacia la tierra, sus perfiles de lágrima incandescentes con bengalas de reentrada. El ruido era increíble: un rugido de municiones estallando, roto por el eco de las grietas de los soportes estructurales que se derrumbaban. Estábamos lo suficientemente cerca como para usar nuestras miras de batalla directamente, y así podíamos ver a los Marines Espaciales explotar de sus vainas y agregar el traqueteo de fuego a la cacofonía.
Pensé que la gran cúpula podría caerse, pero de alguna manera gran parte permaneció intacta, aunque con enormes cortes en su superficie que los Marines Espaciales pudieron dirigir sus vainas a través de los huecos. *Thunderhawks* y Águilas de Tormentas comenzaron a agregar una mezcla única de gruñido de motor y martillo de cañón a la violencia implacable, y en poco tiempo, secciones enteras de las paredes exteriores de la catedral se ennegrecieron y se rompieron, sus guardias se quemaron vivos o enterrados bajo cascadas de escombros. Escuché los gritos de batalla amplificados por la voz de los propios Marines Espaciales, y aunque no pude entender las palabras a tal alcance, el sonido aún era suficiente para enfriar la sangre. Eran visiones de puro salvajismo, esos luchadores. No estaban allí para tomar terreno, ni para alcanzar objetivos. Estaban allí para matar, arrasar, para huir de la existencia.
Después de esa primera y horrible fase de combate, aún más naves descendieron de la órbita. Estos eran levantadores navales, cada uno con decenas de guerreros de la Guardia de una amplia gama de regimientos. Vi a Valkirias y Buitres hacer el descenso, así como transportes especializados con armadura pesada en sus garras.
Las cúpulas, campanarios y naves subsidiarias de la catedral se extendieron sobre un área enorme, pero los Minotauros redujeron gran parte a escombros de mampostería en la primera hora de su asalto. La resistencia que encontraron se borró con tal desprecio que bien podría no haber existido en absoluto. Una vez que el mayor número de fuerzas navales y

militares aliadas llegaron a su lugar, la escala del ejercicio se hizo completamente evidente. Los levantadores seguían bajando, cada vez más, haciendo uso de los espacios abiertos recientemente despejados por el intenso bombardeo y arrojando sus contenidos directamente sobre los montones de detritos.

Me costó mucho hacerme dudar. Mis hermanas, todas ellas guerreras experimentadas, eran iguales. Y, sin embargo, justo entonces, después de haber presenciado esa orgía de aniquilación, no tenía idea de qué hacer. Sabíamos, tanto como sabíamos algo con certeza en aquellos días, que Slyst debería haber estado dentro de ese lugar. ¿Podría haber sobrevivido? ¿Había tenido algo que ver con los sublevados que lo habían ocupado, brevemente? ¿O Kastillian se había equivocado?

Entonces esperamos. Vimos. Tali-Sha fue la primera en expresar una opinión.

<<Esto se acabó>> señaló ella. *<<Si él estuviera allí, seguramente ya está muerto.>>*

No podía estar en desacuerdo con la lógica, pero era reacia a aceptar simplemente la situación. Habíamos llegado tan lejos y ya habíamos visto que las expectativas podían ser anuladas rápidamente.

<<Todavía no>> señalé. *<<Necesito ver mas.>>*

Así que nos acercamos, dejando atrás nuestro transporte y acechando a través de los viaductos elevados entre las agujas. Para entonces, las nubes de humo de las muchas demoliciones cubrieron todo, dando al mundo una calidad sucia y fantasmal. Las torres circundantes que habían permanecido intactas se alzaban como tumbas en medio de una franja de niebla a la deriva. Estábamos preparadas para la batalla, por supuesto, y así pudimos usar nuestra armadura para protegernos. Los civiles que vivían en los alrededores de la catedral no fueron tan afortunados, y fuimos testigos de cómo corrían miles de ellos desde sus viviendas y lugares de trabajo destrozados. Los gritos y lamentos comenzaron a surgir de cada cuarto, un coro triste que creció para acompañar los continuos gruñidos de máquinas del ejército que se reunía delante de nosotras.

Nos llevó mucho tiempo avanzar. El asalto había dañado todas las estructuras dentro de un radio grande, e incluso mientras viajábamos vimos puentes debilitados, contrafuertes y arcos de tránsito colapsados en polvo. Para cuando obtuvimos una línea de visión adecuada hacia el

macizo central de la catedral, la seria lucha ya había terminado. Sin embargo, la acumulación de fuerzas continuó, con las tropas convencionales y los Marines Espaciales moviéndose para ocupar ubicaciones estratégicas en todo el sitio devastado. Los estándares se habían desplegado al nivel de la gran cúpula y colgaban sin fuerzas entre las nubes que se arremolinaban: sigilos del Adeptus Terra, el Administratum, la Guardia Imperial y la Armada Imperial.
Llegamos a un punto estratégico en la parte este de un bloque de viviendas, y nos agachamos.
<<Lo están ocupando>> señalé.
<<¿Por qué?>> Preguntó Erynia. *<<Han hecho lo que vinieron a buscar.>>*
No tenía respuesta para ella. Todo no estaba claro. Mis augures me dijeron que el grupo de Custodios y Puños Imperiales a unos cincuenta kilómetros de distancia aún no se había movido. Si se habían reunido para combatir con los Astillados, habrían perdido su oportunidad. ¿Y qué hay de Slyst? Si estuviera muerto, muerto en el asalto, entonces al menos podríamos sentirnos satisfechas con el resultado, aunque no con la venganza directa que deseábamos.
Pero no estaba muerto.
<<Transmisión entrante>> informó Lethiel.

<<¿Encriptado?>> Pregunté yo.
<<No.>> Ella me miró sorprendida. *<<Amplio espectro. Banda civil. Esto se está enviando a todas partes.>>*
Para entonces era casi incapaz de ser sorprendida. Encaramadas en el borde de la ruina, nuestra placa de batalla ya gris con el polvo y el humo del combate, hicimos lo que todos los demás en todo el planeta estaban haciendo, al menos aquellos a quienes no les habían hecho pedazos sus habitáculos.
Vimos la transmisión.
No voy a relatar el texto completo de lo que se dijo aquí. Hay muchos otros archivos donde se puede encontrar, si está interesado y tiene las autorizaciones adecuadas.

No conocía las identidades de todos los elegidos en esas secuencias de video granuladas y vacilantes. Estábamos usando nuestros sistemas de blindaje para transmitir las señales, y algunos detalles pueden no haber sido captados adecuadamente. Govannia, que había pasado más tiempo en Terra que cualquiera de nosotras, pudo completar los espacios en blanco.

Así fue que puse los ojos en Baldo Slyst por primera vez. Parecía antiguo, arrugado y asqueroso. Su túnica era absurdamente rica, y los anillos adornaban sus dedos gordos. El no habló. Ninguno de ellos lo hizo, excepto el que se hacía llamar Irthu Haemotalion. Ese hombre, por derecho, no debería haber tenido ningún rango en ese lugar, pero claramente era el maestro de facto del resto de ellos, tal como lo había sido antes.

-Imperium Eterna- dijo Haemotalion, su larga cara parpadeando sobre el enlace de comunicación. -**El reino más perfecto jamás concebido y realizado, creado y guiado por su voluntad infalible, moldeado y defendido por sus fieles servidores.**

Dejé que mi barbilla descansara sobre mi puño cerrado, y me maravillé de la locura.

-¿Cómo, entonces, ha aguantado, cuando nuestros enemigos están poseídos de tal malicia infinita? Ha perdurado porque ha sido preservado por su gente. Hemos tenido una fe inquebrantable durante diez mil años, fe en que nuestro destino no es solo sobrevivir, sino conquistar. Fe, para librar una guerra eterna contra los herejes, los mutantes, los xenos. Y fe en que esta perfección ha sido consagrada en las leyes. Romper esas leyes es, como hemos descubierto, invitar a la anarquía a cruzar nuestro umbral.

Era extrañamente persuasivo, ese hombre. Casi me encuentro asintiendo de acuerdo, y odiaba el Imperio.

-Y así, los corruptos se han vuelto locos en el mundo más sagrado: una blasfemia que sus maestros nunca deberían haber tolerado- continuó. -**Sé bien que has sufrido durante este tiempo. Sé que has tenido miedo. Usted comprende, como yo, que nunca se debería permitir que ocurrieran algunas rupturas. Comprendes, como todos nosotros aquí, que el cambio es enemigo de la rectitud, y que quienes lo dejan no sufren como tú estás sufriendo. Siempre están a salvo. Y, desde esa posición de seguridad, han tratado de darle una conferencia sobre lo que vendrá**

después. Se han inclinado hacia otros miles de mundos por delante de este, y han enviado a los grandes ejércitos que, por derecho, deberían haber estado en guardia contra el desmoronamiento de la ley. Entonces los Altos Señores te han fallado. Le han fallado. Incluso ahora, se involucran en sus propias disputas mientras tus agujas arden. ¡Suficiente!. Suficiente. Ya no se puede soportar.

-Hemos actuado. Los asquerosos herejes conocidos como los Astillados son destruidos. Nunca más su inmundicia contaminará este mundo. Ordené esto, porque me cansé de las medias tintas que sus viejos maestros pusieron en su lugar para derrotarlos. El enemigo es una bestia salvaje. Para luchar contra él, debemos emplear nuestro propio salvajismo. Ahora la tarea se ha logrado. A partir de este día la ley vuelve. Estamos, como puede observar por sí mismo, retomando el control.

Observé a Slyst todo el tiempo. Estaba parado en el hombro de Haemotalion, asintiendo de vez en cuando. Supuse que nosotras de la Hermandad contamos como solo un aspecto de este odiado cambio.

-Créeme, no quería asumir el mando de esta manera- continuó Haemotalion. **-Lamento que nuestros preceptos antiguos y sagrados hayan sido revocados tan brutalmente y que, por lo tanto, esto se haya vuelto necesario. Afortunadamente, otros miembros del Consejo también entendieron la necesidad de actuar. Ves a mi lado dos de ese número. En el vacío de arriba, dos más están con nosotros al mando de nuestras flotas. Junto con mi valioso colega, el legítimo Ecclesiarca, somos seis. La Hexarquía: una refutación del fallido Consejo de Reforma y una renovación del antiguo. Además, puede estar seguro de que somos hombres y mujeres, nuestros cuerpos intactos por manipulación, ciencia genética o magia sospechosa. El Imperio siempre ha sido gobernado por tales hombres y mujeres. Sus leyes fundamentales establecen que debe ser así. De hecho, esas mismas leyes fueron redactadas por quien, en esta era actual, ha hecho tanto para desarraigarlas. Quizás su memoria se desvaneció durante su largo sueño, pero ahora estamos aquí para recordárselo.**

<<Se atreven.>> Señaló Rova, infundiendo los gestos con aversión y desprecio. *<<Se condenan a sí mismos.>>*

Quizás lo habían hecho. Por otra parte, ¿quién estaba en el lugar para detenerlos? El primarca estaba muy lejos, ocupado con la conquista. El

Consejo estaba dividida y débil. Los custodios estaban obligados por sus obsesiones con la neutralidad, siempre y cuando el Palacio estuviera seguro. Y luego estaban los Minotauros, los guerreros más violentos e implacables de toda la galaxia, que parecían suscribir toda la empresa.

Había visto y escuchado lo suficiente. Haemotalion continuó su dirección, pero corté la alimentación y me volví hacia mis hermanas.

<<No cambia nada>> señalé. *<<Vinimos aquí por un hombre, y él está delante de nosotras, vivo.>>*

Miré hacia la cúpula de la catedral semi-arruinada, y los soldados en masa, y los tanques, y las cañoneras, y los cañones a distancia.

<<Centren tus mentes>> ordené. *<<Despejarlos de la irrelevancia. Atacamos ahora.>>*



JEK XXII

Me llevaron de nuevo al *Excelsis Cruor*, como antes, solo que esta vez viajé como su rehén.
No los acompañé en su propio elevador, por supuesto. Toda una cabalgata de naves despegó dentro del complejo de la Sede Naval, y me asignaron a una de las más pequeñas. Mientras tomaba asiento en el compartimiento de la tripulación, a la sombra de un par de guardias armados todo el tiempo, me encontré sentada frente al mismísimo Capitán Derrem que me había saludado en esa primera visita desastrosa al reino de Ashariel.
Al menos tenía los medios para parecer avergonzado. Me preguntaba cómo un oficial tan mediocre podría haberse elevado hasta ahora en favor del Señor Comandante Militante: compartía muy poco de la cruda seguridad de Ashariel. Supuse que había sido enviado como un insulto recurrente, para recordarme mi lugar.
-Con disculpas, señora- dijo, justo cuando estábamos a punto de despegar. **-Debe hacerse.**
Sacó un escáner de mano, y me puse de pie brevemente, con los brazos en alto, para que me escanearan. Ya me habían liberado de mis dispositivos de comunicación y tenía mis enlaces de red augméticos deshabilitados, dejándome en silencio y aislada, estaban siendo cuidadosos.
Excepto que no habían sido lo suficientemente cuidadosos. Había guardado el cordón de comunicación que me había dado Valerian, suponiendo que cualquier cosa utilizada por su orden estaría adecuadamente protegida contra los escaneos de seguridad estándar. Era lo suficientemente pequeño como para insertarlo en el ojo solitario de mi cadena de oficinas de Aquila, por lo que se quedó allí a la vista, discreto como una joya.
Derrem concluyó el barrido y luego asintió. **-Eso estará bien, señora.**
Mi opinión sobre él bajó un poco más y tomé mi lugar.

Despegamos poco después. Me recosté en mi asiento, sintiéndome miserable. No presté atención a ninguna de las lecturas del sensor del elevador en el corto viaje a la órbita. Sabía lo que me dirían: que la flota de Pereth se había dispersado, entregando su carga mortal al mundo de abajo. En ese momento, no sabía nada de los eventos que ocurrían en el sur planetario, aunque ya había adivinado la forma de lo que tenía que suceder después.
El Astillado había sido preservado, mantenido como una amenaza, el tiempo suficiente para reunir las fuerzas que la Tendencia Estática necesitaba. Bajo el pretexto de restablecer el orden, esas mismas fuerzas ahora se desatarían como los defensores del antiguo Imperio, lo que haría que mis esfuerzos por fortalecer la mano del Consejo de Reforma quedaran vacíos. Entonces recordé cuántas veces habíamos intentado dar sentido al comportamiento errático de los Minotauros, y me maldigo a mí misma que no se vio por lo que era.
Me preguntaba qué tan profunda era la conspiración. Roskavler me había advertido, pero nunca había pensado realmente que podría extenderse a más de uno, posiblemente dos, miembros renegados del Consejo. Ni Ashariel ni Pereth habían sido sospechosos. Sin embargo, más de ellos deben haber estado involucrados, ya que un golpe de estado a esta escala no pudo ser dirigido únicamente desde la órbita.
Sin embargo, todo eso siguió siendo una especulación ociosa, hasta que atracamos con el gran acorazado. Derrem parecía haber sido asignado a mí como mi escolta permanente, y me llevó al puente de mando. A medida que avanzábamos, vi la actividad frenética a mi alrededor, con clasificaciones y oficiales corriendo de estación en estación. La nave se estaba preparando para el combate. Mi corazón se hundió aún más.
Finalmente llegamos al puente, parados debajo de las mismas bóvedas, rodeados por una multitud de los mismos comandantes, asesores y guardias navales. Excepto que esta vez, por supuesto, el personal de Ashariel también se mezcló con ellos, y también había un par de Marines Espaciales de los Minotauros de pie justo encima del trono de navegación, inmóviles y en silencio.
Se había construido una estación táctica utilizando las enormes pantallas de datos y relés de augurio del acorazado. Una amplia gama de información efervescente ante nosotros, que detalla aterrizajes,

detenciones, incursiones y refuerzos. Vi mapas precisos de ubicaciones tanto en el sur planetario, centrado en las fincas de la Eclesiarquía alrededor de la Catedral del Emperador Deificado, como en el Palacio Imperial. El primero parecía ser el foco de los desembarcos de tropas reales, mientras que el segundo no había sido tocado. Los ordenanzas corrían entre estaciones de cogitador y pantallas tácticas todo el tiempo, insertando tubos de comunicación y babosas binarias antes de escabullirse nuevamente.
Pereth y Ashariel estaban presentes, pero ninguno me reconoció. Debe haber varios cientos de adeptos empujándose a su alrededor, así que eso no fue del todo sorprendente, aunque me hizo preguntarme por qué me habían convocado. Tal vez creyeron que volvería a su forma de pensar una vez que me diera cuenta de cuán extensa sería la transformación, y quisieron retener una sensación de continuidad una vez que se estableció el control total. O tal vez simplemente querían demostrar cuán ineficaz había sido mi corta tenencia. En cualquier caso, Derrem me mantuvo bajo vigilancia, y no tuve oportunidad de hacer otra cosa que observar en silencio.
Fue allí, entre todos esos guardias y funcionarios y servidores pesados, que vi la dirección de transmisión de Haemotalion desde la catedral. Fue allí donde vi a los otros traidores agrupados a su alrededor ante el altar mayor: Slyst, Drachmar y, lo más desgarrador de todo, Fadix. No fue un consuelo haber tenido razón. No había hecho nada efectivo para obstaculizarlo. Debe haber sabido que estaba con él en la cumbre de Valoris, pero para entonces también debía haber sabido que era demasiado tarde para evitarlo. Entonces deseé poder alcanzar de alguna manera la pantalla y agarrarlo por el cuello. Entonces deseé haber sido... mejor.
Escuché, por supuesto, y escuché los argumentos. Eran engañosos, muchos de ellos, aunque temía que muchos en Terra simpatizaran fácilmente. Mientras lo hacía, traté de calcular qué fuerza había para oponerse a ellos. Los otros Altos Señores tenían su propio poder, especialmente la Inquisición, que aparentemente no había estado involucrada en nada de esto. Custodios suficientes fueron guarnecidos en el Palacio para hacer un asalto a ese bastión inconcebible, y la *Falange* todavía colgaba como una declaración de intenciones dentro del alcance visual del *Excelsis Cruor*. Por el momento, no había posibilidad de enfrentarse militarmente a

Haemotalion, pero por la misma razón, dudaba que la Hexarquía tuviera la fuerza para eliminar toda oposición, en caso de que se iniciara la guerra. Tendría que comenzar con la negociación, al menos para comenzar. Tal era siempre el patrón en Terra: el torrente de sangre, seguido de la lenta molienda en un fango de compensaciones y compromisos. ¿Y luego qué? ¿Guerra civil? ¿Realmente pensaron que podían enfrentar al Primarca, por seguros que pudieran estar en el Mundo del Trono?

Después de que terminó la larga dirección, entramos en un período de incertidumbre, durante el cual Ashariel se mantuvo ocupado consolidando sus posiciones fortificadas en Terra y Pereth emitió órdenes de contingencia en caso de que la *Falange* hiciera un movimiento para interceptarnos. Durante ese tiempo comencé a darme cuenta de que ninguno de ellos tenía control directo sobre los Minotauros. Si alguno lo hizo, entonces debe haber sido el propio Haemotalion, quien supuse que había cultivado vínculos con ellos durante sus muchas décadas de servicio. Él había sido el más grande de los Altos Señores en ese momento, el más antiguo y el más impregnado de sus tradiciones arcanas. Tal vez incluso había dado la orden de retirada antes de ser depuesto, sabiendo lo que vendría.

Recordé haber planteado la posibilidad de los exiliados con Tieron, y lo rápido que los habíamos descontado, creyendo que solo un miembro del Consejo en servicio podía reunir los recursos necesarios para oponerse a la Reforma. Esa había sido nuestra ingenuidad: pensar que estábamos buscando un solo nombre. Drachmar, Fadix, Ashariel y Pereth le habían dado a la Hexarquía acceso al poder ilimitado del Adeptus Terra, pero Haemotalion les había dado a los Minotauros.

Fue un momento extraño. Observé todo con cuidado, buscando cualquier cosa pequeña que pudiera socavarlos o dar lugar a la esperanza de que se hubieran extendido demasiado. Me acerqué un poco más a Pereth, hasta que pude escuchar un poco de lo que estaba diciendo a sus asesores. La tensión en el aire era palpable. Habían hecho su movimiento, y ahora necesitaban ver cuál sería la respuesta. Valoris era, desde cualquier punto de vista, un oponente formidable, al menos por reputación, y, sin embargo, lo habían cogido desprevenido. ¿Lanzaría una contraofensiva? ¿O se apegaría a su antigua doctrina de la no injerencia? ¿Se quedaría a un lado ahora y dejaría que otro asumiera la tarea de resistencia? Yo no lo sabía.

Sospecho que ellos tampoco lo sabían. En medio de toda la charla y el murmullo de esa reunión, casi podía oler la anticipación, los miedos, las esperanzas, la tensión desesperada.
Cuando finalmente llegó una respuesta, estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo por mí misma. Pereth se volvió hacia Ashariel, y una expresión de tranquila satisfacción pasó entre ellos, como si algo en lo que se habían apuntado acabara de confirmarse.
-Muy bien- dijo. **-Quiere hablar.**
Se mudaron del puente a una cámara privada del consejo. Me pidieron que fuera con ellos. Una vez más, esto fue una sorpresa, pero Derrem insistió en que tenía sus órdenes.
-Todavía eres la canciller, señora- me dijo. -**Y esto sigue siendo el Consejo.**
Así que fui. Pronto fuimos sellados dentro de una de las salas de comunicaciones seguras de la nave, las paredes construidas con gruesos paneles de adamantina y revestidas con barredoras de seguridad. Nos paramos alrededor de una larga mesa elíptica con una superficie de latón pulido. El emblema de la Armada Imperial estaba tallado en el centro de la misma. Pereth tomó su lugar en la cabecera de la mesa, junto con Ashariel. Permanecí a cierta distancia a lo largo del lado derecho medio vacío, flanqueado por los asesores de Pereth.
Muchos lugares permanecieron desocupados a ambos lados de la mesa. Las puertas se cerraron, y escuché cerraduras deslizarse. Las luces se atenuaron, y el silbido revelador de los proyectores hololíticos a distancia comenzó.
Uno por uno, las ranuras vacías se llenaron con los contornos espectrales de los participantes de ambos lados de la división. Haemotalion surgió primero, seguido por Drachmar y Slyst. Moloc surgió como un contorno gigante, apenas menos intimidante de lo que era en carne y hueso. Miré a Fadix directamente a los ojos mientras se materializaba. Me miró directamente, luego a Derrem, y sonrió con satisfacción.
Por un momento, eso fue todo. Luego, con un poco de tartamudeo y parpadeo, como si las vigas locomotoras estuvieran luchando, aparecieron Valoris y Garadon. Roskavler fue el siguiente, seguido por otros miembros leales del Consejo de Reforma: Arx, Kerapliades y Mir. Nos enfrentamos en ese extraño reino virtual, sabiendo que todos los que estábamos

físicamente presentes en la cámara apareceríamos como holo-fantasmas para aquellos en Terra.

-Bienvenidos, mis señores- dijo Haemotalion. -**Lamento mucho que nos encontremos en tales circunstancias. Todos entendemos lo que está en juego. Ninguno de nosotros desea ver sufrir al Mundo del Trono más de lo que ya ha sufrido. Y por eso deseo fervientemente, y espero, que podamos llegar a un acuerdo aquí.**

Roskavler parecía furiosa. **-No tienes lugar aquí-** dijo rotundamente. **-Usted fue una vez del Consejo, pero ya no lo es.**

Haemotalion se volvió hacia ella suavemente. **-Fui expulsado de mi cargo ilegalmente, por alguien que no tenía mandato, en un proceso que no tenía precedentes. Nunca he aceptado que me hayan eliminado. Si vamos a olvidar toda la ley, entonces debemos olvidar todo. Puedes delirarme todo lo que quieras, pero no sirve de nada simplemente decir que no pertenezco, porque ese es el problema en cuestión.**

-¿En qué sentido, ilegalmente?- Preguntó incrédula.

-Porque el Regente no tiene poder sobre el Adeptus Terra- dijo Haemotalion. -**Su clase no lo ha hecho desde la Gran Herejía. Estábamos separados por un antiguo edicto, una estenosis que data de los albores de la Edad Imperial.**

Arx, el Representante Inquisitivo, habló a continuación. -**Ridículo. Él está en una categoría propia. Su autoridad viene directamente del emperador. Por supuesto, no hay disposición para él.**

-Y usted sabría todo sobre tales afirmaciones- dijo Slyst, amargamente. -**No cambia nada. Guilliman no tenía autoridad para las reformas.**

-Tenía toda la autoridad posible- dijo Mir, el Enviado Paternoval. -**Simplemente no deseas verlo.**

-¿Pero ese es realmente el punto en cuestión, mis señores?- Preguntó Valoris. **-¿El Lex? Si es así, estaremos aquí por mucho tiempo, probablemente sin ningún resultado.**

Fadix levantó una ceja. -**Y tal descuido desenfrenado ilustra el punto bastante bien, creo-.** Se inclinó hacia adelante. -**La arrogancia de tu clase. Llega una crisis, una que exige unidad, y en su lugar todo se desarraiga. Se nos impone un Imperio que ninguno de nosotros reconoce, y los ministros quedan en el olvido. Se lanza una cruzada que desangra al Sistema Sol de color blanco, mientras nuestra propia gente se muere de**

hambre a la vista del Senatorum. No pedimos eso. No votamos sobre eso. Nunca se acordó.
No creía que Fadix realmente se preocupara mucho por las masas hambrientas. Sin embargo, su discurso fue una articulación clara de la queja principal, y me hizo recordar la prisa de Guilliman por irse.
Pensamos en nosotros mismos como dueños de nuestro destino, entonces, cualquiera que sea el lado de la mesa que ocupamos, pero en realidad todos nos ubicamos allí con referencia a él, haciendo lo mejor. El Regente era el único de la estatura que no estaba presente, luchando lejos, y aún así era su sombra la que se había proyectado sobre todos nosotros, tan inevitable como el destino.
-No pretendo que la ley sea irrelevante- dijo Valoris. -**Simplemente observo que dos ejércitos se enfrentan entre sí en suelo terrano, y dos flotas se enfrentan entre sí en el espacio vacío terrano. ¿Qué debemos hacer al respecto? Esa es la pregunta más urgente.**
-De acuerdo- dijo Haemotalion. **-Entonces, nuestras demandas. Cese inmediato de todas las purgas políticas de los ministros imperiales. Suspensión de nuevas reformas legales. El antiguo Consejo será restablecido sin demora, y los Altos Señores impuestos ilegalmente serán arrestados y juzgados por sedición. Se aprobó una moción de censura contra el primarca Roboute Guilliman, que lo puso bajo nuestra autoridad y lo convocó para su examen. La Cruzada de Indomitus se detendrá, se revisará su base y los recursos excedentes se desviarán al Sistema Sol donde se necesitan.**
Roskavler se rió de eso. Mir sacudió la cabeza con cansancio. Valoris permaneció inmóvil.
Solo Garadon habló. **-Perdona mi franqueza-** dijo. **-Tú, mi señor, eres un traidor. Nada de lo que pides podría ser otorgado. No se concederá nada. Serás cazado. Sentirás la fuerza de la justicia que afirmas defender. Te has enfrentado a los centinelas de Terra, que aún manejan las murallas de la *Falange*. Incluso ahora, su mirada cae sobre ti.**
Haemotalion se inclinó ante él. -**Bien dicho, capitán-** dijo, sin ironía evidente. -**Tu celo te elogia, incluso si tu inteligencia no lo hace. No hay traidores sentados alrededor de esta mesa, solo aquellos que desean que florezca el Imperio. Y no me hables de la *Falange* como si esperaras que me intimidara. Es una cosa bonita, sin duda, pero sabemos cuánto daño**

conlleva sus valientes acciones en Cadia. Úselo como una ficha en este juego si es necesario, pero no se entristezca si las armas del Grupo de batalla Eterna lo sacan del vacío.
-No serías el primero en subestimarlo- respondió Garadon fríamente.
-Pero seríamos los últimos, creo- continuó Haemotalion, de igual manera. -**Y no creas, por un momento, que dudaría en destruirlo, si me forzases la mano.**
Garadon tenía razón, por supuesto: las demandas eran imposibles de cumplir. Esta fue una jugada para la reanudación del control total. Si se hicieran concesiones, incluso en parte hacia lo que Haemotalion quería, entonces el nuevo régimen del Regente habría terminado, estrangulado al nacer. Las luchas de poder se extenderían más allá: a Marte, a las posesiones galácticas masivas de la Eclesiarquía, a las inmensas flotas bajo el mando nominal de Pereth y a los innumerables regimientos bajo el mando de Ashariel, incluso los Capítulos de los Marines Espaciales que no tenían un vínculo natural de lealtad con Guilliman. Esta fue la génesis de la guerra civil que pretendía acabar, solo ahora en una escala que desafiaba la creencia.
Volví la vista hacia la sombra holográfica de Valoris, con la esperanza de que él pudiera demostrar visiblemente cierta comprensión de lo que estaba en juego, ahora, algo, cualquier cosa, más que calma.
-Dímelo otra vez- dijo el Capitán General, su voz tan tranquila e impasible como siempre. -**Solo para que quede claro. Amenazas con más derramamiento de sangre para lograr el fin que deseas, además de la destrucción de un sitio sagrado de Terra y el exterminio no autorizado, sin juicio, de los herejes buscados.**
Haemotalion pareció desconcertado, como sorprendido de que incluso le hicieran la pregunta. -**Por supuesto que no deseo más derramamiento de sangre. Pero estamos aquí, tú y yo, porque las espadas ya han sido desenvainadas. ¿Por qué desenvainar las armas, a menos que esté preparado para usarlas?**
Valoris miró a Fadix, su mirada acusatoria. El Gran Maestro se encontró con la mirada, serenamente contento como siempre, y no retrocedió.
Entonces el Capitán General también lo sabía. Conocía todas las fuentes de la traición, y todas las formas en que se había manifestado. Entonces me encontré con ganas de gritarle. Me di cuenta de que quería condenar al Lex

y sus restricciones y lanzar un asalto contra aquellos que habían contaminado el Consejo y todo lo que había representado durante milenios. Su orden era la fuerza de combate más poderosa de todo el Imperio. Podía hacerlo. Las consecuencias en el daño colateral sin duda serían grandes, y habría riesgos involucrados, pero tenía que actuar.
Sin embargo, la próxima vez que habló Valoris, sentí como si hubiera atravesado mi corazón con un trozo de hielo. Sentí que los últimos restos de esperanza se desvanecían, y entonces vi, por primera vez, cuán inadecuados eran y siempre debieron ser nuestros defensores.
-Dame tiempo para considerar tus demandas- dijo Valoris, suavemente. **-Veremos qué se puede hacer.**



VALERIAN XXIII

No podía creer que lo hubiera dicho.

Observé sus labios moverse, más allá del alcance de la proyección hololítica. Pude ver las imágenes de los otros oradores, y también había escuchado lo que habían dicho. A decir verdad, no había visto el valor de hablar con ellos en absoluto. Mis esperanzas de que Valoris solo lo hubiera hecho para anunciar su inminente destrucción se habían desvanecido rápidamente. Estaba tratando con ellos, como iguales.

Tan pronto como terminó la conferencia, Garadon se volvió hacia él.

-Mi señor- dijo, claramente luchando por mantenerse medido, **-debemos atacar ahora. Más conversación solo les permitirá fortalecer su posición.**

Valoris escuchaba pacientemente. -**Capitán, tiene menos de cien guerreros bajo su mando.**

-Pero tienes muchos más.

-¿Y cómo es eso relevante?

En ese punto, ya no podía contenerme. Había luchado junto a los puños imperiales. Esto fue más que intransigencia. Esto era ahora un insulto para nuestros aliados.

-Capitán General- dije, acercándome. -**El Capitán Garadon está en lo correcto. Debemos atacar ahora, mientras creen que estamos en duda. Los números están en nuestra contra, pero con las cámaras de Custodios estacionadas aquí, por la Voluntad del Trono, se puede hacer. No podemos quedarnos de brazos cruzados.**

El me miró.

Quizás mi expresión de intención te parezca inofensiva. Quizás creas que debería haber llegado hace mucho tiempo. Puede que tenga razón, en ambos aspectos, pero debe recordar que estamos hechos de cierta manera, y por toda la gran fuerza que se nos da, por toda nuestra perspicacia y nuestra longevidad y nuestra habilidad con la lanza y el bólter, hay costos además.

Fuimos creados para ser los más leales de todos. Fuimos construidos desde el nivel molecular para ser sus compañeros, para servir sin preguntar ni vacilar. Esto no fue simplemente una falta de imaginación: nos definió. Todavía lo hace. Por eso, muchos de mis compañeros se molestaron con la corona de laurel y solo vieron de mala gana las ventajas de la disolución. Si bien los Marines Espaciales podrían ser frenéticos y belicosos, éramos la imagen inquebrantable de la antigua Ley, unidos contra todos los enemigos, decididos en la búsqueda de nuestra única tarea sagrada. Todo lo demás podría arrojarse al fuego, si solo se llevara a cabo esa tarea. Toda amistad, todo honor, toda obligación, no significaba nada mientras Su Trono, y solo Su Trono, se mantuviera intacto.
Entonces pensé, solo por una fracción de segundo, que mi capitanía podría perderse. Me mantuve firme y miré a mi amo a los ojos. No lo recuperaría.
Finalmente, Valoris se volvió hacia Garadon. **-No soy tu maestro, en este o en cualquier otro escenario-** le dijo. **-Pero te aconsejo que no actúes. Aún no. No ofrecí negociar ociosamente. Hay maneras de terminar esto que no implican un bólter. Y, por supuesto, como sabes, no todas las batallas se libran a nivel del suelo.**
Después de eso dio una lluvia de nuevas órdenes. La Gran Señora Roskavler fue convocada con carácter de urgencia, se envió una cámara entera para llevarla con seguridad al frente. Solo entonces, cuando todo eso estuvo hecho, dirigió su cicatrizada mirada hacia mí.
-Capitán Escudo- dijo. **-Camina conmigo, por favor.**
Nos alejamos del resto del grupo de mando. A medida que avanzábamos, busqué cualquier signo de conflicto interno o duda en los gestos de Valoris. Por supuesto, no encontré ninguno, aunque era difícil conciliar esta pasividad con el hombre que había liderado el asalto desde la Puerta del León, que había dirigido dos Batallas de Sangre exitosos, que habían asustado a nuestros enemigos desde aquí hasta el límite de lo conocido.
-Este es un asunto interno para el Imperio- dijo. **-Cuando un poder sube o baja, nunca debe hacerlo reclamando nuestra bendición. Si hubiéramos intervenido cada vez que un Alto Consejo hubiera cambiado, violentamente o de otra manera, hubiéramos estado contaminados por los conflictos que teníamos la intención de superar.**
Quise decir entonces que esto era diferente y que estaban en juego más que alteraciones de personal, pero ¿era eso realmente cierto? ¿Vandire

había sido tan diferente?
-Entiendo por qué anhelas actuar- continuó. -**Y te felicito por ello. Pero escucha atentamente. No lo harás. Mantendrás tu lanza enfundada.**
Lo miré. -**Como lo ordenes-** dije, incapaz de hacer lo contrario, aunque las palabras se sintieron amargas en mis labios.
-Aunque ya has roto esa orden, parece- dijo Valoris. -**Al menos, si el localizador en su misericordia es exacto.**
Y así llegamos a mi pequeño acto final de insubordinación. Ya dije que no tenía intención de abandonar a Aleya para pelear sola. La espada que le había dado no era un regalo ocioso: me permitió encontrarla, si era necesario, para prestarle la ayuda necesaria. Tal como estaban las cosas, en ese momento, sabía lo mismo que Valoris: ella acababa de penetrar en el extremo norte del complejo de la gran catedral, sin duda con el objetivo de abrirse camino hacia el centro. Cuando habíamos hablado por última vez, ninguno de nosotros sabía que Slyst terminaría siendo un objetivo para los dos, pero tales eran las formas de su providencia que una parte de mí nunca había dudado de que nuestros caminos terminarían corriendo en paralelo.
¿Por qué no le había contado la capacidad del localizador de la espada? Porque ella nunca lo habría aceptado, si lo hubiera hecho. Lo habría visto como un medio de control, un intento de menospreciar su independencia. Quizás incluso hubiera tenido razón al hacerlo, aunque mi propósito principal era simplemente darme una forma de ayudar a un amigo.
Un amigo. Ahí lo he dicho. Lo que tiene maravilla tiene la galaxia dentro de sí, que incluso criaturas como nosotros podemos entretener tales insinuaciones de la humanidad perdida.
Volví a mirar a mi maestro. Contra toda esperanza, todavía deseaba que usara esto como una excusa para lanzar un asalto a gran escala. Si un escuadrón de doncellas nulas se abriera paso al rango de contacto de los defensores de la catedral, entonces la batalla se uniría lo suficientemente pronto, destrozando las perspectivas de cualquier negociación. Mejor reaccionamos ahora, antes de que nuestra mano fuera forzada por los rebeldes.
Valoris entendió todo esto. Debería haber sabido que cambiaría.
-Toma tu lanza- me dijo. **-Encuentra las hermanas. Tráelas de regreso, si puedes. Si no puede, mátalas. No permita que su incursión rompa el alto**

el fuego.
Así fui castigado por mis acciones. Valoris podría haber usado a cualquiera de sus guerreros para alentar a Aleya, pero yo fui el elegido. Fue una crueldad, por supuesto, pero totalmente justificada por mi conducta. Entonces podría haberme reído a carcajadas si estuviera hecho de otro material. Ya podía ver la expresión en el rostro de Aleya. Pude ver la ira allí, la furia justa. Me preguntaba, si se trataba de la prueba, si incluso sería capaz de soportarlo.
Pero era una orden, claramente dada y sin espacio para la ambigüedad. Había sido atrapado en una red de mi propia creación, y todo lo que quedaba era ver el asunto hasta su conclusión.
-Como lo ordenes- dije, por segunda vez.
Me dirigí a mi orden antes de que todos partiéramos. Ya estaban con la armadura completa, preparados para el asalto que nunca había llegado. Le expliqué la misión, enfatizando la necesidad de velocidad y secreto. Debíamos viajar rápidamente, siguiendo las mismas rutas subterráneas que Aleya debe haber tomado para evitar ser detectadas. Cuando matamos, tendríamos que hacerlo en silencio, ya que una vez que la sangre comenzó a fluir, solo sería cuestión de tiempo antes de que el mando de la Hexarquía fuera alertado de nuestra presencia.
-Las encontramos- dije -**las desarmamos, las traemos de vuelta.**
Ravathain, por supuesto, sintió la necesidad de comentar. -**Entonces tienes algún vínculo con estas luchadoras-** dijo.
-Conozco a su líder- dije. **-Ella era, y es, mi amiga.**
Y eso fue más combustible para las miradas acusadoras, el cuestionamiento moderado de cada decisión que tomé. En sus ojos, ya podía ver la condena, qué amigos tienes.
-Pero eso no importa- le dije. -**Tenemos nuestras órdenes, y del propio Capitán General.**
Difícilmente podría encontrar fallas en eso.
Así que partimos, a pie, descendiendo rápidamente a través del tronco de la aguja hasta que pudimos seguir un puente cubierto que conduce a los terrenos de la catedral. Después de eso, seguimos descendiendo, nivel por nivel, hasta que estuvimos en las catacumbas. Ravathain localizó una red de túneles de servicio justo encima de un conjunto de salidas de alcantarillado de la línea principal. Una vez que estuvimos dentro, nuestro

ritmo se aceleró y corrimos a través de la oscuridad en formación apretada.
Nos fuimos en silencio. A pesar de nuestro tamaño y la extravagancia de nuestra armadura, nuestro entrenamiento y el diseño de nuestra placa de batalla significaron que podíamos seguir en un volumen que no fuera más que susurro. Encendimos nuestras cuchillas, y los destellos plateados y dorados se reflejaron en los techos arqueados sobre nuestras cabezas.
Cada paso que dimos trajo más información cayendo en nuestras pantallas del yelmo, proporcionándonos lecturas completas del esqueleto de los túneles, pozos y cámaras encima y alrededor de nosotros. Todo el tiempo, permanecí consciente de una sola runa moviéndose a través de la maraña de miles, la posición de Aleya. Su progreso fue más lento que el nuestro, probablemente porque ya se habían encontrado con el enemigo y tenían que luchar o desviarse para eludir la detección. Dado que no habían tenido mucha ventaja sobre nosotros, y pudimos usar los instrumentos de la vexilla para trazar una ruta más directa, anticipé que las atraparíamos pronto. Mientras corríamos por las regiones directamente adyacentes a los cimientos de la catedral, comencé a calcular nuestro punto de encuentro óptimo.
En esa etapa, todavía teníamos que encontrarnos con cualquier resistencia. Habíamos molestado a muchos de los habitantes habituales del inframundo, que se encogieron de nuevo en las sombras lúgubres cuando pasamos junto a ellos, con sus caras sucias blancas. Incluso ellos debieron haber sido sacudidos en su reino sin luz por la devastación que se había desatado en el Palacio de arriba, y parecían esperar que el mundo se acabara en cualquier momento.
-Firmas de calor por delante- anunció Ravathain a través del vox.
Nos acercamos a la primera intersección donde podríamos forjar un camino hacia los cimientos cavernosos de la catedral. Los túneles, aunque antiguos y en un estado de reparación desmoronado, comenzaron a llevar las características de la fabricación de la eclesiarquía. Llegaron lecturas de locomotoras: primero docenas de ellas, luego muchas más, extendiéndose a través de nuestros esquemas de colores falsos.
-Camino de entrada- ordené, concentrándome en una de las numerosas rutas hacia arriba, después de lo cual la gran cantidad de opciones dadas por los escaneos a distancia de Ravathain se diluyeron. Mis hermanos

inmediatamente cayeron en nuestra formación practicada para el combate cuerpo a cuerpo, conmigo, Halleon y Anonasta tomando la punta de la lanza, Ravathain y Penjad en el centro, y Kleas y Ximander un poco más atrás.
Llegamos a una vieja y ancha escalera de piedra, y la barrimos. En la cumbre había un arco bajo, brillante con algas. Le siguió una cámara abarrotada, repleta de basura y enhebrada con moho negro, la mayoría de los contenidos con sellos Ministorum. Halleon, empujando hacia adelante, empujó a un lado un par de cajas de almacenamiento para revelar una puerta de metal cerrada, que era fácil de forzar.
Después de eso, entramos en la catedral propiamente dicha, solo una de sus muchas subcapillas, y nos dirigimos a las regiones tomadas por las tropas de Ashariel. No pasó mucho tiempo antes de que el primero de ellos apareciera dentro del alcance visual: un grupo de tropas en la librea de la Guardia, totalmente sin preparación para nuestra llegada. Por lo que sabía, tal vez solo llegaron a su estación de guardia unos momentos antes que nosotros. Mientras bajaba la lanza, pensé en los guerreros del mismo regimiento que habíamos asistido en la basílica.
No disparamos nuestros bólters, sino que corrimos cerca para tomarlos, silenciosamente, con nuestras lanzas. Solo uno de ellos logró poner su pistola láser en posición antes de que estuviéramos entre ellos. Todo el encuentro duró unos segundos, y luego dejamos atrás los cuerpos rotos y condujimos hacia arriba a través de portales ahora sin vigilancia.
Siguieron más encuentros de este tipo, todos con los mismos resultados. Matamos en silencio, en todos los casos alcanzando un combate cuerpo a cuerpo antes de que cualquier fuego láser pudiera ser descargado. No se disfrutaba con tales asesinatos, ni con el conocimiento de que estos hombres y mujeres estaban luchando bajo las órdenes de un Sumo Señor. Sabíamos que ignoraban la procedencia de tales órdenes, y nos habría sorprendido tanto vernos venir a por ellos, en fracciones de segundo que tuvieron que calcular la situación, como si fuéramos xenos. Por supuesto, no lo dudamos, ni siquiera por un instante, tan desagradable como fue el trabajo.
Pronto estábamos corriendo a través de espacios funcionales más grandes: bodegas de almacenamiento, viveros, lavanderías, estaciones de procesamiento de basura, salas de calderas. No vi ninguna señal en

absoluto de los Astillados, que debieron haber ocupado estas cámaras durante muy poco tiempo antes de ser barridos. Nos encontramos con sirvientes en túnicas de Ministorum, muchos de ellos en el extremo más bajo del espectro. Huyeron de nosotros, traumatizados por lo que ya había sucedido, haciendo la señal del aquila en espasmos de autoprotección. Los ignoramos. Algunos servidores llevaban a cabo sus tareas en tonta ignorancia. Solo cuando nos encontramos con pandillas de tropas armadas de los regimientos de Ashariel, y no había posibilidad de evadirlos, matamos. Hicimos esto con la mayor moderación y sigilo posible, sabiendo que no podíamos arriesgarnos a que se disparara la alarma. Si fuéramos detectados y las señales llegaran al mando de Haemotalion antes de que pudiéramos lograr nuestra extracción, todo esto sería en vano.

En todo momento, monitoreé el progreso de Aleya cuidadosamente. Para entonces, nuestros caminos convergían rápidamente, y pude ver que nos encontraríamos rápidamente si subíamos un solo nivel y nos dirigíamos a lo que parecía ser una especie de sala de refectorio. Di la orden y Ravathain localizó una escalera de caracol que nos condujo allí directamente.

Incluso cuando cerré en el primer paso, escuché gritos desde el frente. En medio de los innumerables olores de ese lugar: el liquen en la piedra, el olor a humedad de los gabinetes cerrados, el incienso rancio todavía impreso en las túnicas colgantes, recogí la espiga metálica de la sangre derramada. Subimos corriendo la apretada escalera, nuestros protectores de hombros raspando la piedra, antes de salir a la cámara del refectorio de arriba. Este era un espacio mucho más grande que los de abajo: piso de tejas de veinte metros de largo, con un alto techo de vigas de martillo y luces de suspensión. Largas mesas y bancos de metal yacían en una gran confusión, muchos cubiertos con asesinatos recientes, todos destellando con fuego láser reflejado. A nuestro lado derecho, cuando salíamos, había otro amplio tramo de escaleras, sobre el cual se estaba produciendo una lucha unilateral. Dos docenas de soldados en colores guardia de Hajada se retiraban a gran velocidad, disparando constantemente a través de su prisa por escapar. Incluso mientras observamos, fueron derrotados por guerreras mucho más grandes.

La tasa de matanza fue admirable, la precisión igualmente. Había observado la destreza de combate de Aleya dos veces antes. En ambas

ocasiones, había luchado estrechamente junto a ella, pero presenciar la exhibición allí me reforzó lo letal que era la Hermandad, no solo en su aspecto de asesinas de demonios y buscadoras de brujas, sino también en el arte puramente físico del combate. Todas llevaban grandes espadas, usándolas a dos manos. Tales espadas eran enormes, y podrían haber sido engorrosas si no hubieran sido empuñadas con tal logro. Así las cosas, cada una de ellas bailó a través de su presa aterrorizada, la luz de las velas se encendió en su armadura de bronce y plata mientras el metal se inclinaba y golpeaba. Como siempre, lucharon en silencio, haciendo que los sonidos de sus asesinatos fueran inquietantemente asimétricos.

Ninguno de los guardias de Hajada llegó a la cima de las escaleras. Las Hermanas siguieron adelante, cargando por encima del umbral y más allá de la vista. Corrimos tras ellas, subiendo la escalera tres escalones a la vez, cerrándonos rápidamente.

Mi corazón comenzó a latir más rápido. No creo que ninguna de las Hermanas haya notado que salimos detrás de ellas, por lo que habían estado intentando seguir adelante. Incluso si lo hubieran hecho, no habrían regresado ahora, ya que su requisito de velocidad se había vuelto crítico.

Habían detectado lo que habíamos detectado. No había esperado encontrar tanta resistencia hasta ahora, pero, por supuesto, el enemigo no era estúpido: desde el aterrizaje se habían apresurado a reforzar su perímetro, empujando a las fuerzas hacia la guarnición de los muchos puntos de entrada en el poroso vientre de la catedral. Entonces, incluso cuando corrí tras Aleya y sus compañeras guerreras, la posibilidad de retenerla se desvaneció en la imposibilidad. Cualquier cosa que Valoris hubiera esperado en términos de anonimato estaba a punto de desaparecer. Supongo que podría haber retrasado la decisión de retirarme para que nuestra participación no fuera más conocida, pero incluso si me hubiera inclinado, las variables eran demasiado inexactas para emitir tal juicio. Estábamos aquí, ahora, por orden del Capitán General, y tendríamos que reaccionar como dictaba la realidad del campo de batalla.

Mis hermanos nunca perdieron el ritmo. Sabrían lo que deseaba de ellos solo por mis acciones, pero, para evitar dudas, de todos modos expresé la orden.

-Astartes lecturas- fue mi mando, el único que podría haber dado. **-Participar y destruir.**



ALEYA XXIV

Incluso en el refectorio lo había escuchado: el zumbido revelador de los servos rechinando, el pesado crujido de las botas de ceramita golpeando el hormigón. Se movían tan rápido como nosotras, solo sus huellas eran mucho más pesadas, y había muchas de ellas, que se agrupaban delante de nosotras en la cima de la escalera de salida.

Subimos las escaleras para encontrarnos con ellos, barriendo nuestras grandes espadas a nuestro alrededor, creando el impulso para chocar contra ellos a toda velocidad. A diferencia de las tropas de la Guardia, cuyas descargas láser podíamos evadir o detener, sabíamos a lo que nos enfrentaríamos ahora: una tormenta de proyectiles bólter, seguidos de espadas tan mortales como las nuestras, y armaduras que eran mucho más gruesas. Mientras aceleraba, escuché las pisadas más suaves detrás de nosotras, y supe instantáneamente de quién debían ser.

No lo dudé. Los Marines Espaciales sabían que estábamos allí, y nos hubieran cortado en pedazos si hubiéramos disminuido incluso una fracción. Subí a la cima, girando sobre mi eje y arrojando mi cuerpo. Mientras lo hacía, el mundo estalló en un huracán de luz y furia sonora. Los rayos pasaron silbando, los emisores de voz tronaron, y nos chocamos el uno con el otro en un primer incendio y rabia.

De todos los recuerdos fragmentarios que tengo de esos momentos intensos, fue el olor de ellos lo que me queda. Los Legionarios Negros del *Pesar del Corazón* habían apestado a corrupción, rezumando de ellos como lodo. Estos tenían un aroma diferente: una espiga carbonizada, como carne carbonizada o metal chamuscado, que no es asquerosa en la forma en que un traidor es asqueroso, sino acre y astringente, un aguijón amargo para los sentidos.

Frente a ellos era como tener el cuerpo de uno golpeado contra una pared, una y otra vez. Eran una tormenta de movimiento, una masa borrosa que parecía estar en todas partes a la vez, rugiendo, golpeando, martillando.

Diez de ellos habían venido, extendidos y cargando, la mayoría armados con armas afiladas y pistolas. Dos portaban espadas de cadena, y dos más tenían puños de poder crepitantes. Su armadura de color negro bronce era muy similar en aspecto a la nuestra, excepto por el tamaño de la misma. Estábamos saltando sombras.
En esos primeros segundos, nuestra única oportunidad era usar nuestra velocidad, confiando en el barrido de nuestras grandes espadas para infligir daño mientras evadimos su respuesta. Salté al más cercano, un bruto con un puño forzado, y mi espada se estrelló. Sentí temblar a la ceramita, pero su puño se cerró. Me agaché, alejándome, girando para otro golpe, y él vino detrás de mí. Necesitaba estar cerca, para que no me disparara con su pistola, así que empujé hacia atrás, mi espada giraba. Se enganchó en algo, una toma de cable, tal vez, pero no mordió profundamente.
Nunca vi el golpe que me golpeó. Lo había protegido, sin duda, o tal vez la velocidad era demasiado grande.
No tengo palabras sobre cómo se sintió, recibir el golpe del puño de un marine espacial, envuelto en energía disruptiva y propulsado con el máximo veneno. Mis sentidos desaparecieron en una negrura de sangre, arrancada de cualquier noción de gravedad o lugar. Tuve una vaga impresión de ingravidez, luego de velocidad vertiginosa, antes de chocar contra un pilar a varios metros de donde había estado luchando.
De alguna manera me aferré a mi arma. Luché por levantarme, dar sentido al entorno que me rodeaba, defenderme del inevitable seguimiento. Mi visión estaba borrosa, pero recuerdo las impresiones congeladas de ese espacio lleno de gente: Erynia golpeando a un Minotauro con una deslumbrante exhibición de esgrima; Tali-Sha luchando con su espada de combate; Lethiel tendida en el suelo, su armadura perforada con cráteres, antes de que todo fuera arrastrado por la marea de oro.
Lo admitiré, con los dientes apretados, cuando llegaron, los Custodios eran magníficos. Podía burlarme de ellos, y no me gustaban, y creer que sus mentes estaban encerradas en estasis infantil, pero esta era la verdad: eran lo mejor que teníamos. Reducidos al combate físico, sin éter que nublara su juicio y requiriera nuestra ayuda, fueron el pináculo de todo lo que la humanidad alguna vez haya creado o crearía como arma.
Lucharon tan silenciosamente como lo hicimos nosotras, sin grito de batalla ni desafío declarado. Sus espadas estaban vivas con destellos de

fuego plateado, su llegada coronada con una lluvia abrasadora de proyectiles. Era imposible saber cuál de ellos era cuál, ya que sus extremidades estaban manchadas por la velocidad, de modo que parecían más como ondas de energía que creaciones ligadas a la materia. Eran brutales, despiadados, inmaculados.

Otro enemigo podría haber sido barrido por tal carga. Otro enemigo podría haber intentado huir, o tal vez demandar por misericordia. Pero se trataba de Adeptus Astartes, y el pensamiento nunca habría entrado en sus mentes monomaníacas y psicopedadas. Lucharon de vuelta, conduciéndose a un frenesí aún más alto. Si antes habían sido brutales, ahora estaban locos. La tormenta de oro estalló contra una pared de bronce, y el impacto sacudió la cámara hasta sus cimientos.

Me puse de pie, deseando que mi mente se despejara, y volví tambaleante al combate. El Minotauro que me había derribado ahora estaba encerrado en combate con un Custodio. Su yelmo de cabeza de toro se rompió, dejando al descubierto la carne blanca como el hueso. Lanzó un golpe con su puño de poder, bañándolos a ambos con deslumbramiento y comprobando el avance del Custodio. Una lanza de guardián giró, lacerando a través de la placa del pecho del Minotauro, pero aún así el Marine Espacial seguía llegando, abriéndose con su pistola a quemarropa y rasgando una gubia en la auramita del Custodio.

Un segundo Minotauro surgió repentinamente del humo balanceando su bólter para disparar. Me lancé, cerrando la brecha entre nosotros en un instante y volviéndome a involucrar. Todavía estaba errática, mis extremidades parecían agua, pero le golpeé, desequilibrando al Minotauro y haciendo que su golpe fallara. Se volvió hacia mí, empujando el bólter en mi garganta. Me alejé cuando se disparó, y sentí el ruido del proyectil aullando a mi lado antes de detonar contra la pared más allá. Apuñalé hacia atrás, cortando una armadura a la altura de la rodilla, antes de que su otra pierna pateara los pies debajo de mí. Noté que su bota se alzaba por el sello, y me alejé rodando por debajo de ella, enroscándome antes de volver a ponerme de pie.

Mis sentidos estaban volviendo. Toda la cámara estaba siendo demolida. Vi a un Minotauro volando por el aire a la altura de la cintura antes de estrellarse contra una columna, rompiéndolo en una floración de escombros. Vi a un Custodio arrastrado por dos Minotauros, su columna

vertebral retorcida en un ángulo imposible, los tres con membranas de líneas de descarga de plasma. Vi a Govannia luchando con fuerza, su forma casi medio perdida en nubes de cordita, y Rova enfrentando a un Minotauro junto con un Custodio que lanzaba una lanza.
Mi oponente vino detrás de mí, disparando una nueva extensión de rayos. Me escabullí de su camino, aunque uno golpeó mi hombro, arrojándome contra la pared y rompiendo la piedra. Sentí sangre salpicando contra el interior de mi yelmo cuando mi cabeza se rompió, pero ya estaba girando hacia atrás, mi espada sostenida con las dos manos.
Tenía que cerrar rápido, o ese bólter me mataría. Me tambaleé a través de la lluvia de proyectiles, manteniéndome bajo y empujándome hacia arriba mientras me acercaba al alcance de la espada. Fui por su cuello y él golpeó con su arma para parar. La Espada Somnus talló a través del bólter, explotando en chispas cuando la mecánica quedó expuesta.
Le devolví el golpe, abriéndole el brazo y luego lanzándome a su pecho. Agarró la hoja con su mano libre, apretando los dedos alrededor del metal, listo para lanzarla.
Quizás esa hubiera sido una maniobra plausible, si la espada hubiera sido otra. Tal como estaban las cosas, el antiguo borde monomolecular atravesó su armadura, y cuando lo retiré de su agarre le corté los dedos en la base. La sangre salpicó entre nosotros, manchando sus lentes de yelmo. Me di la vuelta otra vez, aumentando la velocidad y el impulso. Extendió la mano hacia mí, a punto de aplastar la culata de su bólter contra mi cara. Sin embargo, ya estaba comprometido, y la Espada Somnus se movió horizontalmente, manteniéndose plana, silbando transversalmente para cortar a través de su casco y penetrar en la carne debajo. Barrí la espada por el otro lado, lancé trozos de hueso y carne al aire y arranqué la cúpula de su yelmo. Tuve una breve visión de la piel y la materia del cerebro, oscuras con glúteos de sangre, antes de que todo su cuerpo blindado se derrumbara, cayendo hacia adelante para aplastarme bajo su inmenso bulto.
Fue todo lo que pude hacer para extraerme, retrocediendo rápidamente y saltando a un lado cuando su peso muerto cayó al suelo. Jadeando con fuerza, me puse de rodillas, levantando mi espada una vez más para enfrentar al próximo enemigo.

Pero ya había terminado. A pesar de toda su locura, su salvaje desenfreno, la tormenta había estallado. Quizás esa era la forma en que debía ser, ni siquiera los semidioses en esa habitación podrían haber mantenido ese nivel de agresión durante mucho más tiempo.
Un custodio cojeó hacia mí, su armadura rota y maltratada. Mientras se acercaba, se quitó el yelmo, y solo entonces vi que era Valerian.
-Vives- dijo, aunque no estoy segura de si estaba hablando conmigo o simplemente comentando el hecho para sí mismo. Parecía aliviado, en cualquier caso.
A pesar de todo, también me complació verlo.
<<Así que ya ves>> Señalé, bruscamente. *<<La próxima vez, corre más rápido.>>*
Siempre supimos que nuestras posibilidades de llegar a Slyst eran escasas. Habíamos visto a las fuerzas reunidas en los muchos sitios de la catedral, y sabíamos su calibre. Nuestra mejor oportunidad había sido entrar tranquilas, trazando la ruta más directa a través del laberinto de edificios interconectados antes de que las defensas pudieran establecerse por completo. También habíamos hecho un buen progreso, abrazando las sombras, eligiendo caminos que rara vez se pisaron, abrumando cualquier resistencia que encontramos y luego corriendo hacia adelante antes de que nuestra presencia pudiera ser descubierta.
Habíamos confiado en la providencia para guiarnos. Si hubiéramos muerto en el intento, que sabíamos que era probable, al menos habríamos intentado. También creí que nuestro intento podría haber precipitado una crisis entre los dos ejércitos uno frente al otro, desencadenando una respuesta de ambos lados. Si pudiéramos encender un fuego, uno que generara una confusión más amplia, entonces aún podríamos usarlo para obtener lo que realmente deseamos.
Todo eso fue quitado de nuestras manos. Valerian nos alcanzó y, por lo tanto, nunca descubrí lo que podríamos haber hecho si nos hubiéramos enfrentado a esos Minotauros sin ayuda. Sufrimos lo suficiente incluso con nuestros aliados a nuestro lado, y sigue siendo probable que todos hubiéramos muerto en esa cámara. Y, sin embargo, a pesar de todo eso, la presunción todavía irrita. No podríamos quedarnos solas, ni por un momento, ni siquiera por nuestros aliados.

Después de la lucha, descubrí que Lethiel había sido asesinada. Tali-Sha había sido tan herida que no pudo continuar. Uno de los custodios, llamado Penjad, también estaba muerto, el que había visto ser arrastrado por dos Minotauros a la vez. Todos los que sobrevivieron habían sufrido daños, algunos de ellos agudos. Yo misma sentí la herida en mi hombro que me obstaculizaba, y solo pude realizar la costura mecánica más rudimentaria para evitar que se abriera nuevamente.
Sabíamos que no teníamos mucho tiempo. Ninguno de los Marines Espaciales había salido de la cámara, pero seguramente habrían enviado una advertencia antes del final. Todavía estábamos a cierta distancia del cúmulo central de naves, donde supusimos que los Altos Señores se habían reunido, y nuestra cobertura ahora estaba reventada.
-Entonces, ¿por qué viniste?- Señalé a Valerian.
-Me lo ordenaron- respondió, tan sinceramente como siempre. -**Y debo decirte que no puedes continuar.**
Y eso fue todo, entonces. No había llegado para ayudarme. Había venido a llevarme, como un perro con correa. Incluso en mi estado debilitada, fui capaz de registrar mi disgusto.
<<Vayase al infierno>> luego, volví a señalar, agregando una función improperial que no tiene una traducción verbal fácil.
No reaccionó a eso, por supuesto. *<<Te has topado con algo más grande de lo que sabes. El destino de todo el Consejo está en juego.>>*
<<Vi las transmisiones>> señalé. *<<No hace ninguna diferencia.>>*
<<Debería hacerla. Slyst está protegido. No puedes esperar alcanzarlo.>>
Esto fue despectivo. Si una fallida pandilla de Altos Señores deseaba ir en contra de la voluntad del primarca, entonces estaban condenados a muerte en desgracia. Había pasado suficiente tiempo en la compañía de Guilliman para saber que tal insurrección no sería tolerada. Lo que no entendí es por qué aquellos leales al primarca mantenían su mano, cuando el deber exigía una retribución inmediata. ¿Éramos los únicos preparados para actuar? Si es así, ¿por qué en el nombre del Trono estaban tratando de recuperarnos?
Valerian intentó justificarme, pero me di cuenta de que su corazón no estaba en eso.
<<La Hexarquía dirige fuerzas mayores que las nuestras>> me dijo. *<<Han sometido a un ejército entero que debería haber defendido al Consejo. Si*

nos enfrentamos ahora, corremos el riesgo de devastación en un momento en que ya estamos débiles.>>
<<Podrías hacerlo, si lo deseas>> señalé. Había visto a los Adeptus Custodes en guerra, y sabía de lo que eran capaces. Incluso un Capítulo completo de Marines Espaciales, respaldado por miles de tropas y armaduras aliadas, no debería haberles hecho pausa.
Valerian también lo sabía. El quería actuar. En esos breves momentos de combate, lo había vuelto a ver cómo podía ser, cuando las leyes lo liberaron. Me preguntaba qué tan fuertes deben ser las cadenas para mantener toda esa energía encadenada.
Saqué mi gran espada y la sostuve entre nosotros. Todavía estaba en perfectas condiciones, no con muescas a pesar de haber sido atravesada a través de una placa sólida.
<<No volveré>> le dije. *<<Ahora no. ¿Dices que se arriesga la devastación? >>*
<<No fuerces mi mano.>>
<<Si lo alzas contra nosotras, le mataré.>>
Nos miramos el uno al otro durante mucho tiempo. Es una cosa curiosa, llevar a cabo tal baile de amenazas usando solo gestos. Era apenas menos experto que yo en transmitir matices a través de Marcaideas y, sin embargo, allí estábamos, en medio de los restos de la cámara, en medio de los cadáveres aún calientes, gesticulando en un beligerante silencio.
Puede sentir que estaba arriesgándome, haciéndole frente a él entonces. Difícilmente podríamos habernos defendido, si hubieran optado por detenernos, o incluso por acabar con nosotros. En el último caso, hubiéramos tenido la suerte de llevarnos uno más con nosotros.
Pero tenía una gran esperanza: que el Capitán General había errado al enviarme a Valerian. Cualquier otro miembro de su orden podría haber sido inmune a las sugerencias, pero ya habíamos luchado juntos, nosotros dos, y eso nos había dado un vínculo inquebrantable. Ir a Vorlese había sido un riesgo, tomado en contra de las órdenes.
Estábamos profundamente dentro del territorio enemigo para entonces, mucho más allá de lo que posiblemente podría haber contado como terreno neutral. El cable trampa se había activado, y seguramente ya deberíamos haber sido detectados, lo que hace que su misión sea inútil. Me imaginé que la lucha para atacarnos ya había comenzado, sin duda con

un mayor número de Minotauros, todos luchando por los largos pasillos internos, sus mentes psico endurecidas preparándose para la matanza que ansiaban.

No podíamos quedarnos donde estábamos. Retroceder era tan peligroso como avanzar. Cada fragmento de información que pudimos reunir aquí ayudaría a las tropas de Valoris en el exterior.

Yo no volvería.

<<Entonces se trata de esto>> señalé*. <<Voy a entrar. ¿Estás conmigo, Valerian, o te negarás para siempre a cruzar el umbral?>>*



JEK XXV

Estábamos destinados a la destrucción, a la aniquilación de todo lo que había creído, y no podía hacer nada al respecto. Derrem nunca se apartó de mi lado, y su mano nunca se apartó de su arma. A pesar de todas las protestas de observar el rango, estaba tan prisionera como si me hubieran sujetado con hierro.

Me hicieron presenciarlo todo, cada doloroso momento de tortura legal. Las discusiones en la sala del consejo continuaron por lo que pareció una época. En verdad, el problema entre las dos partes fue simple, aunque su resolución no lo fue. Haemotalion contaba con que los Custodios permanecieran distantes mientras el Palacio en sí no estuviera amenazado, por lo que tuvo cuidado de no hacer ningún aterrizaje cerca de él. Los Diez Mil eran la única fuerza en Terra que posiblemente podría haber tomado el ejército que había reunido, al menos a corto plazo, pero incluso sin que actuaran, el peligro para la Hexarquía era aún grande. Tarde o temprano, Guilliman se enteraría de la rebelión. Para el momento en que lo hizo, Haemotalion tendría que haber asegurado una base legal para su nueva dispensación, una tan universal y tan respaldada por una fuerza abrumadora de armas, que podrían atreverse a enfrentar al primarca.

En cuanto al Consejo de Reforma, tal como eran, las cosas no eran menos peligrosas. Habían perdido a los miembros más capaces de controlar la máquina de guerra imperial en expansión, y en un momento en que todos los tendones se estiraban para abastecer a Indomitus, por lo que todos sabían que no habría una oleada de fuerzas leales de regreso al Mundo del Trono. Los nuevos nombrados por el Consejo, como Roskavler y Throde, simplemente no tenían las profundidades de patrocinio en Terra que necesitaban para sentirse seguros. Si fueran depuestos con el precio de mantener la paz, entonces pocos se levantarían para defenderlos. Todo lo que se necesitaría para asegurar la victoria para Haemotalion era una deserción o dos, o incluso una señal de Valoris de que los Adeptus

Custodios mirarían para otro lado mientras el Consejo se reconfiguraba, y eso impedía que los leales atacaran por sí mismos.
Después de un período de regateo interminable en el que poco se logró, finalmente fui despedida. Para entonces, Pereth también había sido convocada por alertas desde el puente de mando. Cuando nos fuimos, Haemotalion y Slyst emprendieron el doloroso negocio de llegar a un acuerdo con Valoris y Roskavler, imágenes de hololitos negociando con imágenes de hololitos.
Regresamos al abarrotado estrado del trono. Los consejeros y ministros de Pereth estaban agrupados alrededor de la estación de mando principal. Parecían más agitados que antes. Las luces de advertencia destellaron a través de una gama de lentes de consola, y los ordenanzas corrían de aquí para allá entre las estaciones tácticas con mayor urgencia. Derrem parecía dispuesto a posicionarme cerca de todo eso, aunque, por supuesto, no lo suficientemente cerca como para intervenir.
No me llevó mucho tiempo ver por qué. A través de los espectadores reales, pudimos ver a la *Falange* acercándose. Cuanto más se acercaba, más se hacía evidente su inmenso tamaño. El *Excelsis Cruor* era un acorazado mortal, uno que tenía el poder de dominar mundos enteros en circunstancias normales, pero la *Falange* era una raza aparte. No era una experta en guerra naval, pero incluso yo podía ver el volumen de armas que la estación podía llevar. Algunos estaban claramente dañados más allá del uso, pero dudaba que todos lo estuvieran.
-Es un farol- anunció Pereth con calma, tomando su lugar en el trono y agarrando un cetro de control. -**Nuestra evaluación de su capacidad sigue siendo precisa: si nos involucran, se destruyen a sí mismos.**
Eché un vistazo a las lecturas tácticas de augur. Las palabras de Pereth estaban aseguradas, pero sus órdenes contaban otra historia. Los activos navales enviados para supervisar los desembarcos en el hemisferio sur ahora corrían para reforzar nuestra posición. Ya una flotilla de destructores se había acercado al *Excelsis Cruor,* las armas se agotaron y las unidades de plasma se activaron.
Derrem no regaló nada. Me preguntaba si lamentaba haber quedado atrapado en todo esto. Su presencia continua como mi sombra, dado lo que estaba en juego, me hizo cada vez más irritable.

-Te has extralimitado- le dije, hablando en voz baja para que solo él me escuchara. -**Guilliman trajo el fuerte estelar de regreso por una razón.**
Derrem miró al frente. -**Siempre fue un símbolo, pero no mucho más-** dijo, haciendo un trabajo encomiable de parecer convencido. -**Al igual que todo lo que hizo.**
Eché un vistazo a las muchas otras pantallas tácticas. Vi que la acumulación de buques de guerra continuaba: dos escoltas más llegaron incluso mientras observaba, deslizándose debajo del *Excelsis Cruor* y ocupando estaciones defensivas.
Otras pantallas mostraban despliegues en la catedral. Vi los marcadores de los Puños Imperiales moverse hacia lugares adelantados, sombreados por divisiones de los Centinelas Palatinos. Lo más importante de todo, los Custodios también se habían mudado. Todavía no estaban en posición de ataque, pero estaban asegurando de manera constante e inequívoca las ventajas de las cuales pronto sería posible un ataque completo.
-Lejos de los símbolos- le dije a Derrem, con la esperanza de incitarlo. -**Ya estás condenado. Si tienen que destruir todo para purgarte de ese lugar, lo harán.**
-Podrías ser una aliada de esta administración, canciller- respondió Derrem. **-Cuando obtiene lo que desea, puede servirlo. Otros ministros han hecho lo mismo.**
Sonreí dulcemente, sabiendo que muchos ojos, tanto naturales como artificiales, bien podrían haber estado fijos en nosotros. -**Moriría primero-** le dije calmadamente. -**Y, mientras viva, me aseguraré de que la justicia te siga. Te veré terminado, Capitán Derrem, y me complacerá mucho grabarlo.**
Su párpado izquierdo parpadeó un poco. Eso lo hizo callar, al menos por el momento.
Para entonces, incluso Pereth se estaba volviendo menos segura. La *Falange* seguía llegando, hinchándose más y más. No tenía escoltas de importancia, pero nunca las había necesitado. Toda su corona superior estaba iluminada, lo que desmiente los rumores de su senescencia. No pude interpretar sus movimientos más que una colisión inminente.
-Escudos vacíos activos- ordenó Pereth. -**Preparen el costado, advirtiendo dispersión. Informe al señor Ashariel de la situación. Enviar advertencias.**

Siguió llegando. Más naves del Grupo de batalla Eterna tomaron sus lugares. Pronto, la mayoría de la flota de Pereth nos rodeó en el vacío, totalmente equipada y lista para liberar su poder de fuego. Tuve que reconocerlo a la Alta Señora Almirante, ella había reunido una flota formidable. Si solo lo hubiera usado como le había pedido, entonces era difícil pensar que la insurrección, de cualquier tipo, seguiría siendo un problema.
Ashariel se unió a ella en el trono de mando, escoltado por dos de sus enormes guardianes Minotauro. Se paró junto a Pereth, observando cómo el fuerte estelar se deslizaba fuera de la oscuridad.
-No pueden lograr nada con esto- le oí decirle. -**Valoris continúa hablando. No tiene voluntad de actuar.**
-Valoris no manda esa estación- respondió Pereth con cautela. **-Emitir dispersión de advertencia.**
La cubierta retumbó bajo nuestros pies, y más de veinte buques de guerra soltaron sus macrocañones, arrojando una tormenta de proyectiles que matan naves al vacío. Todos fueron enviados muy lejos de la marca, pero la pantalla fue impresionante.
La Falange continuó avanzando.
-Sería una locura participar- sostuvo Ashariel. Su confianza sonaba inventada. **-Ellos lo saben. Mantén la posición.**
Pereth sonrió sombríamente y supe lo que significaba esa sonrisa. La *Falange* fue una instalación de la Primera Fundación, una que había servido al Imperio durante diez mil años. Incluso si pudiera destruirlo, sería su nombre estaria en los anales para siempre, y el Adeptus Astartes no lo olvidarían.
-Deberías mirar a tus despliegues también, mi señor- fue todo lo que dijo.
Para entonces, los Puños Imperiales también avanzaban por el suelo. Desde nuestras lentes tácticas, pude ver a sus escuadrones delanteros moviéndose más allá de la línea establecida en las negociaciones. Los augures ubicados en las torres de la catedral incluso nos dieron imágenes visuales: los Land Raiders y Rhino transportaban hasta los bordes del territorio reclamado. Se estaban mudando. A pesar de la gran disparidad en los números, seguramente tenían la intención de atacar.
-Garadon se dispone a atacar- murmuró Pereth.

-Un engaño- respondió Ashariel, inmóvil. **-Aplicar presión. No tienen los números para atacar.**
Los custodios seguían conteniéndose. Tomaría solo unos minutos una lucha junto a los Marines Espaciales.
¿Realmente lo decían en serio? ¿Podrían tomar esa catedral sin absorber pérdidas ruinosas? Lo dudaba. Las fuerzas de Ashariel fueron excavadas, apoyadas por artillería pesada y armaduras, respaldadas por los tanques y naves de combate del Adeptus Astartes. Sobre todo colgaba el transportador de asalto *Daedelos Krata*, capaz de enviar castigos orbitales a cualquier fuerza lo suficientemente despreocupada como para atacar a la intemperie.
La *Falange* continuó avanzando.
-¿Cuánto tiempo antes de que entremos al alcance de la lanza?- Preguntó Pereth al maestro de artillería.
-Siete minutos, señora- fue la respuesta.
-Mantente firme- le advirtió Ashariel.
-Informe a Haemotalion- ordenó ella, ignorándolo. -**Dile que están rompiendo la formación.**
Mis palmas comenzaron a picar.
-Mantente firme- dijo Ashariel nuevamente.
-Prepare la solución de disparo, golpe principal en la corona de control de la *Falange*- ordenó Pereth, su voz hueca.
La *Falange* continuó avanzando.
-A mis órdenes-. dijo Pereth.
Estaba tan absorta por el drama en desarrollo que apenas noté a Derrem. Entonces me sentí como si estuviera solo entre el resto de ellos, un mero espectador dentro de una corte de herejes, destinada a estar allí cuando se desatara el apocalipsis, pero sin poder para evitarlo. Entonces, cuando me habló sin querer, la primera vez que lo hizo desde nuestro primer encuentro dentro del Palacio, me sobresaltó.
-Canciller- dijo, suavemente. -**Tuviste grandes problemas para llevar tu comunicador contigo. Me sorprende que aún no haya intentado usarlo.**
Reprimí el impulso de volver la cabeza. Una rápida mirada de reojo reveló que el Capitán Derrem se veía bastante diferente. Como si un interruptor hubiera sido accionado, su expresión ahora era más dura, y había una luz en sus ojos que solo podía haber sido... entusiasmo.

-¿Qué quieres decir?- Susurré. Nadie nos estaba prestando atención.
-No seas tonta- dijo, sin dejar de mirar a los espectadores. -**Trabajamos por la misma causa. Deseaba participar en esto. Ahora usted puede. Te daré dos palabras. Repítalos a tu contacto.**
Cada instinto me dijo que hiciera exactamente lo que él advirtió. Me habían tomado por sorpresa, de repente tuve mil preguntas. Quería preguntarle al Capitán Derrem quién era, a quién respondia, qué sucedía en nombre del Trono.
Pero el momento fue agudo. Sabía de la cuenta de comunicación. Debe haber sabido quién me lo había dado. Las armas pronto abrirían fuego. No había lugar para equívocos.
Abrí el enlace e hice lo que me ordenaron. No esperé una respuesta, ni embellecí la comunicación con nada más que las dos palabras que me dio. Después de enviar el mensaje, hablando tan suavemente como me atreví, cerré el enlace y volví a Derrem.
Solo que el Capitán Derrem ya no estaba allí. En verdad, Derrem nunca había estado allí. Derrem era una ficción, muy buena, pero no obstante una ficción. Todo lo que quedaba, donde acababa de estar parado, era un hilo de seda en la cubierta a mis pies, un simple giro de tela que flotaba en las corrientes de aire.
Entonces volví a mirar hacia arriba.
Y eso es cuando sucedió.



VALERIAN XXVI

Mi elección fue tomada. En verdad, nunca había habido una alternativa. Todos estábamos desempeñando nuestros roles asignados para ese entonces, colocándonos en las posiciones que mayores poderes habían hecho inevitables.

Aleya sostiene que fueron sus poderes de persuasión los que nos llevaron a los dos al altar mayor de la catedral. Por supuesto que deseaba ayudarla, eso es cierto, y hubiera sido una prueba de lealtad resistir sus mandatos, aunque sigue siendo el caso que, en general, sus argumentos no habrían sido suficientes.

Pero no solo estaba hablando con ella. Mientras debatía con Aleya en Marcaideas, también hablé con Ravathain a través del enlace de voz cerrado de nuestra cámara.

-La orden sigue siendo la misma- me advirtió, tan predecible como siempre.

-La orden era salvaguardar el alto el fuego- respondí. -**Podemos hacerlo igual de bien acercándonos.**

-Valoris lo dejó claro.

-Te vi pelear, una vez, vexillus. Entonces vi el fuego en tu alma, así que no finjas que todo lo que vives es el orden-. Para entonces, ya había tenido suficiente de este pequeño juego. Las protestas de Ravathain siempre se habían colocado cuidadosamente dentro de los límites de la cortesía, siempre presionadas lo suficiente como para evitar acusaciones de deslealtad, pero las había visto hace mucho tiempo. **-Revisé los registros. Estabas en Ferrum Raptoris cuando Valoris estaba. Justo antes de su regreso, justo antes de su asignación a la Cámara Argenta, justo antes de que obtuviera el honor del primarca.**

No dio respuesta.

-Primero pensé que te había enviado para mantenerme bajo control, para probar mi resolución en cada momento- dije. -**Pero entonces, debe**

haber sabido que la resistencia solo aumentaría mi determinación de actuar. Eras mi florete, Ravathain. Has jugado bien el papel.
Aun así, no dijo nada.
-Me colocó aquí- dije. -**Y ahora empiezo a darme cuenta de que él también ha colocado a muchos otros donde deben estar. El reconocido maestro de los Juegos de Sangre, y este es el mejor, tal vez, que jamás haya ideado.**
Fue en ese momento que Aleya me dio su ultimátum.
<<¿Estás conmigo, Valerian, o siempre te negarás a cruzar el umbral?>>
Respondí en voz alta, hablando con ella y con Ravathain al mismo tiempo. La decisión fue mía, tomada sin la presión de ninguno de ellos, pero en el conocimiento final de lo que el Capitán General siempre había querido, no para Terra, sino para mí.
-Permanecemos ocultos- dije. -**Evitamos el combate, no hacemos nada más para forzar su mano. Si llegamos a la cúpula central, observamos. Eso es todo. Cuando llegue el momento para más, lo determinaré.**
Aleya al menos parecía complacida, si sorprendida. Ravathain simplemente se inclinó, aunque siento que no estaba menos satisfecho, en el fondo.
Y después de eso, corrimos.
A medida que avanzábamos, pude ver claramente por mis sensores de armadura que las fuerzas de Valoris finalmente habían comenzado a moverse. Si eso fue un avance genuino o una finta diseñada para ejercer presión sobre las negociaciones, nos dio una pequeña oportunidad.
Ya estábamos bajo presión. Los sensores avanzados de Ravathain nos ofrecieron una ventaja, ya que podríamos rastrear a nuestros enemigos de manera más efectiva que ellos, pero aun así evadirlos sería un desafío.
Dejamos atrás a los muertos y nos dirigimos hacia el corazón del complejo. Una de las hermanas de Aleya no vino con nosotros, sus heridas eran demasiado grandes para continuar, e hicimos todo lo posible para ocultarla. No pudimos hacer nada por Penjad: lo dejaron donde había caído.
Pronto Ravathain nos dijo que se acercaban señales adicionales. Parecían provenir de todas las direcciones: arriba, abajo, atrás, adelante. Sin embargo, nos guió bien en esos preciosos primeros momentos. Salimos de las cámaras habitadas utilizadas por los sacerdotes y su personal, y entramos en pasillos auxiliares y zonas de mantenimiento que

generalmente solo usan los servidores. A partir de ahí, subimos rápidamente, ascendiendo a través de caminos y pasajes ocultos, yendo tan seguro como lo permitieron los superlativos sondeos augurios del vexillus. Los sonidos de la búsqueda hacían eco detrás de nosotros todo el tiempo, brotando a través de los muchos ejes, aunque los superamos. Los defensores de la catedral aún no conocían su entorno y fueron menos seguros.

Por todo eso, nunca estuvimos libres de peligro. Podíamos escucharlo a nuestro alrededor: el bajo gruñido de los vehículos blindados que merodeaban por las principales cámaras de abajo, el ruido constante de los pies corriendo, el auge de las cañoneras sobre los muchos techos. A pesar de los mejores esfuerzos de Ravathain, hubo ocasiones en las que nos vimos obligados a romper la cubierta y salir a la intemperie, atravesando parapetos expuestos o dejándonos caer en cámaras ocupadas.

Luchamos cuando tuvimos que hacerlo, aunque solo para silenciar a aquellos que podrían haber revelado nuestra posición. En todos los casos, estos eran miembros de la Guardia Imperial, y la lucha fue rápida y brutal. Le había dicho a Aleya que no era posible un compromiso prolongado, pero que no había nada más que continuar. Incluso si hubiéramos sido atrapados por múltiples escuadrones de Minotauros de Haemotalion, habríamos tenido que mantenernos firmes, con la esperanza de poder matarlos antes de que un mayor número los alcance.

Por su gracia, evadimos esa oportunidad. Después de una serie de ascensos rápidos a las alturas de la estructura principal de la catedral, pronto nos encontramos en los vacíos ocultos entre esos enormes muros de piedra. El interior de los espacios obstruidos por el polvo estaba plagado de andamios y espacios metálicos. Gran parte de ella había sido dañada por el bombardeo, pero la solidez de la catedral era tal que aún pudimos arrastrarnos a través de la maraña de mástiles y asideros.

-El altar principal está por delante- Ravathain expresó, mientras subíamos constantemente hacia la cara de la piedra interior.

Para entonces, nuestros perseguidores se estaban acercando. Detecté múltiples lecturas de locomotoras Astartes, pisándonos los talones y creciendo en número. Eran más torpes que nosotros, destrozando gran parte del andamio en su camino hacia arriba, pero seguían viniendo, compensando su falta de sutileza con una determinación bruta de

atraparnos. Si miraba hacia abajo, escudriñando la penumbra, incluso podía ver el tenue destello de los rayos luminosos que se enganchaban en la armadura.
Las paredes interiores se curvaban ligeramente para entonces, lo que indicaba que habíamos entrado en los cimientos de la gran cúpula. Había caído la noche y, a pesar de que las bóvedas superiores habían sido rotas por municiones, todavía estábamos en la oscuridad.
-Tráenos- le dije a Ravathain. -**Cualquier ruta, ahora.**
Ubicamos un capilar de acceso, que penetraba más profundamente en el interior, algo que solo los rastreadores de mantenimiento normalmente habrían recorrido. Era apenas lo suficientemente ancho como para llevarnos, y mientras se inclinaba abruptamente hacia abajo sentí las toneladas y toneladas de piedra presionar contra mis protectores de hombros comprimidos. Mi respiración se hizo más superficial, y me arrastré con cierta dificultad, mi auramita atrapando y raspando.
Finalmente salimos a una plataforma angosta ubicada dentro del circuito inferior del tambor de soporte del domo. El sonido de multitudes resonó desde abajo, haciendo resonar la mampostería. Delante de nosotros había un portal de acceso oxidado, lo suficientemente grande como para dejarnos pasar. Los ruidos de la búsqueda aumentaron en intensidad. Docenas nos habían seguido, al parecer, y seguramente más nos seguirían.
Yo dudé. Era imposible saber qué había al otro lado del portal, dada la presión de las señales superpuestas que inundaban nuestros sensores. Una vez dentro, estaríamos completamente expuestos, aislados contra el barrido interior de las balaustradas circulares y enfrentados contra una fuerza que sabíamos que era miles. Entonces consideré contenerme, tratar de luchar contra la primera ola de perseguidores que habían venido a atraparnos, con la esperanza de encontrar una mejor ubicación para la observación que creía que nos habían enviado a realizar.
Mi enlace de comunicación se activó por segunda vez. Esta vez la identidad era menos familiar: me llevó un momento recordar incluso a quién se la había dado. La voz de Anna-Murza Jek fue poco más que un susurro, aunque entendí su mensaje con suficiente claridad.
<<Extraer Fadix.>>
Y luego, finalmente, lo entendí.
-Adelante- ordené, activando el bólter de mi lanza.

Dejamos la escotilla a un lado y luego nos abrimos paso por la abertura humeante. Como sospechaba, inmediatamente nos encontramos en un balcón de servicio encaramado en lo alto contra el tambor interno de la catedral. Muy por debajo, el lejano suelo estaba lleno de soldados. Caminantes blindados merodeaban por los pasillos, las estaciones de armas giraban sobre los remates de la columna, y escuadrones de Minotauros ocuparon lo que alguna vez fueron púlpitos. Directamente debajo de la cumbre de la inmensa cúpula estaba la plataforma del altar principal, sobre la cual se reunieron todos aquellos por los que habíamos venido. Estaban protegidos por cientos de guardias y vigilados por calaveras revoloteando, y rodeados de columnas detectoras, bancos hololíticos y paneles de explosión.

Tan pronto como emergimos, fuimos detectados, y las alarmas sonaron en todo el vasto espacio de abajo. Mil cañones de armas giraron en nuestra dirección, justo cuando el crujido de las botas sonó desde el portal abierto.

Nos preparamos para saltar, arrojarnos fuera del balcón y estrellarnos en el nivel inferior, pero no fuimos los más rápidos de los reunidos allí.

No lo detecté inmediatamente, eran demasiado buenos para eso, pero sí registré algo. Pequeñas perturbaciones, una revelación en ocho lugares dispares, se vuelven a poner capas y emergen armas más largas.

Y eso es cuando sucedió.



JEK XXVII

Fue un consuelo saber que teníamos razón sobre los números.

De hecho, había doce de ellos, aunque solo cuatro estaban en el puente del *Excelsis Cruor*. Naturalmente, no había tenido idea de su presencia. Todos eran del Templo de Callidus, los cambiaformas. No puedo imaginar hasta dónde llegaron para asegurarse de que todos estuvieran en el lugar correcto, en el momento correcto; debe haber sido el trabajo de meses.

Quizás debería haber sido escéptica desde el principio. Derrem siempre había sido una elección extraña para mi escolta en el Palacio, aunque tenía mucho sentido una vez que estuve bajo custodia. Era uno de los muchos capitanes en los detalles de seguridad de Ashariel, no tan conspicuo como los oficiales de alto rango allí, pero lo suficientemente alto como para tener acceso a los códigos y cámaras correctas. Su poca impresión había sido tan completa, tan convincente, que debería haberme preguntado más a menudo cómo tal hombre había llegado tan lejos en la jerarquía.

Ahora se había ido, borrado tan completamente como se podía borrar cualquier alma. En su lugar había una forma de demonio, un asesino vestido de negro, una sombra que saltaba de una columna a otra como un incendio forestal. No tenía idea de si lo que había surgido era un hombre o una mujer; tal vez tales distinciones tenían poco sentido para ellos. De hecho, apenas podía percibir lo que hicieron, se movieron tan rápido. En un momento, Pereth y Ashariel estaban conversando, con los ojos fijos en la próximidad de la *Falange*. Al siguiente fueron propensos, golpeados con múltiples trituradoras neuronales, sus manos agarrando el aire vacío antes de ponerse rígidos.

Incluso los Minotauros fueron atrapados sin preparación. La tripulación humana era completamente plana. Durante preciosos segundos, nadie pareció darse cuenta de lo que había sucedido. Todos miraron a los dos cadáveres en medio de ellos, observando la sangre correr de las cuencas

de los ojos vacías, aturdidos en parálisis. Al igual que yo misma, si soy honesta, todo se había desarrollado tan rápido.
Y luego vino la reacción. Los Marines Espaciales persiguieron a los Asesinos, salpicando las altas galerías con fuego bólter. Los cogitadores fueron aplastados, las estaciones de sensores volcadas. Las tropas de la marina y los de seguridad de Ashariel hicieron lo mismo, apuntando a todo lo que podían ver o creían haber visto.
Me tiré a la cubierta, sintiendo rondas duras silbando por encima. Los gritos estallaron y sentí las vibraciones de las botas de los Minotauros mientras cargaban contra los asesinos. Traté de pensar, de resolver lo que debía hacer a continuación.
Claramente, me habían traído aquí por una razón. Inicialmente pensé que era cosa de Pereth, para mantenerme en su lugar durante la transferencia de Consejos, pero ahora estaba segura de que Derrem lo había diseñado, al menos en parte. Después de todo, había reconocido la cuenta de comunicaciones del Custodio y la había dejado pasar. Eso no podría haber sido un accidente: me había querido aquí como más que un espectador.
A mi alrededor, el puente se disolvió en gritos, gritos de confusión. Se descargaron armas, no solo en las sombras sobre nosotros, sino también para restablecer el orden. Pereth había sido la comandante de la nave, y ahora se había abierto un vacío en la cumbre. No duraría: el rango se impondría pronto, y en un momento el acorazado volvería a ponerse en servicio.
Miré hacia arriba. La *Falange* estaba ahora dentro del alcance. Sus armas de fuego estaban abiertas, sus propulsores ardían rojos como el sol, pero aún no había abierto fuego.
Recordé la forma en que se había anunciado su llegada, no por su armamento fijo, sino por lo que llevaba.
Miré hacia abajo. La cinta de seda había sido atada a un panel de cubierta, uno que ya estaba medio desbloqueado. Lo agarré, sacándolo de sus cierres. En el estrecho espacio debajo había una aguja, una cosa de aspecto perverso, completamente cargada. Lo agarré, me levanté de nuevo y corrí hacia la estación de mando más cercana. El oficial que lo manejaba acababa de levantarse de donde se había refugiado. Apreté el hocico de la aguja con fuerza en su cuello.
-Escudos abajo- le siseé.

Él palideció, claramente en pánico. Observé dónde parpadeaban sus ojos y vi la secuencia necesaria.
-No deseo matarte- le dije -**pero o haces esto con vida, o lo haré yo misma una vez que estés muerto.**
Él no era un héroe. Marcó los comandos y los escudos de vacíos cayeron.
Momentos después, y el crujido de los teletransportadores cruzó el puente de mando. Diez columnas de fuego de disformidad se estrellaron, explotando al impactar en las cubiertas. Diez guerreros con la librea de los Puños Imperiales salieron de las llamas frías, cada uno vestido con la pesada placa Terminator. Seis de ellos corrieron inmediatamente después de los Minotauros, moviéndose sorprendentemente rápido para tales gigantes. El resto se movió rápidamente para apoderarse del estrado del trono de mando, algo que no tardó mucho dada la confusión general que aún reinaba sobre nosotros.
Su comandante, una vez que tuvo el control, me buscó. Debe haber estado buscándome, supongo. Pisoteó cerca, sus grandes puños crujieron con energía. Cuando habló, su voz resonaba y se distorsionaba, encerrada en una inmensa máscara de ceramita.
-¿Canciller?- Preguntó.
Me puse de pie. -**Cancellarius Senatorum Imperialis-** dije. **-Anna-Murza Jek, a su servicio. Bienvenido a bordo, capitán.**
Garadon se inclinó. A pesar de la dificultad de determinar algo del hombre enterrado dentro de toda esa armadura, creo que se divirtió.
-Me alegro de que estés viva- gruñó a través de su guardia de voz. -**Permanezca aquí mientras aseguramos la nave. Puede haber algo de violencia antes de que todo esté hecho.**
Pensé en todos los que ya habían sido asesinados. Pensé en las mentiras, la traición y el descarado desprecio mostrado por los Minotauros.
-Trono sea alabado- le dije, sinceramente. **-Ha tardado mucho en llegar.**



VALERIAN XXVIII

Los Asesinos eran todos del Templo Vindicare. Había ocho de ellos, cada uno colocado en perfectas ventajas. Ningún otro francotirador podría haberse escondido tan perfectamente en las altas galerías, ni habrían poseído el armamento especializado para perforar la cobertura vacía que protegía a sus súbditos. Primero reconocí el fuerte estallido de las rondas de rompe-escudos, seguido por el zumbido de los turbo-penetradores. En medio de una lluvia de explosivos de plasma y electricidad, tres de los Altos Señores en el podio fueron derribados, su armadura perforada por múltiples golpes. Haemotalion cayó primero, seguido casi instantáneamente por Slyst y Drachmar, sus cuerpos perdidos detrás de gruesas bocanadas de sangre.

Para entonces estábamos cayendo, cayendo como piedras desde el balcón. La distancia era grande, pero confiaba en mi armadura para protegerme. Cuando aterrizamos, seis custodios y cuatro hermanas, todo el lugar estaba alborotado.

Todavía teníamos que llegar a la plataforma del altar, un alto podio coronado con un imponente ofertorio ceremonial dorado en el que el séquito superviviente de la Hexarquía ahora se encogía. Estaba a más de doscientos metros de distancia de donde habíamos bajado. Entre nosotros había cientos de tropas, la mayoría de las cuales intentaban dibujar una cuenta en los esquivos francotiradores en las alturas. El volumen de fuego bólter fue tremendo: un coro que trajo piedras dañadas que se estrellaron contra la tierra en grumos pesados. Klaxons gimió, y escuché la aceleración de los motores cuando los vehículos estacionados en los pasillos se apresuraron hacia el complejo del altar.

Aleya había golpeado la tierra a mi lado, agachándose mientras su armadura absorbía el impacto. Ahora sacó su gran espada y volvió a ponerse de pie. La gnosis ardió en mi agarre, su borde mortal crepitaba con energía.

El Gran Maestro Fadix todavía estaba en ese podio, rodeado por los cadáveres de sus compañeros y un grupo de oficiales en pánico, y no tenía a dónde correr. Dudaba de que muchos de los guardianes de la catedral incluso hubieran notado su supervivencia, dado cuántos se habían centrado en cazar a los francotiradores, pero esa ceguera no duraría. Incluso ahora, la mirada sombría de los Minotauros se alejaba de las galerías, subía al podio y se dirigía hacia nosotros.
Corrimos, formando una punta de lanza que rápidamente se abrió paso entre la multitud de soldados. Mi lanza se aflojó, barriendo en amplios arcos que representaban múltiples muertes en cada circuito. La unidad de Gnosis cantaba, bombeando rondas que disparaban a los caminantes blindados pulverizandoslos. Si algún defensor superaba ese aluvión, las grandes Espadas de las Hermanas parpadeaban de cerca y atacaban la placa blindada. Los matamos rápidamente. Pronto cada uno de nosotros estaba envuelto en la sangre de nuestros enemigos, haciendo un camino recto hacia el altar mayor.
No todos los oponentes eran tan fáciles de matar. Cuando dejé a un lado a un soldado tambaleante, la cordita a la deriva reveló un enemigo mayor: uno de los muchos Minotauros parado en la nave, que ahora atraviesa la multitud para interceptarnos.
Este era uno de los nuevos: un Primaris, mayor en estatura y velocidad que cualquiera de sus primos, el gran legado del primarca a su nuevo Imperio. Desde que me encontré con el primero de ellos, durante nuestra campaña contra los Astillados, había especulado sobre cómo sería luchar contra uno de ellos. Incluso en medio de todo lo que estaba ocurriendo, a pesar de la necesidad de velocidad, el clamor y la tormenta de proyectiles, sentí un pico de anticipación de correr por mi cuerpo.
Llevaba una pistola de cerrojo, aunque era de una marca más grande de lo que había visto antes, así como una espada de poder. Disparó un par de disparos contra mí, todos perfectamente dirigidos a la carrera, y usé mi lanza giratoria para cortarlos del aire en una oleada de explosiones reactivas en masa.
La distancia entre nosotros se desvaneció, y nos estrellamos cerca, mi lanza golpeó contra su espada. Por una fracción de segundo, ambos nos empujamos uno contra el otro, derramando poder, y detecté el bocado de

mayor fuerza allí, un borde de resistencia que sus contrapartes mayores no poseían del todo.
Luego nos separamos, golpeándonos unos a otros, nuestras cuchillas chocando y sonando como martillos en un yunque. Golpeó con su puño, golpeando el culatazo en mi garganta. Me caí hacia atrás, arrastrando el talón de Gnosis a su rodilla, haciéndolo tambalearse. Él empujó hacia adelante con su espada de poder gruñendo, yendo hacia mi pecho. Alejé el borde, ajustándome a la finta, luego balanceé mi lanza directamente hacia su yelmo.
El fue rápido. El era poderoso. En otro día podría haber saboreado el combate un poco más, con el objetivo de descubrir más de esta nueva raza de guerreros, sacando cada pedacito de conocimiento para acercar mi propia capacidad a la perfección.
Pero no hubo tiempo. Mis hermanos estaban lidiando con sus propios oponentes, y todavía no estábamos donde necesitábamos estar. Cambié mi centro de gravedad, pateé su bólter a un lado y seguí a través del impulso. Antes de que él pudiera cortarme el hombro, giré a Gnosis y lo empujé hacia arriba, con las dos manos, en el estómago que se aproximaba. Arranqué la lanza para despejarla, rociando con ella manchas de armadura ensangrentada, luego embestí la unidad de bólter en su rejilla vox. Apreté el gatillo y vi su yelmo explotar en una nube de fragmentos ardientes.
No muy diferente, concluí, saltando del cadáver y girando hacia adelante.
Incluso en ausencia de los demonios contra los que sobresalían, las luchadoras de Aleya nos complementaron bien. Nuestro poder se fusionó con su velocidad, creando una formación espada y laser que golpeó y cortó su camino hasta el borde del podio. Subimos las escaleras y finalmente vislumbré a Fadix a través del humo y los escombros, arrodillándome con fuerza contra los pilares dorados, con la cabeza cubierta por las manos. Corrimos hacia él, formando una barrera viviente contra la lluvia de proyectiles que llenaban el aire. Ravathain activó el escudo de égida de la vexilla, y el enjambre de balística entrante golpeó contra él.
Caí sobre una rodilla, agarré al Gran Señor por el hombro y lo tiré contra el suelo de mármol del podio. Estaba conmocionado, pero no mucho. De hecho, parecía casi eufórico.
-Quédate abajo- le dije.

-Gracias- dijo Fadix, refugiándose bajo la sombra de mi armadura. -**Ya veo que tu maestro es tan bueno como su palabra.**
No tenía nada que decirle a cambio. La forma general de la situación ahora estaba clara para mí: esos habían sido los asesinos de Fadix, utilizados para eliminar a los Altos Señores renegados a su señal. Tal resultado no podría haber surgido sin una cuidadosa preparación, por lo que Valoris debe haber sido consciente de su lealtad desde el principio. Me pusieron en marcha para asegurarme de que no muriera, solo una pequeña pieza de una máquina muy grande.
Levanté la vista bruscamente, evaluando qué hacer a continuación. Aleya estaba a mi lado, su armadura cubierta de sangre, su gran espada con ella. Mis hermanos continuaron disparando contra la multitud, adelgazando a cualquiera que se acercara, escogiendo sus objetivos con una precisión impecable, pero los rayos láser ahora volaban hacia nosotros, quemaban la piedra y quemaban contra el escudo de la vexilla.
<<*Es hora de salir*>> me señaló ella, con lo que interpreté como un tipo de diversión sombría.
Eso sería más fácil decirlo que hacerlo. Habíamos llegado al punto central debajo de la cúpula en ruinas, una posición con muy poca cobertura y lejos de cualquier salida. Ahora estábamos rodeados por la totalidad del ejército de la Hexarquía, que se había recuperado de su conmoción y ahora estaba completamente alerta a nuestra incursión. Ya venían cientos por nosotros, corriendo por los pasillos para apuntar, y sabía que miles los seguirían.
Formamos un semicírculo alrededor de Fadix, sabiendo que incluso la auramita solo duraría tanto tiempo una vez que el volumen de golpes aumentara y el escudo de Ravathain fallara. Las fuerzas de Valoris estaban, por lo que pude ver, todavía muy lejos. Luchar para llegar a donde estabamos y de alguna manera mantener vivo al Gran Señor, parecía imposible, aunque tendríamos que encontrar un camino. Calculé las probabilidades, evalué las distancias y me preparé para dar la orden de mudarme.
Pero entonces, justo entonces, la multitud de repente retrocedió. Las pistolas láser y los bólter se callaron. Los primeros rangos de la guardia de Hajada y Arraigners guardaron sus armas y se retiraron de los enfoques del podio, arrastrando a sus heridos con ellos. Los últimos ecos del combate

sonaron lentamente, resonando por las largas naves como los repiquetes moribundos de una campana.
Dejamos de disparar a cambio, nuestras espaldas presionadas contra el altar. A nuestro alrededor, aquellos funcionarios que habían sobrevivido a la tormenta de fuego sollozaron o trataron de alejarse. Las cortinas de polvo se desvanecieron gradualmente, revelando la piedra labrada y el dorado abollado.
<<*Aquí vienen*>> señaló a Aleya, sabiendo muy bien que esto no era un respiro duradero.
Las filas de las tropas de la Guardia se separaron, y los Minotauros se dirigieron a la vanguardia. Había treinta de ellos, sin duda más, abriéndose paso desde posiciones más abajo en los largos pasillos. Se portaron como verdugos, acechando deliberadamente, bólters apuntados en nosotros, armas de poder crujiendo.
Una vez que estuvieron en posición, a solo unos metros de los primeros escalones hasta el podio, ellos también se detuvieron. Se formaron en dos líneas, extendidas ante nosotros, dejando un espacio entre ellas para permitir que su maestro emergiera.
Moloc llevaba su armadura Tártaro, como siempre, el bronce casi negro, su superficie adornada grabada con runas y patrones esotéricos. Sus pisadas eran intencionalmente pesadas, enviando telarañas de grietas a través de la piedra dañada. Llevaba una lanza de poder de un patrón similar al nuestro, aunque era más oscura y antigua que cualquier otra que yo hubiera tenido. Su capa roja colgaba como plomo fundido sobre sus hombros angulosos, y llevaba un escudo circular con símbolos grabados que no pude descifrar.
Lo vi acercarse, tratando de determinar alguna debilidad, alguna falla que pudiera usar contra él. No detecté nada. También podría haber sido un autómata, una creación de batalla forjada en un laboratorio oscuro y olvidado y enviado al mundo de los vivos. ¿Quién podría haber detenido a un monstruo así? Valoris, con toda probabilidad. Guilliman, sin duda. Más allá de eso, y en cuanto a mí, no sentía certeza. No tenía idea de a quién respondió, ahora que Haemotalion estaba muerto. ¿Estaba actuando sobre algún mando permanente? ¿Para el mismo?
Di un paso adelante, moviéndome entre Moloc y Fadix, inclinando la punta de mi lanza hacia el Maestro del Capítulo que se aproximaba.

-Se acabó- ordené, apretando el bastón con ambas manos.
Moloc siempre llevaba su máscara. Nunca lo había visto sin él. No recogí nada detrás de ese rostro metálico, nada en absoluto, excepto tal vez ese aura de agresión como un horno que siempre proyectaba, ardiendo en lo profundo del corazón guardado de runas de ceramita y nervio.
Siguió viniendo. Llevaba su lanza formalmente, como si fuera una especie de tótem de sacrificio, un instrumento con maldición para la matanza ritual de bestias. Las lentes en su arcaico yelmo eran negras, y mirarlas era como mirar el vacío mismo. Había una arrogancia en cada uno de sus movimientos, una demostración rotunda y desalentadora de puro desprecio.
-Se acabó- le advertí nuevamente, tensándome para atacar. En el momento en que subiera las escaleras del podio, me movería.
Hasta el día de hoy, no sé qué hubiera pasado si lo hubiera hecho. No sufro dudas ni orgullo, por lo que solo puedo especular con la evidencia que tenía ante mí. Quizás habría encontrado un camino. Había derribado a algunos de los mejores guerreros del enemigo en mi tiempo, incluidos muchos que sin duda habían poseído el poder para vencerme.
Pero, con Moloc, no puedo estar seguro.
Solo se nos impidió unirnos en combate por el repentino escupida crujido de una sola columna de teletransporte que bajaba de las alturas arruinadas de la catedral. El vórtice de éter se enganchó a la señal de Ravathain, chocando contra el suelo torturado de la nave, chapoteando contra las banderas del podio y hirviendo. Cuando sentí la oleada de frío repentino y vi la energía blanca plateada reflejarse en la placa bruñida de Moloc, pensé por un momento que Valoris había venido, o tal vez Garadon, trayendo con ellos los refuerzos que necesitábamos para salir.
Estaba decepcionado. En cambio, una sola figura emergió de la llama de disformidad que se paraba a mi lado. Era una mujer, vestida con equipo de protección para la traducción del éter, pero por lo demás desarmada. La conocía solo de vista: Violeta Roskavler, una de las dos que había reclamado la propiedad del título de Maestro del Administratum. Excepto que su rival ahora estaba muerta, extinguida por la bala de un asesino, eliminando todas las posibles dudas sobre su legitimidad.
Ella no me dijo nada. Ella no dijo nada a nadie más. Frente a todos esos miles de combatientes, frente a todos los Marines Espaciales reunidos,

cualquiera de los cuales podría haberla matado con un solo disparo, bajó constantemente las escaleras. Ella se acercó a Moloc, luciendo menos que un niño ante su colosal cuerpo. La vi sostener el ícono de su oficina, el sello de hierro golpeado por sus poseedores desde los albores de la Edad Imperial, pero por lo demás no hizo ningún gesto.
Moloc la dejó acercarse. La esperó, como si de repente estuviera sujeto a algún hechizo o encantamiento, sus poderosas extremidades atadas por fuerzas invisibles. Cuando ella se levantó para hablarle al oído, él se inclinó para permitírselo, de modo que las palabras pasaron entre ellos sin ser escuchadas por ninguna otra alma en ese lugar.
Habiendo hablado, Roskavler se retiró de él, subió los escalones para reunirse con nosotros nuevamente. Moloc se enderezó. Me miró y luego a Fadix. El silencio reinó en todo el espacio cavernoso, ininterrumpido y completo.
Luego, lentamente, se dio la vuelta. Caminó de regreso por donde había venido, su capa moviéndose alrededor de sus tobillos, y sus guerreros la siguieron.
Los vi a todos irse. Todo el tiempo, nunca aflojé el agarre de mi lanza.
Roskavler miró a Fadix. Su expresión era fría.
-Vives, entonces- dijo.
Fadix se puso de pie y le sonrió. -**Evidentemente. Sea bienvenida, Maestra.**
Ella no respondió, sino que se volvió hacia mí. Todos se pararon a su alrededor entonces: Aleya, mis hermanos, las Hermanas del Silencio, cada una se alzaba sobre su línea de base humana.
-Esto ya terminó, Custodio- dijo. -**Un episodio vergonzoso, mejor olvidarlo, aunque les agradezco su parte en él.**
Por un momento, estaba perdido. Es una sensación incómoda, que se demuestre que ha tenido tan poco conocimiento en los eventos, y que los mortales lo hayan superado en el momento de la crisis.
Así que al final, hice lo único que pude haber hecho.
-Por orden tuya- dije, inclinándome. **-Alta Señora.**



ALEYA XXIX

Tenían que haberse mostrado. Ese había sido el objetivo, el propósito de todas las demoras y negociaciones: tenían que haberse reunido en un solo lugar, haber hecho sus declaraciones públicas, haberse expuesto como traidores, y luego se podía hacer el movimiento.

Mientras reflexionaba sobre eso, en el viaje de regreso al Palacio, me encontré admirando la paciencia mostrada para lograrlo. No hubiera sido suficiente extinguirlos silenciosamente, incluso si eso hubiera sido posible. Su desaparición tuvo que colocarse en un pedestal, gritar desde las cimas de las torres, expresarse en el enjuiciamiento de la ley, una advertencia a cualquiera que pudiera verse tentado a seguir sus pasos.

También había sido loablemente despiadado. Este pudo haber sido el nuevo Imperio, pero había heredado todas las patologías del viejo. Como beneficio secundario, los herejes habían sido destruidos de manera más visible y completa, algo que tenía un valor propio para el nuevo Consejo, recién despojado de sus miembros traidores.

Todo muy ordenado. Todo muy cínico.

Me habían privado de mi propia venganza, por supuesto. Inmediatamente después, cuando quedó claro lo que había sucedido, estaba enojada por eso. Slyst había muerto sin saber quién había apretado el gatillo. Mis sueños de estar junto a él, verlo retorcerse a la luz de mi abominable existencia antes de que terminara su vida, nunca se cumplirían.

Siempre había sido una pequeña esperanza. Dado todo lo que había sucedido, es posible que nunca hayamos llegado al altar. Si lo hubiéramos hecho, dudo que hubiéramos podido llegar a él antes de ser abrumadas por sus defensores. Los Asesinos, que deben haberse infiltrado dentro de las fuerzas enemigas durante muchos días o semanas, estaban mucho mejor ubicados. No sé si alguno de ellos logró salir con vida. Sospecho que al menos algunos de ellos lo hicieron, llevados a sus instalaciones secretas antes de ser preparados para su próxima asignación.

Así que nunca alcanzamos una certeza total sobre el ataque a la Ciudadela. Nunca entendimos exactamente por qué lo habían hecho, dados los riesgos y la atención que atraía hacia ellos. Sigo convencida de que el viejo Ecclesiarca estaba detrás de él, y que había formado parte del gran patrón de destrucción que habían desatado, con la intención de demostrar que el Consejo de Reforma no podía mantener la paz. Sin embargo, más que eso, sospecho que Slyst actuó precipitadamente, incapaz de contener su odio por una institución que detestaba más que ninguna otra. Quizás nunca había sido sancionado por Haemotalion. Si es así, y al ceder ante ese odio irracional, Slyst había acelerado su propia caída, entonces eso fue una venganza, y lo mejor, supongo, que alguna vez obtendríamos.

Una vez que el Consejo fracturado se recuperó nuevamente, el ímpetu detrás de la rebelión se vino abajo. La retirada de Moloc les quitó sus armas más potentes, y los comandantes de los regimientos de la Guardia solo habían estado siguiendo órdenes. La muerte de Ashariel los despojó de ellos, por lo que no pasó mucho tiempo para que se arreglara la entrega general de armas. Me imaginé que habría ejecuciones para aquellos en la cima, una insurrección contra la autoridad nunca podría quedar impune, pero había poco apetito por una retribución más profunda. Se asignarían nuevos comisarios, se nombrarían nuevos generales y luego los soldados, que sin duda ignoraban en gran medida la verdadera razón por la que habían estado luchando, serían enviados a una zona de guerra más convencional para cumplir con su deuda de servicio al Trono.

Valoris nunca entró en la catedral. Aparte de la cámara de Valerian, ninguno de los suyos lo hizo. La rendición fue supervisada por los Puños Imperiales, con el apoyo de los Centinelas Palatinos. La usurpación de Garadon de la flota en órbita también fue ampliamente rastreada en los carretes de propaganda que aparecieron poco después. Cualquiera que no hubiera estado allí habría asumido que los hijos de Dorn habían estado más o menos solos detrás de toda la operación.

No sé qué pasó con los Minotauros. Los informes sobre *Daedelos Krata* cesaron abruptamente poco después de nuestro regreso al Palacio, aunque no está claro si eso significa que el Capítulo había sido ordenado en otro lugar, o simplemente había vuelto a su tipo secreto.

Tenía la intención de volver a la Ciudadela tan pronto como pudiera. No era tan tonta como para pensar que el peligro para nosotras había terminado

con la muerte de Slyst, y deseaba inculcar una nueva cultura de vigilancia entre las nuestras. Las Espadas Renacidas permanecerían intactas, y tenía la intención de solicitarle a Asurma la formación de cuadros similares, encargados de preservar la Hermandad contra las amenazas internas y externas al Imperio. Ese sería mi propósito ahora, si el Trono quisiera.

Sin embargo, antes de irme, volví a hablar con Valerian. Sus motivos para acompañarme habían sido, lo sabía muy bien, enredados con sus propias órdenes, pero él había estado con nosotras, sin embargo. Pelear uno al lado del otro se había convertido en un hábito que había aprendido a no encontrar desagradable. Hablaba menos cuando estaba ocupado con esa gran lanza suya, que mejoró las cosas.

Así que nos encontramos de nuevo en la víspera de mi partida a Luna. Nos paramos en una de las muchas cumbres de su torre, expuestos a los elementos, los vientos calientes tirando de nuestras capas. Era de noche y la creciente dispersión de luces se extendió por la ciudad eterna. A medida que pasaban los días, se restablecería el poder en áreas aún mayores, y el vicio de un control sin igual se arrastraría una vez más en todo el mundo.

¿Y ahora qué pasara contigo? Le pregunté.

No lo sé, todavía respondió. *He sido convocado por Valoris. Quizás lo descubra entonces.*

¿Censura? ¿O elogio?

<<No lo tengo claro.>>

Todavía llevaba su corona de laurel, aunque parecía más incongruente que nunca. El Regente estaba muy lejos. Con el tiempo, las últimas marcas de Ultramar se borrarían de este mundo tan corrupto y duradero. Valerian se quedaría, tal vez, como el único registro de ese corto tiempo, cuando el primarca había caminado entre nosotros nuevamente, mostrándonos una idea de cómo se habrían ordenado las cosas si hubiéramos sido ciudadanos de Macragge o Iax.

Para entonces, había descubierto cómo Valerian había podido localizarme. Todavía llevaba su misericordia conmigo, y sentí que, ahora que todo estaba hecho, a él le gustaría que se lo devolviera.

Lo saqué y giré su espada dorada a la luz de los brillantes lúmenes de la ciudad.

Deseaba usar esto para cortar la garganta de un hombre señalé. *Fallé, y todavía tiene sed. Creo que lo guardaré hasta que encuentre un tema que*

merezca su atención.
Valerian sonrió ante eso. Quizás sintió un sentimiento residual de culpa por haberlo usado para rastrearme. O tal vez le gustaba la idea de que un arma tuviera su propio destino.
Eso significa, por supuesto, que nuestros caminos se cruzarán nuevamente dijo.
Asentí.
Creo que puede que tengas razón señalé.



JEK XXX

No hubo rastros, después del evento. Los busqué, buscando registros, analizando transcripciones, interrogando menales. No pude descubrir nada que vincule a Valoris con Fadix. Si alguna vez habían hablado en persona, lo habían hecho en perfecto secreto.

Y así, en lo que respecta al resto del Imperio, la Hexarquía había sido una aberración generada dentro del Consejo, y había sido terminada por otros dentro del Consejo. Nadie sabría nunca algo diferente, y aquellos pocos que entendieron que el Capitán General había orquestado la solución completa nunca hablarían de ello. La reputación de los Adeptus Custodios permanecería intacta, sin mancha por asociación con la política temporal, pero habían obtenido lo que querían, como siempre lo hacían.

Hubiera deseado, más que nada, haber hablado con Valoris sobre eso. Hubiera querido preguntarle todo: cuando supieron que Haemotalion se movería contra ellos, cuando tomaron la decisión de colocar al Gran Maestro en el centro de la operación, cuánto había sabido Roskavler. Sabía que nunca obtendría respuestas a esas preguntas. Sin duda, mis deberes me llevarían a recurrir al Capitán General en algún momento, mientras permaneciera en Terra cumpliendo con sus deberes como Gran Señor, pero nunca me divulgaría nada de eso. Por la conducta de Valerian durante la crisis, supuse que incluso los miembros de los Diez Mil habían estado en gran medida en la oscuridad.

Los Minotauros seguían siendo un enigma. Estaba más segura que nunca de que Haemotalion había ordenado su retirada mientras aún era Maestro del Administratum, y claramente habían respondido a su orden. Tal vez él tenía un control único sobre ellos, o tal vez estaban obligados a responder a la voluntad de cualquier miembro del Consejo que se atreviera a convocarlos. Roskavler, como su reemplazo, claramente también había tenido algo de compra en ellos, aunque de qué naturaleza precisa, y de dónde venía, seguía siendo incierto. Quizás descubriría la relación, a

tiempo. O tal vez este era un secreto que los Altos Señores se guardarían para sí mismos.
Cuando regresé a mis aposentos y vi a Mardoqueo de nuevo, me sentí más exhausta que nunca. No podía recordar la última vez que había dormido.
-Entonces, las cosas están resueltas- dijo, sin parecer demasiado satisfecho al respecto.
Yo podría disfrutarlo poco. En la medida en que había contribuido con algo, había sido una tonta. Había trabajado con Pereth cuando debería haber trabajado con Roskavler. Descubrí la traición de Fadix con anticipación, tal como estaba previsto, pero no descubrí su verdadera naturaleza.
Por otra parte, Tieron no había estado mejor. Tampoco nadie más. Habían jugado con todos, y por alguien a quien nunca sospechamos que tenía una participación en el resultado.
Tenía que esperar que las cosas fueran mejor ahora. La promesa de un nuevo amanecer, la que nos dio el primarca, no se había borrado. Si se necesitaban mentiras y violencia para sostenerlo, entonces esa era la galaxia en la que vivíamos.
Poco después, cuando el polvo se había asentado sobre las ruinas de las depredaciones de los Minotauros, comencé a trabajar de nuevo en serio, para recoger los hilos que me habían obligado a dejar escapar. Habíamos evadido un desastre, pero sabíamos que otros vendrían rápidamente. Todavía estábamos en guerra, todavía sangrando por una cruzada contra un enemigo inimaginable, por lo que seguía siendo imperativo que el Consejo comenzara a actuar ahora, a hacer lo que debería haber hecho desde el principio y hablar con una sola voz. Ya había recibido informes de una gran batalla que tenía lugar en un puerto espacial ubicado en el este planetario, uno que me decía que nuestros problemas con la insurrección probablemente continuarían por algún tiempo todavía.
No me había llevado mucho del *Excelsis Cruor*, pero conservé el trozo de seda que Derrem me había dado. Una vez en el Palacio, lo envié, con mis felicitaciones, a las oficinas de Fadix. No escuché nada por algún tiempo, pero al final, como había esperado y temido, vino a buscarme.
Estaba caminando, solo, en el jardín de estatuas de mis apartamentos. Esas habitaciones eran donde yo iba de vez en cuando para disfrutar de una contemplación tranquila. Eran cámaras oscuras, sin ventanas exteriores, suavemente iluminadas para mostrar las filas de esculturas de Ouslite

recopiladas de milenios de historia humana. El lugar era bastante, bastante seguro, protegido por capas de dispositivos de detección de intrusos y electro-picos automáticos.
Salí de la sombra de una imagen a tamaño real de Alicia Dominica y lo vi allí, apoyado contra otra estatua, vestido con su familiar traje negro ajustado. Estaba jugando con la cinta de seda, tirando de ella entre sus dedos.
No pude evitar comenzar y encontrarlo allí. Recordé cómo había estado en esas conferencias y lo que su reputación decía de él. Me congelé y me pregunté si tendría tiempo de convocar a los guardias.
-No tiene que preocuparse, canciller- dijo, hablando con esa voz suave que repelía y atraía. -**Creo que deseabas verme.**
-Por interés, más que por deber- dije.
Él sonrió sin alegría. **-Muy bien.**
Me obligué a relajarme. Este era mi lugar. Fadix tenía un don para la teatralidad, pero una no podía dejarse intimidar por eso.
-Creí que eras un traidor- le dije, deseando que las cosas se entendieran claramente entre nosotros.
-La gente cree muchas cosas de mí. No lo tomo como algo personal.
-Fue algo fácil de pensar. Eras de la Tendencia Estática. Odiaste todo lo que el primarca representa.
-Todo cierto.
-¿Todavía?
El se encogió de hombros. -**El Imperio es la expresión de su voluntad. La expresión de su voluntad es la perfección. Ninguna reforma de la perfección es posible. Por lo tanto, no es posible una reforma del Imperio.**
Esos fueron los principios de la filosofía estática, la cristalización de todo lo que creían.
-Entonces- me aventuré, con cautela ahora -**¿por qué?**
Fadix levantó la seda frente a su cara y la vio retorcerse. **-Porque creo en la ley. Porque Irthu era viejo y había tenido su tiempo. Y porque, a pesar de todas sus fallas, Indomitus es necesario.**
-Pero eso no es todo, ¿verdad?
Me sonrió de nuevo desde la oscuridad, un gesto escalofriante. -**Escúchame, canciller. En este momento, sacudido por todo lo que ha**

sucedido, hablamos del primarca como si fuera un nuevo emperador, venga a barrer toda nuestra historia y la reemplace con su nueva y brillante especie de iluminación. Pensamos en él como el gran redentor, el restaurador de la grandeza perdida. Y así comienza el conflicto, las peleas cansadas entre aquellos que piensan que algo de eso importa-. Su sonrisa se desvaneció. -**Pero Guilliman, déjame asegurarte, no es importante. Puede pronunciar tantos discursos como quiera. Puede hacer tantas reformas como desee. Todo será absorbido. Todo será sofocado. Tiene resistencia, más que la mayoría, pero incluso se cansará. El Imperio es el único enemigo que nunca puede desear, ya que es más viejo y más vasto que cualquiera de nosotros. Le doy diez años. Diez años, antes de que se olvide de que alguna vez fue parte de otro mundo, y encadena su futuro a este.**

Escuché con cautela. No me gustó, pero escuché.

-Y la próxima vez que venga a Terra, si alguna vez lo vuelve a hacer, verás el cambio. No escuchará más sobre lo que él creyó durante su primera vida, y mucho de lo que ha aprendido en esta. Si vive, si muere, no hay diferencia. La estasis será el caso, ya sea que deba serlo o no. El Imperio perdurará. Esa es la única verdad, y el único resultado-. Me lanzó una mirada irónica. -**Imperium Eterna.**

-Tienes un alma ictericia, mi señor- le dije.

-Indudablemente.

-Lo conocí yo misma. Estás equivocado acerca de él.

-Veremos.

-Entonces, ¿no significa nada para ti?- Pregunté, en parte intrigada, en parte irritada. -**¿Toda esta lucha para mejorar, para mejorar las estructuras en las que nos encontramos?**

-Significa todo. Si alguna vez cesamos, moriremos. El hecho de que no podamos tener éxito es irrelevante.

Mientras lo miraba, su piel pálida, sus ojos hundidos, sentí que estaba mirando directamente a una parte de todas nuestras almas, una imagen especular de lo que diez mil años de guerra nos habían convertido. Entonces no pude decidir si Fadix representaba algún fracaso inmortal, o si era simplemente honesto sobre lo que el resto de nosotros nunca podría admitir.

-Las reformas continuarán- dije. -**Me ocuparé de eso.**

Fadix no respondió.
-La corrupción del Consejo terminará- dije. -**Nuestras instituciones se fortalecerán nuevamente.**
La sala parecía haberse oscurecido como habíamos hablado, o quizás más nublada. Parpadeé, tratando de aclarar mi visión.
-Él puede restaurarnos.
Parpadeé de nuevo y me di cuenta de que no estaba hablando con nadie. La estatua en la que Fadix se había apoyado me fulminó con la mirada, sus ojos de piedra estaban tan vacíos como los suyos.
Miré alrededor. La cámara estaba vacía.
Había dejado la cinta de seda, envuelta alrededor de un dedo de piedra. Lo miré por un momento, luego lo liberé. Lo atornillé en mi palma, lo dejé caer, luego lo pisé en el suelo debajo de mi bota.
-Él nos restaurará.
Luego me di la vuelta y salí de la cámara, dejando las sombras, el silencio y las caras de piedra detrás de mí.



VALERIAN XXXI

No sentí que me debían una explicación. Mi tarea había sido seguir las órdenes que me habían dado. No esperaba que me dieran más información de la necesaria, y entendí que muchas cosas, por necesidad, estaban ocultas incluso entre nosotros.

Entonces fui a ver a Valoris. Cuando lo encontré, estaba de vuelta en la misma cámara donde lo había visto antes, rodeado de las mismas pilas de pergaminos y las mismas velas parpadeantes. En ningún momento lo había visto pelear. El guerrero más poderoso del planeta nunca había levantado la mano con ira, ni una sola vez. Dada su reputación, lo que todos sabíamos que podía hacer si lo deseaba, fue bastante notable.

-Capitán Escudo- dijo, cuando entré.

Me incliné. **-Capitán General.**

Se giró en su asiento, juntó las manos y me miró por un momento. -**¿Te sientes mal con mi decisión, Valerian?-** Preguntó.

-De ningún modo.

-Pero tienes preguntas.

Dudé antes de responder. -**Creo que entiendo la necesidad de ello.**

Valoris asintió con la cabeza. -**Negabilidad. En cada etapa Cuantas menos almas supieran, mejor.**

-Pero no podrías haber estado seguro de todo. El ataque a la Ciudadela de Somnus fue imprevisto. Puede que no haya actuado de la manera que predijiste, dentro de la catedral.

-Acredíteme con cierta comprensión de su naturaleza- dijo. **-Y, por supuesto, comprende que hubo contingencias, en caso de que no haya cumplido con las expectativas. El resultado nunca fue puesto en duda significativa.**

Habiendo visto el desenlace desplegado de cerca, podía creerlo. Había sido una lección, sin duda, una de las series eternas de tales castigos que podríamos esperar enfrentar durante toda una vida de servicio, y un

recordatorio de que Valoris ya no era exclusivamente nuestro maestro, sino también un Gran Señor.
Supongo que podría haberle preguntado si siempre había tenido la intención de proteger al Gran Maestro, o si la oportunidad solo había surgido después de que me enviaran para detener a Aleya. Podría haberle preguntado cuánto Ravathain sabía de nuestro papel previsto. Podría haber preguntado si la *Falange* realmente habría abierto fuego, y si se hubiera atrevido a atacar la catedral si los Asesinos hubieran perdido su objetivo.
No le pregunté ninguna de esas cosas. Ahora no eran esenciales, y dudaba que Valoris se sintiera obligado a decirme la verdad sobre ellos en cualquier caso. En cambio, aproveché la oportunidad para ser sincero, sabiendo que me quedaba poco que perder.
-Me hablaste de nuestra pureza necesaria- le dije, mirándolo a los ojos mientras hablaba. -**Me dijiste que nuestra marca nunca podría estar en ningún cambio político. Entiendo que. Pero puede que no siempre sea suficiente. Cuando venga el enemigo, cuando nuestros muros sean asediados nuevamente, no podremos trabajar a través de otros. Nos preguntarán: ¿qué pueden hacer? Y debemos tener respuestas. Creo que eso es lo que el primarca pretendía que consideráramos. Él nos conocía de antaño. Puede que aún nos conozca en la era actual, mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos.**
Valoris me miró atentamente. -**Entonces permaneces inquieto-** dijo.
Eso era cierto. Había sido verdad desde el *Pesar del Corazón*. -**No he demostrado mi valía en Terra-** dije. -**Quizás me iría mejor con Indomitus.**
-Me temo que la nave ha navegado- dijo Valoris, buscando uno de sus muchos informes de batalla de pergaminos. -**Pero su perspicacia durante esta crisis no fue del todo culpable, como suponen. Leo todos tus informes cuidadosamente. Tenías visión de futuro sobre al menos un elemento: la Lachrymosa.**
Tomé el pergamino y escaneé su contenido.
-Ella era la mayor amenaza, de todos ellos- dijo Valoris. -**Ocultando su fuerza, dejando que los otros cultos absorban nuestro castigo. El Convoluto entendió la verdad, demasiado tarde. Para cuando los Minotauros se desataron sobre todos ellos, ella no estaba bajo el mando del Maestro de los Sueños. Ella había reunido sus fuerzas y atacó el este.**

Leí las cuentas: un puerto espacial atacó, incluso cuando nuestra atención se había centrado en la catedral. Se habían apoderado de las naves y habían entrado en órbita. Después de eso, bajo las narices del distraído bloqueo naval, habían corrido por el vacío.
-Solo una semilla, de la mala fruta que heredamos aquí- dijo Valoris. **-Pero si se deja sola, germinará nuevamente. La galaxia es un lugar más peligroso que nunca. No se la puede dejar sola.**
Le devolví el pergamino.
-Entonces debo cazarla.
-Ha estado cazándola desde que esto comenzó, creo.
Ya podía ver la atracción de eso. Estaría lejos de aquí, rastreando el vacío en el que siempre había imaginado pelear. Ella podría hacerse poderosa. Quizás ella ya lo había hecho.
-¿Y cuándo termina?- Pregunté.
Valoris volvió a sus papeles.
-¿Quién sabe? Puede que estés lejos para entonces- dijo. -**Quizás incluso te encuentres con el primarca de nuevo. Si sus caminos se cruzan, asegúrese de darle mis saludos.**
No levantó la vista de nuevo.
-Puede decirle, en ese caso, que todo está bien en Terra- dijo. -**Puedes decirle que todo se desarrolla de acuerdo con sus deseos.**

FIN